

APACUANA 2019-2021

**TRES OBRAS GANADORAS
DEL PREMIO DE DRAMATURGIA**

Las fronteras del alma
La segunda muerte de un general

ISRAEL GARCÍA

Diez minutos
RAFAEL GARCÍA

**CUATRO MENCIONES HONORÍFICAS
DEL PREMIO DE DRAMATURGIA 2019**

Cantaura
ANÍBAL GRUNN

Teresa piano piano

LIGIA ÁLVAREZ

Los papeles de Charo

ROMA RAPPA

La Trinidad

JOSÉ MILLÁN CARREÑO



APACUANA
PREMIO DE DRAMATURGIA
NACIONAL 2019-2021
(Tres obras ganadoras
y cuatro menciones honoríficas)

1.ª edición, El perro y la rana, 2022

© VV. AA.

© Fundación Editorial El perro y la rana

© Compañía Nacional de Teatro

Edición y corrección

María López

Diagramación

Sonia Velásquez

Diseño de portada:

Greisy Letelier

Hecho el Depósito de Ley

DC2023000253

ISBN978-980-14-5270-6

APACUANA
PREMIO DE DRAMATURGIA
NACIONAL 2019-2021
(Tres obras ganadoras
y cuatro menciones honoríficas)

A Oswaldo Antonio González

En homenaje

APACUANA PREMIO DE DRAMATURGIA NACIONAL 2019-2021

La presente edición es la segunda publicación de la serie que recopila las obras ganadoras del Premio Apacuana de Dramaturgia Nacional, antes de pasar a ser bienal. El premio —creado por la Compañía Nacional de Teatro en el año del centenario del nacimiento de César Rengifo y que cuenta con el auspicio del Ministerio del Poder Popular para la Cultura— lleva el epónimo de una mujer indígena que luchó contra el imperio español en el siglo XVI, siendo cacica y piache del pueblo quiriquire de la etnia mariche. Ella serviría de inspiración al maestro Rengifo para su obra teatral *Apacuana y Cuaricurión*.

El Premio Apacuana de Dramaturgia Nacional ha sido convocado en forma consecutiva desde el año 2015, constituyéndose en toda una tradición. El espectador ha podido constatar las puestas en escena de los textos ganadores en el año inmediato a la premiación, como una práctica cuyo objetivo fundamental es estimular y visibilizar la dramaturgia nacional de los nuevos tiempos, permitiendo el análisis y la discusión de la teatralidad venezolana mediante el reconocimiento de sus planteamientos estéticos y discursivos.

Esta publicación incluye tres obras ganadoras: *Las fronteras del alma* (año 2021); *La segunda muerte de un general* (año 2020), ambas firmadas por Israel Silvestre García Osuna —quien se alzó con el premio en dos años consecutivos—, y *Diez minutos*, de Rafael García (año 2019); así como las cuatro menciones honoríficas otorgadas también durante el año 2019: *Cantaura*, de Aníbal Grunn;

Teresa piano piano, de Ligia Álvarez; *Los papeles de Charo*, de Roma Rappa, y *La Trinidad*, de José Millán Carreño.

APACUANA. ¡Y dilo a los que van y a los que vienen
y a los tiempos distantes y remotos,
que siempre ha de brotar en esta tierra
unida con sus rocas y sus flores,
con sus ardientes suelos y sus nieves,
y en las manos de quien en ella nazca,
esa libertad que no es un sueño
sino espiga de luz alta y nacida
de esta recia raíz que ahora sembramos,
con sangres derramadas y esperanzas!

Apacuana y Cuaricurián,
CÉSAR RENGIFO

I

OBRAS GANADORAS 2019-2021

PREMIO APACUANA DE DRAMATURGIA NACIONAL 2019

DIEZ MINUTOS

RAFAEL GARCÍA

Diez minutos fue realizada en formato de videoteatro en el marco del Encuentro #TecnoVivioTeatro2020, organizado por la Compañía Nacional de Teatro y estrenada como teatro presencial en el Teatro Nacional, el 20 de febrero de 2021.

REPARTO

HOMBRE II / AMIGO / SACERDOTE	Ludwig Pineda
MADRE / VIGILANTE / PEDRO BALAS	María Brito
PADRE / HOMBRE PEQUEÑO / VIGILANTE / JUAN CRIMEN / SEÑOR	Trino Rojas
MUJER I / MUJER II / VIGILANTE	Yurahy Castro
VIGILANTE / PROSTITUTA	Ariana León
HOMBRE I	Omar Churión

FICHA TÉCNICA

ESCENOGRAFÍA	José Pérez
ILUMINACIÓN	Gerónimo Reyes
DIRECCIÓN DE ARTE	León Padilla
MÚSICA ORIGINAL	Jesús Milano
TÉCNICO	Pastor Peña
PRODUCTOR ENCARGADO	Aníbal Álvarez
ASISTENTE DE PRODUCCIÓN	Aristides Muñoz
COORDINACIÓN DE PRODUCCIÓN	Rufino Dorta
DIRECCIÓN ARTÍSTICA	Luis Vicente González
PRODUCCIÓN GENERAL	Compañía Nacional de Teatro

VIDEOTEATRO

PRODUCCIÓN
DIRECCIÓN DE FOTOGRAFÍA
DIRECTOR ARTÍSTICO
DIRECTOR GENERAL
PRODUCCIÓN GENERAL

Anthony Gómez
Stalyn Morillo
Luis Vicente González
Edgar Padrón
Villa del Cine / Compañía
Nacional de Teatro /
Conciencia TV

ACTO I

ESCENA I

En una habitación, donde hay dos camas, dos hombres conversan. El Hombre I está sentado en el suelo, recostado de su cama, ensimismado; lleva puesto un reloj. El Hombre II camina de un lado a otro, impaciente; también lleva puesto un reloj. Ambos llevan ropa de descanso.

HOMBRE II. Perdone que le moleste, ¿usted está seguro de lo que está haciendo?

HOMBRE I. Sí.

HOMBRE II. ¿A cuántas personas citó?

HOMBRE I. Cuatro.

HOMBRE II. El mínimo. ¡Yo cité a diez personas! ¿Qué le parece la cantidad?

HOMBRE I. No sé... ¿Bien?

HOMBRE II. A mí también me parece bien. Entre esas diez está mi esposa. Espero que con esto abandone la idea de divorciarse de mí. Se le olvidó que el matrimonio es para toda la vida. Inmoral. También cité a mi amante, ¿sabe? Se llama Ana Julia; me está amenazando con que me quiere dejar. Ella es eso, pura amenaza; esa sin mí no es nadie. Malagradecida. Otro que puse en la planilla fue a mi jefe, ese se merece lo peor. No quiere ascenderme. Espero que el sentimiento de culpa le cause una enfermedad incurable. Seguro ahora me va a ofrecer el cargo de gerente, el que le dio a Rodríguez. ¡Qué cojones tiene ese miserable!...

(*El Hombre II hace una pausa, sigue caminando de un lado a otro.*)

HOMBRE II. Déjeme confesarle algo... (*Se le acerca al Hombre I, baja la voz.*) Yo estoy aquí para que todas las personas que cité se sientan mal. ¿Qué le parece la idea? ¿Usted sí va a llegar hasta el final?

HOMBRE I. Creo que sí.

HOMBRE II. (*Se aparta, vuelve a subir la voz.*) ¡Yo no! ¡Yo solo quiero atemorizarlos! ¡Los voy a hacer sentir tan mal que seguro me van a suplicar que los perdone! ¡Ya me los imagino, ya los estoy viendo rogándome! Al único que no cité fue a mi hijo, él no tiene culpa de nada; es un drogadicto que no sabe dónde está parado... ¿A usted no le gustaría hacerlos sufrir?

HOMBRE I. No sé...

HOMBRE II. ¡Yo sí quiero hacerlos sufrir! ¡Sí, que sufran! Y después que salga de aquí, los voy a tener amenazados. Les voy a decir que me han estado llamando para ver si tengo problemas. ¡Se van a lamentar! Mire a lo que me han llevado. Por ejemplo, mi esposa, con quince años que tenemos de casados, no ha hecho más que quejarse de que vivimos como unos marginales, que a su amiga Mirian, a quien no soporto, su esposo le da regalos costosos, que la trata como a una reina. Quiere que vivamos como reyes con el mísero sueldo que tengo. ¿Acaso ella tiene sangre azul? No. Dice que nunca le he dado su puesto. Un puesto de buhonera es lo que le puedo dar... (*Finge una risa estentórea.*) ¿Qué le pareció el chiste?

HOMBRE I. ¿Cuál chiste?

HOMBRE II. Dije que le iba a dar un puesto de buhonera, ¿sabe?, por lo de darle su puesto. ¿Lo entiende? ¿Qué le parece?

HOMBRE I. ¿Ingenioso?

HOMBRE II. Sí, es ingenioso. Y también es gracioso. Yo soy así, ingenioso y gracioso. Pero la gente no sabe lo que tiene hasta que lo pierde. ¿Cuál es el puesto de la esposa?, detrás del esposo, para estar pendiente de si necesita algo. Ella es la culpable de que mi hijo sea un drogadicto. No está pendiente de nada. Ella de lo que está pendiente es de lo que recibe la amiga. Según, Mirian es más feliz que ella. Qué falta de autoestima, carajo. Por esas comparaciones es que se quiere divorciar. ¿Eso no da rabia?

HOMBRE I. ¿La da?

HOMBRE II. ¡Eso es lo que digo yo! ¡Claro que da rabia! Y dígame Ana Julia..., esa es otra, sabe que tengo esposa y un hijo y quiere... ¡Yo no sé qué carajo es lo que quiere! Esa loca no hace más que presionarme. ¡Debería agradecerme que esté con ella, porque es más fea que el hambre! Toda la vida se la ha pasado haciendo dietas. ¿Quién paga sus tratamientos? Este pendejo. Pero no me lo agradece. Es una egoísta, solo piensa en pedir, nunca en dar. Ni siquiera en la cama me da lo que le pido. Las amantes están para dar lo que un esposo no recibe en su casa. Por favor, cómo a una amante no le va a gustar el sexo anal. Ese lujo se lo puede dar una esposa, pero no una amante... ¿Usted tiene amante?

HOMBRE I. No.

HOMBRE II. Es lo mejor que puede hacer. Nunca la tenga. Todas son unas bichas desagradecidas, chupadoras de energía. Y en cuanto a mi jefe, ese es una piltrafa. ¿Cuánto tiempo tengo trabajando en la empresa? Más que Rodríguez, figúrese. Pero, claro, como el muchacho tiene un posgrado debe ser, qué sé yo, sobre el conocimiento de cómo se escucharía una flatulencia en Marte, entonces me da dos patadas. Pero para que sepan cómo es la vaina, ese pendejo tiene que bailar pegado conmigo. Si se cae algún sistema de la empresa, ¿a quién van a llamar?

HOMBRE I. ¿A quién?

HOMBRE II. A quién más, a mí, el único que puede resolver todo. Ajá, ya le hablé de mi esposa, de mi amante, de mi jefe... Ah, por otro lado, están los amigos. ¿Usted tiene amigos?

HOMBRE I. La verdad...

HOMBRE II. Perdóneme, no gaste su tiempo pensando. Nadie tiene amigos. Los amigos son como los unicornios: hablamos de ellos, pero en realidad no existen... ¿Qué le parece la frase?

HOMBRE I. ¿Cuál frase?

HOMBRE II. La que acabo de decir, en donde hago la comparación de los amigos con los unicornios. ¿Qué le parece?

HOMBRE I. ¿Buena?

HOMBRE II. ¡Original!, diría yo. Un tipo tan original y metido en estas circunstancias... Perdona la interrupción, ¿con qué ropa va a recibir a la visita?

HOMBRE I. Con cualquier cosa.

HOMBRE II. Exacto, igual yo, esa gente hay que recibirla con cualquier cosa. ¿Por dónde iba? ¡Sí, los amigos! Cité a siete. Los voy a hacer sentir como a unas cucarachas. Cuando no tienes dinero ahí sí te llaman y te echan un cuento dramático. Te dicen que la amistad, que la solidaridad, que tú, que yo, y todo ese rosario de manipulaciones. Y, como es el amigo, uno saca de donde no tiene y le da para que no se muera de hambre. Pero cuando eres tú el que se está ahogado, te dicen: "Llámame más tarde, que ahora no te puedo atender". Pero esos van a caer... ¿Usted no citó a ninguno de sus amigos? Perdón, no sé por qué le hago esa pregunta otra vez. ¡Tengo que acostumbrarme a la idea de que no existen! ¡No existen! ¡La amistad no existe! ¡Las esposas no deberían existir, tampoco las amantes ni los jefes!... ¡El amor no existe! ¡Nada existe!

ESCENA II

Un Vigilante, junto a un portón, revisa en una lista los nombres de las personas que se disponen a entrar. Se prepara para atender a un Anciano.

VIGILANTE. Me da su documento de identidad, por favor.

(El Anciano le entrega su documento. El Vigilante revisa su lista.)

VIGILANTE. Es correcto, usted fue citado. Pase, por favor. Le corresponde en la sala número siete, ahí lo está esperando su nieta.

ANCIANO. Gracias.

(El Anciano entra por el portón. La Mujer I, quien lleva un bolso grande, se le acerca al Vigilante.)

VIGILANTE. Me permite su documento, por favor.

(La Mujer I, nerviosa, busca en sus bolsillos, no encuentra nada. Busca con desesperación en su bolso, y cada cosa que extrae, sin estar consciente, se la va dando al Vigilante.)

MUJER I. Espérese un momento, yo sé que lo traje. Téngame aquí, por favor.

(El Vigilante recibe los objetos con hastío y los lanza al suelo. La Mujer I no advierte lo que sucede.)

MUJER I. ¡Aquí está! ¡Por fin lo encontré!

*(El Vigilante suspira y mira hacia arriba. Recibe el documento.
Luego revisa la lista que tiene en sus manos.)*

VIGILANTE. Es correcto, fue citada. Pero usted está llegando un día después. La visita era ayer. A su hijo lo tengo tachado en la lista.

MUJER I. ¿Qué? No, señor, tiene que ser una equivocación. *(Busca en su bolsillo y saca un papel.)* Aquí dice que el día de la cita es hoy. Mire el papel usted mismo.

(Intenta mostrarle el papel al Vigilante.)

VIGILANTE. Yo no tengo que ver nada. Usted no me va a enseñar mi trabajo. Llegó tarde. Y su hijo está tachado. Que le vaya bien...

(La Mujer I cae al suelo, desmayada. El Vigilante se pega la mano en la boca, imitando un parlante.)

VIGILANTE. ¡Juan Crimen! ¡Pedro Balas! ¡Otra que se desmayó!

(Dos hombres vestidos de negro aparecen.)

VIGILANTE. Llévensela de aquí, quién la manda a ser impuntual.

(Los hombres vestidos de negro se llevan a la Mujer I arrastrándola, uno la toma por una pierna y el otro por la otra. De pronto, el Amigo llega corriendo e intenta entrar sin hacerle caso a la presencia del gen-darme. El Vigilante lo detiene bruscamente y el Amigo cae al suelo.)

VIGILANTE. Me permite su documento, por favor.

AMIGO. ¿Mi documento?

VIGILANTE. Sí, su documento.

(El Amigo se levanta. Echa una mirada de asombro a la fachada del lugar que cuida el Vigilante.)

AMIGO. ¿Para qué?

VIGILANTE. Para buscarlo en mi lista.

AMIGO. Aquí lo tiene.

(El Vigilante toma el documento y busca en su lista.)

VIGILANTE. Lo siento, pero no aparece en mi lista, lo que quiere decir que usted no fue citado.

AMIGO. ¡Mi amigo está aquí! ¡Quiero verlo!

VIGILANTE. Le repito que usted no fue citado. Quiere ver a su amigo, pero su amigo no lo quiere ver a usted.

AMIGO. ¡A mí eso no me interesa! ¡Voy a entrar como sea!

VIGILANTE. A ver, inténtelo. *(Toma la posición de un portero de fútbol.)* ¡Juan Crimen! ¡Pedro Balas!

(El Amigo se le arroja encima al Vigilante, este lo detiene, pero recibe un rodillazo en los testículos. El Vigilante cae lentamente, pero sin soltar al Amigo de la pierna. El Amigo intenta soltarse con desespero del abrazo que le ha aplicado el Vigilante a su pierna. Cuando aparecen los dos hombres vestidos de negro, se le lanzan con la intención de sujetarlo. El Vigilante suelta la pierna del intruso y se agarra los testículos con las dos manos. El Amigo logra darle un rodillazo en los testículos a Juan Crimen, y este se agarra con las dos manos en dicha zona y se queda paralizado. Pedro Balas le propina un golpe certero en el rostro al Amigo, lo derriba y cae encima del Vigilante, quien aún está en el suelo en posición fetal, adolorido. Finalmente, Pedro Balas arrastra al Amigo y lo saca.)

ACTO II

ESCENA I

En una sala con una lámpara colgante, el Hombre I, cabizbajo, está sentado frente a un escritorio. Lleva puesto su reloj y una camisa manga larga. Hay una silla vacía. Entra la Mujer II, muy bien vestida; lo hace hurgando todo con la mirada. Camina con arrogancia hasta donde está el Hombre I y se sienta. Los separa el escritorio.

MUJER II. ¿Por qué estás aquí? ¿Estás preso? ¿Robaste? ¿Mataste a alguien? ¡No, por Dios, cómo pregunto eso, si tú no eres capaz ni de matar a una mosca! ¡Dime qué es lo que pasa!

HOMBRE I. (*Sereno.*) No dramatices, no es necesario.

MUJER II. ¿De qué estás hablando?

HOMBRE I. Tú sabes.

MUJER II. ¡Santo Dios, pero qué locura es esta!

HOMBRE I. Los diez minutos pasan rápido. Viene el Vigilante, te vas con él y ya.

MUJER II. (*Mira a todas partes.*) ¡De aquí no me saca nadie! ¡Y si me sacan, me sacan contigo! Es más, nos vamos ya.

(La Mujer II se levanta, se le acerca al Hombre I y lo toma por un brazo. El Hombre I se suelta con calma. Se levanta y deja a la Mujer II en su silla, luego se sienta.)

HOMBRE I. No puedes tocarme.

MUJER II. ¡Cómo que no puedo tocarte! ¡Tú eres mi hijo y te toco cuando yo quiera!

(Se levanta, se acerca al Hombre I, lo toca por todas partes. Entra el Vigilante, lleva unos suspensorios puestos por el golpe que ha recibido; camina con cierta molestia. Se acerca con autoridad a la Mujer II. La Mujer II le da una bofetada, el Vigilante, sin inmutarse, tomándola por los brazos, la sienta bruscamente en su silla. Dura unos cuantos segundos apretándola.)

MUJER II. ¡Suéltame, animal! ¡Suéltame! ¿Qué le están haciendo a mi hijo? ¿Por qué está preso? ¡Él es inocente!

(El Vigilante le da una bofetada y de golpe la Mujer II se aquietta.)

VIGILANTE. ¡Cállese! Y quédese sentada. Escúcheme bien, no puede tocarlo. ¡No puede TO-CAR-LO! Ya le queda mucho menos de diez minutos, en un momento vendré a sacarla.

(El Vigilante sale. La Mujer II mira al Hombre I detenidamente. El Hombre I está mirando hacia el suelo. Pasan unos cuantos segundos de silencio. Al cabo, la Mujer II levanta las manos, es histriónica su actitud.)

MUJER II. No te toco. ¡No te toco!... ¡No te toco!... ¿Pero por qué no puedo tocarte? ¿Por qué estás aquí? Déjame aclararte algo: ¡de aquí no me saca nadie sin ti! ¡El dolor que siento en el pecho no es algo normal! ¡Dime qué pasa, porque si no a mí me va a dar algo!

(El Hombre I, con hastío, saca un papel del bolsillo de su pantalón.)

HOMBRE I. Yo sé que sabes. Sin embargo, voy a complacerte. Te seguiré el juego. Toma, lee.

(*La Mujer II recibe el papel.*)

MUJER II. Yo no sé nada. ¿De qué hablas? ¿Qué es este papel?

HOMBRE I. Eres una gran actriz. Ahí te explican los servicios.

MUJER II. ¿Servicios? ¡Esto es una prisión, qué servicios van a tener!

HOMBRE I. Lee y deja el escándalo.

MUJER II. (*Mientras lee.*) ¿Qué es esto? Es absurdo. ¡No pueden ofrecer esto! ¡Y tú no puedes querer esto! ¡Yo te di la vida! ¡Y sobre tu vida mando yo...! (*Rompe el papel.*) Hijo, yo te amo.

HOMBRE I. (*Susurrando.*) Será ahora...

MUJER II. ¿Qué dijiste?

HOMBRE I. Nada, no he dicho nada. Nada importa. (*Se levanta y da unos cuantos pasos.*)

VOZ EN OFF. Siéntese, no puede estar de pie durante la visita.

HOMBRE I. (*Mirando hacia el techo.*) Hay veces en que trabajas, hay otras en que no. Ya me siento.

MUJER II. (*Mirando el techo.*) ¿Cómo es eso de que nada te importa? (*Mira al Hombre I, habla como quien recita un poema.*) Tú eres mi hijo. Yo soy tu madre, es por eso que te amo... (*Se levanta.*) Llegaste para traerme la luz a mi cuarto oscuro..., para romper los muros que ponían preso a mi corazón. Eres... eres... eres...

HOMBRE I. (*Con hastío.*) Siéntate. Deja el teatro. Créeme, no te va a pasar nada. Termina el tiempo y te vas, eso es todo.

(*Silencio. La Mujer II voltea, mira hacia a la puerta, mira hacia el techo; finalmente, mira al Hombre I y se sienta.*)

MUJER II. ¿Seguro?

HOMBRE I. Seguro.

(La Mujer II suspira. Deja su actitud histriónica.)

MUJER II. Me odias, ¿verdad?

(El Hombre I deja de estar encorvado, ahora su tronco apunta hacia donde está la Mujer II.)

HOMBRE I. No siento nada por ti, ni siquiera odio.

(La Mujer II se voltea, casi le da la espalda al Hombre I; adopta medianamente la postura encorvada que tenía este último.)

MUJER II. Yo sé que me odias. Por eso estás aquí, requiriendo los servicios de esta empresa. Me imagino que una de las razones que diste para que te aceptaran soy yo...

(La Mujer II se voltea, mira de frente al Hombre I, recuperando su postura erguida.)

HOMBRE I. Di otras razones. *(Se voltea, retoma su postura cabizbaja.)*

MUJER II. ¿No me van a llevar a un juicio. ¿No me van a acusar?

HOMBRE I. No.

MUJER II. ¿Cuáles razones diste?, si se pueden saber.

HOMBRE I. No es necesario que muestres un interés que no mostraste nunca.

MUJER II. Sí, mejor no me digas. No me interesa.

(Silencio.)

MUJER II. ¿Sabes?, ese afecto que no pude sentir por ti, no fue un asunto personal. Yo hice el esfuerzo. Lo recuerdo bien: esperaba que cuando nacieras emergiera eso que llaman instinto maternal, amor de madre; pero no, no fue así. Ya te odiaba por hacerme pasar nueve meses insoportables. Por lo menos, tienes que agradecerme que no te asesiné como hacen otras. *(Se ríe.)*

(El Hombre I toma la postura erguida y mira de frente a la Mujer II. Su voz tiene un tono de reproche.)

HOMBRE I. Gracias.

MUJER II. De nada. Bueno, lo reconozco, te di unos cuantos golpecitos. Pero lo normal, eso te hizo hombre. Además, no te dejé en el abandono, no te di a una fundación. Al contrario, te di techo, comida, te envié a la escuela. Eso es importante. Deberías agradecermelo. En aquella escuela donde te envié te enseñaron bien, aunque eras lento, eso decía un maestro. ¿Recuerdas a ese maestro?

HOMBRE I. No.

MUJER II. ¡Qué te vas a estar acordando! Bueno, aunque no lo reconozcas, si lo analizas bien, no fui una mala madre después de todo. ¿Cuándo comenzaste a vivir solo? Creo que a los 13 años, ¿no?

HOMBRE I. Sí. Porque no querías que molestara a tu pareja.

MUJER II. Exacto. Ya eras un hombre. Y fíjate que saliste adelante. Hiciste dinero. Bueno, terminaste aquí, pero la razón, ya tú lo dijiste, no soy yo. Lo que te pasó, te pasó después de mí, yo no tuve nada que ver.

HOMBRE I. No te estoy culpando de nada.

MUJER II. *(Mira al techo.)* ¿Lo escucharon? No soy la culpable... *(Mira al Hombre I.)* Pero ¿cuál es la razón?... ¡No me digas!

No importa. No sé si te interesa, pero quiero que sepas que estoy felizmente casada. Por fin me conseguí un hombre con mucho dinero. No hay que rendirse. Te puedes ir sin preocuparte porque yo estoy muy bien.

HOMBRE I. ¿Por qué viniste?

MUJER II. ¿Qué preguntas es esa? Porque me citaste, ¿no?

HOMBRE I. No era obligatorio. Estaba seguro que no ibas a venir.

MUJER II. Para adivino Dios. Pensé que me metería en problemas si no venía. Se dicen muchas cosas de lo que le pasa a los citados que no vienen. También pensé que tenía que actuar como una madre sufrida, por eso me comporté como una ridícula desde el principio. ¿Esto lo están grabando, por casualidad?

HOMBRE I. Te dije que no era necesario.

MUJER II. ¿Estás seguro de que no tengo que preocuparme de nada?

HOMBRE I. Seguro.

MUJER II. No es que después me van a meter presa por ser mala madre. ¿Esto lo están grabando? ¿Lo van a pasar en alguna parte? ¿Me van a seguir?

HOMBRE II. Es una empresa privada, no te van a meter presa. Y sí, lo están grabando, pero ya te dije que no te preocuparas.

MUJER II. Yo sé que tú me odias. Dime la verdad, ¿por qué me citaste?

(Entra el Vigilante.)

VIGILANTE. Se terminaron los diez minutos.

(La Mujer II se levanta con premura, jubilosa. El Vigilante la acompaña.)

MUJER II. ¿Ya? Estos diez minutos no parecen diez minutos. Pero no hay ningún problema. Cuídate, hijo mío, donde quiera que vayas a estar. (*Se dirige al Vigilante.*) No voy a tener ningún problema, ¿verdad? Él me dijo que no. Él está aquí porque quiere. Yo intenté convencerlo, pero no conseguí nada. Soy una buena madre. Los hijos de hoy en día no son como los de antes, no respetan a nadie. Fíjese que tenía como cinco años que no lo veía. Yo creo que hasta más...

(*La Mujer II y el Vigilante salen.*)

ESCENA II

El Señor, con un papel en la mano, entra a la sala mirando a todas partes. Está nervioso, se sienta frente al Hombre I, quien sigue con su postura cabizbaja.

SEÑOR. (*Carraspea.*) ¿Estás seguro de que esto que sale en este papel es lo que tú quieres?

HOMBRE I. Sí.

SEÑOR. (*Logra aclarar un poco la voz.*) Se supone que tengo que convencerte para que salgas de aquí, ¿no?

HOMBRE I. ¿Quieres convencerme?

SEÑOR. Yo te veo tranquilo. Lo que sí me intriga es que me hayas citado. Leí un poco, dice que tienes que citar a las personas más importantes en tu vida. Por eso no entiendo qué hago yo aquí. No creo que haya sido importante para ti.

HOMBRE I. Lo inventé. Necesitaba llenar ese requisito. A alguien tenía que poner.

SEÑOR. ¿Tu madre también fue un invento?

HOMBRE I. También.

SEÑOR. Me la encontré cuando iba saliendo de aquí. Hacía años que no la veía.

HOMBRE I. Yo también tenía años sin verla.

SEÑOR. Esa mujer parece un camaleón. Cambia de imagen como cambian los segundos en el reloj. ¿Cómo lo van a hacer?, si se puede saber. ¿Ya elegiste la fantasía?

HOMBRE I. Aún no. Si paso esta prueba podré elegir.

SEÑOR. Pero si ellos se enteran que yo fui citado solo para llenar el requisito, ¿no pueden aplazarte en esta prueba? Esto lo deben estar grabando, ¿no?

HOMBRE I. Lo están grabando.

SEÑOR. ¿Y entonces?

HOMBRE I. A ellos no les importa, ya les pagué. Quizá tan solo están midiendo el tiempo de las visitas. O pendientes de que nadie me toque. Pero todo es un teatro. No les importa.

SEÑOR. (*Se levanta emocionado.*) ¿Estamos en una obra de teatro?

HOMBRE I. No. Es un decir.

SEÑOR. (*Se sienta.*) Ah... ¿Y esto es costoso?

HOMBRE I. Algo.

SEÑOR. Pero tú tienes dinero. Yo sé que vendiste unas de esas que cosas que se llaman...

HOMBRE I. App.

SEÑOR. App. Eso iba a decir... Hablando de dinero, ¿por qué no lo haces gratis? Tú mismo te puedes encargas, ¿no te parece?

HOMBRE I. No tengo el valor. Siempre he sido un cobarde.

SEÑOR. No es por nada, pero hoy en día para vivir hay que tener mucho valor.

HOMBRE I. Sí.

SEÑOR. Me hubieses dicho a mí, yo te hubiese ayudado. Y te hubiese dado un buen precio. Bueno, todo hubiese dependido de tu escogencia. Si me hubieses pedido que te estrangule, creo que, en ese caso, como es más difícil porque hay contacto, te hubiese cobrado más.

HOMBRE I. Eso ya no importa, ya estoy aquí.

(El Señor se levanta, camina en círculos. Está emocionado.)

SEÑOR. ¿No importa? ¡Claro que importa! ¡Contigo hubiese comenzado mi propia empresa! Eso sí, yo sí le daría importancia a estos momentos con los visitantes, con las últimas personas que vería el cliente. Porque yo también le exigiría que me nombraran a las personas importantes, claro está. No hay nada más importante que las personas importantes. Pero ¿para qué son las personas importantes?

HOMBRE I. A ver si logran que el cliente se arrepienta.

SEÑOR. ¡Claro! ¡Qué bruto soy! ¡Para qué otra cosa podría ser! ¿Todas las personas que citaste son para llenar el requisito? ¿Ninguna es realmente importante?

HOMBRE I. Una es realmente importante.

SEÑOR. ¿Una novia? Perdón, no me quise meter en eso. ¿Qué pasa si el cliente se arrepiente cuando está con la persona importante?

HOMBRE I. Deberían retirarla del plan de servicios.

SEÑOR. *(Se sienta.)* ¿Deberían? ¿La retiran o no?

HOMBRE I. He visto algunas visitas de otros clientes. Es un vulgar protocolo. Los he visto llorar y sin embargo la empresa continúa con su plan de servicios.

SEÑOR. Llanto, claro. El llanto es una buena señal... Una cosa, ¿por qué no el metro?

HOMBRE I. Aquí será sin dolor. Y uno tiene la oportunidad de elegir la manera.

(El Señor se levanta eufórico y vuelve a caminar de un lado a otro.)

SEÑOR. ¡Yo comenzaré con pocos clientes, claro! ¡Pero luego tendré muchos más! ¡Eso sí, estaré pendiente de si alguien llora frente a la persona importante, porque no hay nada más importante que las personas importantes! Y el llanto es importante. No hay nada que me impresione más que ver a una persona desconocida llorando en la calle. Así será lo que está pasando para atreverse a llorar frente a la gente, ¿no? Siempre me digo eso... ¡Les voy a robar el mercado! ¡Me voy a convertir en la competencia! ¡Eso sí, mi empresa va a ser un gran proyecto, en ella trabajarán los mejores profesionales!... Uy, pero ¿qué profesionales utiliza esta empresa?

HOMBRE I. No estoy seguro.

SEÑOR. *(Se sienta.)* ¿No debería haber doctores, psiquiatras, psicólogos, no sé..., gente que conozca de las loqueras que pasan por la mente del ser humano?

HOMBRE I. La verdad, no me importa.

SEÑOR. Bueno, fíjate, a mí se me ocurre, para ser innovador, que no contrataré especialistas en la mente, sino especialistas en los sentimientos... Uy, pero ¿hay especialistas es eso?

HOMBRE I. Quizá.

(El Señor se vuelve a poner de pie. Está emocionado.)

SEÑOR. ¡Tiene que haberlos! El ser humano ha avanzado mucho. Fíjate que existen estas empresas, eso quiere decir que estamos aceptando nuestras debilidades, estamos aceptando que hay muchos que no saben vivir y que tienen el derecho de elegir su hora. Y es verdad, no todo el mundo nació para saber vivir, así como mucha gente no nació para estudiar en una universidad. ¡Hay que darle la oportunidad a los que no se llevan bien con la vida, para que estén donde quieran estar!... ¡Esto sí es democracia!... *(Mira el reloj. Luego se sienta.)* Una última cosa: ¿tu madre no te dijo si yo era en realidad tu padre?

HOMBRE I. Nunca me lo dijo.

(Entra el Vigilante.)

SEÑOR. Por cierto, ¿quién es esa única persona importante para ti?

VIGILANTE. Se terminaron los diez minutos.

SEÑOR. *(Se levanta.)* ¿Ya?... No es por nada, pero creo que no llevan bien el tiempo, tienen una falla ahí.

(Se va con el Vigilante.)

VIGILANTE. ¿Cómo?

SEÑOR. Nada. Cosas de personas importantes. Mi empresa sí va a llevar el tiempo correctamente. Y a las personas que lloren los vamos a retirar del plan del servicio. Son unos inhumanos. Nosotros vamos a ser más humanistas que ustedes. Váyanse preparando, les llegó competencia... Cuídate, hijo. Gracias por darme la idea de una nueva empresa.

(El Señor sale con el Vigilante.)

ESCENA III

El Hombre I sigue sentando. Entra un Sacerdote con su Biblia y se le sienta enfrente. Se hace la señal de la cruz.

SACERDOTE. Buenas tardes, hijo mío. ¿Cómo te has sentido el día de hoy?

(El Hombre I se extraña por la presencia del Sacerdote y levanta su cuerpo encorvado.)

HOMBRE I. Yo no pedí un sacerdote.

SACERDOTE. Eso no quiere decir que no podamos conversar. ¿Cuántas personas te han visitado?

HOMBRE I. Dos.

SACERDOTE. Estás en el plan mínimo, ¿no? La mayoría cita a sus padres, a sus hermanos; algunos a sus esposas, otros a sus amantes. Muy pocos citan a sus hijos. Ese sería un buen tema de investigación. ¿Será que la mayoría les tiene miedo a sus hijos? Bueno, Dios sabrá. A veces me he preguntado a quién citarías yo si estuviese en esta circunstancia. Sí, los sacerdotes también tenemos nuestras contradicciones. Somos humanos, por ende padecemos todas las alteraciones de la especie. Pero no estoy aquí para hablar de mí. En la familia están las personas más importantes de nuestras vidas. ¿Cuántos hermanos tienes?

HOMBRE I. No tengo hermanos.

SACERDOTE. Entiendo. ¿Citaste a tu padre?

HOMBRE I. No sé quién es padre.

SACERDOTE. ¿A tu madre? Por supuesto, la madre es el alma de todo, es quien da la vida. La mayoría cita a la mamá porque es la

prueba máxima. Solo de verla puedes cambiar de idea. Por supuesto, en algunos casos la relación no es buena. ¿Cómo es tu relación con tu madre?

HOMBRE I. No tenemos ninguna relación. Ni ella es madre ni yo soy hijo.

SACERDOTE. Ya veo. Estás lleno de odio. Por eso estoy aquí.

HOMBRE I. ¿Para qué?

SACERDOTE. Para que recemos juntos y te confieses, hijo mío.

HOMBRE I. ¿Confesar qué?

SACERDOTE. Tus pecados. Ya sé, te preguntaras cómo es que te vas a confesar con un ser humano como yo, desconocido, imperfecto, propenso también a los pecados. Bueno, Dios nos encomienda esta tarea precisamente por eso, porque como también somos humanos, llenos de imperfecciones, entonces podemos entender. Yo no estoy aquí para juzgar. Estoy aquí para que recibas el perdón de Dios y puedas entrar en el reino de los cielos.

(El Hombre I se levanta.)

HOMBRE I. ¿Por qué no en el infierno?

SACERDOTE. Porque Dios lo perdona todo.

HOMBRE I. ¿No me diga? Qué tipo tan generoso.

SACERDOTE. A ver, ¿por qué has perdido la fe? Es cierto que el mundo está patas arriba, pero Dios está con nosotros. Reza conmigo por tu alma.

HOMBRE II. *(Impaciente.)* ¡No quiero! ¡Yo no pedí ningún sacerdote!

(El Sacerdote se pone de pie.)

SACERDOTE. Cálmate, hijo mío, yo estoy aquí para liberarte; no soy el enemigo. El arrepentimiento es sencillo, basta con que le pidas perdón a Dios con el corazón.

(El Hombre I mira el techo con la expectativa de escuchar la voz y luego mira al Sacerdote.)

HOMBRE I. No quiero ningún perdón...

SACERDOTE. Si miras al cielo es porque esperas su perdón. Si se lo pides, te lo dará.

HOMBRE I. No quiero nada...

SACERDOTE. Este es un servicio de la empresa. Reza. Dios te escuchará. Yo soy un canal, yo soy los oídos de Dios.

(El Hombre I camina hacia la puerta. Está indeciso, se devuelve.)

HOMBRE I. Es un servicio de la empresa, pero yo no lo pedí.

(El Sacerdote sigue al Hombre I. Pierde la paciencia.)

SACERDOTE. ¡Que reces, carajo! ¡No tienes nada que perder!...

HOMBRE I. ¡Ni nada tengo que ganar!

SACERDOTE. ¡Cómo que no! ¿Te parece poco ir al cielo?

HOMBRE I. *(Irónico.)* ¿Esta empresa tiene conexión directa con el cielo?

SACERDOTE. ¿Sabes cuánta gente se está muriendo ahora mismo y no tiene la forma de conseguir el perdón? La voluntad de Dios es que reces. ¡Reza!

HOMBRE I. ¿Es la voluntad de Dios o la voluntad de la empresa?

SACERDOTE. Dios es todo.

HOMBRE I. Pero ¿cómo es la cosa? ¿Eres empleado de Dios o de la empresa?

SACERDOTE. No te estoy pidiendo que te arranques el brazo.

HOMBRE I. Pero así lo siento...

SACERDOTE. Repite conmigo: Padre nuestro que estás en los cielos...

(El Hombre I se para al lado del Sacerdote; se enfrentan.)

HOMBRE I. Quiero que salgas.

SACERDOTE. No han pasado los diez minutos.

HOMBRE I. No importa, salga. Tú no eres una visita.

SACERDOTE. Si repites conmigo el padre nuestro, entonces me saldré.

HOMBRE I. ¡Salga!

SACERDOTE. Padre nuestro que estás en los cielos...

HOMBRE I. ¡Salga!

SACERDOTE. Santificado sea tu nombre...

HOMBRE I. ¡Salga!

SACERDOTE. Repite y me salgo. Venga a nosotros tu reino...

(El Hombre I mira hacia la puerta.)

HOMBRE I. ¡Vigilante!

SACERDOTE. Deja que pasen los diez minutos... Hágase tu voluntad así en la empresa, perdón, en la tierra...

HOMBRE I. Me resulta insoportable tu presencia.

SACERDOTE. No me veas entonces. Cierra los ojos y reza... Como en el cielo.

(Entra el Vigilante. El Sacerdote se lamenta al verlo.)

HOMBRE I. Llévatelo.

(El Hombre I va hacia su silla y nuevamente adopta su postura melancólica. El Vigilante va hacia el Sacerdote con una actitud triunfante, frotándose las manos.)

VIGILANTE. Sacerdote, se han terminado los diez minutos.

SACERDOTE. ¡No seas ladrón! ¡No han pasado los diez minutos!

(El Sacerdote y el Vigilante salen juntos. El gendarme le coloca el brazo al Sacerdote por encima del hombro.)

VIGILANTE. No pudiste hacerlo rezar, págame la apuesta.

SACERDOTE. Me robaste minutos.

(El Sacerdote saca dinero y se lo da al Vigilante.)

VIGILANTE. Fueron diez minutos. Cómprate un reloj. Acéptalo, la Iglesia está perdiendo sus fans...

ACTO III

ESCENA I

El Vigilante entra con comida a la sala donde está sentado el Hombre I, con su actitud cabizbaja.

VIGILANTE. Es el intermedio. ¿Quieres ir a tu habitación?

HOMBRE I. No.

VIGILANTE. Aquí tengo tu comida, ¿la quieres?

HOMBRE I. No tengo hambre.

VIGILANTE. Entonces, ¿me la puedo comer? Está mejor que la mía.
(Se lleva un bocado a la boca.) ¿No te importa?

HOMBRE I. No.

VIGILANTE. Puedes salir un rato si quieres.

HOMBRE I. Me voy a quedar aquí. *(Se levanta de la silla y se sienta en el suelo.)*

(Sale el Vigilante. Entra un hombre con aspecto descuidado. Se acerca al Hombre I. Este lo mira mostrando interés. Se incorpora y lo mira como quien ve algo extraño.)

DESCUIDADO. Buenas tardes. ¿Nadie me va a dar las buenas tardes?

HOMBRE I. ¿Quién te dejó entrar?

DESCUIDADO. Primero, con la buena educación por delante. Buenas tardes.

HOMBRE I. No tengo ganas de desearle buenas tardes a nadie.

DESCUIDADO. Hermano, yendo al grano, yo estoy aquí porque hace poco salí de la cárcel y no tengo dinero para irme para mi pueblo. Yo prefiero pedir honradamente, con dignidad y con la frente en alto, antes que estar robando por ahí. ¿Por qué caí preso? Lo que pasó fue que tuve que matar a dos tipos que violaron a mi hermana. Un desastre. Esa culebra no podía dejarla viva, tuve que darle a esos perversos un pasaje para el otro mundo. ¡Yo soy un varón! Pero ya cumplí con la sociedad, hermano, y si tú pudieras ayudarme con algo, te lo voy a agradecer. Si estás aquí es porque te quieres deshacer de todo. Tienes que darme una buena tajada. No me vayas a dar una miseria; no me dejes morir.

(El Hombre I saca dinero de su bolsillo y se lo da al Descuidado.)

HOMBRE I. Esto es lo único que tengo.

DESCUIDADO. ¿Esto? ¿Con esto no me puedo comprar ni una navaja para robar a alguien! ¡Ojalá te pudras en el infierno! *(Se voltea con intenciones de salir; da unos pasos, pero se devuelve.)* Perdóname, hermano, por tratarte así, es que tengo muchos días sin comer, y tú sabes que el hambre vuelve loco a cualquier ser humano de la humanidad. Antes de irte a otra parte deberías ayudar a otro ser humano. Si te fijas bien, yo he venido a darte esa oportunidad. ¿Me vas a decir que no tienes más?

(El Hombre I se revisa los bolsillos.)

HOMBRE I. No tengo.

DESCUIDADO. ¡Qué desastre! Pero puedes darme ese reloj. ¿Para qué vas a querer saber la hora en la urna? Ahí el tiempo se detiene. Ya no lo necesitas.

HOMBRE I. Toma. Vete.

(El Descuidado toma el reloj; lo examina, se lo pone y sale de sala.)

ESCENA II

*El Hombre I se acuesta encima del escritorio, mira el techo.
Entra un Vendedor y se le acerca.*

VENDEDOR. Sopa de letras, damero, crucigramas, recetas de cocina. Recetas de cocina, crucigramas, damero, sopa de letras. Sopa de letras, damero, crucigramas, recetas de cocina... Puedes observar sin ningún compromiso. Estas cuatro revistas te salen más baratas que en cualquier otra parte. De hecho, estoy seguro de que están más baratas que en el cielo, que es el sitio a donde te vas a ir tú, camarada.

HOMBRE I. No tengo dinero.

VENDEDOR. Pero míralas. Para matar el tiempo no hay nada mejor.

HOMBRE I. No tengo dinero.

VENDEDOR. ¿Me vas a decir que no tienes dinero? Seguro estás pensando que no son unas revistas de calidad. Pero te equivocas, camarada. Estas revistas han sido aprobadas por los más grandes científicos del mundo, los que han llegado a la conclusión de que solo los seres humanos inteligentes, los genéticamente superiores, pueden resolver los difíciles problemas que salen aquí. Imagínate, serás recordado como un hombre inteligente. ¿Quién no quiere ser recordado como una persona inteligente?

HOMBRE I. No tengo dinero.

VENDEDOR. Pero eso no importa. Podemos hacer un arreglo... (*Mira hacia la puerta.*) Me das esa camisa y te dejo las revistas. ¿Qué vas a hacer con esa camisa en el más allá? Nada, no la vas a necesitar porque seguro tú te vas a convertir en un ángel.

(*El Hombre I se quita la camisa y se la da al Vendedor. Este pone las revistas sobre el escritorio y se dispone a salir pero se arrepiente.*)

VENDEDOR. ¿Me puedo llevar las revistas, camarada?

HOMBRE I. Llévatelas.

VENDEDOR. Se ve que lo tuyo es la tecnología. Desde que se prohibieron el uso de celulares, *tablet*, todo eso, un montón de gente contrató los servicios de esta empresa capitalista. Hay mucha gente que no sabe vivir sin redes sociales. ¡Qué gente tan loca!, ¿no? No lo digo por nada malo, cada quien en lo suyo. De todas maneras, sabemos que esas prohibiciones son nada más que para los pobres, ¿no es así? No se consiguen, pero yo te puedo conseguir un celular. ¿Lo quieres?

HOMBRE I. No.

VENDEDOR. Mejor. Eso es, hay que vivir sin redes sociales.

(*El Vendedor se pone la camisa, toma las revistas y sale.*)

ESCENA III

El Hombre I sigue sin camisa y acostado sobre el escritorio. Entra una Prostituta. Está vestida de un modo casual, con vestido sencillo, unas sandalias de tacón bajo; tiene poco maquillaje, no da señales que digan que se dedica a dicho oficio. Se acerca. El Hombre I se da cuenta de su presencia, se incorpora. Es atracción a primera vista.

HOMBRE I. No me acuerdo de ti; ¿te cité?

PROSTITUTA. (*Finge estar dolida.*) ¡Cómo es posible que no te acuerdes de mí!

HOMBRE I. Lo lamento. Pero...

PROSTITUTA. (*Se ríe.*) Mentira. Soy una malvada. No nos conocemos. No te molestes, por favor. Era una broma. ¿No quieres hacerlo por última vez? Anda, para que te lleves el mejor recuerdo de tu vida.

HOMBRE I. ¿Quién los deja entrar?

PROSTITUTA. Te molestaste. Ya me voy.

(La Prostituta se voltea y se dispone a salir.)

HOMBRE I. No dije que te fueras.

(La Prostituta se detiene.)

PROSTITUTA. ¿Me puedo quedar entonces?

HOMBRE I. Ya estás aquí.

PROSTITUTA. ¿Quieres mi servicio? (*Se devuelve.*)

HOMBRE I. No pareces una...

PROSTITUTA. Pero lo soy. No te dejes engañar por mi apariencia.
¿No quieres probarme?

HOMBRE I. ¿Es en serio?

PROSTITUTA. Sí.

HOMBRE I. Entonces no te ofendas, pero me cansé del sexo sin amor.

PROSTITUTA. Qué profundo. ¿Y quién te dijo a ti que yo no te puedo dar amor?

HOMBRE I. (*Interesado.*) Es difícil ver el amor en una relación que se establece por un trueque económico.

PROSTITUTA. El problema no lo tiene el amor entonces, lo tiene tu vista. Eres prejuicioso.

HOMBRE I. Tu servicio, además de humor, también trae franqueza,
¿no?

PROSTITUTA. Un poquito. Si tiene buen humor, me puedes soportar.
¿No tienes buen humor?

HOMBRE I. No mucho.

PROSTITUTA. ¿Cuándo fue la última vez que te reíste a carcajadas hasta que se te salieran las lágrimas?

(El Hombre I se pone a pensar.)

HOMBRE I. No me acuerdo.

PROSTITUTA. Con razón estás aquí.

HOMBRE I. ¿Tú sí recuerdas cuándo fue la última vez que te reíste a carcajadas?

PROSTITUTA. Ayer.

HOMBRE I. ¿Por?

PROSTITUTA. Me caí en la calle y no pude aguantar la risa. Lo mejor fue que la gente comenzó a contagiarse con mi risa. ¿Nunca has tenido una pareja así, que se ría por todo?

HOMBRE I. No.

PROSTITUTA. ¿Y franca? Las prostitutas somos más francas que muchas mujeres.

HOMBRE I. No, tampoco.

PROSTITUTA. (*Bromea.*) ¿Nunca has tenido una mujer? ¿Eres virgen?

HOMBRE I. Vengo de una relación de unos cuantos años...

PROSTITUTA. ¿Por ella estás aquí?

HOMBRE I. No. Soy un maníaco depresivo que se cansó de vivir.

PROSTITUTA. Hay medicamentos para todo.

HOMBRE I. Me cansé de tomarlos.

PROSTITUTA. Hay quien quiere tomarlos y no puede conseguirlos.

HOMBRE I. Qué te puedo decir. El mundo es una mierda.

PROSTITUTA. Ese debería ser el *slogan* de esta empresa: «El mundo es una mierda, ven con nosotros». ¿Eres peligroso sin medicamentos?

HOMBRE I. ¿Qué crees tú?

(*La Prostituta lo mira de pies a cabeza.*)

PROSTITUTA. Lo que necesitas es ser escuchado. Ese es mi diagnóstico.

HOMBRE I. ¿Eres... prostituta... o psicóloga?

PROSTITUTA. (*Se ríe.*) Mencionas la palabra “prostituta” como todos.

HOMBRE I. ¿Cómo?

PROSTITUTA. Como si fuese un virus. Trabajadoras sexuales, nos llaman ahora. El hombre cree que al nombrar las cosas de forma diferente va a cambiar la realidad. Eso es un eufemismo, somos putas y ya.

HOMBRE I. ¿Y cómo habría que pronunciar la palabra... “prostituta”?

PROSTITUTA. Cuando puedan decir “me vi con una prostituta” igual que dicen “me vi con una doctora”, entonces todo será diferente.

HOMBRE I. ¿Tienes otra profesión?

PROSTITUTA. No es por nada, pero bailo flamenco muy bien.

(La Prostituta se quita las sandalias y se pone a bailar flamenco con mucha gracia y sensualidad. El Hombre I la mira hipnotizado. Lo disfruta. La contempla con sumo placer. Ella danza con pasión, entregada, como si se escapara del mundo. Pronto la danza llega su fin.)

PROSTITUTA. ¿Qué opina el jurado?

(La Prostituta se sienta en el escritorio, al lado del Hombre I. Se acercan el uno al otro.)

HOMBRE I. Hermoso. No entiendo por qué te dedicas a...

PROSTITUTA. Necesitas analizarlo todo. Ese es tu conflicto con la vida, no le puedes perdonar que haya cosas que no comprendes.

HOMBRE I. ¿Tú también eres una empleada de la empresa, como el Sacerdote?

PROSTITUTA. No, Dios me libre.

HOMBRE I. ¿Crees en Dios?

PROSTITUTA. Claro que sí. Para ti como que las prostitutas no tenemos derecho a nada, ¿no?

HOMBRE I. No es eso.

PROSTITUTA. ¿Y entonces qué es?

HOMBRE I. Me estoy dando cuenta que sí, que soy un prejuicioso.

PROSTITUTA. Me alegra que lo aceptes.

(La Prostituta lo empuja, en señal de juego.)

HOMBRE I. Deja la violencia.

PROSTITUTA. No te puedes quejar, te traje de todo: humor, franqueza y violencia. Hablando así como los locos, ¿por qué no tienes camisa?

HOMBRE I. Se la di a un vendedor.

PROSTITUTA. ¿Así nada más? ¿Él te la pidió y tú se la diste?

HOMBRE I. Sí.

PROSTITUTA. Qué generoso. ¿Siempre has sido así?

HOMBRE I. No.

PROSTITUTA. Qué decepción.

HOMBRE I. Eso soy, una decepción.

PROSTITUTA. ¡Qué dramático! ¿Por qué el dinero que pagaste aquí no lo tomaste para irte del país, para viajar por el mundo?

HOMBRE I. En otro país sería igual, siempre estaría conmigo.

PROSTITUTA. Te hubieses ido sin llevarte, te hubieses dejado aquí...
Perdón, fue un mal chiste. Pero, admítelo, hay peores.

HOMBRE I. ¿Tú por qué no te fuiste del país cuando se podía?

PROSTITUTA. Amo este país, prefiero ser prostituta o morirme de hambre aquí que ser prostituta o morir de hambre siendo extranjera.

HOMBRE I. El nacionalismo es una enfermedad.

PROSTITUTA. Dije que amo este país. Una cosa es el amor y otra muy distinta es el nacionalismo.

HOMBRE I. ¿A qué te dedicas de verdad?

PROSTITUTA. ¿Para qué quieres saber? ¿Me vas a invitar a salir?

HOMBRE I. Puede ser.

PROSTITUTA. No me digas, ¿te están dando ganas de vivir por una prostituta? No me mientas, no juegues con mis sentimientos.

(El Hombre I se ríe. Se miran intensamente.)

HOMBRE I. Vivir no. Salir, quizá.

PROSTITUTA. Te reíste. Ya eso es bastante. Bueno, no te lo pienses. Vente conmigo. Una aventura con una desconocida es una buena motivación, ¿o no?

(La Prostituta se pone de pie. El Hombre I la mira indeciso. Entra el Vigilante. Se le acerca con premura a la Prostituta. La empuja para sacarla. El Hombre I no sabe cómo reaccionar. Va detrás de la Prostituta y el Vigilante, pero no le sale ninguna palabra.)

VIGILANTE. ¡Vamos, vamos! ¡Salte! ¡Tú confundes a los clientes!

PROSTITUTA. No es necesario que me empujes. Tú me dejas entrar y después me sacas. Deberías devolverme lo que me cobraste.

VIGILANTE. Estás aquí para ofrecer sexo, no para animar a la gente a seguir viviendo.

(La Prostituta sale con el Vigilante. El Hombre I se queda pegado a la puerta. Reacciona y va a sentarse, volteando de vez cuando, preguntándose qué acaba de suceder. De pronto abren la puerta; el Hombre I se emociona, pero es el Vigilante; toma las sandalias y sale. El Hombre I se sienta en la silla.)

ESCENA IV

(Entra el Amigo. Está oculto debajo de una sábana; se la quita cuando está cerca del Hombre I, quien está sentado con la cara pegada del escritorio.)

AMIGO. ¡Mi pana, soy yo! ¡Mírame!

(El Hombre I alza la mirada, se asombra. Mira hacia la puerta. Se levanta.)

HOMBRE I. ¿Qué haces aquí?

AMIGO. ¡Vine por ti! ¡Soy tu amigo! Vámonos.

(El Hombre I camina, buscando alejarse del Amigo.)

HOMBRE I. Los amigos son como los unicornios: hablamos de ellos, pero en realidad no existen.

AMIGO. ¿De dónde carajo sacaste eso?

HOMBRE I. ¿Cómo te enteraste que estaba aquí?

AMIGO. *(Lo persigue.)* No importa cómo me enteré. Vámonos.

HOMBRE I. No te cité. El Vigilante, en cualquier momento, vendrá a sacarte.

AMIGO. Pero ¿por qué no me citaste? ¿Temes que te convenza de que no vale la pena lo que estás haciendo?

HOMBRE I. ¡No!

AMIGO. Entonces, ¿por qué no me citaste?

HOMBRE I. Eso no...

AMIGO. No me citaste porque yo soy la única persona a la cual le importas de verdad.

HOMBRE I. Yo no soy responsabilidad tuya. Puedo cuidarme solo.

AMIGO. La amistad es una responsabilidad.

HOMBRE I. ¡Vete!

AMIGO. ¿Qué te hicieron aquí?

HOMBRE I. Es mejor que te vayas...

(Entra el Vigilante para anunciar que se ha terminado el intermedio.)

VIGILANTE. Se terminó el... *(Se percata de la presencia del Amigo.)*
¡¿Eres tú otra vez?!

(El Vigilante y el Amigo se miran con odio. Pronto adoptan la posición de luchadores: comienzan a caminar en círculo, uno frente al otro. El Hombre I se pega de la pared. Cuando se detienen, el Vigilante grita.)

VIGILANTE. ¡Juan Crimen! ¡Pedro Balas!

(Los dos hombres de negro —quienes se muestran temerosos— se colocan detrás del Vigilante y toman la misma posición de este último. Entonces los cuatro comienzan a caminar en círculo, examinándose con la mirada. Juan Crimen lleva puesto unos suspensorios.)

VIGILANTE. ¡Juan Crimen, ataca!

JUAN CRIMEN. *(Se agarra los testículos. Está asustado.)* ¿A quién?

VIGILANTE. ¡Cobarde!... ¡Pedro Balas!

PEDRO BALAS. ¡Dígame, señor!

VIGILANTE. ¿Estás listo?

PEDRO BALAS. ¿Listo para qué, seeñor?

VIGILANTE. ¡Altooo!

(Se detienen, dejan de girar los cuatro. El Vigilante, haciéndole señas con la mano, le dice al Amigo que se espere; luego se reúne con los hombres de negro, como un equipo de fútbol americano. El Amigo hace movimientos cual boxeador entrenando. Después de la reunión, repentinamente, los tres hombres se lanzan sobre el Amigo. Debido a que este último está desprevenido, logran atraparlo. Lo golpean y lo arrastran fuera de la sala. El Hombre I se despega un poco de la pared; se queda unos cuantos segundos mirando cómo remolcan y sacan al Amigo. Se pega de la puerta. Está indeciso. Reacciona y camina hasta la silla, donde se sienta y adopta su postura cabizbaja y melancólica.)

ACTO IV

ESCENA I

En otra sala de visitas —en donde cuelga una lámpara del techo— el Hombre II está sentado en una silla. Tiene al frente un escritorio y del otro lado una silla vacía. Está vestido de un modo elegante, de traje y corbata. Espera ansioso a que alguien aparezca. Comienza a golpear la mesa con los dedos, tamboreando suavemente; poco a poco va aumentando la fuerza, utilizando las dos manos. Le da un golpe fuerte y empuja el escritorio con rabia y se levanta.

HOMBRE II. ¡Entonces nadie va a venir! ¡Esta empresa tiene una profunda desorganización!

VOZ EN OFF. Siéntese, no puede estar de pie durante la visita.

(El Hombre II mira hacia todas partes, queriendo averiguar de dónde sale la voz.)

HOMBRE II. ¿Cuál visita?

VOZ EN OFF. Tiene razón.

HOMBRE II. ¡Tengo más de una hora esperando y nadie ha venido! Voy a estar de pie porque estoy cansado de estar sentado. Además, ¡me da la gana estar parado!

VOZ EN OFF. Está bien, tiene permiso de esperar a su visita de pie.

HOMBRE II. Está bien, tiene permiso de esperar su visita... ¡¿Cuál visita de mierda?! Si quiero sentarme me siento. *(Se sienta.)* Nadie me va a obligar a estar parado. Pero sepan una cosa, no quiero estar sentado y me voy a parar porque me da la gana.

(*Se pone de pie.*) ¡Esa voz se parece a la de Rodríguez, coño! Seguro que quien está dirigiendo esta vaina es un jovencito que hizo un posgrado en tetas digitales bajo el mar. Ese no debe saber nada de nada, pero como es joven hay que darle la oportunidad. Y los que pasamos de los cuarenta, que se jordan... ¿Por qué no han venido?... Pero vendrán. Vendrán. Deja que se asome por esa puerta mi jefe, se las voy a cantar todas. ¡O Rodríguez o yo! La empresa se está viniendo abajo, ¿no? Bueno, quién te manda. No es suficiente con que me supliques. No, párate, no te arrodilles, no seas ridículo, ten dignidad. Dile a Rodríguez que te saque la pata del barro. No, ya no quiero ese cargo de gerente. ¿Crees que me puedes comprar con un cargo? Quiero ser socio de la empresa... Párate, párate, no te arrodilles... (*Mira el reloj.*) Ese seguro no ha llegado porque siempre ha sido más impuntual que mi esposa. Esa es otra, déjala que llegue. Seguro llega llorando. No llores, no llores. Pero bueno, ¿tú no eras la que decía que Mirian era más feliz que tú? ¿Ahora es que te has dado cuenta que tu felicidad soy yo, que no está en los materiales? No es así tan sencillo; no te puedo perdonar tan fácilmente, no, señora. No me acuses de rencoroso, me haces el favor. Me has maltratado, me has descuidado. Si no te perdono tan fácilmente es porque tengo amor propio. Amor, algo que tú no has sabido darme. Admítelo, mi hijo es drogadicto porque le falta el amor de su madre. No sé, tendré que pensarlo... Párate, párate, no te arrodilles... (*Mira el reloj.*) ¡Maldita sea! Ay, Ana Julia, prepárate, lo que te va a tocar a ti es la peor parte. El que te va a dejar soy yo. Como lo oyes, Ana Julia, ya no quiero estar más contigo. Me haces el favor y te retiras porque en cualquier momento llega mi señora esposa. Sí, salte. Es cierto, yo te cité, pero para decirte de una vez que no estás a mi altura, que no quiero nada más contigo... Párate, párate, no te arrodilles, está por llegar mi esposa. (*Mira el reloj, se quita la corbata, la arroja al suelo.*) ¡Maldita sea! ¡Ni un amigo ha llegado! ¡Ni uno! ¡Los amigos

no existen! Y esto de hacerme esperar, haciéndome quedar en ridículo, se lo voy a cobrar a todos... (*Mira el reloj, se quita el saco, lo arroja al suelo, salta sobre él. De pronto se le ocurre una idea, entonces se calma.*) Sí, seguro la empresa es culpable, no puede haber otra razón. Dieron la hora equivocada. Si esta empresa está siendo manejada por jovencitos que no tienen experiencia, seguro no citaron a la gente a la hora indicada. (*Mirando al techo.*) ¿Citaron a las personas a la hora indicada? ¿Les dieron la dirección correcta?... No responden porque les da vergüenza. Van a llegar en cualquier momento. Van a llegar. No me pueden ver así, alterado. Tengo que estar más tranquilo, así como soy yo, para que se den cuenta de que no los he estado esperando.

(*El Hombre II acomoda el escritorio, recoge su corbata, su saco, se los pone de nuevo. Se sienta. Procura estar calmado. Es cuando entra la Mujer III, bien vestida, con la actitud de quien está perdida. Echa una mirada a todas partes, luego se acerca al escritorio, camina con exagerada coquetería. Mientras se va acercando, el Hombre II se exalta, trata de controlarse, de tomar una postura tranquila, indiferente. Cuando la joven se sienta, se miran fijamente, extrañados.*)

MUJER III. ¡Ay, Dios mío! (*Se levanta de la silla de golpe.*) ¿Quién es usted? Yo no lo conozco.

(*El Hombre II también se levanta.*)

HOMBRE II. Yo tampoco la conozco.

MUJER III. ¿Qué número es esta sala?

HOMBRE II. La número cinco.

MUJER III. Discúlpeme, me equivoqué.

(La Mujer III, avergonzada, va saliendo poco a poco sin darle la espalda al Hombre II. Este se levanta y la sigue.)

HOMBRE II. ¡Pero no importa que estés equivocada! ¡Visítame durante un par de minutos nada más! ¡Quizá sí nos conocemos! ¡No te vayas! ¡Ahora sí me acuerdo de ti! Tú eres...

(Al salir la Mujer III, el Hombre II, deprimido, se sienta derrotado. Se quita la corbata y el saco. Entra el Vigilante y se le acerca.)

VIGILANTE. Citamos a todas las personas que usted anotó en la planilla. Pero nadie se presentó. Dígame, ¿qué hacemos?

HOMBRE II. Todo ha terminado. Llámame a Rodríguez, y que haga conmigo lo que le dé la gana.

(El Hombre II se pone a llorar desconsoladamente.)

VIGILANTE. Ya le traigo al ejecutivo.

(El Vigilante sale.)

ESCENA II

La Mujer III entra a la sala donde está el Hombre I, quien está sentado en su silla sin advertir su presencia. Cuando comprueba que esta vez no se ha equivocado, la Mujer III asiente con la cabeza y lentamente se acerca, luego se sienta. En ese momento, el Hombre I levanta la mirada.

MUJER III. Hola.

HOMBRE I. Hola.

MUJER III. Te atreviste.

HOMBRE I. Pues sí.

MUJER III. Me hubiese gustado enterarme por ti y no por una citación.

HOMBRE I. Habíamos terminado.

MUJER III. Eso nunca fue un impedimento para hablarnos.

HOMBRE I. No me pareció conveniente, pero tienes razón.

(Silencio. La Mujer III se toma su tiempo para mirar la sala.)

MUJER III. Te voy a ser sincera. A mí siempre me ha parecido —tú me perdonarás— que la depresión es un invento para llamar la atención. Para mí no es realmente una enfermedad como muchos dicen.

HOMBRE I. La empatía nunca fue tu fuerte.

MUJER III. Y es que es verdad, cómo una persona va a estar, no sé, triste todo el tiempo. Puedes estar triste un rato, ¿pero todo el tiempo? Eso es una locura. Sobre todo una persona como tú, que tiene dinero.

HOMBRE I. No es necesario que sostengamos esta conversación.

MUJER III. ¿Por qué no? Si me citaste fue porque querías conversar conmigo por última vez. ¿Tienes algo que decirme?

HOMBRE I. La verdad, no.

MUJER III. Yo sí. Te voy a ser sincera...

HOMBRE I. Otra cuota de sinceridad.

MUJER III. Si de verdad quisieras quitarte la vida, ya lo hubieses hecho. Hay gente que se lanza de un puente, de un edificio; que se lanza en el metro, que se pega un tiro, que se clava un cuchillo, que se corta las venas, que toma veneno... Madre santa, cómo hay tanta gente estúpida en esta vida... Lo que

quiero decirte, preguntarte más bien, ¿estás haciendo esto para llamar mi atención o es porque realmente quiere irte al más allá?

HOMBRE I. Lo segundo.

MUJER III. Dije que los estúpidos eran los que lo hacían por su cuenta, pero no es así. Los estúpidos son los que pagan por algo que pueden hacer ellos mismos.

HOMBRE I. Te recuerdo que la empresa me la recomendaste tú.

MUJER III. (*Duda al principio, mientras busca qué decir.*) Sí... Sí... Pero lo hice por eso que llaman psicología inversa, para ver si se te quitaba la idea del suicidio. Estaba segura que no ibas a poder hacerlo, porque, como tú mismo has dicho, siempre has sido un cobarde... Por eso digo que si quisieras quitarte la vida... ¿De verdad esto no es por llamar mi atención?

HOMBRE I. No.

MUJER III. ¿Por qué me citaste?

HOMBRE I. Tenía que llenar el requisito.

MUJER III. Gracias por decirme que no soy importante para ti.

HOMBRE I. No te pongas dramática.

MUJER III. ¿Cómo no me voy a poner dramática? ¿De verdad piensas llegar hasta el final con esto?

HOMBRE I. ¿Vas a seguir? ¿Quieres convencerme de que la vida vale pena?

MUJER III. Cuatro años estuvimos juntos.

HOMBRE I. Estuvimos juntos porque tú no sabes estar sola y yo tampoco. Nos la pasábamos discutiendo.

MUJER III. Las parejas discuten.

HOMBRE I. Las parejas. Nosotros solo estábamos tratando de hacernos compañía.

(Silencio.)

MUJER III. Qué cosas con el amor, ¿no? Personas que se enamoran solo con verse una sola vez.

HOMBRE I. Y otras que se ven todos los días y no se enamoran nunca.

MUJER III. Te propongo algo. Si esta va a ser nuestra última discusión, perdón, nuestra última conversación, mejor que no sea una discusión, ¿te parece?

HOMBRE I. Me parece.

(Silencio. La Mujer III respira, mira hacia los lados.)

MUJER III. Siempre me acusaste de que yo no siento nada por nadie. Te equivocas.

HOMBRE I. ¡Qué bueno! Espero que aceptes mis disculpas.

MUJER III. Un poco tarde, pero disculpas aceptadas. Aunque no me lo creas, vine porque quería verte. No habíamos hablado en casi dos semanas. Desapareciste. ¿Cuántas veces terminamos y nos reconciamos?

HOMBRE I. Muchas.

MUJER III. Veinte veces. Las conté. Cuando me llegó la citación me dije que no iba a venir, pero después cambié de idea, no quería quedarme con ese último encuentro de insultos y golpes. Me gustaría convencerte de que cambies de idea. De verdad. ¿Qué pasaría si hay una reconciliación número veintiuno...?

HOMBRE I. Como dices tú, te voy a ser sincero.

MUJER III. Adelante, la sinceridad se agradece.

HOMBRE I. (*Se pone de pie.*) Sabías muy bien lo que estabas haciendo cuando me recomendaste la empresa. Querías deshacerte de mí. Por eso quieres que continúe hasta el final. Has estado dando vueltas desde el principio. Primero, tu posición sobre la depresión, me llamas estúpido; luego, saltas con lo de la psicología inversa, me preguntas por qué te cite, recuerdas que fueron cuatro años juntos, en fin, ahora llegas a la ridiculez de una reconciliación número veintiuno. Ambos sabemos a qué has venido, pero no sabes cómo decírmelo. Por eso tanta conversación sin sentido. Pídemelo de frente antes de que se terminen los diez minutos. En cualquier momento te van a sacar.

(*Silencio.*)

MUJER III. Si no es mucho pedir..., me gustaría que me dejaras tu apartamento.

HOMBRE I. ¿Algo más?

MUJER III. Y tu Mercedes. Afuera está mi abogado, quien puede hacer el papeleo rápido.

HOMBRE I. Ahí está. Una pregunta antes: ¿nunca se te ocurrió contratar a alguien para deshacerte de mí?

MUJER III. Tengo todos los defectos, pero no soy una asesina.

HOMBRE I. Me alegra. Bueno, te agradezco por haberme recomendado la empresa, de verdad. Fue acertado, solo no me hubiese atrevido. Y para que te quedes tranquila, sí, voy a llegar hasta el final.

MUJER III. Es tu decisión.

HOMBRE I. Sí.

MUJER III. Esto es una despedida, ¿no?

HOMBRE I. Sí.

MUJER III. Y no vamos a terminar como perros y gatos.

HOMBRE I. No.

MUJER III. No me vas a crees, pero yo no estoy de acuerdo con lo que dices, en cuanto a que no éramos pareja. Claro que sí lo éramos. Fueron cuatro años. Se dice fácil, pero es bastante tiempo. Si nos reconciliábamos era por algo. En el fondo, yo creo que tú...

HOMBRE I. Vendí el apartamento y el Mercedes para pagar los servicios de esta empresa.

(La Mujer III se levanta rabiosa.)

MUJER III. ¿Qué?

HOMBRE I. Lo que escuchaste.

MUJER III. ¡Eres un maldito! ¡Maldito! ¡Maldito! ¡Maldito!

(La Mujer III le salta encima al Hombre I. Entra el Vigilante, advierte la pelea y corre a separarlos. El Vigilante agarra a la Mujer III y la saca, forcejeando con ella.)

VIGILANTE. Se terminaron los diez minutos.

MUJER III. ¡Es un maldito! ¡Planeó todo esto, me citó para hacerme sufrir! ¡Antes de mandarlo al otro mundo háganlo sufrir! ¡No, déjenme que lo haga yo!

(El Vigilante saca a la Mujer III con mucha dificultad, esta última le da batalla para evitar su salida.)

ESCENA III

El Hombre I sigue sentado, sin camisa.

VOZ EN OFF. Último visitante.

(Entra un Señor Pequeño bien vestido, con una actitud arrogante. Mira la sala con molestia. Camina hacia el Hombre I; se queda de pie. El Hombre I, al verlo, decide levantarse, en una actitud confrontadora.)

VOZ EN OFF. Siéntese, no puede recibir la visita de pie.

HOMBRE I. *(Mirando hacia el techo.)* ¡No me da la gana sentarme!

VOZ EN OFF. Buena decisión.

HOMBRE I. Qué bueno que haya venido. No podía irme sin verlo antes. Dudé que viniera.

(El Señor Pequeño mira de arriba abajo al Hombre I, con desprecio.)

SEÑOR PEQUEÑO. No iba a venir, pero me dio curiosidad saber por qué un suicida me estaba citando, por qué tenía mi dirección, mis números telefónicos... ¿Nos conocemos?

HOMBRE I. ¿No se acuerda de mí?

SEÑOR PEQUEÑO. No me hagas perder mi tiempo. Si me acordara no te hubiese preguntado.

HOMBRE I. Esto no tomará mucho.

SEÑOR PEQUEÑO. Espero que no.

HOMBRE I. No me recuerda en lo absoluto, ¿verdad?

SEÑOR PEQUEÑO. ¿Tendría que hacerlo?

HOMBRE I. Sí, debería recordarme.

SEÑOR PEQUEÑO. Pues no te recuerdo. ¿Qué quieres?

HOMBRE I. No arrugue la cara. No se asuste, no le haré daño.

SEÑOR PEQUEÑO. A mí no me asustan fácilmente. Habla de una vez.
¿Por qué me citaste?

HOMBRE I. ¿Sabe de estas nuevas empresas? ¿Sabe de los servicios
que ofrecen?

SEÑOR PEQUEÑO. Claro que sí. ¿No estarás esperando que yo te
convenza de cambiar de idea?

HOMBRE I. Claro que no.

SEÑOR PEQUEÑO. Habla.

HOMBRE I. No me recuerda ahora, pero muchas veces estuve frente
a sus ojos, esos ojos que me asustaban tanto, que me hacían
sentir tan pequeño como un grano de arroz.

SEÑOR PEQUEÑO. No tengo nada que hacer aquí.

(El Señor Pequeño intenta salir, pero el Hombre I se lo impide.)

HOMBRE I. No se puede ir.

*(El Hombre I toma del brazo al Señor Pequeño con fuerza. Lo lleva
hasta la silla y lo sienta.)*

SEÑOR PEQUEÑO. ¿Estás drogado?

HOMBRE I. Al contrario, desde hace mucho dejé de tomar los
medicamentos. Puedo oler su miedo.

SEÑOR PEQUEÑO. Déjame salir o si no...

HOMBRE I. ¿O si no qué? ¿Qué piensa hacerme? Muchas veces aquí no le hacen caso a lo que pase en la sala de visita.

SEÑOR PEQUEÑO. Si solo quieres que me quede diez minutos, me quedaré. No tienes por qué ponerte violento.

HOMBRE I. Nunca me hubiese imaginado que usted estuviese asustado frente a mis ojos.

SEÑOR PEQUEÑO. Tranquilo. ¿Qué quieres de mí?

HOMBRE I. ¿Se acuerda de la forma como me castigaba en la salón?

SEÑOR PEQUEÑO. Otro alumno que viene a culparme por el fracaso de su vida. *(Se levanta.)*

HOMBRE I. ¡Siéntate! Ya no hay razón para tratarte de usted.

(El Hombre I hala por la oreja al Señor Pequeño y lo obliga a sentarse.)

SEÑOR PEQUEÑO. ¡Vigilante!

(El Hombre I lo suelta.)

HOMBRE I. ¿Aún enseñas?... ¿Aún enseñas?... ¿Aún eres maestro? ¡Contéstame, coño!

SEÑOR PEQUEÑO. ¡Ya no soy maestro! ¡Soy profesor universitario! ¡Tienes toda la información sobre mí! ¡¿Cómo es que no sabes eso?!

HOMBRE I. *(Jadeando de rabia.)* ¿Y qué enseñas?

SEÑOR PEQUEÑO. ¿Cómo que qué enseño?

HOMBRE I. ¿Enseñas que niño que tenga dificultad para el aprendizaje hay que apartarlo? ¿Que hay que castigarlo?

SEÑOR PEQUEÑO. (*Se levanta. Asume una actitud retadora.*) ¿Me vas a decir, pelele, que todos tus problemas en la vida son culpa de un maestro? ¡Lo que te haya hecho pasó hace años!

HOMBRE I. ¡Yo todavía lo recuerdo como si fuese ayer!

SEÑOR PEQUEÑO. ¡Eso no es culpa mía!

HOMBRE I. ¡Sí lo es! ¡Sí lo es!

SEÑOR PEQUEÑO. ¡Yo no creé esta selva! ¡Yo no tengo la culpa de que los débiles sean presa de los fuertes! Si no puedes con la vida, ¡entonces muérete!

HOMBRE I. ¡Eres un inmundo, no eres un maestro!

Señor Pequeño. ¡Me importa poco lo que pienses! ¡Vete a la mierda!

HOMBRE I. ¡Me voy de la mierda, que es diferente!

SEÑOR PEQUEÑO. ¡Me parece bien! ¡Muérete, así le vas a hacer un favor a la humanidad!

(El Hombre I le salta encima al Señor Pequeño y comienza ahorcarlo. De pronto, entra el Vigilante corriendo, le quita el Hombre I al Señor Pequeño.)

HOMBRE I. ¡No se han terminado los diez minutos!

VIGILANTE. ¡Se terminaron porque yo digo que se terminaron!

HOMBRE I. ¡Que no...!

(El Hombre I intenta agarrar al Señor Pequeño y el Vigilante lo golpea. El Hombre I cae desmayado. El Señor Pequeño hace lo posible por recuperar el aliento.)

SEÑOR PEQUEÑO. ¿Dónde carajo estabas?

VIGILANTE. Señor, estaba peleando con una mujer.

SEÑOR PEQUEÑO. ¿Qué mujer?

VIGILANTE. Una mujer que se fue de aquí maldiciendo, lanzando patadas...

SEÑOR PEQUEÑO. ¿No hay nadie viendo las cámaras?

VIGILANTE. Sí, se supone que sí.

SEÑOR PEQUEÑO. ¡Ineptos!

VIGILANTE. ¡Lo lamento, señor! Sabe cómo es... Las mujeres...

SEÑOR PEQUEÑO. ¡Cállate!... ¿Y si me hubiese asesinado?

VIGILANTE. Pero no lo hizo, señor. Si lo ve bien, llegó a tiempo.

SEÑOR PEQUEÑO. Bueno, es verdad. ¡Qué loco de mierda este tipo!

(El Señor Pequeño y el Vigilante observan al Hombre I, quien está tirado en el suelo como si fuese un extraño espécimen.)

SEÑOR PEQUEÑO. Entré solo por curiosidad. Me citó para botar toda la rabia que tenía acumulada. ¿Cómo alguien puede vivir así? El rencor es la peor enfermedad, definitivamente.

VIGILANTE. Usted es una persona importante en su vida, ¿no?

SEÑOR PEQUEÑO. Soy la más importante, porque como que ha vivido pensando en mí toda la vida.

VIGILANTE. ¿Y sabe quién es?

SEÑOR PEQUEÑO. Uno de esos alumnos lentos que tuve en una escuela.

VIGILANTE. ¿Y qué le hacía, señor? Si se pude saber.

SEÑOR PEQUEÑO. Yo nada. Solo mandaba a los otros, los más aptos, los que merecen estar vivos, a que sometieran a los más lentos. Darwin.

VIGILANTE. ¿Este se llama Darwin?

SEÑOR PEQUEÑO. ¿No sabes quién es Darwin?

VIGILANTE. No.

SEÑOR PEQUEÑO. Qué vas a estar sabiendo tú.

VIGILANTE. ¿Sabe que usted es el dueño de esta empresa?

SEÑOR PEQUEÑO. Tenía toda la información sobre mí, menos esa...

(Ambos dejan de mirar al Hombre I.)

SEÑOR PEQUEÑO. Me dijeron que están entrando a las visitas prostitutas, mendigos, vendedores... ¿Qué sabes tú de eso?

VIGILANTE. En mi turno no, señor.

SEÑOR PEQUEÑO. ¿Por qué no tiene camisa?

VIGILANTE. Se la dio a la mamá.

SEÑOR PEQUEÑO. ¿Por qué la VOZ EN OFF no se está escuchando?

VIGILANTE. Después que hable con usted, voy a averiguarlo.

SEÑOR PEQUEÑO. Qué mierda, contigo. Despiértalo para que hable con el Ejecutivo. Está pendiente que no se ponga agresivo otra vez. *(Sale.)*

(El Vigilante despierta al Hombre I, lo lleva hasta la silla, lo sienta y sale. El Hombre I reacciona poco a poco. De pronto, furioso, se pone de pie, comienza a lanzar golpes al aire. Se cansa. Agotado, se acerca al escritorio, se acuesta en él y comienza a llorar desconsoladamente. El llanto se va convirtiendo en risa, una risa explosiva; se le escuchan carcajadas que casi llegan a ser gritos enloquecidos. Se sienta en el escritorio en una posición de meditación; deja de reírse, suspira buscando acomodar el ritmo acelerado de su respiración. Es cuando entra el Ejecutivo, un joven de unos 20 años, bien vestido. Se acerca al Hombre I y este se pone de pie. El Ejecutivo

lo toma por el brazo en señal de complicidad y lo invita a salir de la sala. Van caminando lentamente mientras conversan. El Hombre I va cabizbajo.)

EJECUTIVO. Me imagino que no ha cambiado de decisión, ¿verdad? ¡Claro que no! Para nosotros usted ha pasado la prueba. Se ve que está seguro de lo que quiere. Y nos alegra. Sepa que lo felicitamos. ¿Ya sabe cuál es la fantasía que le gustaría escoger? Créame que la de terrorista es muy buena, debe ser por la sensación de libertad. ¿A quién no le gustaría matar a mucha gente antes de morir? Y además, le recuerdo que no sentirá ningún dolor. Es una fantasía, pero la va a vivir como si fuera la realidad...

(De golpe, entra la Prostituta. El Hombre I se emociona. Se miran.)

FIN

PREMIO APACUANA DE DRAMATURGIA NACIONAL 2020

**LA SEGUNDA MUERTE
DE UN GENERAL**

ISRAEL SILVESTRE GARCÍA OSUNA

La segunda muerte de un general fue estrenada el 5 de noviembre de 2021 en el Teatro Alberto de Paz y Mateos, bajo la dirección artística de Guillermo Díaz Yuma.

REPARTO

SIMÓN BOLÍVAR	Luis Enrique Torres
CONCEPCIÓN PALACIOS	Dora Farías
ESTEBAN PALACIOS	Omar Churión
CARLOS PALACIOS	Jorge Canelón
MARÍA ANTONIA BOLÍVAR	Yurahy Castro
MATEA	María Alejandra Tellis
HIPÓLITA	África Méndez
PEPITA MACHADO	Angélica Rinaldi
PAPA PÍO VII	Gustavo Meléndez
SIMÓN RODRÍGUEZ	Rubén Joya
MANUELA SÁENZ	Livia Méndez
FRANCISCO DE MIRANDA	Gerardo Luongo
MENSAJERO	Jean Manuel Pérez
SUCRE	Andersson Figueroa
TINJACA	Keudy López
MUERTE	Aura Rivas
PATRIOTA	Francis Rueda
LA DULCERA	Ariana León
SOLDADO	Leonardo Ayala
SOLDADO	Eloy Marchán

FICHA TÉCNICA

ASISTENTE DE DIRECCIÓN	Eloy Marchán
COACH DE ESGRIMA	Bernardo Guía
FOTOGRAFÍA	Félix Gerardi
DISEÑO GRÁFICO	Marianelly Escobar
PRODUCTOR ENCARGADO	Aristides Muñoz
ILUMINACIÓN	David Blanco
ESCENOGRAFÍA	José Pérez
VESTUARIO	León Padilla
TÉCNICO DE SONIDO	Augusto Morales
ASISTENTE DE ESCENA	Ariana León / Leonardo Ayala / Eloy Marchán
TRAMOYAS	Víctor Quiñones / Richard Marín
DIRECCIÓN ARTÍSTICA	Guillermo Díaz Yuma
PRODUCCIÓN GENERAL	Compañía Nacional de Teatro

ESCENA I

El escenario se conforma de una habitación oscura llena de objetos antiguos, un espejo, un sofá y otros muebles; botellas de vino, una bandera sucia y harapienta, candelabros, libros regados, una biblioteca, barriles de pólvora. En ella se encuentra, a su vez, un personaje entre las sombras con ropas blancas de antiguo soldado, mal afeitado y con la cabellera larga y gris. De lejos se escucha el resonar de las campanas de una iglesia, opacando el canto lejano de una canción popular, ejecutada por músicos en vivo. En negro, Simón enciende con un fósforo un candelabro, mientras habla a la par que una luz cenital hace de refuerzo.

SIMÓN. No me pregunten por cosas que no conozco, no puedo hablar sobre lo que no comprendo. Observen ustedes quién soy y saquen sus conclusiones, si es esto lo que vinieron a buscar. O si acaso me parezco a ese que ya todos olvidaron... El tiempo ha pasado lentamente, el tintinear de esas malditas campanas es una melodía terrible que atormenta mi espíritu, el reloj solo da la misma hora desde hace muchos años, la comida no me sabe a nada, el agua jamás logra saciar mi sed, mis ojos están cansados de ver. Aun cuando los cierro no dejo de ver el pasado... Estoy tan cansado... *(Se levanta y se acerca al espejo.)* Mi rostro ya no es el mismo que una vez conocieron. Ahora me desconozco, mis cabellos han crecido, mis uñas son negras, mis rasgos apenas si se dibujan entre las sombras... Ya ni yo mismo me recuerdo... ¿Cómo me retratarás ahora Tito Salas? ¿Y tú, José Gil de Castro? *(Ríe con sarcasmo.)* Ahora que para

pagarles solo tengo mi fantasma, ¿cómo me retratarán? ¿Con la misma nariz griega y los pómulos afeminados que ni mi santa madre logró tener?... ¿Seguirán canonizando mi figura aquellos que nunca me conocieron y que por demás eran malos pintores? (*Se mira de nuevo en el espejo.*) Este es mi rostro, el que me heredó la muerte, la orfandad, la viudez, el desamor, el juramento, el regreso a una tierra de esclavos que gemía por libertad... (*Se pone al frente del sofá.*) ¡La ambición de los burgueses que se pegaron a mi seno como sanguijuelas! Este es mi rostro, el traicionado por todos, el que me dejó la guerra, ¡veinte años de camino! ¿Es este el rostro de un tirano?

(Apaga las velas de un soplo fuerte, se recuesta abatido sobre su almohada.)

(Se escucha a lo lejos una flauta dulce, la voz de una mujer que canta una canción de cuna con las notas del himno nacional.

Simón se acuesta.)

VOZ DE CONCEPCIÓN. (*Canta.*)

Duérmase mi niño,
que tengo que hacer,
lavar los pañales y hacer de comer.
Duérmase mi niño que tengo que hacer,
lavar los pañales y hacer de comer... (*Bis, da capo.*)

(Al volver la luz de cenital, deja ver la figura de doña Concepción Palacios en su silla, pálida, tosiendo, visiblemente enferma, en lecho de muerte.)

CONCEPCIÓN. ¡Simón, Simón!

SIMÓN. ¡Mamá! (*Acude a su encuentro.*)

CONCEPCIÓN. (*Con ternura.*) Simoncito, hijo, abrígate, vale, que hace frío en la casa y tú te la pasas jugando por las noches, nunca te quedas quieto. A ver esa carita... Límpiase bien. Ya tú eres un niño grande, casi ocho años, faltan solo días para tu cumpleaños y mira lo fuerte y valiente que eres... Tan preguntón, tan inquieto. (*Sonríe.*)

SIMÓN. Salí a usted, mamá. Mi abuelo siempre me cuenta cómo era de tremenda cuando niña. (*Ríen juntos.*)

CONCEPCIÓN. (*Suspira.*) ¿Qué nos queda de la vida sino sus recuerdos, al punto en que cuando uno se encuentra más cerca del final nos parecen tan claras sus enseñanzas y misterios? Es mejor reírse de nuestra desgracia en vez de ser un desdichado... Te pareces a tu papá... Cuando murió tu padre eras tan pequeñito que ni te diste cuenta; yo hice lo que pude por cuidarte, pero me sentía enferma. Después que murió tu hermanita María del Carmen, mi salud decayó, no fue fácil, por eso Hipólita y Matea te han cuidado; mi hermano Esteban ha sido tan bueno contigo..., prométeme que lo vas a querer como a un padre también... (*Vuelve la tos, a la par que suena una melodía triste.*) Debes ser valiente ahora, sé que es mucho pedir para un niño, pero este es el tiempo en el que el reloj de la vida termina su cuerda, hijo. Quizás cuando cierre los ojos no los pueda volver a abrir, y lo que más lamento es no haber tenido más tiempo para quererte, Simón...

(*Simón llora inconsolable sobre el regazo de su madre.*)

SIMÓN. ¡No mamá, no mamita! ¡No me dejes mamá, por favor, no estoy listo para despedirme! Yo me porto bien, se lo prometo. Ya no me escaparé a bañarme en el río con los hijos de los esclavos, lo prometo, pero ¡quédese conmigo! Ya no me iré a cabalgar a escondidas tuyas por las noches, seré aplicado en la escuela, ¡pero no se me vaya mamá! ¡No!...

CONCEPCIÓN. No llores hijo. Esto no es tu culpa, Simón, mi Simoncito; ya los tejidos de la vida se hilaron. Debes ser fuerte de ahora en adelante. Solo prométeme algo, hijo: *(Tose fuerte y deja ver cómo en el paño hay restos de sangre.)* jamás dejarás que te roben tu libertad. El demonio gusta de dominar las almas, pero la tuya que jamás la dominen; no seas como yo, sumisa y obediente...

SIMÓN. Se lo prometo.

CONCEPCIÓN. Que Dios me lo cuide y me lo proteja.

(Simón, con la cara en el regazo de su madre, contesta.)

SIMÓN. Amén.

(Entran a escena Carlos Palacios y, a su lado, el tío Esteban Palacios. También aparecen María Antonia Bolívar junto a Hipólita y Matea. No dicen nada, pero expresan su terror ante la muerte de doña Concepción. Esteban se acerca al cuerpo de Concepción.)

ESTEBAN. ¡Hermana, hermana, despierta!

CARLOS. *(Se acerca a Esteban.)* Es inútil, Esteban; Concepción está muerta.

(María Antonia llora aturdida mientras abraza a su tío Esteban.)

MARÍA ANTONIA. ¡Mamá, mamá!... ¡Nooo! ¿Ahora quién cuidará al niño?... ¡No, mamá, no mueras todavía!

SIMÓN. *(Se aferra al cuerpo.)* ¡No, no se ha muerto, estamos hablando! ¡Solo se quedó dormida, solo se quedó dormida!

(Carlos desplaza bruscamente a Simón y levanta a Concepción en sus brazos. La examina minuciosamente, cual doctor, mientras se desarrolla la escena.)

CARLOS. (A Simón.) Resígnate, muchacho. Sé digno de la sangre que llevas y no llores, que los hombres no lloran...

ESTEBAN. Cálmate, Carlos, déjalo llorar, ¿no ves que es un niño?...

CARLOS. Un heredero...

(El sonido de la música es cada vez más bajo, apenas se escucha en escena.)

MARÍA ANTONIA. Mamá... (Se lamenta encima del cuerpo de Concepción.) Hermanito, pobre Simón. (Se dirige a su tío Esteban, murmurando.) Cuando me vaya, ¿que irá a ser de él? Tío Esteban, dime, ¿qué va a ser de él? (Esteban guarda silencio.) Contéstame tío, esa que ha muerto es tu hermana, llevan la misma sangre... No te duele la suerte de Simón?

ESTEBAN. María Antonia, ¡cálmate, cálmate ya!... La suerte del niño será echada por mi padre... Dios sabe que lo amo como a un hijo, pero así son las reglas, esas son las costumbres.

MARÍA ANTONIA. Te lo suplico, reclámale como tutor, ¿o se lo dejarás a la piraña del tío Carlos para que lo eduque con azotes, a punta de rejos y coñazos? ¿No viste cómo lo ha tratado en el lecho de muerte de nuestra madre? (Silencio inmutable de Esteban.) ¿A qué le temes? ¿A sus tremenduras? ¿A sus escapadas? ¿A la herencia que perderías si desobedeces al abuelo? (Sentencia con voz grave.) Ya está resuelto, Simón se irá conmigo.

ESTEBAN. Eso no es posible, las leyes no dejarán que una adolescente a punto de casarse tenga la custodia de un hermano menor que ella solo por pocos años. Además...

MARÍA ANTONIA. ¿Además qué?

ESTEBAN. Además, eres mujer.

MARÍA ANTONIA. (*Grita en murmullo mientras llora.*) Del vientre de una has salido y he ahí a tu hermana que ha muerto. La Virgen María también es mujer.

(*Esteban y María Antonia continúan discutiendo entre murmullos no entendibles. Simón llora desconsolado solo en el escenario. Hipólita y Matea abrazan a Simón, lo tranquilizan.*)

MATEA. Tranquilo amito Simón.

SIMÓN. Matea, me quedé solo.

MATEA. Usted está con nosotras, no lo vamos a dejar solito. Usted es la alegría de esta casa. Tranquilo amito, algún día podrá usted reír de nuevo...

SIMÓN. Yo no quiero reír más nunca... Se fue mi mamá, me quedé solo.

HIPÓLITA. Yo sé que no soy su mamá, amito, con este cuero negro que tengo, pero usted mamó de estas tetas como un becerri-to... Y aunque no soy una señora leída ni estudiada, lo siento a usted como mi hijo, así que no se preocupe, yo no lo voy a dejar solito.

SIMÓN. Tengo miedo de dormir solo, no quiero dormir solo.

HIPÓLITA. Tranquilo mi niño, no va a dormir solito. (*A Matea.*) La vida es dura hasta con los más pequeñitos, pero quizás esto sea la señal de algo.

(*Simón continúa en llanto inconsolable.*)

CARLOS. (*A Esteban.*) Debemos prepararnos para las exequias. Llama a papá.

ESTEBAN. Yo voy, pero prométeme que te calmarás con el muchacho. Ten cuidado, Carlos..., ve que no soy pendejo. (*Sale con María Antonia, oponiendo resistencia esta última.*)

(*Simón, inconsolable, no para de llorar.*)

CARLOS. ¡Hombre, ya te dije que no llores, que no eres mujer, la muerte es parte de la vida. Los hombres Palacios no lloran!

ESCENA II

Se oscurece la escena. Rápidamente, se deja ver cómo poco a poco la luz de un cenital y frontal se enciende sobre Simón, quien queda llorando en el centro del escenario. Todos se van de prisa.

SIMÓN. ¿Los hombres no lloran? ¡Pero si solo era un niño!..., un infante de siete años en el lecho de muerte de su madre, ¿cómo no podía llorar? Mamá... Mamá..., luego de tu muerte nos separaron a todos como a cachorros en venta. Más nunca tuve una familia, quedé tan solo... A María Antonia la casaron, a Juana María la comprometieron y a Juan Vicente se lo llevaron. Quedé tan solo... Mi tío Carlos solo sabía tratarme con odio y rejo... Mamá, ¿por qué te fuiste? ¿Por qué, Dios? Si mi destino era esta guerra, ¿por qué no me lo advertiste al menos?... Toda la vida te busqué entre tantas mujeres. Cuánto me faltó tu cariño, mamá... Cuánto te amé, mamá... (*Se incorpora erguido.*) ¡Pero no! Valía más mi fortuna heredada que mis sentimientos... Tío Carlos, el destino te jugó en contra y pronto tuviste que dar cuenta de mis bienes, y sentir el puñal de mi dureza... Me temías. (*Ríe.*) Desde entonces, pensabas

que te devolvería los golpes recibidos, temías que te fusilara, pero no, no soy esa clase de hombre...

(Tocan a la puerta con fuerza. Rompe con la escena. Cambio de luz. Simón se dirige a revisar sus libros.)

SIMÓN. ¡No dejaré entrar a nadie, ni porque venga con carta firmada por el mismísimo Hades!

(Insisten en tocar la puerta con fuerza. Aparece en escena Pepita Machado. Arregla con un cinturón el traje de Simón.)

PEPITA: ¿Estás esperando a alguien?

SIMÓN. No.

PEPITA. Yo tampoco.

SIMÓN. Estoy harto de que esta celda esté llena de gente que viene curiosa a verme, como a un animal de circo.

PEPITA. No es una celda, y si lo hacen es porque te quieren.

SIMÓN. ¡No es cierto!, es porque quieren saber si ya estoy muerto.

PEPITA. Pero no te exaltes así; ve que ya no estás para esos trotes.

SIMÓN. Es que no me exalto... Pero escucha cómo toca este infeliz, sin respeto alguno por mí, que ya soy un viejo.

PEPITA. Suena a llegada de enemigo.

SIMÓN. ¿Santander?

PEPITA. ¿Quieres que busque la escopeta?

SIMÓN. Mejor pon de trampa en la perilla un cañón de los que tengo en el otro cuarto. Ojalá y venga con Páez también.

PEPITA. (*Sonríe.*) Te estás pasando, no te queda bien ese papel de hombre inmutable y cruel.

SIMÓN. Con el encierro uno cambia, Pepita.

PEPITA. Con lo terco que eres...

SIMÓN. (*Sonríe.*) Es difícil llevarte la contraria. Estamos paranoicos.

PEPITA. Tantos años de guerras y traiciones nos enseñan mañas.

SIMÓN. Seguramente ha de ser el mensajero. ¿Puedes abrir? Yo estoy cansado. (*Se desploma sobre una silla.*)

PEPITA. Yo abro, Simón, tranquilo.

(*Abre y entra el mismísimo Papa Pío VII, en actitud inquisidora.*)

PAPA PÍO VII. He venido al lugar correcto: esta es una casa de pecado... (*Sentencia.*) Una mujer sola sin casarse viviendo con un viudo.

PEPITA. ¿Viudo? No, aquí vivimos mi amante y yo.

PAPA PÍO VII. ¿Te burlas de mí? Pero, claro, a ustedes estas cosas no les importan, ¿verdad? Creen haberse ganado el cielo liberando vagos y ladrones.

PEPITA. (*Con ironía, hace una venia.*) Mis disculpas, Su Santidad, que no le ofenda mi presencia, pero recuerdo haber leído en la Biblia que Cristo anduvo hasta con prostitutas, y yo no soy una de ellas. Así que muestre amor y clemencia por mí, que soy una pecadora.

PAPA PÍO VII. ¿Qué os muestre qué? Dad gracias que la Santa Inquisición se encuentra sin funcionar en estos momentos, que cuando la vuelva a aperturar, ¡ay! de las que son como tú.

PEPITA. Y usted dé gracias que los fusiles y pabellones han callado, porque a Simón lo sacaron de Colombia, que si lo encontrase en batalla le metería un balazo por el cu...

SIMÓN. (*Interrumpe.*) Pepita, por favor, guarda la compostura que eres una dama.

PEPITA. Pero Simón, si él fue el que empezó.

SIMÓN. Lo sé, lo sé, Pepita, pero una dama no debe amenazar jamás a un hombre... Las amenazas son de cobardes. Es mejor actuar. Ya llegará el día, Pepita, en que te regocijes.

PEPITA. Qué más quisiera que eso, pero creo que donde estamos no hay tiempo para la alegría, parezco un barco pirata naufragando en este lugar...

PAPA PÍO VII. ¿Sabes dónde estamos, mujer?

PEPITA. (*Sonríe gustosa de la duda del Papa.*) Iré a pasear por las calles a ver si logro distraerme. (*Besa a Simón y se despide.*)

SIMÓN. Recuerda traer noticias.

PAPA PÍO VII. ¡Sí, sí, eso..., corre como las aves nocturnas que buscan presa y rapiña! (*Pausa, dirigiéndose a Simón que le ignora y no le mira.*) Ave María Purísima... (*Simón no contesta.*)

PAPA PÍO VII. Ave María Purísima...

SIMÓN. (*Sin mirarle directamente y con fuerza.*) Su Santidad, le aseguro que si vuelve usted a ofender a Pepita, lo enviaré directo a pagar monedas a Caronte para que lo deje cruzar el río, y esa bala en el culo no será nada en comparación a lo que pueden hacerle los tridentes del Diablo. (*El Papa Pío VII se admira y ofende.*) No se regocije de placer antes de tiempo, que aún no lo pienso enviar ahí. Solo sea prudente, es todo. Como dice Pepita "tantos años de guerra le dejan a uno algunas mañas".

PAPA PÍO VII. ¡Ave María Purísima!

SIMÓN. ¡Sin pecado concebido! (*Murmura.*) ¡Coño!, no puede uno medio heder a mortecina en paz porque los zamuros lo rodean.

PAPA PÍO VII. ¿Que decís, Simón?

SIMÓN. Digo, que hay olor a mortecina, ¿no le parece?

PAPA PÍO VII. Eso es por tantos muertos que pisaste en tus batallas. Todavía has de tener restos de cuerpos en tus botas; tantos pobres cristianos españoles que sacaste de estas tierras, no aceptando el derecho divino que les investía a sus Majestades Católicas, al haber sido puestas por Dios mismo.

SIMÓN. No eres más que un zamuro que huele la carroña.

PAPA PÍO VII. No os escucho bien, Simón. Recordad que estoy entrado en años y la santidad me ha tapiado los oídos.

SIMÓN. (*Irónico.*) Te has tapiado los oídos ante los sufrimientos. Estás lleno de placer, y los gritos de las santas orgías del Vaticano te han ensordecido. Sordo, para así no oír a los pueblos. Me culpas por matar españoles y te olvidas de los indígenas que murieron en mis tierras por tu complicidad. (*Risa irónica.*) Por tu corrupta Iglesia murió Montesinos; por decirle a los españoles que estaban en pecado mortal al tener en cruel y horrible servidumbre a nuestros indios, y por tus bulas condenaste a millones de naturales asegurando que no tenían alma...

PAPA PÍO VII. (*Disculpándose como quien no tiene remordimiento.*) Algunos errores que quizás cometimos en el Vaticano, pero que eran necesarios para que todos fuesen cristianos, nada más. Lamentos ya olvidados... Como lo dijo Cristóbal Colon, “toda la cristiandad debe tomar alegría y hacer grandes fiestas para dar gracias a la Santa Trinidad, con muchas oraciones solemnes, por el tanto ensalzamiento que habrán en tornándose tantos pueblos a nuestra fe”. Sacrificios necesarios.

SIMÓN. No dice acaso la Biblia: “amarás al prójimo tanto como a ti mismo”.

PAPA PÍO VII. No os lo permitiré, Simón, esta vez no. Respetad las santas tradiciones de la Igle...

(Simón toma al Papa por la cintura en actitud de baile y baila, mientras el Papa, asombrado, no sabe qué hacer.)

SIMÓN. *(Mientras bailan.)* No se le suba la parra sagrada, pontífice. Que el diablo baila ante tus crueldades como nosotros ahora. *(Se detiene.)* Apuesto a que nunca olvidaste que una vez me tuviste ante tu presencia y no me arrodillé ante ti, ¿lo recuerdas? Tu ira te llevo a ponerte rojo, pero no hiciste nada porque creías que tenía influencias con Napoleón y la Corte española. ¿Cuántas veces has deseado devolver el tiempo y llevarme a la Inquisición? Aún sientes sed de mi sangre, vampiro, confíesalo...

(El Papa se suelta del baile.)

PAPA PÍO VII. No seas ridículo, Simón, no hay nadie superior a mí en esta habitación como para confesarme. Soy la representación de San Pedro en la Tierra. He venido por asuntos distintos. *(Se acerca a Simón en actitud sumisa y suplicante.)* ¿Has podido encontrar la salida de este lugar? Dime, Simón, tú fuiste un gran escapista, ¿cuántos intentaron matarte y no pudieron!...

SIMÓN. Y no lo han hecho...

(Entra en escena Simón Rodríguez.)

RODRÍGUEZ. No estaría tan seguro si fuese tú. Antes de venir a este lugar, tu nombre había sido prohibido en Venezuela y Colombia. Solo Manuela lo gritaba por los vientos de las costas de Paita.

SIMÓN. (*Entre dientes.*) Sucios traidores, les di la libertad y me mantienen aquí encerrado.

PAPA PÍO VII. (*Molesto por la presencia de Rodríguez.*) No lo distraigas, Rodríguez. ¡Hereje! Contigo tengo que arreglar algunos asuntos. ¿Cómo es eso que ahora andas traduciendo del latín los sagrados libros para la gentuza esa que no sabe ni leer, y a la que aparte enseñas a cuestionar las escrituras de la Santa fe Católica? (*A Simón con angustia y adulación.*) ¿Dime, Simón, dónde estamos? ¿Qué lugar es este? ¿Es una cárcel? ¿Cómo vamos a salir de acá?

SIMÓN. (*Furioso.*) ¡Déjame en paz, figurín de cúpulas podridas, de incestos y pederastia! ¡Busca más bien tu miembro podrido por el desuso y corta con tus dientes tu viejo prepucio hediondo y sagrado!... Ve a laminar las calles con tus bulas y déjame en paz... Si supiera dónde estamos ya habríamos salido, pero a ti, tenlo por seguro, te dejaría de prostituta del diablo. No sé cómo estás acá encerrado con nosotros... Pareces ser el castigo de los patriotas.

PAPA PÍO VII. Eso crees tú, ¡hereje también! ¿Piensas que podrás salir contra las fuerzas celestiales que acompañan a nuestra Santa Iglesia Católica?

(*Simón desenfunda su espada y la posa sobre el cuello de Pío VII.*)

SIMÓN. Serpiente, manipulador, mandaste a decir con tus zamuros que el terremoto de Caracas se trataba de un castigo divino por desobedecer la autoridad del rey Fernando VII. Lo digo: ¡si la Iglesia se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca!

(*Sale corriendo, asustado, Pío VII.*)

ESCENA III

RODRÍGUEZ. Siempre tan cortés, Simón. Si no has cambiado nada, muchacho, nada. Cuando te encontré la primera vez, rebelde y triste, gritaste: ¡con mis bienes podrán hacer lo que quieran, pero en mi persona solo mando yo!

SIMÓN. ¡Oh, mi maestro! ¡Oh, mi amigo! ¡Oh, mi Robinsón! ¡Qué vergüenza!...

RODRÍGUEZ. Mi mejor alumno, ¡cómo me plazco en saludarlo!

(Se abrazan y se acomodan en el escenario. Se sientan cómodos uno frente al otro; se sirven vino y disfrutan la tertulia.)

SIMÓN. Sin duda es usted el hombre más extraordinario del mundo; podría usted merecer otros epítetos, pero no quiero darlos por no ser descortés al saludar a un huésped que viene del Viejo Mundo a visitar el Nuevo.

RODRÍGUEZ. ¡Bah! Haces más alarde del que debes. Solo soy un viejo que vino en busca de refugio.

SIMÓN. No diga eso de ninguna manera. Nadie más que yo sabe lo que usted quiere a nuestra adorada Colombia. ¿Se acuerda usted cuando fuimos juntos al monte Sacro, en Roma, a jurar sobre aquella tierra santa la libertad de la patria?

RODRÍGUEZ. ¡Pero claro que lo recuerdo, hijo!, eras solo un muchacho deprimido.

SIMÓN. Mi madre había muerto, eso me hizo ensimismarme. Sentir que solo quedaba yo en el mundo. ¿Qué me podía importar algo en mi corta vida? Solo usted me dio respiro cuando era niño. Un respiro a la tristeza que me oprimía más que los golpes de mi tío Carlos... Usted con sus lecciones y su sabiduría supo aplacar mi creciente ira. Luego no nos volvimos a ver por tantos años.

RODRÍGUEZ. Debía irme, no pude despedirme, era peligroso. Sin embargo, cuando me viste de nuevo en Europa gritaste: “¡maestro Simón Rodríguez!”, y tuve que callarte de inmediato porque con ese nombre me perseguía la Corona española y la Inquisición. Mira cómo se ha puesto el Papa al verme.

SIMÓN. “Ya no me llames Simón Rodríguez, ahora soy Samuel Robinsón”, dijiste esa tarde. Te perseguían todavía por el tema del 97, de Gual y España. Trágico destino el de estos patriotas. Jamás olvidaré el grito que daban antes de ser fusilados: “Dios omnipotente, si en el cielo aceptan españoles, entonces renuncio al cielo”.

RODRÍGUEZ. Eran hombres valientes, no le temían a la muerte... En cambio tú, estabas tan deprimido, tan delgado y con grandes ojeras. Acababas de enviudar, no hacías más que beber vino e ir a las fiestas donde te llevaba Fanny. Siempre fuiste bueno para las mujeres.

SIMÓN. Fue mi pasión amarlas con locura. María Teresa, mi santa esposa, Pepita Machado, Fanny, Manuela... Jamás fui tan herido en batalla como cuando ella encontró un zarcillo de otra en mi cama... Me arrepiento de haberles hecho daño, pero no era un hombre de estar en una casa con hijos y mujer... Qué hacer... Cuando era aún muy joven, hasta la misma reina de España un día me pidió que la complaciera, lo que me ganó enemistad eterna con su hijo, el príncipe Fernando VII.

RODRÍGUEZ. Tu eterno rival. En Europa se contaba entre los bares, a modo de chiste, la vez que en el Palacio Real de España, en medio de un juego, le pegaste fuertemente a Fernando VII. Nada más y nada menos, le diste un coñazo de pelota al futuro rey del imperio. Dicen que este, enfurecido, mandó a castigarte; solo te salvaste porque su madre, la Reina, intervino a tu favor.

SIMÓN. Es cierto, no es un rumor. El pobre hombre quedó desautorizado por su madre. Imagina cuántas veces no habría querido

Fernando VII devolver el tiempo y poder castigarme. Veinte años más tarde mataríamos a su ejército, ese mismo ejército que se enorgullecía de haber derrotado a Napoleón Bonaparte.

RODRÍGUEZ. Seguramente no solo él, sino muchos habrán querido devolver el tiempo y eliminarte. Ni siquiera tu familia apostaba una pestaña por tu futuro. Eras tan indisciplinado, todos creían que solo serías un despilfarrador de la fortuna Bolívar. Nadie creyó el destino de gloria que te esperaba.

SIMÓN. Fue la muerte de mi esposa la que condujo mi destino. No había nada más que me atara. No tenía familia ni amigos, solo una horrenda fortuna que me llenaba de soledad.

RODRÍGUEZ. No fue tu mejor momento, lo sé... Un día, ya hastiado de la vida, me dijiste: “quiero encontrar mi camino, maestro; quiero dedicar mi fortuna y mi salud a un ideal que valga la pena”. Y perdiste ambas, más temprano que tarde... Esa primavera subimos al monte Aventino y dijiste...

SIMÓN. “Juro delante de usted, maestro, juro por el Dios de mis padres; juro por ellos; juro por mi honor y juro por la patria, que no daré descanso a mi brazo ni reposo a mi alma hasta que haya roto las cadenas que nos oprimen por voluntad del poder español”.

RODRÍGUEZ. Cómo olvidarlo, Simón...

SIMÓN. Ciertamente, no habrá usted olvidado aquel día de eterna gloria para nosotros; día que anticipó, por decirlo así, un juramento profético, a la misma esperanza que no debíamos tener.

RODRÍGUEZ. Una esperanza que aún seguimos teniendo...

SIMÓN. Usted, maestro mío, que tanto debe haberme contemplado de cerca, aunque colocado a tan remota distancia, ¡con qué avidez habrá seguido usted mis pasos!; estos pasos dirigidos muy anticipadamente por usted mismo.

RODRÍGUEZ. Simón, solo fui el afortunado maestro del Libertador.

SIMÓN. No solo eso, usted formó mi corazón para la libertad, para la justicia, para lo grande, para lo hermoso. Yo he seguido el sendero que usted me señaló. Usted fue mi piloto, aunque sentado sobre una de las playas de Europa. No puede usted figurarse cuán hondamente se han grabado en mi corazón las lecciones que me ha dado; no he podido jamás borrar siquiera una coma de las grandes sentencias que usted me ha regalado. Siempre presentes a mis ojos intelectuales, las he seguido como guías infalibles.

RODRÍGUEZ. Créeme que nadie está más orgulloso que yo de tus hazañas.

SIMÓN. Usted no habrá dejado de decirse: “todo esto es mío, yo sembré esta planta, yo la regué, yo la enderecé tierna, ahora robusta. Fuerte y fructífera, he aquí sus frutos. Ellos son míos, yo voy a saborearlos en el jardín que planté; voy a gozar de la sombra de sus brazos amigos, porque mi derecho es imprescriptible, privativo a todo”.

RODRÍGUEZ. ¿Quién lo diría? ¿Quién diría que seríamos protagonistas del mundo? Y tú, Simón, el gran director de esta obra...

SIMÓN. Aprendí de niño a cumplir mis juramentos. Así juré también ante la tumba de mi difunta esposa, en medio de mis lágrimas, que no volvería a casarme por amor a su estampa, y nunca más me casé...

RODRÍGUEZ. Pero cómo amaste, y cuánto te amaron las mujeres...

SIMÓN. Manuela... ¿Cómo está Manuela?

RODRÍGUEZ. Nada bien. La última vez que la vi, la peste la rodeaba; estaba tan vieja, tan sin fuerza y solo hablaba de ti. Estaba vendiendo cigarrillos para sobrevivir.

SIMÓN. Mi adorado tormento, arrojada a la desdicha de mi causa, que no fue más que la causa de la América unida, ¡cuánto has de haber sufrido, Manuela! Te recuerdo en mis sueños, bailando como aquella vez que nos conocimos.

ESCENA IV

En escena, la luz baja y se centra en Simón. Suena un vals; Simón baila solo. Se escucha la voz de otra mujer, es Manuela Sáenz. Su voz sola comienza a recitar una de las cartas. Al volver la luz, Rodríguez no esta en escena. Bolívar baila solo, al sonido de la voz y la música.

MANUELA. “Su Excelencia Simón Bolívar. Señor: Bien sabe usted que ninguna otra mujer que usted haya conocido podrá deleitarlo con el fervor y la pasión que me unen a su persona y estimula mis sentidos. Conozca usted a una verdadera mujer, leal y sin reservas. Tiene usted mi amor verdadero, con el prendimiento de mi corazón por usted. No me calmo hasta que usted me dé su explicación de su ausencia de usted, sin que yo sepa qué se ha hecho usted. ¿Es que no ve el peligro? ¿O yo no le intereso más que ayer? Decida usted, porque yo me regreso aun sin la gloria de usted, que no vacila en hacerme sufrir. Suya, aquí estoy yo, ¡esperándole! No me niegue su presencia de usted. Sabe que me dejó en delirio y no va a irse sin verme y sin hablar... con su amiga, que lo es loca y desesperadamente. Suya, Manuela”.

(Al callar la voz que lee la carta, Simón se atormenta grandemente; llora, busca a Manuela desesperado por el escenario.)

SIMÓN. Manuela bella; Manuela mía, hoy mismo dejo todo y voy, cual centella que traspasa el universo. Tú me nombras y me

tienes al instante. Pienso en tus ojos, tu cabello, en el aroma de tu cuerpo y la tersura de tu piel, y empaco inmediatamente. Veo tu etérea figura ante mis ojos y escucho el murmullo que quiere escaparse de tu boca, desesperadamente, para salir a mi encuentro. Espérame.

(Intenta escapar, abrir la puerta. Fantasmas lo rodean y le impiden salir del escenario. Lloro, se desespera.)

SIMÓN. Manuela, ¿por qué no puedo salir, Manuela? ¿Dónde estoy? ¿Qué soy? ¿Acaso un fantasma? Abran la puerta de este purgatorio y arrójense al infierno o al cielo si lo merezco, pero déjenme salir... Santander, Páez, de seguro fueron ustedes los que trancaron mi puerta con llave. ¡Manuela! *(Lloro.)* Tú quieres verme siquiera con los ojos. Yo también quiero verte y revertirte y tocarte y sentirte y saborearte y unirte a mí por todos los contactos.

(Simón llora hasta dormirse. Se desvanece la luz sobre él y se hace un cambio para destacar a Manuela Sáenz, que aparece en el escenario.)

MANUELA. *(Cómplice con el público.)* Todos esperaban a que Su Excelencia llegara a Quito. Había gran ansiedad por verlo y conocerlo; ordené que trajeran flores y jazmines de Catahuango, y que dispusieran todo lo mejor en procura de brindar a Su Excelencia Bolívar una mejor recepción. ¡Pero se adelantó!, solo faltaba un día para su llegada. ¡Y los preparativos eran para fines de mes! Sin embargo, había gran contento, y todo el mundo colaboraba en rehacer los arcos triunfales, adornándolos con flores de las más lindas y limpiando la ciudad y pintando las fachadas de sus casas, decorando los balcones por donde pasaría el cortejo militar, con Su Excelencia a la cabeza. Qué emocionante resultaba conocer a este señor,

a quien llamaban el Mesías Americano, y del que tanto había oído hablar. Yo me encontraba en compañía de mamá, en quien era raro ver algún signo de alegría o de tristeza. Sin embargo, su manifestación de júbilo era tal, que hízome sentir la más feliz de las hijas, porque supe que mi madrecita también compartía de corazón toda esta alegría patriótica; mis tías y Jonathás y Nathán, aleccionadas por mí, gritaban en coro: ¡¡Ran, cataplán, cataplán, plan plan!!! ¡¡¡Qué viva el Libertador y presidente de Colombia!!! Su Excelencia el Libertador venía acompañado por el general Sucre, grandioso héroe de Pichincha. Su Excelencia Simón Bolívar, a la derecha; Su Excelencia el general Sucre, a la izquierda. El corazón me palpitaba hasta el delirio. Su Excelencia el Libertador, gallardo jinete, engalanado con uniforme de parada, en el que los hilos de oro se veían como evaporándose en el brillo del sol, montado en un precioso caballo blanco. El delirio era ver y tocar de cerca a todos, pero con mayor placer a Su Excelencia el Libertador. Saludarle, tocarlo; ser correspondido. Cuando se acercaba al paso de nuestro balcón, tomé la corona de rosas y ramitas de laureles y la arrojé para que cayera al frente del caballo de Su Excelencia; pero con tal suerte que fue a parar con toda la fuerza de la caída a la casaca, justo en el pecho de Su Excelencia. Me ruboricé de la vergüenza, pues el Libertador alzó su mirada y me descubrió aún con los brazos estirados de tal acto; pero Su Excelencia se sonrió y me hizo un saludo con el sombrero pavonado que traía en la mano, y justo esto fue la envidia de todos, familiares y amigos, y para mí, el delirio y la alegría de que Su Excelencia me distinguiera de entre todas, que casi me desmayo. Vino a visitarme en la tarde del 16 don Juan Larrea, para prevenirme de una invitación al baile en honor de Su Excelencia, el Libertador Bolívar. Mi madre y yo llegamos, junto con José María, al baile casi al filo de las ocho; Juan Larrea nos recibió, me llevó hasta el sitio donde se hallaba Su Excelencia, sentado al fondo del salón.

A Su Excelencia Bolívar se le veía conversando muy amablemente con sus vecinos, acompañado de sus generales y edecanes. Al ver que nos acercábamos, se levantó, disculpándose muy cortésmente y atento a nuestro arribo se inclinó haciendo una reverencia muy acentuada. Mi corazón palpitaba al estallarme cuando don Juan Larrea dijo: “Su Excelencia, es para mí halagador presentarle a la señora Manuela Sáenz de Thorne”. Su Excelencia Bolívar me miró fijamente con sus ojos negros, que querían descubrirlo todo, y sonrió. Su Excelencia me apartó luego para decirme:

(En escena, una luz cenital se centra sobre Manuela y Simón.)

SIMÓN. Señora, insisto en que usted ha tocado hoy justo en mi corazón. Su belleza es el mejor regalo que un héroe puede recibir, pues su encantamiento se halla en su agradable vivacidad. Es forzoso entonces que yo manifieste a usted el motivo real de mi alegría. Me encuentro fascinado de usted, por no decir enamorado.

MANUELA. Aún lo recuerdas, Simón.

SIMÓN. Jamás he olvidado una sola de tus letras.

(Manuela lo besa. Lo conduce a recostarse en su regazo y le acicala.)

MANUELA. Fue el único tesoro que conservé a lo largo de mi vejez.

SIMÓN. Pero si no te ves vieja, Manuela... Estás como aún te recuerdo.

MANUELA. Quizás solo sea eso: un recuerdo de quien acompañó en dolor y gloria al Libertador.

SIMÓN. Fuiste mucho más que eso; fuiste mi amor.

MANUELA. ¿Y cuántos amores más que yo tuviste, Simón? No soy tonta, sé mi lugar en esta historia, mas no me importa que

digan que fui la amante de Bolívar, la moza de Bolívar. ¡Qué más da!, si acompañé al Libertador de América sin dormir, curándole la fiebre.

SIMÓN. ¡No!, tú fuiste mucho más que lo que dicen todos. Tú fuiste la coronela Manuela Sáenz, la Libertadora del Libertador.

(Se acerca a ella, seductor y gallardo.)

SIMÓN. ¿Bailamos? Hace tanto que no te veo, y tengo la premonición que quizás sea la última.

MANUELA. Hasta que todo se cumpla estaremos rondando este lugar... Bailemos, pues...

(Bailan un vals venezolano [Carora, de Antonio Lauro]. Se besan, se aprietan en actitud tierna, se aman con la mirada.)

SIMÓN. ¿Qué ha pasado, Manuela? ¿Dónde estamos? ¿Quiénes han conspirado para mi encierro? ¿Fue Santander o Páez?

MANUELA. Fuiste terco cuando te dije que los fusilaras a ambos. Una vez yo lo hice y te molestaste conmigo.

SIMÓN. Luego me salvaste la vida.

MANUELA. ¿Ahora lo comprendes? ¿No recuerdas lo que paso el 17 de diciembre de 1830?

SIMÓN. ¿De qué me hablas?

MANUELA. ¿Aún no lo entiendes? No seré yo quien te lo diga.

(A una vuelta de vals, propia del baile, Simón se aleja y rezonga. Manuela desaparece de la escena.)

SIMÓN. ¿Manuela? ¡Bah!, otra vez te has ido, debo estar soñando...
(Sale del escenario.)

ESCENA V

En escena aparecen Esteban Palacios, María Antonia Palacios, Matea, Hipólita, Rodríguez, Pepita y Manuela. Se miran con recelo. Unos están sentados, otros de pie. Parecieran comer y murmurar entre ellos.

MARÍA ANTONIA. ¿Quién le dirá lo que ocurre?

ESTEBAN. Yo no.

PEPITA. Yo tampoco.

MANUELA. Yo le diré.

PEPITA. Lo vas a terminar de matar.

MANUELA. ¿Y qué más da? ¿O acaso les parece que está muy vivo?

ESTEBAN. Manuela tiene razón, ¿cuál sería la diferencia?

MARÍA ANTONIA. ¿Y por qué no se lo dices tú?

ESTEBAN. Amé mucho a mi sobrino, pero no tengo corazón para decirle tamaña noticia. Le partiría aún más el alma.

HIPÓLITA. ¿Es que acaso a ustedes los estudiados les enseñan a ser fríos de corazón?

MATEA. El pobrecito no tiene paz, dejó mucho por hacer y por eso, sin darse cuenta, se castiga a sí mismo... Deberíamos llamar a un babalao para que lo ayude a cruzar.

PEPITA. Manuela, sé que lo amas; yo también, pero seamos prudentes.

MANUELA. No compares los grandes amores de mi General conmigo con los tuyos...

RODRÍGUEZ. ¡Calma, calma, calma las dos!

MARÍA ANTONIA. Por la memoria de María Teresa, quien fue su leal esposa, les pido compostura... No hagan quedar en ridículo el temple de mi hermano.

RODRÍGUEZ. Sí, sí, es cierto, se están desviando de nuestro objetivo.
Debemos resolver quién le dirá a Simón lo que está pasando.
Es lo más justo que podemos hacer.

MANUELA. Pero ¿qué es lo justo?

MARÍA ANTONIA. Lo justo es darle a cada quien lo que le corresponde.

RODRÍGUEZ. No estoy tan seguro de eso.

MANUELA. Eso es lo que uno aprende en la escuela.

RODRÍGUEZ. Lo sé perfectamente: justicia está *constans est perpetua voluntas ius suum cuique tribuendi*. Soy maestro de escuela, sin embargo, dudo de esto.

PEPITA. ¿Qué opina usted, entonces, que sea la justicia, maestro Rodríguez?

RODRÍGUEZ. No lo sé.

MARÍA ANTONIA. ¡Qué maestro! (A Esteban.) Por culpa de sus enseñanzas fue que nuestro Simón se volvió un hereje.

RODRÍGUEZ. Solo digo que si la justicia consiste en dar a cada quien lo que le corresponde, diríamos también que a los buenos solo le daríamos lo bueno y a los malos solo le daríamos los malo.

PEPITA. Exactamente, así debe ser la sociedad.

RODRÍGUEZ. Pero entonces, si solo damos lo bueno a los buenos y lo malo a los malos, ¿cuándo dejarán los malos de ser malos y los buenos de creerse buenos?

PEPITA. Es lo que merecen, es su castigo y premio justo.

RODRÍGUEZ. Entonces, ¿Simón fue injusto?

HIPÓLITA. ¡De ninguna manera!

RODRÍGUEZ. Porque dio lo bueno a todos los americanos. Liberó la patria para todos, no solo para los que estaban con él, es

decir, que dio lo bueno también a los malos. Quizás este sea su castigo de credulidad...

MATEA. No entiendo, maestro.

RODRÍGUEZ. Supongamos que un hombre le ha prestado un arma, y a la fecha del vencimiento de este préstamo tiene usted que devolverla, pero usted sospecha que este va a asesinar a su hermano... ¿Sería justo entregársela como dice la norma?

HIPÓLITA. De ninguna manera...

RODRÍGUEZ. Entonces, hacer lo incorrecto en este caso parece justo...

HIPÓLITA. Así parece, maestro.

RODRÍGUEZ. Es decir, que la justicia no la determina la norma ni el derecho. Porque de ser así, diríamos que Simón fue injusto al revelarse contra las reglas del rey Fernando VII, puesto que este era la ley. Sin embargo, la historia lo absolvió como un héroe.

PEPITA. Porque les dio lo bueno a todos por igual. Ahora lo entiendo: el hombre justo no ha de hacer mal a nadie, ni al bueno ni al malo, solo ha de ser justo.

MATEA. Ahora debemos pensar en si es justo o no decirle a Simón lo que está pasando.

ESTEBAN. ¿Quién se lo dirá entonces?

(Entra Simón. Con mirada fuerte y sospechosa los observa a todos.)

SIMÓN. ¿Decirle qué a quién? *(Silencio.)* No quisiera ser grosero con ninguno, pero ya estoy viejo y necesito descansar. He de pedirles a todos, muy humildemente, que me dejen solo; ya es tarde por la noche y no tengo deseos de pensar ni de discutir nada.

(Se acuesta y duerme. Todos se van.)

ESCENA VI

Entran a escena tres niños en silencio y en actitud de juego.

ANASTASIA. ¡Chissss!..., que Simón está durmiendo...

ANTONIO RICAURTE. ¿Quién es ese?

ANASTASIA. No lo sé, pero todos los que están aquí lo respetan mucho porque es grande.

VICENTE CAMPO ELÍAS. ¿Grande? Pero si no se ve alto, es un chichón de piso.

ANTONIO RICAURTE. Ella se refiere a grande en gloria, por sus hazañas...

ANASTASIA. De mí también dicen que fui grande, aunque no sé por qué ahora soy una niña en este lugar. Yo en otro tiempo o espacio me llamé Anastasia, sin apellido. La heroína.

ANTONIO RICAURTE. ¿Anastasia? ¿La de Mérida?

ANASTASIA. Sí, esa misma.

VICENTE CAMPO ELÍAS. ¿Tú fuiste la que sacaste corriendo, asustados, a los españoles de Mérida?

ANASTASIA. Ujum, esa misma.

ANTONIO RICAURTE. Pero si eres solo una niña pequeña.

ANASTASIA. Aquí, en este lugar, lo soy. No entiendo por qué, pero bien claro que lo recuerdo. El español Ramón Correa ocupaba la ciudad de Mérida, y yo solo era una sirvienta del convento, pero me metía en las barracas para escuchar lo que decían los soldados. Una tarde, los vi muy nerviosos, preparando sus fusiles y cañones, y escuché cuando uno de ellos decía: "El general Simón Bolívar, con un ejército considerable, avanza hacia Mérida. Correa está muy preocupado y no sabemos quiénes

son ni cuántos son”. Así que esa noche, cuando la niebla estaba densa en la oscuridad, desde el techo del convento, comencé a redoblar mi tambor. Correa se asustó, pensó que se trataba del ejército de Bolívar llegando, así que empezaron a disparar entre la niebla y la noche. Yo seguí tocando el tambor y disparando al aire un trabuco. Los españoles, al ver que no conseguían dar con el ejército de Bolívar, salieron huyendo despavoridos de la ciudad y así gané la plaza para mi general Bolívar.

ANTONIO RICAURTE. Bueno, yo también fui un héroe en mi época. Alguna vez me conocieron con el nombre de Antonio Ricaurte, bien me recordará Bolívar cuando me vea. Yo le juré lealtad absoluta cuando nadie más quiso confiar en él. Un día, en San Mateo, me miró con sus ojos negros y me dijo: “Estás a cargo de las provisiones de armas, no las vayas a perder en manos de Boves”. Le juré que daría mi vida por defender el depósito, pero no había pasado mucho cuando llegó Boves y sus bobos a las puertas de la hacienda. Mandé a que abrieran las puertas y que luego huyeran todos. Me quedé solo a las puertas del depósito de armas y pólvora. Boves me miró con odio, pero se quedó detrás de los negros, dio la orden de avanzar sobre mí, pero no se dio cuenta que en mi mano llevaba un tizón encendido en candela, y me hice explotar junto con los barriles de pólvora y las armas. Muchos murieron, pero cumplí mi juramento como todo un soldado.

VICENTE CAMPO ELÍAS. Y yo fui Vicente Campo Elías, andino de crianza y corazón; español nacido por desgracia. Tuve que internarme en las montañas de Mérida por el azote de Correa. Pero cuando bajé a la ciudad, gracias a Anastasia, con mis quinientos hombres, entregue a Bolívar el título de Libertador en la Plaza Mayor. Un día juré al Libertador acabar con todos los españoles y luego suicidarme para que no quedara en estas tierras rastro de esa raza maldita.

(Simón despierta bruscamente. En actitud de juego, los persigue.)

SIMÓN. ¡Ajá!... ¿Quiénes son ustedes, duendecillos del demonio que vienen a perturbarme el sueño? *(Ríe.)*

(Abraza a los tres a la vez.)

SIMÓN. ¿Quiénes son ustedes, niños?

ANASTASIA. Yo me llamo Anastasia.

SIMÓN. ¿Anastasia, de Mérida? ¿Qué gusto verte de nuevo, señorita!
Y tú, niño, ¿quién eres?

ANTONIO RICAURTE. Yo soy Antonio Ricaurte.

SIMÓN. Mi querido Antonio, cómo has dado la vida por cuidar el parque de armas. Estoy eternamente agradecido. ¿Y tú?

VICENTE CAMPO ELÍAS. Yo soy Vicente Campo Elías.

SIMÓN. Ahhh, amigo querido, no te suicidaste, pero cuántos españoles sacaste de estas tierras...

ANASTASIA. Y usted, ¿quién es?

SIMÓN. Yo soy Simón Bolívar.

(Los niños ríen.)

ANASTASIA. Sí, nosotros conocimos a Bolívar y no era como usted. No tenía el pelo largo ni barba, aunque sí era pequeñito como usted.

SIMÓN. Ustedes, amigos míos, tampoco son como yo los recuerdo. Mi rostro ha cambiado, niños, con los años, la soledad y la traición se han acercado a mis ojos.

ESCENA VII

Simón se retuerce de la impotencia del encierro. Se aleja de los niños y se enfrenta al público. En este momento, entran parcas y demonios disfrazados con paños negros y máscaras de picos blancos alargados, con muletas y palos en sus manos. Lo rodean todos. Los niños se pierden entre ellos.

SIMÓN. Siempre he sido un general en desgracia, no hay más alegrías en mi corazón. La gran patria me debe mi soledad. Terrible ha sido mi vida personal. La desgracia del amor me corroe como un virus. Yo soy Bolívar, el hombre de las dificultades. Las traiciones me han hecho morir lentamente.

(Todos rodean a Simón. Este, en posición fetal, se lamenta. No ve a quienes se acercan; parecen consumirlo en un círculo oscuro. Se oye una voz potente fuera del escenario que grita.)

VOZ. ¡Parad todos! ¿No veis que el hombre todavía no lo comprende? No ha llegado su hora aún, ¡parad!

(Todos se alejan. Solo una de las figuras se queda mirando a Simón, mientras este sufre repitiendo la palabra traición.)

SIMÓN. ¡Traición, traición, traición, traición!

(La figura que ha quedado en escena se quita la máscara. Se trata de Francisco de Miranda.)

FRANCISCO. ¿Traición? ¿Hablas de traición? (*Simón lo mira extraño.*) ¿No recuerda mi rostro, coronel? Yo fui el último de los patriotas en rendirse desde una prisión oscura y terrible en Cádiz. Pasaba las penurias de un insurrecto perseguido por la corona y el Vaticano. (*Sentencia.*) ¿Traición? ¿En serio

hablas de traición? Bochinche, bochinche, bochinche, ustedes no saben hacer más que bochinche.

(Francisco desenfunda su espada y se pone en guardia. Ataca a Simón y entran en batalla, a la vez que dialogan.)

FRANCISCO. Sabía que eras un mantuano peligroso, lo advertí muchas veces, ¿cómo confiar en un mantuano? La misma raza que despreció a mi padre por ser un panadero, mulato, mercader, aventurero e indigno. *(Simón huye de los avances de Francisco.)* “Volveré algún día con más honor y brillantez de lo que salgo ahora”.

SIMÓN. *(Desde un lugar seguro, se extraña.)* Miranda, ¿eres tú? ¿Quién te ha dejado salir de la carraca donde te dejamos los patriotas? *(Se abalanza furioso contra Francisco.)* Entregaste nuestra primera y amada República a manos de Monteverde. Merecías el fusilamiento.

(Continúan con la batalla.)

FRANCISCO. ¿Qué has de saber tú de diplomacia? Salvaje, arrogante, pretendías que me entregara a arrebatos de pasión que nos llevarían a todos a la muerte sin gloria.

(Francisco domina a Simón. Cruzan espadas sobre su rostro.)

FRANCISCO. Yo soy Francisco de Miranda. Que mi cara salida del infierno donde me estaba pudriendo no te asuste. Mientras tú todavía usabas pañales, yo participé en cuatro guerras, en Marruecos, en los Estados Unidos, en la gran Revolución francesa. Y cuando intenté darle luz a mi patria, fui encarcelado por ti y por tu gente.

(Se desprenden. Quedan a ambos lados del escenario.)

SIMÓN. Yo te admiraba, Miranda. Eras la luz de América ante la noche negra que nos consumía. ¡Cómo te admiré en tus hazañas, el desembarco en la Vela de Coro, tu hermosa bandera, el *Leander* que te trajo!... Cuánto te admiraba, Miranda, y nos traicionaste.

(Se abalanza de nuevo con furia sobre Francisco. Este detiene los intentos.)

FRANCISCO. Pero ¿cómo iba yo a traicionar la revolución? Las tropas que me obsequiaron no estaban formadas en las ideas independentistas, por eso, a las primeras muestras de ataque, huían a los pies de Monteverde para suplicar perdón e incorporarse en el Ejército español. Cobardes, una partida de cobardes oportunistas. ¿Dónde están los ejércitos que un general de mi prestigio puede llevar a la batalla sin perder la dignidad?

(Simón es empujado lejos por Francisco.)

SIMÓN. Ese ejército hambriento de libertad se unió a mí. Para demostrarte mi valor, me fui en primera fila en el ataque del Morro; me precipité contra las trincheras enemigas; innumerables veces hundí mi espada contra el enemigo en la ceguera que causa la sangre, con una pistola en una mano y mi espada en la otra.

FRANCISCO. Pero ¿qué vas a hablar tú, muchachito, si a la primera misión que te encomiendo te dejas vencer?... Por tu culpa perdimos el castillo de Puerto Cabello, y eso nos costó la Primera República.

(Simón se abalanza una vez más sobre Francisco, pero sale herido. Se arrastra lejos.)

SIMÓN. Rogué por tu auxilio. Desesperado, te envié cartas diciendo que había tiempo de recuperar la plaza, que no esperaras a que Monteverde entrara, y tu indiferencia me hizo caer en la más oscura de las vergüenzas. Llegué a Caracas derrotado y te pedí, General, que por piedad no me dejaras ver tu rostro, pues la vergüenza me consumía... Desconfiabas de mí desde el principio, solo por ser mantuano, pero di hasta la última pieza de mi fortuna por cumplir tu sueño. La Gran Colombia nunca fue tan grande como tus sueños, mi General.

FRANCISCO. (*Reflexiona.*) La Gran Colombia... ¿Se cumplió mi sueño, Simón?...

SIMÓN. Sí, General.

FRANCISCO. ¿Y mi bandera?

SIMÓN. Sigue altiva sobre el cielo de América, mi General.

FRANCISCO. (*Se acerca a Simón y lo ayuda a levantarse.*) He sido injusto, te pido perdón. Nunca fui un traidor, solo fui un estratega, obtuso, afanado por defender mi sueño, me confié de Monteverde y él traicionó nuestro pacto.

SIMÓN. Perdóneme usted, mi General. Fui terco e iracundo. Lo entregué a los españoles sin siquiera preguntarle qué había pasado.

FRANCISCO. ¿La Gran Colombia se unió?

SIMÓN. Sí, pero parecía ser que era yo el pegamento que las unía a todas. Si le contara, mi General.

FRANCISCO. No te preocupes, Simón, ya lo imagino todo... Has sido desterrado igual que yo.

SIMÓN. Preferible es la muerte, antes que no vivir uno en su propia tierra.

FRANCISCO. Y así fue, Simón...

SIMÓN. ¿De qué habla, mi General? ¿Por qué todos hablan de forma extraña? Parecen compadecerme. Soy el Libertador y no merezco compasión, sino gloria... A mil patíbulos me enfrentaré primero antes de aceptar la lástima.

(Se aleja molesto. Francisco se va con el cambio de luz.)

SIMÓN. ¡Dónde está Sucre...! ¡Sucre, ¿dónde estás?, que te estoy llamando, carajo!

ESCENA VIII

*Entra en escena el Mensajero, un poco tembloroso, dudando.
Le entrega una carta a Simón.*

SIMÓN. ¿Quién carajo es usted?

MENSAJERO. No me regañe, mi General, solo soy un mensajero. Tome. *(Le entrega la carta.)*

SIMÓN. Olvida la carta. En este momento, no quiero malas noticias.

MENSAJERO. No me malinterprete, General, pero he caminado ambos mundos hasta acá, solo para darle esto.

SIMÓN. Perdona mi desconsideración, tienes razón. Dámela, ¿de quién es?

MENSAJERO. Noticias del Mariscal.

SIMÓN. ¡Sucre! Pero me hubieses dicho eso antes. Dame, dame. Pasa adelante, sírvete.

MENSAJERO. No se preocupe usted.

(Simón, mientras lee, se contrae emocionalmente y cae de rodillas por la terrible noticia.)

SIMÓN. ¡Sucre, Sucre, Sucre ha muerto! ¡Mi amigo, mi buen amigo, mi muchachito! ¿Por qué? Malditos, malditos todos, le han robado a la patria el último retrato que podían tener de mí mismo. Sucre, Sucre, ¿cuánto mal te he hecho, Sucre? Al nombrarte mi sucesor, te han asesinado. (*Mira al mensajero.*) Dime, ¿cómo ocurrió?

MENSAJERO. Yo no lo sé bien, mi General. Sé que hubo una conspiración contra usted en Venezuela, la llamaban la Gran Cosiata, y Santander no quería su presencia en Colombia.

SIMÓN. Sí, sí, eso ya lo sé. Pero dime, ¿cómo murió?

MENSAJERO. Dicen que todo fue un plan para que no fuera su sucesor. El 4 de junio, cuando el sol empezaba a sentirse en la selva de Berruecos, por un sitio llamado Jacoba, en un caminito angosto, cuatro asesinos contactados por José María Obando, lo esperaban. Ellos eran Apolinar Morillo, venezolano; Andrés Rodríguez y Juan Cruz, peruanos, y Juan Gregorio Rodríguez, de Tolima, colombiano. Cuando pasó la comitiva, una voz grita: “¡General Sucre!”. El General voltea y, en el acto, suenan los disparos. Cuentan los testigos que se oyó primero un disparo y después otros tres. Los arrieros, el criado, el diputado y Colmenares, aterrorizados, pero conscientes de lo que había pasado, echaron a correr hacia delante como si hubieran visto al diablo. Solo pudo oírsele decir a Sucre: “¡Ay, balazo!”. Y cayó muerto con una herida en el cuello.

SIMÓN. “Se ha derramado, Dios excelso, la sangre del inocente Abel... La bala cruel que le hirió el corazón, mató a Colombia y me quitó la vida”. (*Pausa.*) ¿Qué más traes a mi alma desdichada?

MENSAJERO. Tengo otra carta, escrita antes de la muerte de su amigo.

(*En escena, la figura fantasmal de Sucre aparece leyendo a su amigo Bolívar.*)

SUCRE. “El dolor de la más penosa despedida. No son palabras las que pueden fácilmente explicar los sentimientos de mi alma respecto a Vd. [usted]. Vd. los conoce, pues me conoce mucho tiempo y sabe que no es su poder, sino su amistad la que me ha inspirado el más tierno afecto a su persona. Lo conservaré, cualquiera que sea la suerte que nos quepa, y me lisonjeo que Vd. me conservará siempre el aprecio que me ha dispensado. Sabré en todas circunstancias merecerlo. Adiós, (*La figura de Sucre se desvanece.*) mi General, reciba Vd., por gaje de mi amistad, las lágrimas que en este momento me hace verter la ausencia de Vd. Sea Vd. feliz en todas partes y en todas partes cuente con los servicios y con la gratitud de su más fiel y apasionado amigo”.

(*Simón, en medio del llanto y el dolor, se acerca al espectro. Lo ayuda el Mensajero. Todos los demás personajes aparecen en el escenario como fantasmas.*)

SIMÓN. “Mi querido General y buen amigo: La apreciable carta de Vd., sin fecha, en que Vd. se despide de mí, me ha llenado de ternura, y si a Vd. le costaba pena escribírmela, ¿qué diré yo? Yo, que no tan solo me separo de mi amigo, sino ¡de mi patria! Dice Vd. bien, las palabras explican mal los sentimientos del corazón en circunstancias como estas; perdone Vd., protesto a Vd. que nada es más sincero que el afecto con que me repito de Vd., mi querido amigo. Su Bolívar”.

(*Al irse el fantasma de Sucre, Simón se desespera, grita. El Mensajero huye nervioso.*)

SIMÓN. ¡Ahhhhhh! ¡Pagarán los que te han llevado a esto, Sucre! (*Se dirige a la imagen religiosa que cuelga de la pared.*) La Providencia ha cobrado cara mi supuesta herejía, pero también he cumplido con el mandato divino, he amado a mi prójimo

mucho más de lo que me amé a mí mismo. Mi lucha incansable siempre fue a favor de los oprimidos, de los más pobres, de quienes llevan en sus espaldas el peso histórico de la esclavitud. He entregado toda mi fortuna, (*Muestra sus bolsillos.*) miren mi rostro, el rostro de un anciano y solo tengo 47 años. Si les mostrara mis nalgas sabrían por qué me dicen mis tropas el “culo’è hierro”, callos solo tengo, nada de piel. He dado dos veces y media la vuelta al mundo a caballo, y a mi paso solo les he dejado libertad, justicia, “es un deber republicano corregir las desigualdades sociales”. Les di una patria, les di democracia, ¡y así me traicionan! Un día, me ofrecieron la proclamación de emperador del Perú y la propuesta me ofendió más que el nombrar mal a mi santa madre. ¡Libertador o muerto!, grité. (*Llora.*) ¿Y así es como me pagan? ¿Con la muerte de mis generales, de mis amigos? ¡Oh, desdichada América, has perdido al más grande de tus hijos, a quien llevaría mis laureles de Libertador con orgullo y valentía!... ¡Oh, mi adorada Manuelita, mi adorado tormento, mi Libertadora, cuánto debí haberte hecho caso, debí fusilar a Córdoba y a Santander; ese maldito traidor atentó contra mi vida y me tocó saltar de tu balcón, ¡era un sucio y asqueroso cobarde! Nadie apostaba a mi campaña admirable. (*Enfurecido.*) ¿Dónde está el maldito Francisco de Paula Santander? ¿Dónde estás, José Antonio Páez? Díganme, ¿son ellos quienes me tienen encerrado? (*Ríe con sarcasmo.*) ¡Oh, Páez!, no eras más que un campesino, sin más modales que una mula de carga, un hombre sin honra ni gloria. Yo te elevé a la cúspide la moral republicana, ¿y así me pagas?, ¿con traición? Con cuánto deseo imagino atravesarte con el filo de este sable que mató a los más viles de los españoles invasores. ¡Oh, raza maldita que llevo en mi sangre! ¿Dónde están? ¿Dónde están?, tráiganme a esos malditos para hacerles pagar, para gusto de todas mis tropas, su alta traición.

(*Contestan todos al unísono.*)

VOZ EN CORO. Ellos no están aquí, General, solo los patriotas pueden llegar a este lugar. Ellos se encuentran al otro lado del río Manzanares.

SIMÓN. ¡Oh, maldición de mi alma!, ¿por qué se me abalanzan estos espectros? Cierra los ojos, Simón, cierra los ojos hasta que despiertes de esta pesadilla.

(Simón aprieta fuertemente sus ojos. Los espectros desaparecen entre la sombra. Al abrirlos, se enciende la luz.)

ESCENA IX

En escena, entra Tinjaca (aborigen) arrastrándose por el suelo, buscando un poco de agua.

SIMÓN. ¿Tinjaca? Viejo amigo, ¿eres tú? *(Tinjaca asiente con la cabeza. Simón revienta en alegría, busca atenderlo rápidamente. Lo levanta, lo auxilia, manda a traer agua. Algunos personajes le ayudan, luego se van.)* Déjenme a solas con mi amigo, por favor... ¡Cuánto mal ha hecho la América mientras estoy preso y encerrado aquí! ¿Por qué siguen despreciando a los tuyos cuando yo les di la libertad?... Tinjaca, ¿eres tú? Pero claro que eres tú, chico, qué gusto me da verte, amigo, entre tanto infierno has venido a visitarme. ¿Cómo llegaste hasta aquí?

(Tinjaca le muestra un pequeño título que lleva guardado.)

SIMÓN. Pase válido para un patriota que luchó por su tierra, Tinjaca, el edecán. *(Ríe.)* ¡Cuántas aventuras, indio!... *(Tinjaca revira.)* Discúlpame, Tinjaca, sé que no eres indio; ese fue el nombre terrible que le dio el español a tu gente. No eres indio, eres original de la tierra, natural, el verdadero americano. Aunque este nombre otorgado por Américo Vespucio tampoco te sienta,

eres un patriota luchador de la Pachamama. (*Tinjaca sonrío.*) ¿Te gusta ese título? Con ese título te nombro solemnemente, luchador patriota de la Pachamama, digno hijo de Murachí, Guaicaipuro y Túpac Amaru. (*Ríe.*) ¿Cuánto tiempo, chico? Déjame que te sirva algo de tomar, (*Tinjaca revira.*) no es tiempo de revirar, ya todo lo he servido. No soy más que tú, porque para ti también liberé la patria grande. (*Se sirve y se sienta con Tinjaca; este se ve triste.*) ¿Qué te sucede, amigo? (*Tinjaca hace señas de que está triste por Nevado.*) ¿Estás triste por Nevado? Yo también lo extraño, amé tanto a ese perro loco. Murió como un patriota en Carabobo, atravesado por una lanza, después de haber matado a varios españoles. (*Suspira.*) Así es la vida, amigo. Solo te hacía caso a ti. (*Tinjaca silba. Simón imita el silbido.*) Sí, ese mismo silbido que me enseñaste. Mi perrito..., consentido y gordo... Que en paz descanse. (*Silencio.*) ¿Qué ha pasado con ustedes? ¿Con tu pueblo?

TINJACA. *Ana karina rote, General, en resistencia. (Simón no entiende, se sorprende.)*

SIMÓN. ¡Pero si puedes hablar, amigo!

TINJACA. *Isumtu umpu mursi mitaifoc, cuatuc cuñunumun cupus ecac, nunis quiu chimaguac anquiñen, bo tingui isparas, joy anoctolojo¹.*

SIMÓN. Debo estar soñando, ¿qué es lo que sucede?

(Tinjaca hace señas a Simón de tener hambre.)

SIMÓN. Sírvete. Estoy harto de esta comida que en nada me sacia el hambre y de este vino que no refresca ni me embriaga.

¹ Tinjaca habla en idioma *jamuén*, autóctono de Mérida antes de la llegada de los españoles a esta región, en el siglo XVI.

(Tinjaca hace señas de cazar.)

SIMÓN. ¿En serio? ¿Podrías cazar algo para mí? Mmm... Igual ya no importa, disfruta tranquilo de la comida. No pienses en mí, ya nadie lo hace.

(Una luz cenital cae sobre Simón. Se escucha una voz.)

VOZ EN NEGRO. ¡Muerte al tirano!, ¡que muera Bolívar! Libertador, sentimos que su presencia en Colombia no es buena para la paz de la nación. Le damos auspicio para que se vaya de estas tierras. Por órdenes del presidente José Antonio Páez, se le decomisa a usted el pasaporte venezolano y se le prohíbe la entrada a esta nación.

SIMÓN. He vencido la muerte y el olvido... Hace tanto que no sé dónde estoy.

(Entra la Muerte, vestida de traje negro. Se acerca seductora y limpia las lágrimas de Simón.)

SIMÓN. ¿Quién eres tú?

MUERTE. ¿No me recuerdas?

SIMÓN. No.

MUERTE. Fui tu compañera de vida, a los 3 años de edad te vi por primera vez. La Hacienda San Mateo cerró sus cortinas, y el redoble de campanas de la iglesia anunciaba la caída de tu padre, el coronel Juan Vicente Bolívar.

SIMÓN. Era muy niño cuando eso ocurrió, pero usted se ve tan joven y hermosa...

MUERTE. ¿Te gusto?

SIMÓN. Siempre he admirado a las mujeres bellas...

MUERTE. Lo sé.

SIMÓN. ¿Cómo lo sabes?

MUERTE. Tus romances son célebres, desde Europa hasta América. Todos piensan que eres un hombre gigantesco, pero mira cómo los rumores engañan.

SIMÓN. Es una fama mal ganada. Confieso que me he enamorado y que muchas veces he sufrido la desgracia de no tener una familia, hijos, nietos, una esposa.

MUERTE. Ese ha sido tu sacrificio, los buenos hombres deben estar solos.

SIMÓN. Ya no deseo más soledad.

MUERTE. Ustedes tan pesimistas, ni yo... Nunca están solos, desde los rincones les observo y me río; a veces, me enamoro también... No puedo negar cuánto me has gustado.

SIMÓN. ¿De qué le sirve a uno la compañía, si la soledad no se aleja?

ESCENA X

Tinjaca levanta la cabeza, se da cuenta de quién es. Hace señas y silbidos a Simón, este lo ignora, así que sale a buscar ayuda.

TINJACA. (*Advirtiendo.*) *Guo guatu guo guatu.*

MUERTE. Pero no estás solo, nunca me he apartado de ti, solo que no me veías por estar tan ocupado. Soy casi una familiar lejana.

SIMÓN. ¿Fanny?

MUERTE. No...

SIMÓN. ¿Dónde más nos hemos visto?

MUERTE. ¿Recuerdas el 6 de julio de 1792?

SIMÓN. Ese día murió mi madre.

MUERTE. ¿Y el 22 de enero de 1803?

SIMÓN. Sí, ese día murió mi esposa. ¿Quién eres?

MUERTE. Eso no importa ahora, Simón. (*Le besa.*)

(Tinjaca suena la guarura anunciando a una Patriota. Esta entra con escopeta o espada. Al grito de guerra, saca a la Muerte, que se va corriendo como un zamuro, y huye riendo con horribles carcajadas.)

PATRIOTA. Ya una vez acariciaste su cuerpo y te lo llevaste de nosotros, dejando huérfano al continente. No permitiré que nos lo quites una vez más. Fuera de aquí. (*Dispara.*) Mi General, ¿se encuentra bien?

SIMÓN. Pero ¿qué ha pasado?

PATRIOTA. No le haga caso, mi General.

SIMÓN. ¿Quién era esa mujer?

PATRIOTA. Una de las que no debe estar acá.

SIMÓN. ¿Y por qué estaba acá entonces?

PATRIOTA. Desde hace tiempo está rondando este lugar, menos mal que Tinjaca me advirtió a tiempo.

SIMÓN. ¿A tiempo de qué? ¿Quién eres tú?

PATRIOTA. Una patriota que no dejará que usted muera.

SIMÓN. ¿Morir? ¿Quién me quiere matar?

PATRIOTA. Nadie, mi General, es solo que algunos dicen que es tiempo de su traslado.

SIMÓN. Todo esto es tan confuso... ¿Dónde estoy?

PATRIOTA. ¿En verdad aún no lo sabe, mi General?

SIMÓN. Mira mis ojos, ¿dime si hay en ellos algo que te haga dudar de mi pregunta?

PATRIOTA. No quería ser yo quien se lo dijera.

SIMÓN. ¿Decirme qué? ¡Maldita sea mi suerte! ¿Por qué todos me tratan como un pendejo?

PATRIOTA. Disculpeme, Su Excelencia, solo escúcheme con atención: usted está del otro lado, General.

SIMÓN. ¿Cuál lado?

PATRIOTA. Usted está en un lugar de descanso con los suyos, reservado para los patriotas.

SIMÓN. ¿En una cárcel?

PATRIOTA. No, usted está muerto, Libertador.

(Entran todos los personajes, se sitúan en el escenario y miran a Simón desconcertado, a quien parece faltarle el aire.)

SIMÓN. ¿Muerto? ¿Cómo muerto? No es posible.

PATRIOTA. Así es Libertador. El Perú se separó de la Gran Colombia; Colombia y Venezuela le prohibieron estar en estas naciones, y el 17 de diciembre de 1830, a la 1:00 de la tarde, todo había terminado. Así comenzó su camino por la eternidad...

(Simón desconcertado y debilitado al extremo.)

SIMÓN. ¿Cómo fue? ¿Un balazo? ¿Veneno?

PATRIOTA. Quizás, Libertador. Acá las noticias tardan mucho en llegar. Luego de su destierro, se embarcó usted por el Magdalena

buscando salir a Europa, pero su avanzada enfermedad se lo impidió. Llegó a Santa Marta, le recibió en silla de brazos su buen amigo Próspero Reverent, y don Joaquín de Mier, en San Pedro Alejandrino, sufría la angustia de quien ha sido traicionado por sus más leales seguidores.

SIMÓN. (*De rodillas, mirando al suelo.*) Somos tres los grandes majaderos de la historia: el Quijote, Cristo y yo, unos soñadores de imposibles... He derrochado mi fortuna y mi paz en darles libertad, hasta alcanzarme del otro lado sin saber que he muerto.

PATRIOTA. La gastroenteritis le atacaba, no podía levantarse de la silla. Sin embargo, no dejaba usted de dictar correspondencia. Animaba a la unidad de la América. Sufría de fiebre, delirios, desmayos, comenzó el hipo y todo empeoró. Logró, Su Excelencia, otorgar testamento, pero ya no tenías bienes. Llevabas la camisa rota, había su excelencia perdido todo. Delacroix, su fiel amigo, se despidió de usted en el lecho de muerte; años después, él terminó suicidándose.

SIMÓN. Al desaparecer de en medio de ustedes, mi cariño me dice que debo hacer la manifestación de mis últimos deseos. No aspiro a otra gloria que a la consolidación de Colombia. Todos debéis trabajar por el bien inestimable de la unión: los pueblos obedeciendo al actual gobierno para libertarse de la anarquía, los ministros del santuario dirigiendo sus oraciones al cielo y los militares, empleando su espada en defender las garantías sociales.

PATRIOTA. Sin embargo, Libertador, después de la muerte de usted, se ensombrecieron sus glorias, trataron de borrar su nombre de la historia. Santander y Páez se encargaron de satanizar su imagen y acuñársela a los burgueses.

SIMÓN. ¿Por qué? ¿Por qué la muerte me persigue? ¿Por qué? Mi padre, mi madre, mi esposa, mis soldados, la Gran Colombia... ¿Por qué? Y mi único gran amigo, Sucre.

(*Contestan todos, al unísono.*)

VOZ EN CORO. Y nosotros, Libertador... , nosotros también estamos muertos. Usted aún no lo sabe, pero hoy es su día.

ESCENA XI

Suena un réquiem. Simón los mira a todos, los busca con sus ojos, los abraza, se lamenta de cada uno de ellos, en especial de Manuela. Entra la Muerte con mirada de fiera y lo toma por la mano, se lo lleva. Todos se lamentan.

VOZ EN NEGRO. Le ha llegado su hora, Libertador.

(Lo agarran, lo amarran de manos. Agarran a los presentes también. El Papa Pío VII da su última bendición a una cuadrilla de verdugos. Se para frente a él, lo suben al cadalso.)

SIMÓN. (*Mira al público.*) ¿Acaso mi trabajo por la patria fue una apetencia personal? Díganme, ¿solo fui un Quijote más? ¿Un Cristo sacrificado por los esclavos? ¿Contéstenme!, ¿me han de olvidar todos? ¿Me han de recordar solo como un tirano o cómplice de los que oprimen a las masas? ¿No hay nadie que me recuerde aún, no queda acaso un solo patriota en Venezuela?

(Manuela, agarrada por los verdugos, intenta hablar pero se lo impiden. Logra desprenderse y grita.)

MANUELA. ¡Simón, aún queda, aún hay uno, tuvimos información, nos dicen que viene en camino, viene llegando!

SIMÓN. ¿Quién es?

MANUELA. Un vendedor de dulces.

SIMÓN. ¿Su nombre?

MANUELA. (*Continúa forcejeando.*) ¡No lo sabemos, solo se nos dijo que venía en camino!

SIMÓN. Díganle que mientras un patriota quede en pie recordando mi lucha, la América aún tendrá esperanza.

(La cuadrilla se prepara para ejecutar a Simón. Suena el redoble de un tambor.)

VOZ DE PELOTÓN. El acusado ha sido encontrado culpable del crimen de sedición e insurrección.

MUERTE. Los llevo sin mella a ilusionarse en algo que jamás tendrán... Igualdad, justicia, eso no es más que un sueño y los sueños son lo más peligroso que existe para nuestra institución.

VOZ DE PELOTÓN. ¡Se le condena a la pena más terrible que la muerte pueda sentenciar: se le condena al olvido...!

(La Muerte ríe, deleitándose de la condena impuesta a Simón.)

SIMÓN. He sembrado en el viento, he arado en el mar. He sido víctima de mis perseguidores, que me han conducido a las puertas del sepulcro. Yo los perdono. ¡Colombianos!, mis últimos votos son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye para que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.

MUERTE. Preparados para dejar caer el cuerpo a mi voz de mando... A la cuenta de tres, nunca más serás recordado. Una, dos...

(Todos los presentes se revelan. Interrumpen la cuenta de la Muerte, estalla una gran batalla entre todos y luchan. Simón es liberado, pero

a la vez es herido. Se ve cansado, más herido en su alma que en su cuerpo. Lo sostienen todos. Una luz cenital cae sobre ellos.)

SIMÓN. ¿Cuál fue mi gran pecado? ¿En verdad me han condenado al olvido o solo ustedes me han rescatado? ¿Acaso nadie más me recuerda?

MANUELA. ¡Ahí viene uno, Simón, ahí llega, mira!...

(En escena, se acerca un niño pequeño, de tez morena, humilde, con ropa de peón y en alpargatas. Lleva una cesta de dulces en sus manos. Con ternura, se acerca a Bolívar; trata de secarle la sangre y le ofrece un dulce, sonrío. El Libertador lo acepta de su mano, parece haber gusto en su gesto mientras come, a la vez que el dulcero comienza a hablar.)

DULCERO. Dulce como esta araña es el paladar de los que todavía gritan su nombre, los que todavía cantan, rebeldes, sus palabras de amante herido... Suave como ese néctar que entra en su garganta es la cara de muchos que, tostados por el sol, todavía le aclaman en silencio. Ya vuelve a sentir que la comida le sabe a algo, ¿verdad?... No se angustie por las estatuas frías y abandonadas que se alzan en cada plaza con su nombre, ni de los uniformes de generales condecorados que jamás han visto la batalla de cerca, ni la banda con la que se adornan las costillas los tiranos de turno. No se angustie, aunque esta noche sea oscura. A usted aún lo recuerdan... Yo vengo desde allá gritando su nombre, escribiendo sobre él, soñando con él... Se trata de su ejemplo, que es el poema que dibuja un niño mientras pinta en la escuela, la mirada de un obrero que madruga para criar a sus hijos. Se trata de la esperanza que lleva el saber que tenemos, su voz en el gesto de quien resiste pensando, como yo... Traigo conmigo la sangre de los mártires a cambio de su libertad...

(Se dirige a la Muerte y le entrega una vasija que vierte sobre el piso, llena de sangre.)

DULCERO. Ni la misma muerte podrá borrar el recuerdo libertario de mi General, es nuestra única luz en el infierno que crearon. *(Dirigiéndose a Simón.)* Ahora es cuando el cielo se hace pequeño para recibirlo. Pero del olvido que es este purgatorio, hoy mismo salimos todos... Nada le debemos a la muerte. Nuestra gloria está a salvo. *(Dirigiéndose a los demás.)* Hemos ganado la buena batalla... ¡Que viva el Libertador, carajo! *(Vitores.)* ¡Que viva el Libertador! *(Vitores.)* ¡Que viva el Libertador! *(Vitores.)*

(Gritos y aplausos de algarabía. Suena música, Bolívar se alza gallardo, sonriente, como elevándose a los cielos y dejando atrás el purgatorio. Mientras esto ocurre, lentamente se cierra el telón.)

FIN

PREMIO APACUANA DE DRAMATURGIA NACIONAL 2021

LAS FRONTERAS DEL ALMA

(Drama en dos actos)

Israel Silvestre García Osuna

Estrenada el 25 de noviembre de 2022 en la sala Román Chalbaud del Teatro Alberto de Paz y Mateos, bajo la dirección artística de Carlos Arroyo.

FICHA ARTÍSTICA

REBECA (Mujer de 30 años)	Dora Farías
ALEXANDER (Hombre de 35 años)	Luis Enrique Torres
JUEZ / AGENTE	Luis Enrique Torres
FORENSE / AGENTE	Dora Farías

Personajes de los videos proyectados en pantalla

MADRE	Aura Rivas
ALTER EGO DE ALEXANDER	Carlos Arroyo

FICHA TÉCNICA

TÉCNICOS	Pastor Peña / Víctor Quiñones
VESTUARIO / UTILERÍA /	
ESCENOGRAFÍA	León Padilla
ILUMINACIÓN	Gerónimo Reyes
SONIDISTA	Augusto Morales
VIDEOS	Ariana León
PRODUCTOR ENCARGADO	Aristides Muñoz
VOCES EN OFF /	
ASISTENTE DE DIRECCIÓN	Eloy Marchán
DIRECCIÓN ARTÍSTICA	Carlos Arroyo
PRODUCCIÓN GENERAL	Compañía Nacional de Teatro

NOTA DEL AUTOR. La presente obra representa una ficción, mas la misma está dotada de anécdotas y sentimientos reales, captados desde el otro lado.

Los personajes: AGENTES, FORENSE y JUEZ pueden ser interpretados por el mismo actor y actriz principal o bien por otros.

ACTO I

En una ciudad llena de ruido y luces, Alexander llega a su casa, se ve evidentemente cansado, deja sus cosas tiradas por la habitación, camina, se sienta y busca algo de comer. Una música nostálgica se oye a lo lejos. Se queda dormido mientras come. Se ve evidentemente cansado, agotado. La escena queda en negro. Al volver, se ve al mismo Alexander escribiendo una carta. Se escucha en voz alta en off mientras escribe.

ALEXANDER. De mis pasos nacen gritos, ecos de extravagantes sirenas, gruñidos de estómagos y resacas sin alcohol, con ansias desprovistas del interés de la amnesia... Mi camino no es más que la marcha de antiguos solitarios. Al cruzar la frontera me admiré de ver el mismo cielo que nos cobijaba en casa, al repartirme entre las notas desafinadas de otras voces, de otros acentos, recordé la voz de mi madre preguntándome si quería comer... Madre, mi cama cada día está más cerca del suelo, más cerca de los lugares donde enterré mis sueños... Madre, ¿cuántos suspiros nos distancian? Miré a los muchachos que van a las plazas, llevan sus ropas limpias y una sonrisa de quien el hambre no les preocupa, miré a esos muchachos y no me extrañé, yo estaré detrás de ellos, detrás de sus brillantes cabellos. Madre, usted no creería las ciudades en ruinas que nos dejan, los lugares comunes del alma que nos habitan al cruzar los puentes... Voy recogiendo sus pasos, como un hongo me subo a sus talones, como un ángel herido suplico misericordia, pregunto nuevas direcciones y me hundo en las esquinas que nunca había visto, las acaricio, son tan familiares como aquellas en las que solía morir por estos meses... Madre, llevo puesto su abrigo de nostalgias, aún me lavo las manos y me cepillo

los dientes... Espero que también usted conserve las buenas costumbres como, por ejemplo, la de seguir viviendo...

(La escena queda en negro.)

ESCENA I

Alexander se viste en escena, es de madrugada. Sale de la casa. La escena queda en negro. Seguidamente, un cenital le alumbra, se le ve sentado. Luces intermitentes de un bus o un metro lo iluminan; suena su teléfono.

ALEXANDER. Aló, sí, voy en camino. Ya sé que voy tarde... Tú sabes lo difícil que es moverse a esta hora... Sí, llevo lo de hoy, antes de llegar a la casa paso por el Supermarket y lo compro. Sí...
(Cuelga el teléfono.)

(La escena queda en negro. De vuelta, se ilumina y se le ve llegar a casa. Una mujer le saluda de lejos con parquedad.)

REBECA. ¿Trajiste lo de hoy?

ALEXANDER. Sí, acá están las cosas.

(Rebeca revisa la bolsa.)

REBECA. ¿Y el atún?...

ALEXANDER. Se me olvidó... Si quieres voy de nuevo a la tienda.

REBECA. No, déjalo así...

ALEXANDER. De verdad, puedo ir.

REBECA. No te preocupes...

(Silencio entre ambos.)

REBECA. Se te nota cansado...

ALEXANDER. Ya son las nueve de la noche. ¿Llegaste hace mucho?

REBECA. Hace como media hora.

ALEXANDER. ¿Cómo te fue hoy?

REBECA. Treinta mil...

ALEXANDER. Lo del día.

REBECA. Catorce horas de trabajo.

ALEXANDER. Pero al menos trabajas... (*Sonríe.*)

REBECA. Treinta mil... (*Pensativa.*) Menos diez mil en el pasaje, menos diez mil en comer por fuera, entre desayunar y almorzar... Me fue bien, sí, me quedaron diez mil... Bien para juntar el pago del agua, de la luz, del gas, la escuela y lo del arriendo.

*(Desde una habitación posterior suena un televisor encendido.
La voz de un narrador[a] da las noticias.)*

NOTICIERO EN OFF. Autoridades sanitarias revelan su preocupación ante la llegada del nuevo virus. El Poder Ejecutivo analiza la posibilidad de declarar una cuarentena ante la creciente ola de contagios.

(Alexander comienza a toser.)

REBECA. Ni se te ocurra enfermarte, que a nosotros nadie nos atiende...

ALEXANDER. Debe ser la madrugada que me cae mal en los pulmones...

REBECA. Ojalá sea eso, ¿te imaginas otro gasto más?

ALEXANDER. Es que está haciendo mucho frío cuando salgo al trabajo.

REBECA. Quién sabe, ¿te estas abrigando bien?

ALEXANDER. Sí, con bufanda y todo.

REBECA. Bueno, ya veremos qué pasa. Mejor tómate un bebedizo esta noche... La comida está lista, come tú, yo me voy a dormir...

ALEXANDER. ¿Nos saludamos al entrar?

REBECA. No recuerdo...

ALEXANDER. Que descanses... Hasta mañana...

REBECA. Hasta mañana...

(En escena queda solo Alexander. Se oye de lejos el televisor.)

TELEVISOR EN OFF. *(Noticiero.)* El Gobierno nacional reúne a sus congresistas para evaluar la crisis migratoria, producto de...
(El sonido se desvanece.)

(Suena música triste. Alexander, en escena, es iluminado por un cenital únicamente. Escribe, y en voz en off se escucha cómo lee la carta.)

ALEXANDER. Madre, tengo frío.

Soy como aquel que se entrega a la muerte
para amanecer en sus brazos...

No se angustie.

Uso la vieja chaqueta como usted me dijo.

Pero nada logra abrigarme las ausencias...

Sí, las ausencias, en plural,

no es solo la ausencia de sus palabras,

ni el diciembre aquel en que brindábamos sonrisas al cenar,

sino también de la ausencia del grito que recorre el alma

y nos alerta antes de la caída,

la ausencia de los recuerdos que ahora se vuelven borrosos...
Madre, tengo sueño,
soy tan semejante a aquel murciélago que trabaja de noche
para comer...
La oscurana soledad es mi refugio,
cuando despierto ya es de noche,
y al terminar mi jornada aún sigue oscuro,
es como si hubiese perdido el derecho de ver el sol...
Madre, sin embargo, hay alegrías,
hace pocos días compré una lata de atún,
no podía comerla pensando en la injusticia de no compartirle
un poco,
sin embargo, la comí...
¿Valió la pena, mamá?
¿Acaso me acostumbraré a esta fortuna
de remedar las muecas de los demonios
que me habitan?

(Alexander se duerme sobre la mesa donde escribe. Se levanta nuevamente. Sale. La escena queda en negro. Una luz le ilumina y luces intermitentes, como de un bus o del metro, se ciernen sobre él; luego la escena queda en negro. Se ilumina de nuevo y el escenario ahora es una pequeña oficina, él la limpia sin parar. La escena queda en negro una vez más, desvaneciéndose la luz sobre él. El sonido de cornetas y de tráfico aturde la oscuridad de la escena. Vuelve una luz tenue sobre el escenario iluminando a Rebeca. Está dormida sobre un mueble de la casa. Se escucha el sonido de un televisor lejano.)

TELEVISOR EN OFF. (Noticiero.) Las muertes no han podido ser contabilizadas, tampoco se vislumbra una cura en la proximidad. La OMS evalúa a la nueva cepa como... *(El sonido se desvanece.)*

(Alexander le besa en los labios. Ella sonríe un poco.)

REBECA. Me dormí...

ALEXANDER. ¿Ya comiste?

REBECA. No.

ALEXANDER. Traje unos dulces, unos panes y un yogur.

(Ella se levanta. Comen, se miran y sonríen. Luego viene la tristeza.)

ALEXANDER. ¿Tú crees que mamá este comiendo bien?

REBECA. Quizás...

ALEXANDER. Hace poco le escribí, a ella le gusta leer.

REBECA. ¿Le mandaste plata?

ALEXANDER. Sí, lo que pude. Ayer terminé de pagar lo del celular.

REBECA. Hay que pagar también lo de la cocina.

(Silencio entre los dos.)

ALEXANDER. Sabes que hace unos días vi a Lissette.

REBECA. ¿Cuál Lissette?

ALEXANDER. La que estudió con nosotros en el Libertador.

REBECA. ¿Cuál?

ALEXANDER. Lissette, a la que se le murió la mamá cuando estábamos en tercer año y luego salió embarazada. ¿La recuerdas?

REBECA. ¿Lissette se vino para acá?

ALEXANDER. Sí, yo la vi hace poco. No sé, estaba rara.

REBECA. ¿Rara?

ALEXANDER. Como ausente.

REBECA. ¿Cómo así?

ALEXANDER. Estaba ida, como que estaba y a la vez no.

REBECA. ¿Pero cómo así? ¿Qué te dijo?

ALEXANDER. Pues iba muy bien vestida, sus uñas largas, tenía un tremendo celular, se bajó de una camioneta y un hombre horrible la estaba esperando. Me dijo que trabajaba de niñera... Luego se fue y ya.

(Silencio entre ambos.)

ALEXANDER. ¿El niño está dormido?

REBECA. ¿El niño?, ¡el niño! Coño, ¡el niño!, ¿no lo recogiste?

ALEXANDER. Pensé que te tocaba a ti.

REBECA. No, hoy es viernes.

ALEXANDER. ¡El niño, coño, lo olvidé!

REBECA. ¿Cómo que olvidaste al niño? ¡¿Cómo coño se te olvida tu hijo?!

ALEXANDER. Perdón, perdón, estaba cansado. Salí del trabajo y me quedé dormido en el bus.

REBECA. Perdón un carajo, es tu hijo.

ALEXANDER. Sí, ya sé que es mi hijo, ya sé. ¿Qué quieres que haga? ¿Que retroceda el tiempo?

REBECA. Alexander, hay vainas que uno no puede olvidar. Está bien que se te olvide el bendito atún, pero cómo se te olvida el niño. Vamos a ver si todavía está abierta la escuela.

ALEXANDER. Coño, el niño...

(Se apuran en salir. Cambio de luz, llegan al lugar.)

REBECA. Cerrado, esta mierda está cerrada... (*Alzando la voz.*) Buenas noches... Buenas noches.

ALEXANDER. (*Idem.*) Buenas, señora... Buenas noches...

REBECA. Buenas noches, maldita sea...

(Rebeca marca un número en su teléfono. Nadie contesta. Ella se frustra grandemente.)

REBECA. No contestan...

(Sigue intentando sin encontrar respuesta. Se frustra aún más.)

ALEXANDER. Tranquila, el niño debe estar allí adentro dormido, pero por precaución no le abren a nadie a esta hora.

REBECA. Precaución un coño, un coño. Te tocaba buscar al carajito y lo dejaste botado.

ALEXANDER. No recordé que era viernes, de verdad, no lo recordé.

REBECA. Si algo le pasa al niño no te lo perdono.

ALEXANDER. ¿Y tú sabías que hoy era viernes?

REBECA. No, pero yo voy contando día por medio y sé cuándo me toca.

ALEXANDER. Pues yo nada más cuento los días que recibo llamada de mamá y es cuando me toca buscar al niño.

REBECA. ¿Hoy no te llamó?

ALEXANDER. No, no me llamó.

REBECA. ¡Coño!, ¿ahora qué hacemos sin el niño? ¿Dónde hablamos con alguien? (*Alzando la voz.*) Buenas... (*Por lo bajo.*) Buenas noches, hijos de puta.

ALEXANDER. (*Alzando la voz.*) Buenas noches... Señor, queremos hablar un momento...

REBECA. Se hace el pendejo para no abrirnos.

ALEXANDER. Apagaron las luces...

REBECA. ¡Coño!, ¿ahora?

ALEXANDER. Nada, qué vamos a hacer... Mamá no me llamó hoy...
¿Habrá pasado algo?

REBECA. Nada, no ha pasado nada, seguro que está sin luz, otro apagón y ya...

ALEXANDER. Vámonos, mañana nos darán la cuenta por las horas extras de cuidar el niño.

REBECA. Las vas a pagar tú solo, por despistado, por pajúo... Yo no me quiero ir...

ALEXANDER. Pero tranquilízate, todo va a estar bien con el niño.
Él seguro está durmiendo, mañana venimos temprano.

REBECA. No es eso, no es eso. Mira la hora, él no está acostumbrado a dormir solo.

ALEXANDER. Son las diez de la noche, ¿qué pasa con eso?

REBECA. No, no, no sé...

ALEXANDER. Cálmate, no hay peligro, en una hora llegamos a la casa y ya...

REBECA. No se trata de eso, sino de todo.

ALEXANDER. ¿Qué es todo?

REBECA. No te hagas el pendejo, tú ves lo que nos pasa acá...

ALEXANDER. Lo que nos pasa acá es lo que les pasa a todos.

REBECA. Lo que nos pasa a todos, dime; la puta madre que me parió.

ALEXANDER. La felicidad está al final del túnel.

REBECA. Al final del túnel llega la muerte, por eso es la analogía.

ALEXANDER. ¿Qué prefieres?

REBECA. Prefiero vivir, quiero ver crecer a mi hijo, ¿pero en qué momento puedo hacer eso?

ALEXANDER. En el mismo momento en que estamos todos en casa.

REBECA. ¿Cuándo, Alexander? ¿Cuándo?

ALEXANDER. Por las noches.

REBECA. ¿Y acaso yo tengo un murciélago por hijo?

ALEXANDER. Bueno, ¿y será que es mi culpa también?

REBECA. ¿Por qué coño haces de esto algo tuyo? Te estoy diciendo lo que siento.

ALEXANDER. Y yo lo que veo. Cuesta adaptarse pero se hace el esfuerzo. ¿O qué creías? ¿Que nos recibirían con bombos y platillos siendo pobres?

REBECA. ¿Y cuándo cambiarán las condiciones? ¿Cuándo tendremos tiempo para mirarnos a la cara, para vernos las ojeras, para vernos más viejos que hace dos años? Dime, ¿cuándo?

(Silencio entre ambos.)

ALEXANDER. ¿Apenas dos años? *(Pensativo.)*

REBECA. Sí, apenas... ¿Por qué? ¿Ahora sientes el filo del látigo en tu espalda?

ALEXANDER. No sé qué decirte...

REBECA. No digas nada, basta con que me escuches y ya...

(La escena queda en negro y en eso suena la voz en off de Alexander.)

VOZ EN OFF. Mamá, no queda mucho por decir de esta ciudad.

Las horas aparecen y luego huyen de nosotros
como cucarachas en guerra...

Siempre atentos al reloj

llevamos sus botas sobre nuestras espaldas...

Ojalá y nos pagaran con tiempo y no con dinero,

ojalá y las mañanas llegaran más tarde

y que el sonido de los automóviles no nos recordara
a cada segundo que estamos retrasados...

Ojalá y las fronteras del cielo no estuviesen tan distantes

para quienes solo tenemos tiempo de acercarnos

al altar de Dios en nuestros sueños...

Al mirarnos en los ojos de la muerte

nos preguntamos, ¿cuánto tiempo nos queda?

¿Cuándo emprenderé nuevamente el camino

hasta esa sonrisa que sostiene mi alma?

ESCENA II

Alexander y Rebeca están sentados frente a frente en la sala de su casa, toman lo que parece ser un café.

ALEXANDER. ¿Hace cuánto no miraba tus ojos?...

REBECA. Desde hace mucho; yo tampoco recordaba los tuyos.

ALEXANDER. Hacía tanta falta este momento.

REBECA. ¿Qué hora es?

ALEXANDER. Las dos...

(Alexander sirve más café y le acerca un poco de pan.)

REBECA. Para vivir no hace falta más que comer, beber agua y respirar...
Literalmente...

ALEXANDER. ¿Eso es vida?

REBECA. Por lo que parece sí, eso es vida...

(Suena música... y hay un silencio.)

ALEXANDER. ¿Qué me dices de reír?

REBECA. Costumbre de idiotas.

ALEXANDER. ¿De bailar?

REBECA. Para payasos.

ALEXANDER. ¿Y viajar?

REBECA. ¿Como este viaje? ¿O como el que hacemos constantemente?
El que parece no movernos del espacio, sino de los lugares
del alma...

ALEXANDER. No, no digo como este, sino como cuando nos casamos,
cuando fuimos a la playa.

REBECA. El mar, qué delicioso es el mar, su sabor, su sol, su arena
blanca, el cielo, las conchas de mar..., el agua salada...

ALEXANDER. Somos afortunados, en esta ciudad pocos conocen
el mar...

REBECA. Nosotros sí, lo conocemos... Eso es más que vivir... El peso
del mar se pone en nuestras costillas de por vida... Pero no
en esta vida...

ALEXANDER. ¿Qué me dices de un buen libro?

REBECA. ¿Tú has podido leer algo desde que llegaste?

ALEXANDER. No he tenido tiempo.

REBECA. ¿Para qué ha sido tu tiempo?

ALEXANDER. Para el trabajo...

REBECA. ¿Vivir para trabajar o trabajar para vivir? He ahí el dilema.

ALEXANDER. ¿Y tú?

REBECA. ¿Yo qué?

ALEXANDER. ¿Para qué has tenido tiempo?

REBECA. Para cortarles el cabello a los demás...

ALEXANDER. ¿Y para qué más?

REBECA. Para más nada. En realidad, para más nada...

(Suena música suave, ella canta un poco. Él la invita a bailar. Bailan. Ella lo abraza con su rostro de frente al público, sonríe mientras llora. Él la consuela.)

ALEXANDER. No llores más..., por favor... Mírame, las cosas van a estar mejor mañana...

REBECA. ¿Qué crees que va a cambiar mañana, para que las cosas estén mejor?

ALEXANDER. No lo sé...

REBECA. Es fácil consolar... usando las mismas frases que todos repiten...

ALEXANDER. Yo solo trato de...

REBECA. (*Interrumpiendo.*) De expiar culpas..., pero lo cierto es que nadie me obligó a venir...

ALEXANDER. Entonces, ¿por qué viniste?

REBECA. ¿Te lo tengo que decir?

(*Detienen su baile. Ella lo mira y lo deja. Se aleja de él.*)

ALEXANDER. Entonces no me mires con esa cara de acusación constantemente...

REBECA. ¿Tú por qué viniste?

ALEXANDER. ¿Cómo que por qué vine? Vine por el futuro, por un mejor futuro, para ti, para el niño, para todos...

REBECA. No, ya basta de mentiras... ¿Dime por qué viniste?

ALEXANDER. Porque tenía que venir, porque no teníamos ya ni para comer, porque estaba harto de caminar, de que nada funcionara, no teníamos más futuro allá.

REBECA. No, deja de mentir, deja de mentir...

ALEXANDER. ¿Qué quieres que te diga?

REBECA. La verdad.

ALEXANDER. ¿Y cuál es la verdad, según tú?

REBECA. Que viniste porque querías escapar, querías escapar de la rutina, del tedio que te provocábamos... Viniste a ver cómo se mejoraba tu futuro y con qué sobras podrías alimentarnos allá. Por eso viniste.

ALEXANDER. ¿Te parece que fue así?

REBECA. Sí, así fue y así es... Hasta que se me ocurrió venir... detrás de ti, como una boba, enamorada, ridícula... A uno la crían

creyendo que el amor se trata de romance, de cursilerías, hasta que uno empieza a tener hambre.

ALEXANDER. Yo vine aquí por ustedes... Por su futuro.

REBECA. ¿Sí? ¿Y qué has logrado? ¿Dime qué arreglos has hecho para nuestro futuro? No tenemos ni cama propia, en dos putos años de trabajo como esclavos... Dime...

ALEXANDER. Yo compré la cocina.

REBECA. ¿Y qué? ¿Quién no la tiene en la vida? ¿Ese es tu logro? ¿Una cocina?

ALEXANDER. Estoy ahorrando para emprender mi propio negocio.

REBECA. ¿Cuál puto negocio? ¿El carrito de perros calientes que te quieres comprar? ¿Esa es tu idea de progreso? Tener más trabajo, para comprar más cosas, para ser más felices, ¿tú crees que eso es lo que necesitamos para progresar?

ALEXANDER. ¿Y es que a ti se te ocurre algo mejor?

REBECA. No, no se me ocurre nada... Solo quiero que veas que no piensas en nadie más que en ti...

ALEXANDER. Pienso en todos...

REBECA. ¿Le pagarás la universidad al niño con el carrito de perros calientes?

ALEXANDER. Falta mucho para eso.

REBECA. Claro, porque tú y yo ya estudiamos, ya fuimos a una universidad y todo fue gratis... Ya tenemos maestrías, ¿pero él?, ¿qué será de él?...

ALEXANDER. Será lo que hagamos de él...

REBECA. Yo no quiero hacer a nadie... Ya basta de eso, a mí me hicieron, a ti te hicieron... Ni siquiera el idioma que hablamos

es propio, sino que nos enseñaron este... Yo no quiero hacerlo a él... Quiero que él solito se haga así mismo...

ALEXANDER. No toda libertad es buena; hemos hecho del sistema algo que funciona...

REBECA. ¿Para quién funciona? ¿Para ti? ¿O para tus jefes?

ALEXANDER. No seas malagradecida.

REBECA. ¿Malagradecida? ¿Con qué debería estar agradecida?

ALEXANDER. Con el trabajo.

REBECA. El trabajo es un castigo de Dios.... Cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido, Dios los castigó con trabajo. Les dijo “desde ahora trabajarán y comerán el pan con el sudor de su frente”... ¿Cómo puedo estar agradecida con trabajar, en hacerles dinero a otros mientras a mí se me seca la vida?

ALEXANDER. Pero acá al menos hay trabajo, y pagan mil veces más...

REBECA. Y gastas mil veces más también...

ALEXANDER. Pero te compras lo que quieres... No haces cola, no te racionan la luz ni el gas y te alcanza para zapatos y ropa...

REBECA. Zapatos y ropa... Toda ropa de imitación, ¿para mostrárselas a quién?... Zapatos y ropa... Por eso es que andas loco con el teléfono ese, tomándote fotos para presumir por las redes sociales... ¿Ya mostraste en qué trabajas?, ¿te tomaste fotos pasando colete? Ni pendejo que fueras...

ALEXANDER. Yo no me quejo de lo que trabajo.

REBECA. ¿Y estás orgulloso de eso? Dígame, doctor, ¿está orgulloso de lo que trabaja? ¿Ya les dijiste a tus amigos?

ALEXANDER. ¿Qué querías que hiciera? Yo no podía seguir así, sin ayudar a mi mamá...

REBECA. Y por eso la has dejado sola estos dos años... Vieja y enferma.

ALEXANDER. Yo le escribo, la llamo, le envío lo de su medicina.

REBECA. Ella no necesita su medicina más de lo que necesita estar acompañada... Ella es una madre.

ALEXANDER. Igual que tú.

REBECA. No, te equivocas, yo no soy madre. Ese privilegio me lo quitaron, esa alegría no la conoceré; pagamos a otra mujer para que lo sea por mí... Una madre conoce lo que quiere su hijo, escucha a su hijo... Yo soy una niñera nocturna, estoy mientras mi hijo duerme... No puedo ser una madre... ¿Qué le diré cuando crezca? ¿Cuál será mi excusa para no haber estado ahí? *(Llora.)*

(Silencio. Él camina por el escenario y busca en un pequeño libro una carta.)

ALEXANDER. Esta es la última carta que me llegó de mamá.

(Suena música. Se va a un breve. La escena queda en negro y se ve una carta que es leída por la madre de Alexander.)

VOZ EN OFF. Dios me lo bendiga hijo, yo estoy bien, no se preocupe por mí. Recibí la plata que me mandó con la comadre; con eso compré verduras, un poquito de queso y unas lentejas de las que estaba antojada... Hace poco vino su primo Silvestre. Le regalé unos zapatos viejos suyos que tenía aquí... No se vaya a molestar por eso, ya estaban viejos y los de él estaban rotos y así tenía que ir a la oficina donde trabaja, me dio mucho pesar... No sé ni cuánto tiempo ya ha pasado. Usted me pide que le mande una foto, pero todas las que me tomo salgo fea y no quiero que me vea así, mejor míreme en su mejor

memoria, con el recuerdo más bonito que tenga de mí... Hace tiempo que no salgo de la casa más que para la bodega... Han pasado cosas que no deberían pasar jamás... Mucha gente molesta en la calle, mucha tristeza... Yo no sé si debería contarle, pero es que me da tanto miedo. Al hijo de Julia lo mataron, lo agarrón en la calle una turba de gente y lo quemaron vivo por ser, bueno, usted ya sabe... Lloré por tanto tiempo que ya se me secaron los ojos. Él tenía su edad... y era así como usted... Hijo, haga de su vida algo bueno... No malgaste su tiempo en lo que no importa... como preocuparse por mí, que ya estoy vieja... Vea por su hijo y por su esposa, que es tan bonita... Que Dios me lo acompañe en cada momento... Lo extraña, mamá...

(Suena música... Vuelve a escena. Los actores fuman, están en silencio.)

REBECA. ¿Qué hora es?

ALEXANDER. Las tres y media

REBECA. ¿Ya te vas a trabajar?

ALEXANDER. Todavía no...

REBECA. ¿Llamaste a tu mamá?

ALEXANDER. Varias veces pero no contesta... Debe ser que no tienen señal.

REBECA. ¿Hace cuánto no hablas con ella?

ALEXANDER. No lo sé...

(Rebeca se acerca a él. Lo abraza.)

REBECA. He sido grosera... No me he podido controlar hoy.

ALEXANDER. No, tienes razón en lo que has dicho...

REBECA. No soy esposa, no sé cómo te las arreglaras con eso. No soy mujer, ni siquiera algo parecida a una humana. Soy esto, un recurso, una herramienta, alguien de quien pueden prescindir en cualquier momento. Y se dará cuenta al final de su vida que su hijo creció y ahora trabaja catorce horas al día también y no recordará ni el nombre de su madre ni el de su padre, porque ninguno lo crió... *(Ríe.)* Luego veré cómo estoy más vieja, más fea, más vencida, sin casa propia, sin salud y sin marido... Sin familia... Sin recuerdos, más que lo de esa maldita peluquería. Recordaré las conversaciones con las clientas y creeré que la vida, la filosofía entera de la vida está entre un mechón y otro, entre tijeras y secadoras de cabello... *(Solloza.)*

ALEXANDER. No sé a qué lugar debemos ir entonces...

(Rebeca le señala su pecho.)

REBECA. Aquí es un lugar siempre seguro a donde ir...

ALEXANDER. Quisiera tanto ir a un parque a caminar contigo y el niño...

REBECA. ¿No libras mañana?

ALEXANDER. No, eso es cada tres semanas...

REBECA. Yo tampoco libro mañana...

ALEXANDER. ¿Quién va a buscar al niño entonces?

(Silencio incómodo entre los dos.)

REBECA. Le pediré el favor a Laura..., que vaya por él...

ALEXANDER. ¿Tendrá tiempo?

REBECA. Tiempo es lo que nadie tiene... Disposición quizás tenga...

ALEXANDER. Ella trabaja de noche, me da pena despertarla...

REBECA. Al llegar le digo...

ALEXANDER. ¿Y nosotros?

REBECA. ¿Nosotros qué?

ALEXANDER. ¿Qué hacemos mientras tanto?

REBECA. Es tan incómodo no tener nada de qué hablar, aparte de nuestros problemas...

ALEXANDER. Todos los matrimonios pasan por esto.

REBECA. Ahí vas con tus frases otra vez, cuando te conocí no eras así...

ALEXANDER. Tú tampoco eras así; te reías de mis chistes, no de mí...

(Él se levanta, se va de la escena unos segundos. Regresa con un vaso de agua y un frasco de pastillas. Se toma una.)

REBECA. A veces quisiera ser como tú...

ALEXANDER. ¿Cómo soy yo?

REBECA. Un optimista empedernido.

ALEXANDER. Alguno de los dos debe serlo.

REBECA. Optimista tomando ansiolíticos. ¡Qué hipocresía!...

ALEXANDER. No me da vergüenza..., tampoco orgullo... Si fueras diabética tomarías insulina... Yo estoy enfermo y tomo esto...

(Salta a donde él esta y muy molesta le arrebató las pastillas.)

REBECA. Tú no estás enfermo, coño, deja de ser tan sensible y no te gastes la plata que no tenemos en esta mierda.

(Rebeca riega las pastillas de Alexander por el suelo. Se queda la escena en silencio y Alexander comienza a recogerlas.)

REBECA. *(Llorando.)* ¿Por qué no mejor me prestas atención a mí, a mí, que estoy tan sola; a mí que soy tu esposa? ¿Por qué no a mí?

(Alexander se levanta y le da en la boca una pastilla, mientras esta llora. Ella no hace oposición, se abrazan.)

REBECA. ¿Será que es mejor la muerte a esto?

ALEXANDER. Es muy probable que así sea...

REBECA. ¿Cómo puedes saberlo?

ALEXANDER. Porque la he visto de cerca, he estado lado a lado con ella...

REBECA. ¿Por qué dices eso?

ALEXANDER. ¿Nunca has sentido un aire frío al caminar por el apartamento?, ¿un zumbido detrás de la cabeza?

REBECA. Sí.

ALEXANDER. ¿Como una sensación de no saber qué nos duele en el alma?

REBECA. Sí.

ALEXANDER. Es ella, paseando, oliéndonos, espiándonos.

REBECA. Todos hemos sentido eso.

ALEXANDER. Pero no todos la desean.

REBECA. No sé, desde que soy madre no he tenido tiempo para pensar en querer morirme.

ALEXANDER. Pero la piensas.

REBECA. Todos la pensamos.

ALEXANDER. Y cuando está cerca rogamos a Dios que la aleje.

REBECA. Yo no creo en Dios.

ALEXANDER. Sin embargo, crees en la muerte.

REBECA. Porque la veo a diario.

ALEXANDER. Nunca la has visto, has oído de ella, salen noticias a diario de ella, pero nunca la has visto.

REBECA. ¿Tú sí la has visto?

(Se proyecta en el video beam una animación hecha a mano, como un libro infantil. Suena música oscura.)

ALEXANDER. Antes que tu llegaras, una noche, me di cuenta de que habían pasado semanas de trabajo sin descanso. Yo ya no sabía ni qué día era. Mi último recuerdo era exactamente el de haberme bajado del autobús hasta esta casa... Prendí un cigarrillo y vi en el calendario que decía 17 de abril... Y yo no sabía ni dónde estaba en realidad, había trabajado tantas horas que no podía dar fe de nada; la cocaína me ayudaba a estar despierto... Me senté un momento para descansar, pues tenía que volver a trabajar en cuatro horas, pero me quedé dormido... Entonces tuve un sueño, o al menos eso creo. Soñé que estaba en un carrusel donde solía jugar cuando era niño... Había una neblina espesa y entre las luces del lugar donde este estaba, se veía a una mujer que vendía los boletos de entrada al parque; recordé en el sueño que no tenía dinero para entrar; sin embargo, esperé mi turno en la fila. Cuando

ya no quedaba nadie más, me acerqué a ella, así que la miré; parecía ser mayor, era difícil verlo porque sus ojos estaban oscurecidos por la contraluz del carrusel. Vi en su cuello y en sus manos las señales de quien ya estaba envejeciendo; ella se agachó y me dijo en voz suave y sonriente: “El boleto...”. Yo, asustado, le dije: “No me han dado dinero para venir, solo llegué hasta acá para probar suerte”. Me dijo: “Muy bien, es una buena opción la que has tomado, niño. Has venido hasta acá para saber si te dejaré entrar. Las opciones se reducen a un cincuenta-cincuenta; puede que te deje entrar, pero puede que no. Has podido quedarte en casa, escuchando a los niños en las calles venir hasta acá; luego, en la escuela, seguramente seguirías escuchando las cosas que vieron en este carrusel, y te preguntarías a diario cómo habría sido poder venir. Pudiste quedarte en casa y reducir tus opciones a nada, a cero, pero has venido, y con eso las posibilidades aumentaron dramáticamente. Ahora todo depende de un cincuenta-cincuenta, si te dejo o no te dejo entrar...”. “¿Qué debo hacer para que me dejes entrar?” —le respondí. “Es muy sencillo —dijo ella—, todo en la vida tiene un costo, y así como el azar te trajo hasta acá, yo dejaré que sea el azar el que decida si entras o no. A esto los hombres le llaman destino... Si logras adivinar el color de mis ojos puedes entrar”. “¿Y qué pasa si no logro adivinar?” —le dije de vuelta. “Si no logras adivinar, deberás quedar ciego”. “¿Vale tanto la pena entrar a este carrusel como para quedar ciego?” —le pregunté. “No lo sé, es tu decisión” —terminó diciendo ella. Entonces me desperté, y supe que era con la muerte con quien había soñado. La muerte me hacía una propuesta: si quería entrar a su carrusel debía aumentar las posibilidades; justo como cuando llegué aquí... Así que lo entendí. Tomé una soga y la colgué de esa viga, la puse alrededor de mi cuello, medité por unos momentos sobre lo que hacía. Pensé en mi vida, en ustedes, pero la muerte era mucho más atractiva. Igual nada cambiaría drásticamente, sabía que a ninguno le

dolería más allá de unos días mi muerte y, al fin y al cabo, ya ni siquiera hacía falta para nadie. La muerte, en cambio, me mostraba un nuevo camino, una nueva aventura; así que me colgué, tiré con mi pie la silla donde me apoyaba y por unos instantes sentí cómo mis ojos querían salirse de sus orbitas, cómo el peso de mi cuerpo apretaba mi garganta cada vez más. Un gran calor me penetró, ansiedad, temblores y un sabor a sangre intenso; luego vino la calma y sentí cómo me desmayaba. Pensé entonces que entraría al carrusel, a ese lugar, ya no faltaba nada, la vida entera acabaría allí; pero, de repente, la viga se rompió y caí. El suelo me hizo rebotar y el impacto absorbió mi hermosa alucinación. Estaba débil, sin embargo, poco a poco, con mis manos, quité la tensión de la soga en mi cuello y supe lo que había pasado: había fallado. Entonces comencé a llorar. Jugué al azar con la muerte y había perdido. Como castigo ahora debía quedar ciego, ciego ante esto, ciego ante la vida, ante la muerte que un día me reclamará... Mi ceguera está en este país nuevo, en esta ciudad, en esta casa, en este trabajo. Ciego hasta el día que muera. Por eso, Rebeca, cuando te vi llegar hasta acá sonreí al percibir tu olor, pero no pude verte; no sabía si eras tú la que había venido, porque no podía verte, aún hoy no puedo verte, no sé si se trata de ti o si se trata de la muerte misma jugando a los disfraces. Trato de olerte, pero algo ha cambiado; he tratado de reconocerte de todas las maneras que tengo, pero no eres tú, aún lo dudo, no eres la misma Rebeca con la que me casé, con la que tuve un hijo. Mis ojos están ciegos, por eso espero una señal tuya, una palabra, algo que me lleve a tu rostro, que me lleve a tu alma y así poder reconocerte. No puedo decir quién eres en realidad...

(Rebeca ha quedado completamente paralizada y, en parte, aterrada por el relato que le hace Alexander. No sabe qué decir. Se desplaza por la habitación. Se quita el maquillaje mientras sus lágrimas corren.)

REBECA. ¿Por eso me miras tan distante?

ALEXANDER. No es mi culpa.

REBECA. ¿Estás lejos de aquí?

ALEXANDER. No lo sé.

(Una vez que se quita el maquillaje, se desnuda y se acerca a él.)

REBECA. ¿Ahora? ¿Me reconoces?

(Él intenta tocarla, palparla lentamente. Con mucha delicadeza trata de descifrar cada lugar de su rostro. Llora.)

ALEXANDER. Discúlpame, no.

(Rebeca vuelve a vestirse. Mientras se mira en un espejo se pregunta.)

REBECA. Si no soy yo, ¿quién soy entonces?

ALEXANDER. Por favor, no me odies por esto; mi cuerpo está herido, es como si en verdad hubiese muerto y un demonio me poseyera por momentos. En instantes solo deseo los placeres; deseo dinero, lujo, vestidos, comidas, excentricidades. Pero en otros, estoy vacío. Una vez logro acariciar los placeres, siento como si nada de esto me trajera a la vida de nuevo.

REBECA. ¿A la vida de nuevo?

ALEXANDER. Sí, pensarás que estoy loco, pero creo que en realidad sí he muerto, que mi cuerpo reposa allí tirado, justo donde estás sentada ahora. Y que solo mi alma sobrevivió. Por eso no puedo reconocerte ahora, mientras conservas tu cuerpo, porque es mi alma la que te ve, y esta alma no logra reconocer la tuya en este momento porque estás provista de tu cuerpo.

REBECA. Mi alma, el alma de esa mujer que conociste en el liceo..., esa alma cambió, fue llenándose de terrores, fue maltratándose con el tiempo, gastándose...

ALEXANDER. El problema es qué hacemos con el alma.

REBECA. Nada, ¿qué se puede hacer con ella? Que se adapte. Al final de cuentas, ¿de qué nos sirve?

ALEXANDER. Cuando estás del otro lado sabes de qué te sirve.

REBECA. Del otro lado, del otro lado ya estamos. Este es el sueño por el que dejamos nuestro hogar, nuestros amigos, nuestras calles, este es el otro lado del muro.

ALEXANDER. Yo me refiero...

REBECA. Sé muy bien a qué te refieres, no tienes que explicar nada... Lo que pasa es que a las mujeres paridas no se nos da eso de la muerte... No nos queda tan fácil colgarnos de un mecate ni jugar al carrusel. Nosotras tenemos otro propósito, tenemos otra misión. Tenemos una obligación por la que perdimos el alma... Nuestros hijos...

ALEXANDER. La paternidad también es recíproca.

REBECA. ¿Ah, sí? ¿Entonces por qué te fuiste? ¿Por qué nos dejaste botados allá?

ALEXANDER. Nadie los dejó botados.

REBECA. ¿Ah, no?

ALEXANDER. No.

REBECA. ¿Y dónde se supone que estabas?

ALEXANDER. ¿No me ves? Acá, trabajando. No estaba jugando carritos acá, estaba trabajando para comer, para que nuestro hijo tuviera un futuro.

REBECA. Y dale con eso.

ALEXANDER. Y tú dale con que los abandoné.

REBECA. Supongamos que no nos abandonaste, que viniste como un sacrificio humano para que nosotros viviésemos. Dime, ¿cuál es la vida que tenemos? ¿Cuál es el futuro de nuestro hijo?

(Silencio en la escena. Ambos se miran fijamente.)

ALEXANDER. Yo también amo a mi hijo. No me quites eso, que es lo único que me queda...

REBECA. Nadie te lo quita, nos lo quitan otros... Nos lo quita el trabajo, la necesidad de no dormir, de no descansar, de ser productivos, de ser optimistas, de ver cómo carajo hacemos más plata, eso nos quita a nuestro hijo. Esta ciudad... Esta soledad...

ALEXANDER. Yo no tuve la culpa.

REBECA. Ya lo sé, nadie la tuvo. Esa bendita obsesión de ser patriotas, de ser sumisos..., de marcar fronteras imaginarias en un mundo que debería ser para todos por igual...

ALEXANDER. Como tú y yo...

REBECA. Sí, como tú y yo. Tenemos de frontera la muerte... Tú de un lado y yo del otro...

(Se quedan en silencio, cada uno trata de seguir con su noche, pero están en un mismo espacio. Ella parece dormirse sobre la mesa. La escena queda en negro, una luz cenital ilumina a Alexander, que lee una carta.)

ALEXANDER. Madre, ¿por qué las cosas deben morir?

Tú que me diste la vida, jamás me dijiste

cómo recibir a la muerte...

Porque cuando los finales nunca llegan

parecemos malditos por la vida,

a vivir para siempre,

a vivir sin ganas,

a llenar nuestros estómagos

de esta soberbia de pretender

estar vivos...

Madre, ¿no será acaso que ya he muerto y aún nadie lo sabe?

(La escena queda en negro.)

ESCENA III

Al volver la luz, suena el teléfono fuertemente. Ella contesta.

Se escucha una voz en off del otro lado del auricular.

TELÉFONO. Buenas, disculpe la hora en la que estamos llamando.

¿Usted es la madre de Carlitos?

REBECA. Sí, yo soy. ¿Quién habla?

TELÉFONO. Le hablamos de parte de la Escuela Los Dos Caminos.

REBECA. De verdad, déjeme explicarle. Hubo una confusión en casa y no pudimos ir a buscarlo a tiempo.

TELÉFONO. No se preocupe por eso. La llamamos porque tenemos una situación. Algo ocurrió.

REBECA. ¿Cómo que algo ocurrió? ¿De qué se trata?

TELÉFONO. Por favor, mantenga la calma.

REBECA. ¿Mantener la calma?, si estoy calmada. ¿Puede explicarme de qué se trata esto?

TELÉFONO. Ya uno de los agentes se dirige a su casa, por favor espérello. Él le dirá lo que está pasando.

REBECA. ¿Esperar por qué? Dígame qué es lo que está pasando, algo, algo... (*Cuelga el teléfono. Grita.*) Pasó algo, Alexander, despiértate. (*Lo busca y no lo encuentra.*) Ya debe haberse ido al trabajo.... (*Marca el teléfono.*) Contesta, coño, contesta. (*Grita. Cuelga el teléfono.*) ¿Algo pasó? (*Marca al teléfono de la escuela de vuelta. Suena la contestadora. Se viste para salir.*)

(*Tocan la puerta. Ella abre. Con temor, pregunta en la entrada.*)

REBECA. ¿Quién es?

AGENTE. Agencia Nacional.

(*Ella le hace pasar.*)

AGENTE. Señora, siéntese, por favor...

(*Ella, en total silencio, con lágrimas en sus ojos.*)

AGENTE. Escúcheme con atención. La Escuela Los Dos Caminos ha sido una buena colaboradora del Estado. En cuanto a formación de profesionales en Psicología Social y Farmacia, podríamos decir que es una escuela modelo, aun cuando la modestia es su mejor virtud.

REBECA. No entiendo lo que me trata de decir.

AGENTE. Durante años hemos venido observando a los niños, tratando de evidenciar puntos comunes y disímiles en sus diversas actividades, así como su nivel de reacción ante los estímulos internos y externos; todo bajo una estricta supervisión

profesional. En esta, le brindamos cuidados y educación, pero también nosotros aprendemos sobre el desarrollo de las personalidades y la influencia de factores biológicos en este desarrollo.

REBECA. (*Interrumpiendo.*) Un maldito laboratorio... Me está diciendo que mi hijo es parte de un experimento de laboratorio.

AGENTE. Bueno, la palabra laboratorio podría aplicarse en este contexto, pero no se trata de eso, en realidad.

REBECA. Entonces, ¿de qué se trata?

AGENTE. Se trata de poder evaluar, entre otras cosas, los procesos de adaptación de migrantes y la capacidad de adaptación de una cultura a otra. Además, verificamos los procesos epidemiológicos de los países de origen y su afectación a los connacionales. Para esto aplicamos algunos placebos, así como incubamos algunos virus para hacerles inmunes.

REBECA. Una rata de laboratorio... ¿Con cuántos niños hacen esto?

AGENTE. La cuestión no es saber con cuántos niños hacemos esto, sino qué beneficios trae para nuestra nación.

REBECA. (*Evidentemente consternada.*) ¿Esto es legal?

AGENTE. Señora, somos el Estado. Todo lo que hacemos es legal, si la constitución nos lo permite.

REBECA. Pero mi hijo no es nacional.

AGENTE. Con más razón aún, ¿cómo podría usted reclamar algo? El Estado le está brindando la posibilidad de educar a su hijo, aun cuando no es uno de los nuestros... Sin embargo, ocurrió una alteración. Manejábamos un compuesto viral nuevo, recién llegado a nuestras manos. Lamentablemente, este mutó y en cuestión de horas afectó fuertemente a uno de los profesores.

REBECA. (*Interrumpiendo.*) Dígame, por favor, ¿qué fue lo que pasó?

AGENTE. La tarde de ayer, a la salida de clases, estuvimos esperando a que alguien fuera a buscar a su hijo. Al no hacerlo nadie tomamos las medidas de seguridad apropiadas, pero el lugar en el que se encuentra la escuela comenzó a ceder ante el virus.

REBECA. ¿Cuál virus? ¿De qué se trata esto? ¿Dónde está Carlitos?

AGENTE. A las siete de la noche varios profesores, que son internos, estaban contagiados; para las nueve todos habían muerto, eso incluyó a su hijo... Lamento darle la noticia... Sé que es una pérdida irreparable, pero su hijo contribuyó al surgimiento de la nación...

(Ella llora desconsoladamente, no hay forma de que se calme. Sus gritos de dolor se alzan fuertemente en el ambiente. La escena queda en negro. Se cierra el telón. Fin del Acto I.)

ACTO II

La escena se desarrolla en una oficina. Se encuentra Alexander esperando a que le atiendan. Se ve muy afectado por la muerte de su hijo.

VOZ EN OFF. Número 86, pase adelante para ser atendido por una de nuestras agentes.

(Luces cenitales se encienden sobre los dos personajes.)

ALEXANDER. Buenos días.

AGENTE. Buenos días le damos desde la Corporación para Servicios Infantiles, siempre trabajando para su bienestar y el de toda la familia. Por favor, indíqueme su número de identificación.

ALEXANDER. No tengo número de identificación.

AGENTE. Señor, el requisito principal para poderle ayudar es teniendo su número de identificación.

ALEXANDER. Ya le dije que no lo tengo. Mi situación en este país es irregular.

AGENTE. Señor, el régimen migratorio es bastante estricto en cuanto respecta a trámites con el Estado...

ALEXANDER. *(Interrumpiendo, profundamente acongojado.)* Por favor, se lo pido, soy el padre del niño que murió en la Escuela Los Dos Caminos.

AGENTE. Quisiera poder ayudarle, pero si no me enseña su número de identidad es como si no existiera.

ALEXANDER. Señorita, ¿que no me ve aquí parado frente a usted?
(*Saca de su cartera una foto.*) Mire, mire la foto de mi hijo, no tengo documentos pero es mi hijo el que murió. Por favor ayúdeme, solo deseo recuperar su cuerpo.

AGENTE. Le entiendo, pero debo insistir en que tiene que demostrar su existencia.

ALEXANDER. ¿Qué debo hacer? No tengo cómo enseñarle una identificación, pero este es mi pasaporte de origen, este es el retrato de mi hijo, y estoy acá parado frente a usted. No soy una máquina, no soy una ilusión, soy real, existo... ¿No me ve?

AGENTE. Señor, me temo que no puedo ayudarle más. Su pasaporte dice que no ha ingresado a este país, ¿cómo puedo conocer su existencia? Vuelva cuando tenga un número de identidad o cuando pueda demostrar la paternidad que ejerce sobre el niño.

(La luz cenital de la Agente se apaga, queda solo la de Alexander. En un fondo, la escena queda en negro. Suenan ruidos de la ciudad y las luces de un bus o metro se ciernen sobre él.)

ALEXANDER. (*Suena su teléfono.*) Aló. No me quisieron atender, no pude recuperar el cuerpo. No sé, no lo sé, me dicen que no existo, que no hay nada que hacer... No lo sé... Voy camino a casa... Sí, tú debes ir mañana, porque tú sí tienes tu pasaporte sellado... Sí... Chao...

(La escena queda en negro. Se deja ver la misma oficina. Ahora es Rebeca quien está esperando.)

VOZ EN OFF. Número 59, pase adelante para ser atendido por uno de nuestros agentes.

(Luces cenitales se encienden sobre los dos personajes.)

AGENTE. Buenos días le damos desde la Corporación para Servicios Infantiles, siempre trabajando para su bienestar y el de toda la familia. Por favor, indíqueme su número de identificación.

REBECA. Mi pasaporte es de extranjera, mi identificación es 17663887.

AGENTE. Muy bien, usted ha sido identificada exitosamente. Dígame, ¿en qué le podemos servir?

REBECA. Mi hijo murió en la Escuela Los Dos Caminos. Nos dijeron que viniéramos hasta acá para gestionar lo de la entrega de su cuerpo, desde hace ya cuatro días que esto ocurrió y aún no tenemos respuesta.

AGENTE. Permítame, por favor, un documento que certifique su maternidad sobre el niño.

REBECA. (*Le entrega un documento.*) Tome, esta es su partida de nacimiento.

(*El agente la revisa meticulosamente.*)

AGENTE. Usted ha traído esta partida desde el país de origen.

REBECA. Sí, y esta apostillada legalmente, si puede ver el sello.

AGENTE. En efecto, eso está en regla. Sin embargo, el sello de la partida de nacimiento expiró hace un mes, es decir, para nuestro sistema su hijo no se encuentra en este país.

REBECA. ¿Cómo que mi hijo no se encuentra en este país? ¿Y quién coño cree usted que se murió?

AGENTE. Cállese, por favor,

REBECA. No, no me calmo nada. Quiero una explicación razonable, ¿qué es lo que está pasando?

AGENTE. El sello de apostilla debe verificarse y renovarse cada dos años desde el país de origen, para poder determinar el

tratamiento legal de los menores de edad que ingresan a este país. El suyo expiró hace un mes, no puedo hacer nada por usted, a menos que consiga nuevamente el sello que acredite que su hijo se encontraba en este país hace cuatro días.

REBECA. Pero es un hecho público y notorio, las muertes en la Escuela Los Dos Caminos, ¿cómo puede decirme que no saben comprobar si mi hijo estaba entre los muertos?, ¿qué mierda es esta? Revise las malditas noticias, hijo de puta. ¿Lee acaso si quiera los titulares de la prensa? Carlos Alexander Gutiérrez Andara, ese es mi hijo, el que murió en la maldita escuela de mierda esa... (*Agarra al Agente por el cuello.*) Ahora, vea en su maldita base de datos lo que pasa cuando el cuerpo de un hijo no se le entrega a una madre que sufre.

(La escena queda en negro. Suena una sirena de policía.)

VOZ EN OFF. Se le permite una llamada.

(Al volver la escena, se ve a Rebeca esposada a una silla, con un teléfono en la mano.)

REBECA. (*Al teléfono.*) Estoy presa... Perdí el control y golpeé al agente... Sí, sí, ya sé... En dos días me llevarán ante el juez... No sé qué vaya a pasar... Por favor, busca a nuestro hijo... Ve a la morgue, ahí deben tenerlo. No sé, no sé, róbate el cuerpo si es posible, quiero despedir a mi hijo y darle un funeral, así sea que lo entierremos en un patio... Sí... Está bien... Voy a estar bien... No desesperes tú tampoco... (*Cuelga.*)

(La escena queda en negro. Al volver, se ve a Alexander con una luz cenital. En solitario, se mira en un pequeño espejo, toca su rostro.)

ALEXANDER. ¿Yo existo? Acá veo mi rostro, por fin veo mi rostro. Está gris y opaco. Estas señales sombrías en mi rostro no estaban antes... ¿Es este mi rostro? ¿Existo?

(*Lo interrumpe una mujer. Es la Forense.*)

FORENSE. Buenas noches. Disculpe la espera, estaba trabajando, ya sabe...

ALEXANDER. No se preocupe. Esperar..., esperar es algo que se hace estos días.

FORENSE. Dígame ¿en qué le puedo ayudar?

ALEXANDER. Hace unos días murió mi hijo. (*Se derrumba por las emociones.*)

FORENSE. Lo lamento, de verdad. (*Lo consuela.*)

ALEXANDER. (*Calmándose.*) Gracias... Nunca imaginé un pésame tan genuino de una forense. Digo, por lo rutinario de la profesión, uno tiende a pensar que se vuelven inmunes a ciertas cosas.

FORENSE. Así es, a veces pasa. Pero encerrada en el trabajo está una, detrás de la bata... Un ser humano común y cualquiera...

ALEXANDER. Hay cosas que a veces cuesta tanto decir... Mi hijo murió hace unos días, tenía siete años. En la escuela nos dijeron que fuéramos a la Unidad de Servicios Infantiles a tratar lo de los papeles para retirar el cuerpo, pero no nos han dado respuesta aún. Nos dicen que..., bueno, a mí me dijeron que no existo, porque no tengo papeles que digan que existo. (*Busca en sus bolsillos.*) Mire, (*Le enseña la foto de su hijo a la Forense.*) Este es mi hijo, murió en Los Dos Caminos. Por favor, si él está acá, dígamelo; al menos saber que está acá me tranquilizaría...

FORENSE. Señor, muchas veces los cuerpos cambian al morir, sus muecas, sus formas... Aunque conservan el mismo molde

tienden a verse diferentes. Acá trabajamos por turnos. No sé si podría reconocer a su hijo con la fotografía que me da. ¿Cómo murió?

ALEXANDER. No lo sé, eso es lo que quisiera saber. Por favor, haga memoria.

FORENSE. Aun si hiciera memoria no podría darle esa información sin una orden de Servicios Infantiles. Ellos deben autorizar el reconocimiento y el traslado del cuerpo. No puedo ayudarle.

ALEXANDER. No es mucho lo que le pido, solo un gesto de humanidad hacia un padre que sufre. Dígame al menos, ¿hay un niño de siete años en el pabellón?

(La escena queda en negro. De vuelta la luz, se ve a Rebeca bajo un cenital. Una voz anuncia la llegada del Juez. En escena solo se logra ver a Rebeca. El resto del escenario queda en negro. Se escucha en off la voz del Juez.)

JUEZ. Acérquese, señora.

REBECA. ¿A dónde?

(Se enciende una luz cenital y se deja ver la figura del Juez.)

JUEZ. Mejor quédese donde está... ¿Por qué tanto alboroto? Agredió físicamente a un funcionario de Servicios infantiles, a un inocente que cumplía con su trabajo.

REBECA. Él se lo buscó. Me dijo que mi hijo no existía.

JUEZ. Agredir a una agente del Estado es agredir al Estado mismo. ¿No lo cree?

REBECA. Solo quiero saber dónde está el cadáver de mi hijo.

JUEZ. Su hijo está en la morgue, donde están las personas que mueren.

REBECA. ¿Dónde está mi abogado?

JUEZ. Usted no necesita abogado, ni si quiera necesita estar aquí...
Usted no es de este país.

REBECA. Pero soy una madre y como madre tengo derecho a ver
a mi hijo.

JUEZ. Eso va a ser imposible.

REBECA. ¿Por qué es un imposible? ¿No me acaba de decir que está
en la morgue?

JUEZ. Señora, cálmese. Ya perdió un hijo, seguramente podrá tener
otro en poco tiempo... Vaya a su casa y espere nuestra llamada.

REBECA. Solo necesito saber dónde está mi hijo...

JUEZ. Hay cosas que es mejor no preguntar.

*(La escena queda en negro. Al volver se ve nuevamente a Alexander
en casa, sentado. Revisa papeles. Llega Rebeca y se abrazan.)*

ALEXANDER. ¿Estás bien?

REBECA. Sí, no me hicieron nada.

ALEXANDER. Carlitos no está en la morgue.

REBECA. Lo sabía...

ALEXANDER. Estoy buscando sus documentos de inscripción en
la escuela, pero no los encuentro, no están. Tampoco están
sus fotos ni su partida de nacimiento, nada, no hay nada de
Carlitos. Revisé el internet y mi teléfono, borrarón las cuentas
con las fotos que teníamos de él...

(Rebeca revisa rápidamente su teléfono.)

REBECA. ¿Cómo puede alguien hacer eso? Tampoco tengo fotos de Carlitos...

ALEXANDER. ¿Qué paso? ¿Qué mierda está pasando?

REBECA. No podemos ir a la morgue, ni a la policía, ni a los tribunales...

ALEXANDER. Vamos a la escuela.

(La escena queda en negro. Al volver, se ven imágenes de los dos yendo a la escuela.)

REBECA. ¿Y la escuela?

ALEXANDER. ¿Dónde está la escuela?

REBECA. ¿Cómo coño puede desaparecer un edificio entero en menos de una semana?

ALEXANDER. Carlitos...

REBECA. ¿Qué pasó? ¿Qué nos pasó? ¿Dónde está Carlitos? *(Llora.)*

(La escena queda en negro. Al regresar, se ve a ambos en casa.)

ALEXANDER. ¿Sabes lo que nos han hecho?

REBECA. No podemos probar que nuestro hijo existe...

ALEXANDER. Y no podemos reclamar nada...

REBECA. Voy a buscar a Laura, ella sabe que nuestro hijo existe...

ALEXANDER. Mejor llámala, debe estar trabajando.

REBECA. Aló, Laura, es Rebeca. Algo muy extraño nos está pasando, alguien entró a nuestra casa y se llevó las cosas de Carlitos, su ropa, juguetes, sus documentos, sus fotos, todo. Fuimos a la escuela y no está la maldita escuela, quieren que nos callemos,

quieren quitarnos la forma de reclamar el cuerpo de Carlitos...
¿Cómo que quién es Carlitos? Nuestro hijo, el niño que cuidas.
¿Qué está pasando, Laura? ¿Te amenazaron? Laura, Laura,
¿cómo que no sabes quién es Carlitos? Yo llegue acá con mi
hijo, tú lo recuerdas, lleva dos años el niño acá en mi casa.
¿Cómo que me calme? Laura, desgraciada, ¿cómo me haces
esto, Laura? ¿Laura? Aló... (A Alexander.) Me colgó...

ALEXANDER. Hay una carta.

REBECA. Ábrela.

ALEXANDER. Es de Migración.

REBECA. ¿Qué dice?

(Alexander abre la carta y la lee en voz alta.)

ALEXANDER. "A su muy distinguida familia. Sus esfuerzos de migrar a nuestro país son considerados como un homenaje a nuestra nación, sé que serán prósperos y encontrarán aquí el sueño que se les arrebató en su nación de origen... Nos es grato informarles que hemos aceptado su solicitud de refugio y desde ahora son connacionales de esta hermosa tierra. Que Dios les guíe en el camino que les resta por vivir"...

REBECA. Nos dieron la nacionalidad...

ALEXANDER. Nos dieron la maldita nacionalidad.

REBECA. ¿De qué nos sirve ahora?

ALEXANDER. Ahora que estamos muertos..., ¿de qué nos sirve?...

(Los dos se mueven por la casa. Preparan un café, se sientan impávidos, con los ojos extraviados. Suena música triste.)

REBECA. ¿Hablaste con tu mamá?

ALEXANDER. No, todavía no me contesta...

(Se va la escena. Queda en negro lentamente.)

FIN

II

**MENCIONES HONORÍFICAS
2019**

CANTAURA

ANÍBAL GRUNN

PERSONAJES

CLARA

ZAIDA

SORFANNY

ANAÍS

JOSÉ LUIS

MÚSICO-CANTANTE

ESCENA I

*En algún lugar de la escena vemos a un cantante con su cuatro.
Crece la luz y comienza a cantar.*

CANTANTE. El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

—Cartero de mansa luna,
cartero de bravo sol,
mi novio se fue a Cantaura
y hasta hoy no regresó.
Pon en su mano esta carta,
escrita en papel de arroz,
donde digo que la espera
es pena que sufro yo.

*(Desaparece la luz del cantante y se enciende en una oficina de la
dirección de una institución educativa. Pocos elementos: escritorio,
bandera, dos o tres sillas. Detrás del escritorio, Zaida firma unas notas.
A su lado, la señora Anaís, de pie, esperando.)*

ZAIDA. Y le dices a Basilio que necesito hablar con él. Quiero saber
todo sobre ese asunto del estacionamiento.

ANAÍS. Sí, señora.

ZAIDA. No sé hasta cuando seguiremos luchando contra la corrupción.
Estoy muy cansada, Anaís. Muy cansada.

ANAÍ. Bueno, por lo menos usted los descubre y los denuncia. La directora anterior se callaba la boca, miraba para otro lado y les ponía la mano para que se la embarraran de billetes.

ZAIDA. Pues conmigo no lo van a conseguir. Te lo aseguro. (*Le entrega los oficios firmados.*) La bomba de agua no se ha vuelto a dañar, ¿verdad?

ANAÍ. No, gracias a Dios. (*Toma la carpeta y se dispone a salir, cuando entra Clara.*) Buenos días, Clara. ¿Cómo amaneció?

CLARA. Buenos días, Anaís. Todo bien. En la brega.

ANAÍ. (*Saliendo.*) Así andamos todos. ¿Y el señor José Luis?

CLARA. Bien, muy bien también. Debe estar al llegar. (*Anaís ha salido. Clara se acerca a Zaida y le da un beso.*) Entonces Zaida, ¿cómo va todo?

ZAIDA. Aquí, enfrentando otro problemón.

CLARA. ¿Qué pasó ahora? (*Va a sentarse.*)

ZAIDA. Lo último. Ayer, cuando te fuiste, Anaís me trajo todas las actas de la Fundación Amigos de la Institución.

CLARA. Ajá. Teníamos tiempo buscando ese material y nadie sabía dónde estaba.

ZAIDA. Bueno, uno de los representantes me llamó diciendo que ella tenía unas carpetas, que no sabía muy bien qué eran, pero que tenían el logo de la institución. Me dio la dirección; Anaís fue a buscar todo y ayer me lo trajo. Me quedé toda la noche revisando esos papeles.

CLARA. Me hubieras llamado.

ZAIDA. Tranquila, que eso no es nada. Lo terrible es lo que descubrí.

CLARA. ¿Qué?

ZAIDA. Bueno, la directiva era la encargada de administrar un estacionamiento de ciento veinte puestos, en pleno centro. El que está detrás de la Catedral, ¿te ubicas?

CLARA. Sí, claro. Pero eso es una mina de oro.

ZAIDA. Exacto. Con la ventaja de que no hay que excavar para buscarlo y enriquecerse.

CLARA. ¿Y entonces?

ZAIDA. Catorce años tiene la fundación cobrando a los propietarios de los vehículos que repletan ese espacio. Espacio que fue cedido en aquel momento a esta institución, sin que un solo centavo haya pasado por aquí.

CLARA. Pero alguien debe haber estado al frente de eso.

ZAIDA. Ha habido varios encargados. El último es Basilio, el vigilante. Ya lo mandé a llamar.

CLARA. Pero no puede ser... ¿Hasta cuándo vamos a seguir descubriendo corrupciones en esta institución?

ZAIDA. Hasta acabar con ella. ¿Viste al profesor Silvano?

CLARA. No. Iba ahora a hablar con él. Pero primero tengo que contarte algo.

ZAIDA. ¿Qué pasó?

CLARA. Bueno, tú recuerdas que yo no me pude graduar porque en aquella época tuve que trabajar en la fábrica textil... Una orden del partido.

ZAIDA. Sí, por supuesto. Solo te falta la tesis, ¿verdad?

CLARA. Exactamente. Bueno, que me decidí a sacarla. Quiero finalizar mis estudios, Zaida. Me quiero graduar.

ZAIDA. ¡Qué bueno! Eso me parece fantástico. Al fin una buena noticia.

CLARA. Fui a la universidad, hice todas la averiguaciones y no hay problema.

ZAIDA. Bueno, amiga, me encanta eso. Échele fuego a esa candela.

CLARA. Gracias, Zaida. Pero tengo que pedirte un permiso.

ZAIDA. ¿Un permiso?

CLARA. Sí. Necesito por lo menos seis meses. Recuerda que para sacar la tesis tengo que viajar. Es un trabajo que requiere mucha dedicación.

ZAIDA. ¿Tú vas a ausentarte de la institución durante seis meses?

CLARA. Sí, Zaida. Yo sé que es una locura, pero no tengo otra alternativa. Claro, sería sin goce de sueldo, por supuesto.

ZAIDA. No es eso amiga. (*Se pone de pie y camina hacia una ventana.*)

CLARA. ¿Y qué es entonces? Bueno, si es de renunciar, yo renuncio.

ZAIDA. No chica, ¿cómo se te ocurre?

CLARA. ¿Y qué es entonces? No entiendo por qué te pusiste así. ¿Hay algo que yo no sé?

ZAIDA. (*Continúa de espaldas a Clara.*) Sí. Sí, Clara, hay algo que tú no sabes.

CLARA. (*Con verdadera preocupación.*) ¿Qué es? Dímelo, Zaida. Me angustias.

ZAIDA. (*Aún de espaldas.*) No sé si debo. Yo no soy quién.

CLARA. Nunca ha habido secretos entre nosotras dos. Siempre, hasta en la clandestinidad, nos hemos apoyado una a la otra. Vamos, Zaida, ¿qué es eso que debo saber? Somos amigas, ¿no?

ZAIDA. Sí lo somos. Muy amigas. Lo hemos sido siempre. Como tú dices, hasta en la clandestinidad.

CLARA. (*Se pone de pie y se acerca a Zaida, que aún continua de espaldas.*) Entonces hable, camarada. Suelte lo que sea, que yo aguanto.

ZAIDA. (*Gira y la mira. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Clara se acerca y se abrazan. Es un abrazo lleno de ternura, lleno de amistad, de solidaridad.*) No quiero quedarme sola, Clara. Me estoy poniendo vieja. No quiero que te vayas. No voy a poder seguir con todo esto yo sola.

CLARA. (*Sin soltarse. Intenta consolarla.*) No te quedas sola, Zaida. Yo seguiré apoyándote, siempre estaré contigo.

ZAIDA. Sé que es muy egoísta de mi parte pedirte esto. Pero me siento sin fuerzas para seguir adelante.

CLARA. No digas eso. No estás sola. Aquí sigue la señora Anaís, Silvano, José Luis...

ZAIDA. Ninguno como tú.

CLARA. Parece mentira cómo se repiten las situaciones.

ZAIDA. Todo es cíclico.

CLARA. Hace años, cuando me botaron de la textilera, fue igual. Allí las compañeras sintieron que se les acaba el mundo. Y no pasó nada. Me fui, y a los pocos meses estaba trabajando en el correo de cartera. (*Entra Anaís acompañada de José Luis. Las dos mujeres se separan. José Luis nota algo tenso en el ambiente.*)

JOSÉ LUIS. Hola, ¿qué pasa? ¿Algo no anda bien?

ZAIDA. No, nada.

CLARA. Nada, nada, hablábamos de mi permiso.

JOSÉ LUIS. ¡Ah! ¿Ya le dijiste? ¿Qué te parece la noticia? Se nos va a graduar la muchachita. Ahora será licenciada.

ANAÍS. ¿Al fin se decidió, Clara? ¡Me alegro mucho y la felicito!

ZAIDA. Sí, todo maravilloso, pero se nos va por seis meses. (*Todos giran a verla; Clara sonríe tímidamente.*)

ESCENA II

La luz cambia. Desaparece de la escena de la dirección y se ilumina otro espacio, la sala del apartamento de Clara. Suena el timbre. Clara pasa por la escena y sale. Se oyen las voces en off.

CLARA. (*En off.*) Hola,  qu  bueno que llegaste! Pasa, pasa.

JOSÉ LUIS. (*Entrando a escena seguido de Clara.*) Agotado, muerto. Pero feliz.

CLARA.  Y eso, por qué?

JOSÉ LUIS. Luis Manuel me invit  a almorzar.

CLARA. Como siempre, medio perro caliente para cada uno y el tuyo sin cebolla.

JOSÉ LUIS. No, esta vez me invit  en serio. A un restaurante de esos con manteles y servilletas.

CLARA.  Qu ?  Se volvió loco o se ganó la lotería?

JOSÉ LUIS. No, nada de eso.

CLARA.  Entonces?,  se encontr  una cartera con billetes?

JOSÉ LUIS. Reg lame un poquito de agua y te cuento.

CLARA. Está bien (*Clara sale hacia la cocina. José Luis se quita la chaqueta, abre su morral y saca un paquete envuelto en papel aluminio y lo coloca sobre la mesa. Clara regresa con el vaso con agua.*) Bueno, cuenta...

JOSÉ LUIS.  Te acuerdas del sobre que había que llevar a la embajada de México? (*Bebe agua.*)

CLARA. Claro, ¿no me voy a acordar? Ayer se estuvieron peleando por ver cuál de los dos lo iba a llevar, porque ninguno quería hacerlo.

JOSÉ LUIS. Bueno, yo gané y Luis Manuel tuvo que ir.

CLARA. Ajá, ¿y entonces?

JOSÉ LUIS. Que en el sobre estaba una orden de pago para uno de esos diplomáticos y que el carajo le dio un propinón en dólares a Luis Manuel.

CLARA. ¡¿Qué?! ¿En serio? ¿Qué lechúo!

JOSÉ LUIS. Lechuísimo... Entonces el carajo me invitó a almorzar. “Deja ese perro de mierda que te estás comiendo —me dijo— y vámonos a Las Mercedes a comer sabroso”.

CLARA. ¡Qué vaina tan buena! ¿Te das cuenta que trabajar en el correo y ser cartero tiene sus ventajas también?

JOSÉ LUIS. (*Tomando el paquete que dejó sobre la mesa.*) Y aquí tienes, te traje un poco de asado negro con puré y vegetales, para que lo pruebes. (*Le da el paquete a Clara. Ella lo abre y sale hacia la cocina.*)

CLARA. (*Saliendo.*) Buenísimo. Ya tengo la cena. (*Regresa en seguida.*)

JOSÉ LUIS. ¿Y tú qué?

CLARA. Lo mismo. Fui a casa de la señora boliviana a buscar la perrita que me regaló. Me invitó a almorzar y luego se la llevé a Carmen. Le puso Perla, de nombre.

JOSÉ LUIS. Ah, pero tú coronaste también. ¿Y qué dice Carmen? ¿Se va para Cantaura al fin?

CLARA. Todavía no. Parece que la convencí y va a esperar a casarse. Así que de ti depende cuánto demores en pedirle matrimonio. (*Los dos se ríen.*)

JOSÉ LUIS. (*Medio en broma, medio en serio.*) Me parece bien. Le daré largas al asunto. La voy a enamorar bastante. Yo no me quiero ir de aquí. Aquí está toda mi familia.

CLARA. Ah, pero entonces a ti te gusta Carmen.

JOSÉ LUIS. Claro que me gusta... Me gusta mucho.

CLARA. ¿Y qué esperas para decírselo?

JOSÉ LUIS. No lo sé... Quizás porque como ella vive diciendo que quiere regresarse a Cantaura... Y yo no me quiero ir... ¿Qué voy a hacer en un pueblo como ese?

CLARA. En algo tendrás que trabajar. Te voy a decir algo, José Luis...

JOSÉ LUIS. ¿Qué?

CLARA. Perdón que me meta, pero el problema de Carmen es que no está segura contigo.

JOSÉ LUIS. ¿Segura? ¿Te lo ha dicho?

CLARA. Sí, algo me comentó. Ella dice que tú estás más pendiente de María Eugenia que de ella.

JOSÉ LUIS. ¿De María Eugenia? ¡Por favor! Si a mí esa gorda ni me va ni me viene.

CLARA. Y usted me perdona, camarada, pero le doy la razón a Carmen.

JOSÉ LUIS. Ah, no, Clara. ¿Tú también? ¿De dónde sacan eso? Yo ni pendiente perro caliente con María Eugenia.

CLARA. Tú no sé..., pero ella cada vez que estamos en una reunión, cuando se ladilla, te busca para que la llesves a su casa... Y como se aburre siempre...

JOSÉ LUIS. No, Clara, no es así...

CLARA. Sí, José..., es así..., que yo te he visto dejar a Carmen para irte con María Eugenia... Y tú no te puedes olvidar que Carmen, además de estar enamorada de ti, también forma parte de nuestra célula...

JOSÉ LUIS. Por supuesto que no me olvido. Yo sé todo eso... Y yo quiero mucho a Carmen... En serio... A mí lo que me fastidia es su empeño por irse a Cantaura... Lo he pensado Clara, ¿qué voy a hacer allá? ¿Repartir cartas también?

CLARA. Bueno, de cartero no sé... No creo que haya muchas cartas que repartir en Cantaura.

JOSÉ LUIS. Exactamente, tampoco yo lo creo... Además aquí en la capital es diferente, uno tiene su ruta, todos te conocen...

CLARA. Es verdad. Nunca entenderé por qué la gente me recibe con tanta alegría cuando les llevo una carta. Porque no creo que todas tengan buenas noticias o pagos en dólares.

JOSÉ LUIS. No sé..., pero yo creo que siempre es grato recibir noticias de familiares en otros países, sin importar si son tristes o alegres.

CLARA. Será... No lo sé... No tengo familia fuera de mi país.

JOSÉ LUIS. Pero tienes un novio lejos de tu ciudad al que le escribes de vez en cuando.

CLARA. Sí, muy de vez en cuando... No siempre puedo.

JOSÉ LUIS. Primero el deber...

CLARA. Hace más de tres meses que no lo veo... Está metido en el monte... A veces ni sé por dónde anda...

JOSÉ LUIS. No te pongas triste... Todo esto va a pasar y podrán estar juntos nuevamente.

CLARA. Espero que sea así. Por cierto, ¿vas a la marcha de los pendejos este jueves?

JOSÉ LUIS. Claro. El viejo Uslar lo dijo: “En este país el que no roba es un pendejo”. Y como yo no soy ladrón, tengo que machar como un pendejo. (*Los dos ríen.*) Deberíamos hablar de eso esta noche en la reunión del partido.

CLARA. Bueno, yo esta noche no voy.

JOSÉ LUIS. ¿Y eso por qué?

CLARA. Una amiga se va a quedar unos días en el apartamento.

JOSÉ LUIS. Ah, está bien. ¿La conozco?

CLARA. No, no creo. Es una amiga de Puerto La Cruz...

JOSÉ LUIS. Perfecto. Bueno, Clara, me voy, ya son más de las cinco... Mañana voy a visitar al viejo.

CLARA. Me encantaría poder acompañarte. ¿Cuántos años lleva ahí dentro?

JOSÉ LUIS. Desde el 74. Cuando allanaron el apartamento. Coños de madre. Mi papá fue adeco toda la vida. No tenía nada que ocultar.

CLARA. Tú sabes muy bien que no buscaban a tu viejo. Al que buscaban era a ti.

JOSÉ LUIS. Lo sé, claro que lo sé. Pero al que dejaron fue a él.

CLARA. Porque tú eras menor de edad. ¿O no?

JOSÉ LUIS. (*Con pena y mucho dolor.*) Sí. Compartimos unos días el calabozo y él se echó la culpa de todo.

CLARA. Un viejo arrecho. Dile que le mando saludos y que en estos días lo visito.

JOSÉ LUIS. Claro que sí. Bueno, nos vemos. (*Se pone de pie y van saliendo los dos. Clara lo toma por un brazo y lo detiene.*)

CLARA. José Luis...

JOSÉ LUIS. ¿Qué pasó?

CLARA. Necesito que me hagas una suplencia la semana que viene.

JOSÉ LUIS. ¿Otra entrega?

CLARA. Sí. Voy a llevar suministros en el carro de Gabriel.

JOSÉ LUIS. Clara, ¿hasta cuándo? Tú sabes que eso es muy peligroso.

CLARA. Lo sé, claro que lo sé. Pero también sé cuidarme. Además, si viaja una mujer es menos probable que te paren en una alcabala.

JOSÉ LUIS. ¿Y adónde vas esta vez?

CLARA. Cuánto menos sepas mejor para ti. No voy al contacto directo. Tranquilo.

JOSÉ LUIS. Bueno, tú sabrás. Yo te hago la ruta. ¿Cuántos días?

CLARA. Tú pendiente, yo te aviso cuando la carga esté lista.

(José Luis se dispone a salir. Clara lo mira. Cuando está fuera de escena continúa.)

CLARA. Gracias...

ESCENA III

Cambio de luz, sin desaparecer el espacio de Clara, solo baja la intensidad, mientras Clara sale de escena. Se enciende nuevamente el espacio del cantante. Continúa con su canción.

CANTANTE. El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

—El mensaje que mandaste
destinatario no halló,
solo encontré de su huella
la sangre que derramó.

(Se apaga la luz del Cantante y sube la luz en casa de Clara. Entra Sorfanny y se dedica a ordenar un poco. Entra Clara con una bandeja y dos jarros de café.)

CLARA. Me tomó por sorpresa.

SORFANNY. No vayas a malinterpretar el sigilo... No quería despertarte. Nada más.

CLARA. Me dijo que saldría mañana.

SORFANNY. Cambio de planes.

CLARA. Bueno, ahora siéntese y tómese un café conmigo. Creo que ya ha hecho suficiente estos días, muy atenta que es. Y además, ¿quién sabe cuándo vuelva a verse por aquí?

SORFANNY. Me tengo que ir

CLARA. Es madrugada todavía, Comandante Patricia.

SORFANNY. Clara, sabes que puedes decirme Sorfanny.

CLARA. (*Repite como con cierto agradecimiento.*) Sorfanny. (*Pausa.*)
Ahora bébase el café. Hace frío..., Sorfanny.

SORFANNY. Debo irme.

CLARA. Lo harás. Un café no te demorará tanto. Hablemos un rato.
Me tienes preocupada.

SORFANNY. ¿Preocupada?

CLARA. Te veo como azorada.

SORFANNY. Puede ser.

CLARA. Tienes que calmarte. (*Le alcanza el jarro con café.*) Adelante.
Doble y con dos de azúcar, como me dijiste el otro día.

SORFANNY. (*Tomando el jarro con café.*) Una semana aquí es mucho,
debí agarrar camino hace dos días. (*Bebe café.*) Rico.

CLARA. No estorbas.

SORFANNY. Clara, te pongo totalmente en peligro. ¿Eres consciente
de eso?

CLARA. Cuando me uní a esto, tuve que asumir que a partir de allí
todo iba a ser una cuestión de riesgo, incluso respirar puede
ser peligroso ¿O no?

SORFANNY. Sí, pero no es un juego. Hablamos de vidas.

CLARA. Por supuesto, sé lo que representa. (*Pausa.*) De todos modos,
no tienes por qué ponerte así.

SORFANNY. Como sea, ya tengo que irme. Vine por una razón... Por
eso y nada más.

CLARA. Es de madrugada, por favor. (*Pausa.*)

SORFANNY. Bueno.

CLARA. Sorfanny...

SORFANNY. (*Bebe café.*) Está bueno, gracias.

CLARA. No hay problema.

SORFANNY. ¿Querías hablar?

CLARA. Un poco... Es que últimamente me siento algo alterada por el aislamiento. A veces pienso que no estoy donde debería estar, tal vez allá en Cantaura. Si sigo aquí es porque sé que mi trabajo es importante.

SORFANNY. Te entiendo. Pertenecer a algo así te remueve algunas perspectivas.

CLARA. No pensé que en tantos años, aún hoy seguiría removiéndolas.

SORFANNY. La familia, ¿verdad? Una vida.

CLARA. La tenía. La vida no era la que merecía, ni la que se merecía mi familia. Por eso los dejé y me uní a la guerrilla.

SORFANNY. ¡Así es!

CLARA. Suena muy osado, ¿no?

SORFANNY. Puede ser...

CLARA. Lo fue... Y cuando nada más entrar me destacaron año y medio de obrera en una fábrica textil, para preparar la huelga de los ochenta, me di cuenta que esa era mi vida. Servir, luchar, trabajar por una causa.

SORFANNY. ¡Ah, sí! Estoy segura que escuché algo de eso. ¿Fue a ti a la que despidieron por protestar porque encontraste unas cámaras en un baño de mujeres?

CLARA. ¡Sí, y no me arrepiento ni un poquito!

SORFANNY. Las cámaras estaban ahí por algo ¿no crees?

CLARA. Lo que yo supe es que ya había sospechas de infiltradas.

SORFANNY. Sospechan de todo el mundo.

CLARA. Cuando quedé desempleada estuve a punto de volver con mi familia, menos mal que ya conocía a José Luis y a Luis Manuel, unos compañeros del grupo. Yo te hablé de ellos. (*Sorfanny asiente con la cabeza y bebe café.*) En una de las reuniones se habló de mi situación y ellos propusieron la solución.

SORFANNY. Las cartas.

CLARA. *École cuá.* Pero claro, comencé haciéndole suplencia a los carteros con vacaciones atrasadas, casi todos eran viejos con reposo; los únicos viejos, porque el ochenta por ciento de los carteros eran estudiantes. Por fin quedé fija de cartera.

SORFANNY. Excelente.

CLARA. Tres horas diarias. Estudiar por la mañana, trabajar por la tarde en la ruta Chacao. Por la tercera avenida de El Encanto y San Marino, parte baja del Country Club. Y así hasta hoy.

SORFANNY. Importante.

CLARA. Es un trabajo muy gratificante. No te imaginas la cantidad de cosas y gente que conoces.

SORFANNY. Suena muy bello (*Pausa.*)

CLARA. Tú también tuviste que dejar todo atrás, ¿verdad?

SORFANNY. Familia y amigos.

CLARA. ¿Cómo eran? ¿Hace cuánto que no los ves?

SORFANNY. Hace mucho. Años.

CLARA. Todo es un sacrificio, siempre.

SORFANNY. Yo nunca estuve muy conforme con la manera en que se vivía como sociedad, ¿sabes? Así, como tú...

CLARA. Nunca estaremos conformes.

SORFANNY. Todo me quedó muy claro, a partir de mi reinado en la Feria de la Cruz y del Mar (*Pausa. Clara la mira sin entender. Sorfanny ríe.*) No te conté eso, ¿verdad?

CLARA. ¡¿Qué?! (*Ríe simpática.*) No, claro que no... La Comandante Patricia, reina de la belleza en Puerto La Cruz. ¡Por favor!, cuéntame eso.

SORFANNY. Fue espectacular, cada cosa me hizo sentir bien, útil, importante. ¡Importante! Imagínate, caminaba por ahí, resplandeciendo en mi traje de fantasía. ¡Azul rey! Brillante, con cuantos tonos de azul existan. ¡Un delfín! ¡Una sirena! Una sirena... Era todo eso. Todo a la vez. Y a la vez, una y otra vez, me dejó pensando.

CLARA. ¿Pensando?

SORFANNY. La gente, el derroche de dinero. Estoy muy segura que alguien lo necesitaba para algo menos banal, menos frívolo. ¿No te parece?

CLARA. Entiendo.

SORFANNY. Fue mi crisis.

CLARA. ¿Allí comenzó todo?

SORFANNY. Exactamente. Allí.

CLARA. ¿Y antes de eso...?

SORFANNY. Tenía inquietudes. Pero nunca fue tan claro y nunca me sentí tan cómplice de una bola de burgueses.

CLARA. Fuertes declaraciones.

SORFANNY. Así y así, hasta que comencé a estudiar sociología en Cumaná. (*Ríe.*) ¡Ay, Cumaná! ¿Conoces Cumaná?

CLARA. Poco, la conozco poco.

SORFANNY. No fue una severa transición. De hecho, había mucho de ahí que me recordaba mi casa.

CLARA. ¡Pescao!

SORFANNY. ¡Esa brisa salitre que me besa con sabor a casa!

CLARA. ¡Con sabor a ceviche!

SORFANNY. ¡A cazón!

CLARA. ¡A cazón, pues!

SORFANNY. (*Con cierta nostalgia.*) Cumaná...

CLARA. Hace calorcito ahí.

SORFANNY. Es mi lenguaje: calorcito. No este frío *rompemadre*.

CLARA. ¿Frío?

SORFANNY. Tú ya estás acostumbrada, es eso.

CLARA. Sí, es mi lenguaje.

SORFANNY. Calorcito... Allá en Cumaná, entre leer y leer... Y mira que leí, desde *El manifiesto comunista*, la Biblia, el Corán, hasta Poe y el Marqués de Sade... De tanto que leí, a lo mejor en un delirio de locura, no había manera de evitar pensar en el sufrimiento que ha significado la existencia de un sistema jerárquico, que se ha mantenido durante tanto tiempo... La división social, la injusticia, la ausencia de moral...

CLARA. Las mentiras, la manipulación...

SORFANNY. El hambre, el analfabetismo...

CLARA. La falta de oportunidades, las muertes inocentes...

SORFANNY. ¡Las muertes, la delincuencia! ¡Tanta pobreza para tantos y tanta riqueza para tan pocos!

CLARA. Terrible.

SORFANNY. Nunca estuve tan segura de algo en mi vida, hasta que me dije a mí misma que el cambio estaba aquí dentro.

CLARA. Fue lo que yo me dije también.

SORFANNY. Y fui a los barrios pobres, hice trabajo político en la calle, en los sindicatos del calzado...

CLARA. ¡Ah, Petare! Todo un reto.

SORFANNY. La pobreza allí es... ¡Dios mío! En fin, al darse cuenta de mis intenciones, los aparatos represivos se me fueron encima... ¡Y a correr!

CLARA. Interesante transición.

SORFANNY. ¿Qué transición?

CLARA. Sorfanny, de reina de belleza a la Comandante Patricia.

SORFANNY. Fue algo raro, muy raro, no te lo voy a negar. Con el tiempo, y sin darme cuenta, cambié mis vestidos escotados por mi camisa caqui, estos *jeans* gastados y las botas Frazzani ¡Ah!, y este nido... (*Señala un bolso tejido que le sirve de equipaje.*) Muy estético no es, ¿verdad? Pero cabe todo lo que necesito.

CLARA. ¿Qué? ¿Un frasquito de crema de almendras y un cepillito para el cabello?

SORFANNY. ¡Son mi vida! (*Ríen las dos.*) Por último, me hice un alias en homenaje a la persona más querida de mi vida: mi mamá, Patricia Salazar. Y así quedé: Comandante Patricia.

CLARA. Claro, entiendo cómo debe ser tu movida. De aquí para allá, de allá para acá. Teniendo cosas que hacer...

SORFANNY. Perseguida... A veces no sé si vuelva a dormir donde amanecí.

CLARA. Bueno, llevas aquí una semana.

SORFANNY. Se ha retrasado el transporte, es normal, siempre pasa algo. No esperaría más a los muchachos si no fuera porque el camino a Cantaura, desde acá, no es fácil. Pero sabes perfectamente que me iría sin esperar nada. Si no lo he hecho es porque, bueno... eventualmente... (*Pausa. Silencio comprometido.*) Yo creo que eres una buena persona, Clara.

CLARA. Pienso lo mismo de ti. Muchas veces mi novio me ha escrito sobre la calidad de persona que eres.

SORFANNY. Sí..., tu novio... (*Transición.*) ¿Y qué? ¿Todavía no responde?

CLARA. No, nada.

SORFANNY. Deben estar muy complicados de tiempo.

CLARA. Sí... Y como siempre están moviéndose de un lado a otro.

SORFANNY. (*Se pone de pie y va hacia la ventana.*) Ya deben estar por llegar. Ya se ve el cielo rojito... (*Gira y la mira.*) ¿Quieres mandarle algo a tu novio?

CLARA. Una cosa... Bueno, nada más dile que en el último lote de suministros, el que ahora debe estar en camino...

SORFANNY. ¿El de ayer en la tarde?

CLARA. Sí. Es que... entre paradas, relevos, alcabalas y todo eso, se tardan muchísimo en llegar. Estoy segura que llegas tú antes que el lote. (*Pausa.*) Dile que hay una escopeta con el cañón un poco oxidado. El rollito de papel de arroz que tiene dentro... que lo revise... Que me responda... Que me haga llegar su respuesta. (*Se miran a los ojos. Luego Sorfanny se acerca, le toma las manos. Los ojos se llenan de lágrimas. Es una despedida muy emotiva.*)

SORFANNY. Lo haré, por supuesto que lo haré.

(Mientras va descendiendo la luz, sin desaparecer, Sorfanny se pone de pie, toma su bolsa y sale lentamente. Clara llora en silencio. Luego de una pausa, se pone de pie y enciende la radio.)

ESCENA IV

Nuevamente se enciende la luz sobre el cantante.

CANTANTE. El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

—Cartero de mansa luna,
cartero de bravo sol,
mi novio se fue a Cantaura
y hasta hoy no regresó.
Pon en su mano esta carta,
escrita en papel de arroz,
donde digo que la espera
es pena que sufro yo.

(Sube la luz en casa de Clara. Clara, sentada, con un radio viejo pegado a la oreja. José Luis en un banco, junto a la mesa, revisa los periódicos. Luego de una pausa, mira a Clara.)

JOSÉ LUIS. Apaga eso ya... Hay que estar claros que no van a volver a tocar el tema. Lo de ayer en la mañana fue un milagro, pero se callaron rapidito.

CLARA. Necesitamos saber más, José Luis. No podemos seguir encerrados aquí. Tenemos dos días esperando noticias. Y solo sabemos lo que dice la prensa, la radio y la televisión.

JOSÉ LUIS. ¿A dónde vamos a ir? No sabemos qué nos puede pasar si salimos.

CLARA. Tenemos que saber qué fue lo que pasó realmente. Los medios no van a decir la verdad.

JOSÉ LUIS. Los mataron, eso fue lo que pasó.

CLARA. No digas eso. No lo digas, José Luis.

JOSÉ LUIS. ¡Ya sé! ¡Ya sé! Perdóname... Es que este encierro y el no tener alguna certeza me afecta... Estoy paranoico... Tampoco yo sé nada de Carmen.

CLARA. Imposible llamarla, es un riesgo muy grande.

JOSÉ LUIS. Solo queda esperar. Esperar que alguien se comunique con nosotros. (*Pausa. Clara se pone de pie, deja la radio sobre la mesa.*)

CLARA. No respondió a mi carta. Es posible que ni le hubiera llegado.

JOSÉ LUIS. Pero Zaida confirmó que la Comandante Patricia sí había llegado.

CLARA. La Comandante Patricia... Sorfanny... Ojalá haya corrido con suerte y no esté entre los muertos. (*Toma el periódico y lee el titular.*) "A 50 KILÓMETROS DE CANTAURA, VEINTISÉIS MUERTOS EN ENCUENTRO ENTRE FAN Y GUERRILLEROS. SEIS JEFES SUBVERSIVOS CAYERON, SEIS MUJERES Y UN DISIP. AVIONES DE COMBATE CANBERRA Y BRONCO Y CUATROCIENTOS HOMBRES ACTUARON EN LA OPERACIÓN".

JOSÉ LUIS. ¡Hijos de puta! Seguro los emboscaron, los atacaron a traición. Como si fuera una guerra.

CLARA. (*Revisando otros periódicos.*) Ni un nombre, ni un solo nombre. Unos dicen veintiséis, otros veintitrés, ¿te das cuenta que nadie sabe nada?

JOSÉ LUIS. No te tortures, Clara.

CLARA. Claro que fue una emboscada. Seguro estaban preparando el café, después de sonar la diana.

JOSÉ LUIS. ¡La diana! El españolito pegando tres gritos, eso despierta a cualquiera. Lo conozco. Lo conocí hace como tres años.

CLARA. Me los imagino a todos sentados alrededor del fogón con sus tazones de café... La Comandante: doble y con dos de azúcar. No sé si ahí tendrán azúcar. Y de golpe, la sorpresa. Las bombas. Correr, buscar dónde esconderse. Debe ser horrible. (*Golpes a la puerta. Hacen silencio, se miran sin saber qué hacer. Nuevos golpes a la puerta, es una contraseña.*) ¡Llegó Zaida! Abre, por favor, José Luis. (*José Luis sale a abrir la puerta. Regresa al instante, seguido de Zaida que trae más periódicos y los deja sobre la mesa.*) ¡Hola, buenos días! ¿Todo bien?

ZAIDA. ¡Buenos días, muchachos! Sí. Todo bien. ¿Y ustedes? ¿Cómo amanecen?

CLARA. Bien, dentro de lo que cabe. Angustiados por la falta de información.

JOSÉ LUIS. Y tú, ¿sabes algo?

ZAIDA. Sí, ya les cuento.

CLARA. ¿Te tomas un café?

ZAIDA. Sí, por favor. (*Clara sale hacia la cocina. José Luis revisa los periódicos que trajo Zaida. Silencio tenso. Luego de una pausa regresa Clara con tres jarros de café. Beben.*) Bueno, muchachos, las noticias no son buenas. (*Nueva pausa. José Luis y Clara, tensos, escuchan. Zaida intenta contar sin herir.*) Hubo traición.

JOSÉ LUIS. Tenía que ser, no había de otra. ¿Quién?

ZAIDA. Ya va... Espera, José Luis... Los atacaron a traición. Fue una masacre, de eso no cabe duda.

CLARA. ¿Se sabe los nombres de quienes murieron?

ZAIDA. Todos no, solo de algunos. Sabemos que la orden fue dada por el presidente Luis Herrera Campins, una operación conjunta del Ejército, la Fuerza Aérea, la Guardia Nacional y el Cuerpo de Policía Técnica Judicial. Algunos periódicos tomaron declaraciones. (*Busca sobre la mesa, entre los periódicos que trajo.*) Por ejemplo, aquí el 2001 dice: "... con los aviones Bronco bombardearon la zona, luego llegaron los helicópteros para barrer el bosque con sus ametralladoras punto 50 y por último, de nuevo desde los aviones Bronco, dispararon cohetes y bombas en circunferencia amplia, donde permanecían no solo guerrilleros al margen de la ley, sino trabajadores del campo, quienes fueron alcanzados por los proyectiles disparados desde diferentes ángulos y por la onda explosiva de las bombas".

CLARA. ¿También mataron civiles? ¿Campesinos? No tienen perdón.

JOSÉ LUIS. Armados como para una guerra. Sinvergüenzas. Cagones. Eso son, unos culillúos de mierda.

ZAIDA. Todo empezó como a las cinco y media de la mañana, en eso la prensa no miente. (*Abre otro periódico.*) Fíjate cómo manipulan la información: "... El gobernador socialcristiano de Anzoátegui, señor Abdel Muhammad, niega que se hayan empleado bombas. Pero Eduardo Rivero Olmos testifica que en las poblaciones urbanas y ciudades cercanas se insiste con indignación en la muerte de numerosos civiles, entre ellos siete indígenas y un número indeterminado de campesinos. Aseguran, los que esto sostienen, que los cadáveres de esos civiles han sido sepultados en el mismo sitio de los acontecimientos. Otros dicen que no ha sido necesario, ya que los cuerpos quedaron despedazados por las bombas y la metralla de los aviones Bronco". Aquí está, *El Mundo*, de hoy.

JOSÉ LUIS. Insisto, solo informan lo que ellos hicieron, pero no cuentan nada de los nuestros. Cómo no pudieron defenderse, cómo

fueron exterminados a traición. Me gustaría saber cómo fueron los últimos instantes de nuestra gente, que solo tienen ideas indestructibles y armas oxidadas contra el bombardeo de saturación que los diarios llaman “Operación exterminio”.

CLARA. La diferencia de bajas, de veintitrés muertos contra uno en el Ejército, nos demuestra que se trata de una ejecución en masa. Hecha de madrugada, desprevenidos y a traición.

ZAIDA. Los cercaron, los acorralaron. Después vino el ataque aéreo. En la primera batida murieron seis. Pero el ataque duró dos días más.

JOSÉ LUIS. Es decir, hasta el domingo. Si empezó el viernes... O sea..., desde el cuatro hasta el seis. Hoy es ocho y ya la prensa tiene toda la información.

ZAIDA. Pero no la verdad, José Luis. Ellos no dicen la verdad. Los masacraron, José Luis.

CLARA. ¿Cómo así?

ZAIDA. Cuatrocientos efectivos armados contra cuarenta indefensos guerrilleros, con rifles viejos y oxidados, ¿no te parece una masacre?

CLARA. ¿El último suministro les llegaría?

ZAIDA. No, lo incautaron en Aragua de Barcelona.

CLARA. Nunca llegó... Por eso no me respondió la carta. ¿Hay nombres?

ZAIDA. *(La mira con mucha ternura. Se pone de pie, camina por la habitación, no se atreve a responder. Clara intuye.)* Algunos... No todos...

CLARA. ¿La Comandante Patricia?

ZAIDA. Sí... (*Nueva pausa tensa. José Luis y Clara la miran. Zaida voltea a verlos.*) También el españolito, María Luisa Estévez y su novio Carlos...

JOSÉ LUIS. Zaida, ¿tú sabes dónde anda Carmen?

ZAIDA. No, hace una semana que se fue de Caracas. Pero no sabemos hacia dónde. Debe estar enconchada en alguna parte.

JOSÉ LUIS. En Cantaura, ¿dónde más?

CLARA. No le hagas cerebro, José Luis. No te adelantes a los hechos.

ZAIDA. Es verdad, aún falta información. El que logró huir fue Alejandro Vázquez Guerra. Pero no se sabe dónde está.

CLARA. Por lo menos uno que podrá contar la verdad.

JOSÉ LUIS. ¿Huyó? ¿Escapó? ¿Cómo así?

ZAIDA. No lo sé, José Luis. Esa es la información.

JOSÉ LUIS. Y en cuanto a contar la verdad... No lo creo, Clara... En este momento nadie puede hablar del asunto. El gobierno no lo va a permitir. Solo se sabrá la verdad que ellos quieren que se sepa. Nosotros somos los malos, ellos, los justos.

ZAIDA. Pero alguna vez se sabrá... Alguna vez sabremos todo... Alguna vez podremos decir que fuimos traicionados, daremos los nombres y el mundo se enterará de toda la verdad.

CLARA. Sí, alguna vez... Alguna vez podremos reconocer públicamente a todos esos hombres y mujeres que han dejado su vida por una lucha más justa, más honesta, más verdadera. Una lucha llena de ideales.

ZAIDA. Alguna vez, Clara... Cuando triunfe nuestra revolución podremos reivindicar a nuestros héroes. Podrás hablar de tu novio sin esconderte, podrás gritar que él fue un héroe.

CLARA. ¿Fue? ¿Quieres decir que él también...?

ZAIDA. Sí, Clara... Es duro decírtelo... Pero entre los nombres está el de él...

(Clara se sienta derrotada y se cubre el rostro con las manos. Llora en silencio. Zaida mira a José Luis. Se pone de pie y abraza a Clara.)

ESCENA V

La luz desciende lentamente y se ilumina al Cantante.

CANTANTE. El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

—El mensaje que mandaste
destinatario no halló,
solo encontré de su huella
la sangre que derramó.

No dijo más el cartero
curtido de mansa luna,
tostado de bravo sol.
No habló de la mano trunca
que el mensaje no alcanzó
ni del cielo de Cantaura
y su enlutado arrebol.

El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

Y el llanto sobre una carta
escrita en papel de arroz.

(Retomamos la Escena I, Zaida y Clara están conversando. Zaida de espaldas mirando por la ventana. Clara se acerca preocupada.)

ZAIDA. (*Gira y la mira. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Clara se acerca y se abrazan. Es un abrazo lleno de ternura, lleno de amistad, de solidaridad.*) No quiero quedarme sola, Clara. Me estoy poniendo vieja. No quiero que te vayas. No voy a poder seguir con todo esto yo sola.

CLARA. (*Sin soltarse. Intenta consolarla.*) No te quedas sola, Zaida. Yo seguiré apoyándote, siempre estaré contigo.

ZAIDA. Creo que es muy egoísta de mi parte pedirte esto. Pero me siento sin fuerzas para seguir adelante. Recuerdo cómo empezamos.

CLARA. Hace casi diez años ya. Estábamos tan contentas. Al fin había llegado la tan esperada revolución. Comenzaba el proceso.

ZAIDA. El deseado proceso revolucionario. Vendrían los cambios verdaderos. Sobre todo en educación. Nos mandaron a intervenir la institución, pero no podíamos cambiar nada.

CLARA. Fue lo primero que nos dijeron: “Un proceso sin cambios, sin fracturas”. Eso era muy difícil. Sabíamos el riesgo, amiga. ¿Recuerdas ese primer día? El obrero con aquel certificado, solicitando reposo.

ZAIDA. ¿No lo voy a recordar? Entre los accidentes con la moto y los juegos de basquetbol, acumulaba más reposos en un año que días de trabajo.

CLARA. Una verdadera catástrofe. Y si les decías algo era peor. Dime con la nómina docente. Para doscientos veinte alumnos había noventa y cinco profesores.

ZAIDA. Increíble. Si los repartíamos, cada profesor tenía entre dos y tres alumnos por sección.

CLARA. Y trabajábamos en silencio, poco a poco. Cuando por fin sinceramos la matrícula, se quedaron sin alumnos más de cuarenta profesores.

ZAIDA. Sinvergüenzas. Lo pienso y me da más arrechera. Cuando le pedimos que por lo menos cumplieran horarios administrativos, más de quince renunciaron.

CLARA. Por supuesto, era muy sabroso cobrar sin hacer nada. Pero nosotras no íbamos a ser cómplices de eso. ¿Recuerdas ese fin de año la cantidad de permisos? Era inaudito. Todo el mundo se quería ir, sobre todo los coordinadores de áreas. Nunca supe cómo hacían para conseguir los reposos.

ZAIDA. ¿Y las secretarias? Como no sabían nada de computadoras, sino de máquinas de escribir, también pedían permisos. Y además las dañaban para no tener que trabajar.

CLARA. Cuántas cosas Zaida, cuántas cosas tuvimos que ver, que enfrentar, que corregir.

ZAIDA. Y aún hoy seguimos corrigiendo. Como ese baño que encontramos hace dos meses, ¿lo recuerdas?

CLARA. Perfectamente. No uno, sino dos sanitarios de seis plazas que se negaban a abrirlos para no tener que limpiarlos.

ZAIDA. Y a los pocos días, uno de ellos apareció destruido. ¿Cómo se puede ser tan inhumano, Clara? Todas esas cosas son las que me han cansado. Porque nada ha cambiado. Qué difícil se ha vuelto todo esto. Tanto tiempo luchando, enseñando y nada. Nada hemos logrado. Seguimos igual. Ojalá hubieran cambiado la famosa “viveza criolla”, el “camaleonismo” y la mentalidad acomodaticia. Parece que nos hubieran metido un chip en el cerebro y solo pensamos en lo individual, no en lo colectivo. El bienestar de todos no nos interesa.

CLARA. No, Zaida, no seguimos igual. Recuerda que el proceso es lento. No podemos acabar de golpe con cuarenta años de corrupción.

ZAIDA. ¿De golpe, Clara? ¿Cuánto hace que comenzó todo este proceso? Y nada ha cambiado. La corrupción se ha instalado como un virus en cada una de las personas. Esta generación de grandes corruptos son el producto lógico de pasadas generaciones de pequeños corruptos. Eso es lo que está matando esta revolución. Estamos peores.

CLARA. Pero no me parece justo que cualquiera pueda decir quién es corrupto y quién no. Estás cansada, Zaida. Por eso sientes la desesperanza.

ZAIDA. Es verdad, Clara, me embarga una terrible desesperanza. Pero nada de eso me impide ver la realidad. Tenemos que ser críticas, amiga, no cómplices. Me siento sola, muy sola.

CLARA. No digas eso. No estás sola. Aquí sigue la señora Anaís, Silvano, José Luis.

ZAIDA. Extraordinarias personas. Fuertes, luchadoras, incorruptibles. Dime la señora Anaís. La única que cumple horario.

CLARA. Exactamente. Siempre ha sido el paño de lágrimas de todos. Siempre con una sonrisa, con una palabra de aliento, con una esperanza.

ZAIDA. Con un infarto encima y se niega a pedir la jubilación.

CLARA. Por gente como esa es que vale la pena seguir luchando, Zaida. No podemos detenernos ahora. Tenemos tanto tiempo buscando y aportando soluciones que claudicar sería morir, entregarse. Yo recuerdo que estaba en sexto grado cuando repartía el periódico *Qué hacer por el barrio*, y cuando me encontraba a un tipo volando por las drogas, se lo regalaba, más por temor que por conciencia revolucionaria.

ZAIDA. Eran los tiempos cuando, para huir de un allanamiento, teníamos que echarnos rodando por los precipicios del cerro. Todavía tengo una lesión en la rodilla, de una de esas escapadas.

CLARA. Una noche, cuando regresaba a mi casa tarde, después de una reunión clandestina, me rodearon un poco de malandros. Me iban a violar, pero el jefe de ellos era el tipo al que yo le regalaba los periódicos y les dijo que no me tocaran. Por eso, Zaida, siempre he pensado que no hay esfuerzo, por pequeño que sea, que se pierda.

ZAIDA. Sí, es verdad. Mucha gente como tú es la que hace falta en este proceso. No los corruptos, los flojos, los vagos. Gente como el profesor Silvio. Porque nada va a cambiar si no cambiamos nosotros. El otro día, cuando habían vuelto a descomponer la bomba de agua, el profesor Silvio se metió tres metros bajo el agua y encontró un tubo de plástico que le habían echado para trancarle el motor.

CLARA. Es un profesor extraordinario. Como profesor y como persona. Creo que la línea entre lo correcto y lo equivocado es muy delgada y ambigua.

ZAIDA. Por supuesto que lo es. Como esa cuerda de sátrapas sindicaleros que cuando puse al poco de obreros a disposición del sector, por haber trancado la bomba, salieron a declarar que eran mártires de la cultura contemporánea. No tienen dignidad, Clara.

CLARA. ¡Mártires! Sinvergüenzas, corruptos, delincuentes es lo que son. Ojalá entendamos cómo se “bate el cobre” realmente y nos demos cuenta de que en lugar de “vivos” somos unos tontos imbéciles.

ZAIDA. Por eso me entristece que te vayas, Clara. Te necesito tanto, tanto.

CLARA. Lo sé. Pero ¿qué puedo hacer, amiga? Parece mentira cómo se repiten las situaciones.

ZAIDA. Todo es cíclico.

CLARA. Hace años, cuando me botaron de la textilera, fue igual. Allí las compañeras sintieron que se les acababa el mundo. Y no pasó nada. Me fui y a los pocos meses estaba trabajando en el correo de cartería. (*Entra Anaís acompañada de José Luis. Las dos mujeres se separan. José Luis nota algo tenso en el ambiente.*)

JOSÉ LUIS. Hola, ¿qué pasa? ¿Algo no anda bien?

ZAIDA. No, nada.

CLARA. Nada, nada, hablábamos de mi permiso.

JOSÉ LUIS. ¡Ah! ¿Ya le dijiste? ¿Qué te parece la noticia? Se nos va a graduar la muchachita. Ahora será licenciada.

ANAÍS. ¿Al fin se decidió, Clara? ¡Me alegro mucho y la felicito!

ZAIDA. Sí, todo maravilloso, pero se nos va por seis meses. (*Todos giran a verla, Clara sonríe tímidamente.*)

ANAÍS. Pero aquí seguiremos nosotros, profesora. Trabajando, luchando y esperándola.

JOSÉ LUIS. Claro, Zaida. Aquí estamos y aquí seguimos. El país se hace luchando y nosotros tenemos muchos años dándole duro. No vamos a claudicar ahora. No, señor. Ahora más juntos que nunca.

CLARA. Tampoco es que me voy a perder. Cuando no esté de viaje vengo a verlos, a darles una mano. Yo no le hago el *fo* a nada, ustedes lo saben.

ZAIDA. Y que todavía podamos corregir algo.

JOSÉ LUIS. ¿Por qué dices eso? ¿No crees que estamos haciendo lo debemos?

ZAIDA. Sí lo hacemos, pero no sé si es suficiente. O si todo lo que hacemos y decimos ayuda a que alguien se modifique. Porque tengo la sensación que todo sigue igual o peor que antes.

ANAÍS. Yo a veces pienso lo mismo. Que nada ha cambiado. Que seguimos en la época del “quítate tú, pa’ ponerme yo” o “no quiero que me den, sino que me pongan donde *haiga*”.

JOSÉ LUIS. Quizás no hemos tenido la madurez política como pueblo para modificar nuestra mentalidad. Seguimos siendo un país más preocupado por la rivalidad del Caracas-Magallanes o por cuántas coronas consigue una *miss*, que por la solidaridad con nuestros semejantes.

ANAÍS. Durante décadas fuimos cómplices, de alguna manera u otra, de lo que nos pasaba.

JOSÉ LUIS. Y seguimos siéndolo, señora Anaís. Porque callarnos, no denunciar la corrupción, aceptar cargos sin tener el perfil para ejercerlos, es una forma de complicidad y de desidia. ¿O no seguimos pagándole a cualquier gestor para que nos acelere los trámites en un banco o en alguna institución, porque no nos gusta esperar?

ANAÍS. Es muy cierto. Y las cosas terminan haciéndose costumbre. Como cuando alguien llega a una cola y te dice: “Mire, señora, yo voy aquí. Me guarda el puesto, ¿oyó?”. Y una hace la cola para cualquiera. Eso no es solidaridad, eso es viveza. La viveza criolla que usted dice.

JOSÉ LUIS. Por eso pienso que se trata de ser menos jueces y más seres humanos. No tener la memoria tan corta y recordar siempre que antes también hubo gente como ahora que luchó y sigue luchando. Que muchos mueren y siguen muriendo en esa lucha. El silencio, el mirar para otro lado, el hacerse el tonto, no sirve.

CLARA. Como nunca sirvió callarnos durante tantos años la masacre de Cantaura, el Amparo y tantos otros desmanes; fue una complicidad con el sistema, José Luis.

JOSÉ LUIS. Sí lo fue, Clara, lo fue. Pero teníamos miedo. Como lo tenemos ahora. Tú perdiste a tu compañero, yo a Carmen y todos a veintitrés grandes combatientes. Pero todavía seguimos luchando para que se haga justicia con esa masacre. Nada se ha resuelto aún, pero por lo menos se recuerda y se pelea por eso.

CLARA. ¿Te das cuenta, Zaida, que no estás sola? ¿Que seguimos luchando codo a codo contigo?

JOSÉ LUIS. Claro que sí. Hasta el final. Aunque no sé cuál es el final.

ZAIDA. Gracias compañeros, muchas gracias. Por cierto, Anaís, ¿el profesor Silvano llegó?

ANAÍS. Aún no. Anda comprando un candado para asegurar la bomba del agua.

ZAIDA. Esperemos que de ese modo esté protegida. Aunque nunca se sabe, igual hay que estar pendientes. (*Un mugido ronco irrumpe la dirección. Todos se miran. Gran silencio.*)

ANAÍS. Creo que es tarde... La volvieron a dañar...

(La luz desaparece violentamente y se ilumina al Cantante.)

CANTANTE. El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

No habló de la mano trunca
que el mensaje no alcanzó
ni del cielo de Cantaura
y su enlutado arrebol.

El cartero en la calzada,
la moza en el mirador.

Y el llanto sobre una carta
escrita en papel de arroz.

FIN

TERESA PIANO PIANO

(Texto dramático que juega con el cine)

LIGIA ÁLVAREZ

PALABRAS INICIALES NECESARIAS

Teresa piano piano es un texto dramático multidisciplinario. Se escribió pensando en las muchas posibilidades del teatro. Juega con el cine porque requiere que algunas escenas sean grabadas con antelación y, además, Teresa Carreño interactúa con los personajes que en la pantalla aparecen. Se amerita que las piezas que ejecutó y las que compuso la pianista sean protagonistas en los momentos señalados en las acotaciones. Al principio de la obra, se sugiere una serie de danzas llevada a cabo por Teresita y por su padre, Manuel. Hay un parlamento de Teresa que es cantado en clave de ópera. Al final de la pieza, jóvenes artistas de la acrobacia, el baile, la actuación y la música tienen una presencia importante. Esto significa que quien se interese en montar esta obra requerirá de un equipo cinematográfico y un elenco multidisciplinario que no solamente actúe, sino que baile y cante.

Esta obra es una deuda que se impuso la autora para mostrar una Teresa Carreño humana y sensible, que aunque tuvo un gran talento musical y éxito lejos de las fronteras de su patria en el pasado, los jóvenes venezolanos de hoy poco la conocen.

PERSONAJES

Personajes en escena

TERESITA (TERESA CARREÑO NIÑA)

TERESA (TERESA CARREÑO ADULTA)

PIANISTA

NODRIZA

DON MANUEL CARREÑO (padre de Teresa Carreño)

ANCIANA (espectro vestido a la usanza de los años treinta del siglo XX)

JOVEN ESCRITOR

Personajes de los videos proyectados en pantalla

OFICIAL DE POLICÍA DAMA 3

CABALLERO 1 TERESA CARREÑO

CABALLERO 2 ÉMILE SAURET (Foto)

CABALLERO 3 GIOVANNI TAGLIAPIETRA (Foto)

CABALLERO 4 EUGEN D'ALBERT (Foto)

SRA. BISCHOFF ARTURO TAGLIAPIETRA (Foto)

DAMA 1 USUARIOS DEL METRO DE CARACAS

DAMA 2 LIBREROS DE BELLAS ARTES (Caracas)

JÓVENES (aparecen ensayando teatro, danza, música y acrobacia en los espacios abiertos del Teatro Teresa Carreño)

ESPACIO ESCÉNICO

En el lateral derecho está el área del vagón de un tren. Se ven dos asientos, uno de ellos con su ventanilla. En el centro-centro se encuentra un piano rodeado de muñecas. Al fondo-centro se eleva una gran tela blanca, pantalla o lámina donde se proyectan imágenes y las escenas sugeridas.

ESCENA I

Efecto de tiniebla como en el Génesis del Popol Vuh. En la pantalla se proyectan imágenes del cielo y del mar.

VOZ FEMENINA. Al principio, no había nada. Solamente la música se escuchaba, la música de los astros en las nebulosas en formación.

(Se comienza a escuchar un fragmento de Silencio, de Beethoven, por unos segundos. Las imágenes del cielo son reemplazadas por fotografías de la Caracas del año 1853, del presidente de ese año en Venezuela —José Tadeo Monagas—, de la madre y del padre de Teresa. Al finalizar la música, entran la pianista y la nodriza con un bebé en brazos. La pianista inicia la interpretación de un fragmento de Claro de luna, de Beethoven, en el piano. Termina de tocar. La nodriza se ubica a un lado del piano con el bebé en brazos.)

PIANISTA. *(Mirando al bebé.)* Será una gran pianista. Tengo la fórmula y quiero compartirla. No tengo hijas, por eso lo haré con ella y, a su vez, ella lo hará con una hija y así sucesivamente si se quiere que continúe esta estirpe, la estirpe de las que llevan la música internamente. *(Corta las uñas de la bebé y se las entrega a la Nodriza.)* Tómalas y entiérralas para que se conviertan en abono bendito y la tierra se nutra. Nuestra madre tierra devolverá este favor con la bendición musical para esta niña. *(Sale la Nodriza con el bebé.)*

(La Pianista comienza a ejecutar un fragmento de Nocturno, de Chopin. Al finalizar la ejecución, sale de escena.)

ESCENA II

Entra Teresita. Se oye Grande Tarantelle, de Louis Moreau Gottschalk. Se mueve al son de las notas musicales. Hace como si tocara el piano en el aire. Juega con el mismo, danza alrededor, lo toca, lo acaricia con ternura, se aleja de él, se vuelve a acercar, lo toca, se aleja, regresa, otra vez se va lejos. De nuevo se aproxima. Toma una muñeca. Danza con ella. Cuando cesa la música, la coloca sobre el piano. Se sienta en la butaca y ejecuta en el instrumento la pieza antes mencionada.

ESCENA III

Entra don Manuel Carreño. Expresa sorpresa en su rostro al escuchar a Teresita. A través de los movimientos que van al compás de la música, de manera rítmica y armoniosa, se dirige hacia donde toca su hija. La observa. La niña finaliza la ejecución.

TERESITA. (Asustada.) ¡No lo haré más, papaíto!

MANUEL. (Admirado.) ¡¿Cómo es posible?!

TERESITA. Papaíto, no lo haré más, te lo prometo.

MANUEL. ¡Hija! ¿De dónde ha salido tan hermosa música? ¡Jamás te había escuchado! ¿Cómo aprendiste?

TERESITA. ¡Papaíto, no hice nada!

MANUEL. Al contrario, fue mucho lo que hiciste, mi muchachita.

TERESITA. Solamente reproduce una melodía que oigo constantemente dentro de mí.

MANUEL. ¡Hija, qué grande!

TERESITA. Tal vez haya sido por haber escuchado a mi hermanita.

MANUEL. La belleza que acabo de oír solamente tú la podrías superar.

TERESITA. Esos sonidos estuvieron siempre retumbando en mis oídos y los escucho constantemente.

MANUEL. Hijita, tú eres la música.

TERESITA. Está en mí.

MANUEL. Seré tu maestro.

TERESITA. Mis dedos obedecieron lo que fluía dentro de mí. Todo mi ser acatará tus enseñanzas.

MANUEL. Voy a dedicarme a ti.

TERESITA. Papaíto...

MANUEL. Voy a instruirte, me dedicaré a ti como lo hice con tu hermana mayor. Mis esperanzas serán recompensadas contigo.

TERESITA. Seré feliz.

MANUEL. ¡Sin haber recibido lecciones, produces fantasías musicales!

TERESITA. Seré tu mejor discípula, papaíto.

MANUEL. Con disciplina llegarás a ser grande.

(Se establece una danza entre padre e hija al ritmo de Bamboula, de Louis Moreau Gottschalk. Armoniosamente, con los sonidos musicales se van aproximando al piano. El padre se sienta y la niña lo hace a su lado. Se inicia la enseñanza-aprendizaje, que para el público es un juego musical.)

MANUEL. Escucha, hijita. *(Toca, de Chopin, el Vals en mi bemol Op 18 “Gran vals brillante”.)*

TERESITA. Es fácil, papaíto. *(Toca la misma melodía anterior.)*

(Se establece un juego entre ambos, una especie de contrapunteo. El padre lo inicia y la niña le sigue. Finalmente, lo hacen ambos al mismo tiempo. Termina la escena.)

ESCENA IV

Esta escena se proyecta en pantalla. Fondo musical: Teresa Carreño, La cesta de flores. En la gran pantalla se ven imágenes de diversas épocas: cuando Teresa, con nueve años, se va del país en barco con su familia. Conciertos con aplausos dados a Teresa cuando era una niña; después, de joven; matrimonios; teatros llenos; viajes en barcos. Cesa el fondo musical. Ahora se ve y oye en la pantalla la siguiente situación: Teresa, de unos 30 años, está frente a un oficial de policía en un puerto.

OFICIAL DE POLICÍA. (*Viendo el pasaporte.*) Excúseme, señora, ¿cuál es su nacionalidad?

TERESA. ¿No leyó el pasaporte? Nací en Caracas.

OFICIAL DE POLICÍA. Disculpe usted, ¿dónde es eso?

TERESA. Es en Venezuela, soy venezolana.

OFICIAL DE POLICÍA. Pero ¿cuál es su nacionalidad?

TERESA. Es que se la acabo de decir: ¡Soy de Venezuela! ¡Soy venezolana!

OFICIAL DE POLICÍA. Señora, no nos estamos entendiendo, ¿cuál es su nacionalidad?

TERESA. Usted es el que no entiende. ¡Soy venezolana! *I'm Venezuelan! Je suis vénézuélienne! Ich bin venezolanisches!*

OFICIAL DE POLICÍA. ¿Pero cuál es su nacionalidad en Venezuela? ¿Supongo que ahí hay españoles, americanos, ingleses, alemanes? De esas, ¿cuál es su nacionalidad?

(Ahora se proyectan imágenes de Venezuela de 1885. Imágenes del presidente Joaquín Crespo, del Teatro Guzmán Blanco —hoy Teatro Municipal de Caracas— y de la Plaza Bolívar. La última imagen proyectada es del ferrocarril Caracas-La Guaira.)

ESCENA V

En el lateral derecho, se ven los asientos del vagón del ferrocarril. Están sentadas Teresa y una Anciana en el interior de un vagón del vehículo. Se oye el sonido del ferrocarril.

ANCIANA. Ya veo que no me recuerdas, Teresita. ¡Claro! Es lógico, te fuiste a los nueve años con tus padres.

TERESA. La verdad, no recuerdo mucho. Estoy sentada aquí, pero realmente me siento como flotando en el aire.

ANCIANA. ¿Sabes por qué te marchaste?

TERESA. Es que mi padre consideró que lo mejor para mí era hacer estudios en el exterior. En esa época no había muchas escuelas de música aquí. A veces pienso que perdí muchas cosas de mi niñez, pero no me quejo, mi padre quiso lo mejor para mí. Hoy me siento regocijada, ¿sabe cuánto tiempo tenía sin venir a mi patria?

ANCIANA. Han sido muchos...

TERESA. ¡Veintitrés años!

ANCIANA. Creo que son muchos más. ¿No te dice nada el año 1917?

TERESA. ¿1917?

ANCIANA. (*Cambiando de tema para eludir la pregunta.*) Teresa, no me puedes recordar porque cuando te fuiste del país tenías seis o siete años, pero yo sí me acuerdo de una travesura que hiciste con la ayuda de un viejo criado de tus padres.

TERESA. Creo que me habla de Tiburcio, de él me acuerdo. Me consentía mucho.

ANCIANA. ¡Precisamente! Eso mismo. Te consentía en demasía. Recuerdo una de esas recepciones que organizaban en tu casa,

de completa etiqueta. Con la ayuda de Tiburcio tomaste los sombreros, tanto de las damas como de los caballeros presentes, que estaban en el sitio dispuesto con sus respectivos ganchos, y colgaste cada uno en una rama del arbusto del patio. Parecían cuervos brillantes en el árbol. Resulta que en el árbol había varios monos y cada uno tomó un sombrero. Todos hacían señas para que los devolvieran, pero ellos lo que hacían era remedar. De repente, como si se hubieran puesto de acuerdo, los lanzaron y del árbol surgió una lluvia de sombreros de todos los colores.

TERESA. (*Ríe.*) Claro que recuerdo; tengo la imagen de todos los amigos de mis padres recogiendo sus sombreros. Ese momento estaba olvidado, pero la imagen se me hizo presente. Tiburcio y yo reímos mucho.

ANCIANA. Eras una niña muy traviesa.

TERESA. ¡Seguro me llevé una tremenda reprimenda! Papá era muy severo.

ANCIANA. Si eras tremenda era porque estabas saludable.

TERESA. En verdad lo era. En otra ocasión, estando más grandecita, invité en nombre de mis padres a todos mis compañeritos y a sus representantes a casa. Les dije que habría una fiesta a partir de las cinco de la tarde para escuchar música. Cuando mi papá y mi mamá tomaban su café comenzó a llegar la gente agradeciendo la invitación, ante la sorpresa de ellos. Papá disimuló y ordenó refrescos para todos.

ANCIANA. Y cuándo se fueron, ¿qué hizo tu padre?

TERESA. (*Imitando a su padre.*) Preguntó muy serio: “¿quién ha sido el responsable de eso?”

ANCIANA. ¿Qué respondiste?

TERESA. Fui yo.

ANCIANA. ¿Cuál fue su actuación?

TERESA. Me dio la espalda y... ¡estalló en risas!

ANCIANA. Entonces, te salvaste, Teresita.

TERESA. Tengo esos recuerdos de Caracas. (*Observando alrededor.*)
No entiendo lo que pasa. ¿Dónde están los demás que vinieron conmigo a Venezuela? Ahora estamos las dos solas en este vagón.

ANCIANA. Estabas tan metida en los recuerdos que no te diste cuenta de que ellos lo abandonaron, no les correspondía este lugar. Ellos deben seguir en el tren del pasado; tú, en cambio, viajas en el de la eternidad.

TERESA. No estoy entendiendo. ¿Quién es usted?

ANCIANA. Soy alguien de tu pasado, del pasado caraqueño. Conocí a la nodriza que enterró tus uñas en esta tierra, siguiendo el conjuro de la pianista. Por eso se te fue otorgado el don de la música.

TERESA. ¿Por eso?

ANCIANA. Por eso tienes un gran compromiso con esta tierra. Te fuiste, pero tenías que regresar para quedarte. Teresa, has recorrido mucho desde 1853 hasta hoy; ese recorrido traspasa tu tiempo.

TERESA. ¿Estamos en 1885?

ANCIANA. ¡El año no importa!

TERESA. (*Asomándose por el ventanal.*) Miro el cielo y en aquella nube veo episodios alegres y tristes de mi vida. No quiero ver las tristezas, duelen mucho.

ANCIANA. Enfrenta tus tristezas.

TERESA. La muerte de mis padres me produjo profundo dolor. Mis tres divorcios no fueron momentos felices, pero después, con mi cuarto matrimonio, conseguí el amor sosegado que siempre esperé. El nacimiento de mis hijos y los momentos vividos con ellos me dieron sinfines de alegrías, mas hay una tristeza que me destroza el alma: la pérdida de mi hija, Emilita. Pero no quiero hablar de ello, todavía duele.

ANCIANA. Enfrenta tus tristezas.

TERESA. No estoy preparada.

ANCIANA. El dolor por los hijos traspasa el tiempo.

(Se enciende la pantalla, se ve el Teatro Municipal de Caracas en su interior. Se oyen aplausos y ovaciones.)

TERESA. Cuando vine a Caracas en 1885, invitada por el presidente Joaquín Crespo, el público ovacionó mi arte, pero los amigos de la familia y la gente de la alta sociedad me despreciaron. Eran fríos y distantes conmigo. Sentí soledad. Y el segundo viaje que hice con los artistas de la ópera, ya en la presidencia de mi primo, Antonio Guzmán Blanco, fue una experiencia peor.

ESCENA VI

Se proyecta la imagen de un hombre vestido de etiqueta, a la usanza de finales del siglo XIX.

CABALLERO 1: *(Dirigiéndose a Teresa, desde la pantalla.)* Miren quién está ahí. ¡La Carreño! Has triunfado, has recorrido mundo y hombres. Tu apariencia es de una mujer decente.

TERESA. *(Contestándole al hombre de la pantalla.)* Me está ofendiendo, ¿qué le hace pensar que no soy decente?

CABALLERO 1. ¿Tú crees que una mujer decente se divorcia?

TERESA. ¿Qué tiene que ver la decencia con el divorcio?

CABALLERO 1. Un caballero no se divorcia de una mujer decente.

TERESA. ¿Y quién le dijo que ellos se divorciaron de mí? Pues no, sepa que la Carreño se divorció de ellos. Entonces, siguiendo su lógica, los indecentes fueron ellos.

(Aparecen en la pantalla tres caballeros más y tres damas, que visten también a la usanza del último cuarto del siglo XIX.)

DAMA 1. Es una desvergonzada.

CABALLERO 2. ¿Qué más se puede esperar de una divorciada?

DAMA 2. No es una señora de su hogar.

CABALLERO 3. *(Burlonamente.)* ¡Es una artista!

DAMA 3. En vez de estar atendiendo su hogar y sus hijos, se la pasa haciendo arte.

CABALLERO 4. Lo que más admiro en una mujer es su decoro y esta mujer carece de él.

TODOS. ¡Desvergonzada!

ESCENA VII

TERESA. *(Volviendo al área del tren, mostrando desencanto.)* Tan ilusionada que estaba yo, esperaba un mejor recibimiento, porque sabía que aquí llegaban las noticias de mis triunfos. Pero, al parecer, mi vida privada tenía más peso en la época.

ANCIANA. La gente cambia con el transcurso del tiempo.

TERESA. ¿Entonces la aldea que vi en 1885 ya no es la misma?

ANCIANA. Es la misma y al mismo tiempo no lo es. Quiero decir, no es ni lo uno ni lo otro, sino todo lo contrario. (*Ríe a carcajadas.*)

TERESA. Nadie es profeta en su tierra dicen, y es verdad. En mi patria fui vilipendiada, pero fuera del país, me perseguían después de los conciertos. Recuerdo una vez cuando un joven escritor esperó la culminación de mi concierto y me abordó solícito para que le concediera una entrevista.

ESCENA VIII

Entra el Escritor.

ESCRITOR. ¡Señora Carreño! ¡Señora Carreño!

TERESA. ¡Dígame!

ESCRITOR. Disculpe que la aborde así después de su concierto, debe estar cansada.

TERESA. La verdad sí lo estoy. Dejo todas mis fuerzas en el piano. Pero dígame, ¿en qué lo puedo ayudar?

ESCRITOR. Señora Carreño, ante todo, permítame felicitarla por su magistral ejecución.

TERESA. ¡Gracias!

ESCRITOR. Quisiera que me hablara brevemente de su faceta de cantante.

TERESA. ¡Uy! ¿Quiere que le hable de mi faceta de cantante ahora? Usted lo dijo y yo lo confirmo: estoy muy cansada. ¿Por qué no lo dejamos para mañana? Lo invito a tomarse un té conmigo en el *lobby* del hotel donde me estoy hospedando.

ESCRITOR. ¡Señora Carreño, para mí sería un honor tomar ese té con usted y disfrutar de su conversación! Sin embargo, acontece

que mañana muy temprano debo partir de viaje y esta ha sido una oportunidad que no se repetirá más. Me encuentro por casualidad en esta ciudad, teniendo el privilegio de su cercanía. Sé que es algo que pasará solamente una vez en la vida. Le prometo que seré breve. Apenas quiero que me responda unas preguntas.

TERESA. Está bien. ¿Qué es lo que quiere saber? ¿Y para qué?

ESCRITOR. Señora Carreño, soy escritor. Estoy completando unas notas sobre su trayectoria. Tengo información sobre sus facetas de pianista, compositora, pedagoga, empresaria, directora de orquesta, pero mi información es casi nula acerca de su faceta como cantante de ópera.

TERESA. Fue en 1866, cuando conocí a Gioachino Rossini, el insigne compositor de ópera, y a la cantante operática Adelina Patti. Ellos me convencieron de cursar estudios de canto. Realmente me motivaron mucho y decidí iniciarme. Diez años después viajé a Boston y me presenté como cantante. En ese año conocí a Giovanni Tagliapietra, gran barítono, y nos casamos. Definitivamente, este último hecho influyó en mí hasta el punto de dejar el piano por un tiempo.

ESCRITOR. ¿Pero tuvo éxito?

TERESA. La verdad que al principio sí, pero después se me reveló la verdadera cara de Giovanni: jugador y botarate.

ESCRITOR. Señora Carreño, me refiero a si tuvo éxito como cantante.

TERESA. ¿No lo ha visto en las crónicas? Debuté en la ópera *Los hugonotes*, de Giacomo Meyerbeer. Se escribió sobre mí que actuaba con gracia y, además, que tenía una clara y rica voz de *mezzosoprano*. Se dijo que yo era la cantante más brillante de mi tiempo y la *mezzosoprano* más notable del último cuarto del siglo XIX.

ESCRITOR. Realmente, usted ha sobresalido en todo lo que se ha propuesto.

TERESA. No me puedo quejar. Dios ha sido generoso conmigo, sin él no puede existir verdadero arte. Pero voy a ser absolutamente honesta con usted, joven: no me sentí satisfecha, no estuve conforme. Seguí estudiando y presentándome para perfeccionarme un buen tiempo. Hasta llegué a formar una compañía de ópera en mi tierra natal. La verdad que la experiencia fue desastrosa. Eso fue por allá en 1887.

ESCRITOR. ¿Por qué no continuó su carrera como cantante de ópera?
¿Fue esa experiencia que la hizo desistir?

TERESA. Tal vez influyó, pero la verdad es que quise dedicarme íntegramente al piano. Sentí que allí podía dejar una verdadera contribución a la humanidad. De eso se ha tratado, de poner gran empeño en cada día ser mejor y dejar la vida en el piano si fuera necesario.

ESCRITOR. Por eso a usted la llaman la Leona del piano.

TERESA. Para mí, como pianista, el todo es el colorido y eso es lo que he buscado y buscaré siempre. Joven, me va a disculpar pero creo que le he dicho todo lo que necesitaba saber. Voy a retirarme, debo descansar.

ESCRITOR. Gracias, señora Teresa. Cuando publiquen mi libro, le haré llegar un ejemplar.

TERESA. ¡Oh!, excelente. Pásela bien.

(Sale el Escritor y Teresa se queda en silencio y pensativa. Regresa al área del tren y vuelve a su asiento.)

ESCENA IX

Se oye la música de un violín, la voz de un tenor y el sonido de un piano. Se enciende la pantalla y aparecen intermitentemente fotografías de sus cuatro esposos. Teresa camina hacia el área de proyección. La Anciana la persigue por el escenario.

TERESA. ¿Qué hacen aquí, Émile, Tag, Eugen, Arturo? No quiero mi pasado de vuelta.

ANCIANA. (*Desde su asiento.*) Los recuerdos viajan contigo.

TERESA. Fuera, fuera, ¡fuera!

ANCIANA. No se irán porque los eches. Enfréntalos.

TERESA. ¿Por qué me persiguen? Los cuatro me lastimaron. A cada uno tengo algo que reclamarle. No me dieron todo lo que necesité. (*Desaparecen las cuatro fotos, reapareciendo únicamente la de Émile. Se oye un violín que se apaga quedamente cuando Teresa comienza a hablar.*) Émile, el violinista, cuando lo conocí, usted me daba lástima. ¡Sí!, ¡lástima! Se veía tan delgado y melancólico. Tan opuesto a mi vitalidad. Papá percibió mis sentimientos y un día me dijo que le cosiera los botones de sus trajes y que hasta le diera comida, pero que no me casara. ¿Qué hice yo? Lo contrario de lo que me recomendó. ¡Me casé con usted! ¿Sabe algo, Sauret? No me arrepiento, porque gracias a esa unión le di vida a Emilita. Y lo mejor que se le puede dar a un hijo es la vida. (*Camina hacia su asiento y se asoma por el ventanal.*) Las nubes ahora me siguen lloviendo lágrimas.

ANCIANA. Enfrenta tus penas.

TERESA. (*Regresa frente a la pantalla y habla con la foto de Émile.*)
¡Emilita, Emilita, Emilita!

ANCIANA. Enfrenta tus desafueros.

TERESA. Perder a Emilita fue un duro golpe para mí. Tal vez nunca se lo imaginó, Émile. (*Pausa larga.*)

ANCIANA. Enfrenta tus errores.

TERESA. Emilita, mi primera hija. ¡Qué dolor! Pese a los infortunios y duros sacrificios siempre me puse una coraza para continuar. Me vi obligada a dejarla por largos períodos bajo los cuidados de la Sra. Bischoff, una amiga alemana. Un día quiso hablar conmigo.

ESCENA X

Aparece la Sra. Bischoff en la pantalla y desde allí le habla a Teresa, quien está al frente de la proyección.

SRA. BISCHOFF. (*Con acento alemán.*) Deseo hacerle una propuesta que beneficia a Emilita.

TERESA. (*Hablándole a la imagen de la pantalla, ansiosa.*) ¿De qué propuesta me habla? Le ruego que se explique, por favor.

SRA. BISCHOFF. Quiero a Emilita como si fuera mi hija. Es mi deseo adoptarla para que tenga derecho a heredar mis bienes. Además, puedo ofrecerle una esmerada educación y consagrarle el tiempo necesario para que crezca feliz.

TERESA. Señora, Emilita es mi hija y quiero conservarla conmigo porque la amo.

SRA. BISCHOFF. ¿La ama? Pero no es suficiente su amor. Respóndame algo, ¿dónde está su hogar?, ¿dónde está el tiempo que necesita consagrarle?

(La imagen desaparece y Teresa camina hacia el área del tren.)

ESCENA XI

TERESA. (*Dirigiéndose a la Anciana.*) Esas palabras retumbaron en mi ser por días. (*Se oyen de nuevo las preguntas de la Sra. Bischoff como ecos.*) Yo era solamente música errante, pobre, insegura, huérfana. Mi amor de madre sopesó la situación, acallé sus gritos y firmé la renuncia a mi hija. El fruto de mi primer amor ya no estaba. Quedé sola, vacía, enferma y me refugié en la música.

(*Se escucha brevemente música de Mozart.*)

ANCIANA. ¿Intentaste verla de nuevo?

TERESA. Lo hice. En una ocasión le envié una carta. (*Vuelve a pararse al frente de la pantalla. Aparece la imagen de Teresa escribiendo una carta en el escritorio de su estudio. Se oye el contenido de la misma en voz de Teresa.*) "... Pienso en todos estos años de un silencio tan penoso para mí, durante los cuales he anhelado con el corazón lleno de tristeza oír algo acerca de mi niña, sin causar molestia alguna a ella ni a usted. Le he probado suficientemente cuánto deseé que usted mantuviera todos mis derechos sobre ella (pues esto fue lo que me prometí), que ella creciera queriéndola a usted con todo su corazón, sin ser perturbada por el recuerdo de su desafortunada e infeliz madre. Todavía intento guardar la promesa, pues más que nunca estoy convencida de que actué como debía por el bien de la niña, y si ella no sabe quién soy y cuál es su parentesco conmigo, nunca se lo diré por su propio bien, pero no puedo llegar tan cerca sin sentir el deseo de verla una vez siquiera y no hacerlo. En nombre del amor que usted siente por esa niña, quien después de todo es mi hija y se la di a su cuidado para que la compensara con su amor infantil, en cierto modo por el cariño y bondad que yo debía a usted, y aunque legalmente

tengo derecho a pedirla yo, nunca he tratado de hacerlo ni lo haré mientras usted viva. En recuerdo del cariño que una vez me profesó, llamo a su corazón para que me conceda el consuelo de verla cuando yo vaya a Wiesbaden. Lo que le pido es poco para usted y será mucho para mí...”

(Se apaga la pantalla.)

ANCIANA. ¿Permitió que la vieras?

TERESA. No se conmovió y contestó a través de su abogado que debía abandonar todo intento de acercarme a ella. Según las leyes, la potestad estaba en manos de su padre, de Émile, quien sí tenía derecho de decidir sobre su cuidado, crianza y educación.
(Pausa larga.)

ESCENA XII

En la gran pantalla, aparece la imagen de Giovanni Tagliapietra.

TERESA. ¿Qué hace ahí, Giovanni? ¡Dios mío! ¿Por qué me persiguen los fantasmas?

ANCIANA. Tú y yo también somos fantasmas del tiempo, del tiempo que juega como niño travieso.

TERESA. *(A la imagen de Giovanni.)* ¡Giovanni era guapísimo! ¡Encantador! Pertenece al ambiente artístico, era cantante de ópera. *(Se oye la voz de un tenor.)* Sin embargo, sus defectos superaban sus virtudes: *(El siguiente parlamento lo canta como una opereta.)* era bebedor, botarate y jugador, temperamental y enamoradizo. *(Culmina la opereta.)* Realmente éramos muy diferentes, yo era organizada y metódica. Váyase, Tag, váyase y no vuelva. Ah, ¿no se quiere ir? Entonces me iré yo. No volveré a usted. *(Bis.)*

ANCIANA. El pasado se va y vuelve.

(Desaparece la foto de Giovanni de la pantalla. Aparece la foto de Eugen.)

TERESA. ¡Eugen, a usted sí que no admito verlo! Creí en usted y me traicionó. Dijo que se separaba de mí porque quería estar solo, y al día siguiente de separarnos se fue a vivir con otra. Negó hasta el último momento la existencia de otra mujer. Nunca esperé eso de usted. Y pensar que cuando lo conocí a usted sentí asco por su aspecto. No me agradaba para nada. Es que parecía un gnomo y usaba un traje descuidado. Llevaba pelo largo y un bigote enorme. Su voz era aguda y siniestra. Hablaba tonterías y sus ademanes eran ridículos. Sin embargo, cuando lo escuché ejecutando el piano me enamoré. Tenía mi mismo nivel artístico. Con el tiempo me percaté de que era un Dr. Jekyll y Mr. Hyde. ¡Noble y encantador! ¡Bestial y demoníaco! Contradictorio, muy contradictorio. Pero lo amé y tan grande fue ese amor que hasta llegué a adoptar sus gustos y forma de vida. Hasta consentí en llamar Hans a mi hijo Giovanni, porque a usted ese nombre le recordaba a mi exesposo y rabiaba de celos. Un día me sorprendió con una carta. Terminó nuestra relación así, ni siquiera me dio la cara. Hasta afirmó que los doce años que le llevaba de diferencia eran la causa del fracaso matrimonial. Bien, mi querido Eugen, espero que haya disfrutado los años de juventud que le quedaron después de la separación.

(Se apaga la pantalla. Carcajadas. Camina hacia el lateral izquierdo. Se sienta en la butaca del piano y ejecuta la pieza musical La nota falsa, de Teresa Carreño. En la pantalla se proyecta la foto de Arturo Tagliapietra.)

TERESA. Arturo, mi bien amado. Lo único que le reprocho es que ocultó el amor que me profesaba por mucho tiempo. Fue usted un cuñado ejemplar, siempre se ponía de mi lado, nunca le daba la razón a su hermano Giovanni. ¡Es que me amaba usted en silencio! Si se hubiera sincerado conmigo, la felicidad hubiera llegado antes. Mi Arturo, mi Arturo, nunca existió rivalidad entre nosotros. Mi mejor matrimonio, donde había amor y no competencia, fue con usted. El secreto fue no casarme con un artista como yo. Estuviste a mi lado hasta el último momento, fuiste un amigo, un secretario y mi gran amor. (*Dirigiéndose a la Anciana.*) Me acompañó en mi última gira, aquella que no culminé. ¿Que no culminé? ¿Por qué no la culminé? ¡Ah! Me enfermé. ¿Mejoré? Supongo que sí, pero no recuerdo cuándo la continué. Sin embargo, no olvido aquellos días en el barco.

ESCENA XIII

Se proyectan en la pantalla a Arturo Tagliapietra y A Teresa en la cubierta de un barco. Final de la tarde. Contemplan el horizonte y conversan. Teresa fuma.

TERESA. Arturo, no me estoy sintiendo muy bien.

ARTURO. ¿Qué tienes, amada?

TERESA. Estoy viendo dos Arturos, dos sillas, dos mesas, dos horizontes; todo lo estoy viendo doble.

ARTURO. Creo que debemos suspender la gira.

TERESA. ¡Nunca! Mi gira por Sudamérica jamás la suspenderé.

ARTURO. En cuanto nos hospedemos en el Hotel Trotcha haré que te examine un optometrista.

TERESA. Acepto ser examinada, pero suspender mi gira solamente si estuviera muerta.

(Teresa abandona el área del tren, se acerca a la pantalla y observa la imagen congelada.)

ESCENA XIV

ANCIANA. *(Acercándose a Teresa, quien mira la escena anterior que continúa congelada en la pantalla.)* Ya llegamos a tu destino, Teresa. Debemos abandonar el tren.

(La Anciana la toma por la mano y se la lleva. Hay un efecto que hace parecer como si traspasaran la pantalla. Seguidamente, se enciende y se ven imágenes de Teresa caminando sola por la estación Bellas Artes del Metro de Caracas. Camina entre la gente, que pareciera no verla. Con paso firme, como si estuviera acostumbrada a este trayecto, intenta tomar la escalera eléctrica y al percatarse de que no funciona, toma la escalera fija. Sale a la superficie. Camina por todo lo largo y ancho de la acera de la avenida, pasa por la sede del Laboratorio Teatral Anna Julia Rojas, advierte la presencia de libreros callejeros, se detiene a observar los libros. Sigue caminando. Pasa frente a la Sala de Teatro Soraya Sanz. Se para junto a otros transeúntes a esperar que los automóviles frenen, siguiendo las indicaciones del semáforo. Cruza la calle. Se queda mirando el edificio de la Universidad Nacional Experimental de las Artes [Unearte] por unos segundos. Continúa su marcha hacia el Teatro Teresa Carreño. Observa los dulces que vende la señora dulcera, en un mostrador situado en la calle. Se dirige a la escalera de concreto, pasa por la Sala José Félix Ribas. Se detiene asombrada a mirar su propia imagen en la puerta de vidrio. Como es un día normal, se ven jóvenes ensayando teatro, música, acrobacia y danza. Llega hasta la escalera mecánica y la aborda. Alcanza la Sala Ríos Reyna. Entra y se dirige al patio de la sala. Termina la proyección.)

ESCENA XV

Teresa entra sola al escenario y se sienta al piano. Interpreta la pieza musical para piano de su autoría, Mi Teresita. Termina la interpretación. Se escuchan los aplausos. Teresa se apoya en el piano (en la misma pose como aparece en el conocido retrato, apoyándose en el piano cuando era una niña de nueve años) y observa la ovación del público. Luego se acerca al proscenio y saluda a los espectadores.

TERESA. Aquí estoy de nuevo, mis queridos paisanos, ¡triunfante!
No me iré jamás de entre ustedes.

FIN

LOS PAPELES DE CHARO

ROMA RAPPÀ

PERSONAJES

CHARO CONDE (Mujer de 75 años)

CHARO JOVEN

CAMILO JOSÉ CELA (Voz en off / Sombra, escritor)

JOSÉ MANUEL CABALLERO BONALD (Joven escritor)

CAMILA CELA MARTY (Nieta, 9 años)

CAMILO (CAMILO JOSÉ CELA CONDE, hijo, 43 años)

GISELE MARTY (Esposa de Camilo hijo y madre de Camila, 36 años)

AMANTE (Mujer de 30 años)

PRÓLOGO

Es otoño del año 1989 en Formentor, Palma de Mallorca (España). Sala de una casa muy señorial, que tiene por foco la gran mesa de trabajo repleta de papeles de diferentes tamaños e impresos con varias tipografías, algunos incluso son bocetos de diseño de portadas, dibujos, maquetas, prediagramas, además de algunas hojas de periódicos desplegadas y muchas revistas, destacando algunos ejemplares de los *Papeles de Son Armadans*, la revista literaria dirigida por Camilo José Cela. Muchas plumas estilográficas, un tintero, papeles blancos sin usar, un tipómetro y una lámpara de trabajo se dejan ver muy bien. Cae sobre aquella mesa una luz cenital cálida y clara, que entra de una ventana alta y que deja ver el mar mallorquín en sus intensos azules, más allá de los materos cargados de jacintos, gladiolos y hibiscus o rosas de china. Sorprende que una máquina de escribir Remington esté medio tapada con una mantilla. Charo está en labores de ordenar y limpiarlo todo en aquel escritorio-mesa-santuario de letras, que en el momento tiene el aspecto caótico de varios días acumulados sin atención. La sala es complementada por la puerta de entrada, una chimenea, un sofá, la silla de escribir, una gran biblioteca repleta de libros, alfombras persas coloridas y una redonda, muy amplia, que se encuentra al centro, donde Camila, la nieta, está jugando con una muñeca bailarina a la que la hace girar y saltar sobre varios libros dispersos a su alrededor, que hacen las veces de escenario teatral. En un costado del recinto de papeles, se erige un perchero del que cuelga, como única prenda, un chal de flores estampadas que desprende un dulce aroma a rosas.

El público va entrando a la sala, mientras escucha la voz de Luz Casal cantando *Negra sombra*, sobre un poema de Rosalía de Castro:

Cando penso que te fuches,
negra sombra que me asombras,
ó pé dos meus cabezales
tornas facéndome mofa.

Cando maxino que es ida
no mesmo sol te me amostras
i eres a estrela que brila,
i eres o vento que zoa.

Si cantan, es ti que cantas,
si choran, es ti que choras,
i es o marmurio do río
i es a noite i es a aurora.

En todo estás e ti es todo
pra min i en min mesma moras,
nin me dexarás nunca,
sombra que sempre me asombras¹.

¹ Rosalía de Castro, “Negra sombra” (fragmento), 1880. [Cuando pienso que te fuiste, / negra sombra que me asombras, / a los pies de mis cabezales, / tornas haciéndome mofa. / Cuando imagino que te has ido, / en el mismo sol te me muestras, / y eres la estrella que brilla, / y eres el viento que zumba. / Si cantan, eres tú que cantas, / si lloran, eres tú que lloras, / y eres el murmullo del río / y eres la noche / y eres la aurora. / En todo estás tú eres todo, / para mí y en mí misma moras, / ni me abandonarás nunca, / sombra que siempre me asombras].

ESCENA I

La música se calla súbitamente. Detenidas en el tiempo de la escena, como congeladas, vemos a Charo frente al escritorio y a Camila sentada en el medio de la sala.

CAMILO J. CELA. (*Voz en off. Iracundo.*) ¡Me voy! Nada de lo que hagas me retendrá un minuto más en esta casa ni en esta familia. ¡Adiós!

(Suena un portazo, profundo, seguido de un silencio impactante. Articulación.)

ESCENA II

Se descongelan Charo y su nieta Camila: abuela cabizbaja y niña juguetona. Charo está en el escritorio-santuario rebuscando papeles, como ordenándolos, pero en realidad no presta atención a lo que está haciendo. Se acerca a la ventana a ver sus flores plantadas, olerlas y detallarlas.

CAMILA. (*Sentada, jugando.*) Abucha, no recuerdo mucho cómo era el abuelo Camilo.

CHARO. (*Espabilándose.*) ¡Pero Camila, el abuelo apenas se fue de casa hace unos meses!

CAMILA. No lo recuerdo, Abucha, no lo recuerdo... Y yo lo quiero, lo quiero mucho y lo extraño. ¿Me leía cuentos en la cuna el abuelo Camilo?

(Suena la campana de la puerta insistentemente. En principio, abuela y nieta se quedan quietas, ensimismadas con la conversación que tienen. Pero la campana vuelve a sonar y a Charo no le queda más remedio que ir a la puerta. Es el cartero.)

CHARO. Buen día, señor cartero, hombre de puntual visita (*Se ríe, pero sin muchas ganas.*) ¿Qué trae hoy por aquí?

(*El hombre le entrega un sobre.*)

CAMILA. (*Gritando, como para que la abuela, que sigue en la puerta, la escuche.*) ¿Carta para ti, o para el abuelo Camilo?

CHARO. (*Cierra la puerta y se dirige de nuevo al escritorio.*) Curiosamente... para mí, esta vez.

CAMILA. ¿Y quién la envía, Abucha?

CHARO. (*Entre sorprendida y despistada.*) Es la gente de la Academia Sueca, cariño; los señores que le quieren dar un premio importante al abuelo... (*Como hablándose a sí misma.*) Qué raro, no deben estar enterados de nada.

CAMILA. ¿Qué quieren, abuela? Léeme la carta, por favor, ¿sí?

CHARO. (*Haciendo como que lee, pero con la mirada perdida.*) "... invitar a su excelentísima persona para que nos acompañe en la ceremonia de entrega del Premio Nobel de Literatura 1989, que la Academia Sueca ha decidido otorgar al escritor Camilo José Cela... su esposo".

CAMILA. Es decir, al abuelo, ¿no?

CHARO. Sí, pues sí, al abuelo Camilo, mi Camila.

CAMILA. (*Inquieta, haciendo que su muñeca dé varios giros en el aire.*) Vas a ir, ¿verdad Abucha?, ¿vas a ir?

(*Articulación.*)

ESCENA III

ELIPSIS. *Cambia la iluminación de la sala, que de pronto ya no es otoñal. El foco de luz invernal se centra solo en Charo, quien se mueve hacia la chimenea. Todo lo demás se oscurece. Ella entra mentalmente en un túnel de recuerdos. Es finales de 1950 y hace mucho frío. Está muy molesta, parada frente al fuego, recogiendo unos papeles que cayeron allí. Los sacude y sopla, en un fructífero intento porque no se quemen. La acompaña la sombra de Camilo José Cela.*

CHARO JOVEN. ¿Está loco, Sr. Cela? ¿Por qué lanza el manuscrito de *La colmena* al fuego, como si fuera basura que se ha de quemar?

CAMILO J. CELA. ¡Porque es una mierda, Charo, eso que escribí es una mierda! Cuidao, todo lo que no sirve hay que quemarlo.

CHARO JOVEN. Pues no me parece, don Camilo José. Cinco veces escrita, cuatro destruidas. Más esta última, no. No la dejaré perder nuevamente. Esta será, sin duda, una gran novela y le dará la gloria que usted quiere, que tanto ansía. Y su gran oportunidad de ganarle a la censura, piénselo don Camilo, esa sombra negra que nos persigue a todos lados.

CAMILO J. CELA. (*Molesto.*) ¿Tú qué sabes, mujer? ¿Qué puedes saber? Transcribir mi trabajo no te da el conocimiento, ni el poder que creen tener aquellos que dicen hacer críticas literarias o los otros, que me acusan de ser el censor de Franco cuando en realidad, si acaso, les publican a unos y otros noticias sin mayor brillo en pasquines de poca monta... ¡No sabes nada tú, ni ellos tampoco!

CHARO JOVEN. (*Sigue soplando las hojas salvadas de la chimenea.*) Yo sé lo que sus letras me enseñan, don Camilo, lo que aprendo a diario traduciendo sus sucios manchones de tinta sobre los papeles desordenados, que cada mañana recojo de su misión. ¿Será que algún día usted deje de tenerle tanta rabia a la

Remington y se siente a escribir en ella, como todos los buenos colegas suyos lo hacen por estos tiempos? ¡Estamos en 1950 y usted aún escribiendo a mano!

CAMILO J. CELA. ¡Jamás! Nunca pondré mis manos sobre ese monstruo devorador de ideas. Siempre he escrito a mano y así moriré, con mi pluma entre mis dedos y una hoja blanca a la que amancebar. (*De molesto a aburrido.*) Pero... ¿para qué decirte nada, si tú no callas nunca, mujer respondona? Nunca callas. Nunca te amaré por eso, Charo, nunca podré amarte más allá de nuestra conveniente unión.

CHARO JOVEN. (*Sosegada y acariciando las hojas aún humeantes.*) Tampoco esperaba que lo hiciera. Me casé con sus letras, no con usted, don Camilo José Cela. Y esa será mi devoción y maldición. Será la perdición de mi propia valía, porque soy y seré su mujer siempre, para apoyarle, cuidarle, transcribirle, corregir sus textos imperfectos, brindar el calor de nuestro hogar a sus amigos de la clandestinidad y a los círculos de sus atentos alumnos, que lo aman, lo siguen, lo adoran en su inmensa e insoportable egolatría, gigante de la soberbia que usted bien representa en el teatro de las hipocresías republicanas de esta patria sin madre.

(*Articulación.*)

ESCENA IV

Regreso al otoño de 1989. La iluminación general indica que el tiempo se ha detenido y que la niña continúa el juego con su muñeca bailarina, en aquella alfombra redonda y colorida que representa su espacio personal en la casa de los abuelos.

CAMILA. Abuela, ¿por qué no te decidiste a ser escritora, como el abuelo Camilo? Abucha, ¿por qué?

CHARO. (*Espabilando.*) No lo sé, a estas alturas tampoco creo que importe mucho. Además, habría tenido que pedir el permiso del abuelo, la autorización del marido, porque hasta prácticamente ayer la mujer de la España pacata no podía hacer gran cosa sin la venía del esposo.

CAMILA. ¿Permiso del abuelo?

CHARO. Así es... Permiso para trabajar, para abrir una cuenta en el banco, para todo teníamos que pedir permiso las mujeres a nuestros maridos... Pero fíjate, amor, que sí que lo he hecho, sí que escribí un poco. En algún tiempo lo hice, aunque jamás se me ocurrió publicarlo ni mostrarlo para que otros lo leyeran. ¡Dios, ni se me ocurriera!

CAMILA. (*Muy alegre, haciendo girar por los aires su muñeca bailarina.*) ¿En serio, Abucha? ¡Te quiero leer! ¡Quiero leer por fin los papeles de Charo!

CHARO. Te puedo leer un fragmento... ¿Sabes?, desde hace años hay una anciana maestra, que es mi alter ego y vive en una serie de pequeños relatos que los tengo guardados en aquel cuadernito. (*Le hace señas a la nieta para que le busque algo en la biblioteca.*) Sí, ese, ¿me lo traes, cariño? Sí, ese que se titula Perfume de rosas...

(La niña se lo alcanza y ella se sienta, abre el cuaderno-carpeta, revisa, escoge un papel mecanografiado casi al azar y comienza a leer en voz alta.)

CHARO. “Y la anciana maestra se sentó a esperar. Vio pasar a los mentirosos, los que traían sangre en las manos, a los altivos, orgullosos y henchidos de maldad inhumana, a los idólatras confundidos en historias perversas. Y por allí también pasó Narciso con sus mujeres de cuadrilla, altanero en su desvergüenza de rostro inmutable. Entre todos no hacían un conjunto que se pudiera comprar con un centavo. A la anciana le preguntan: ‘¿Los perdonas?’. Y ella se levanta, recoge sus libros y cuadernos, hojea en ellos buscando en los pensamientos perdidos. Y se echa a andar. Nadie esperó, después de todo, que contestara a la justicia que no estaba en sus manos”.

(Cierra el cuaderno, lo estrecha sobre su pecho y con un pañuelo busca recoger unas tímidas lágrimas que comienzan a rodar por sus mejillas, rápidamente, sin que la nieta lo note.)

CHARO. *(Recompuesta.)* ¿Te gustó, Camila? ¿Crees que mi anciana maestra pueda contar historias y conmover como lo hacen las letras del abuelo Camilo?

CAMILA. O más, abuela, tal vez más... *(Haciendo girar otra vez su muñeca en el aire.)* Cuando sea grande quiero ser bailarina, Abucha. No quiero ser escritora como ustedes. La palabra miente y traiciona. El cuerpo, nunca.

CHARO. *(Pensativa, más como hablándose a sí misma.)* También me duele lo que hizo el abuelo Camilo, cariño. Pero yo no tengo deudas que cobrarle. No fui su esclava, como muchos piensan, como muchos dicen. Todo lo hice porque quise hacerlo y nadie me obligó.

CAMILA. (*Distraída en su juego.*) No te entiendo, Abucha, no entiendo lo que dices.

CHARO. (*Espabila.*) Tranquila, cariño, debes saber que estarás bien. Eres la preciosa hija de los ojos de tu papá, de tu mamá y de los míos, no lo dudes nunca.

(*Articulación.*)

ESCENA V

Entran Camilo hijo y Gisele. Ella se sienta a jugar con su hija, mientras él se dirige al mesón, le da dos besos en cada mejilla a su madre y comienza a ayudarla con el orden de los papeles dispersos.

CHARO. Camilo, acaba de llegarme la carta de invitación para asistir a la ceremonia de entrega del premio a tu padre. ¿Crees que deba ir?

CAMILO. Es una decisión muy difícil, mamá. No sabría tomarla por ti.

CHARO. Después de todos estos años trabajando a su lado...

CAMILO. ¿Y qué ganaste con ello?

CHARO. ¿Tenía que ganar algo acaso, hijo?

CAMILO. Bueno, creo que sí, tú hiciste muchas cosas por él. Nunca te parabas de esa mesa de tanto transcribir garabatos, por ejemplo. ¿Y qué me dices que mientras él tertuliaba con sus colegas, tú te quedabas noches enteras editando, corrigiendo y hasta diagramando las páginas de los *Papeles de Son Armadans*? Siempre me pareció que eras tú más la directora de la revista que mi padre mismo.

CHARO. Me gustaba hacerlo...

CAMILO. ¿Alguien más que tú merece estar a su lado, mientras recibe ese premio?

CHARO. Realmente, amor mío, yo no lo amaba...

CAMILO. (*Sorprendido.*) ¡Mentira! Te mientes a ti misma para sufrir menos. Te entiendo, creo que puedo entenderte...

CHARO. Intenta escucharme, hijo... (*Mirando los papeles manuscritos que tiene en sus manos.*) Amaba sus letras, aunque eran difíciles, duras, ininteligibles para todos, menos para mí. ¿Comprendes, mi vida, quién si no yo podía asumir la tarea de transcribir todo lo que el hombre-pluma que fue tu padre escribía a diario, y que formó el universo infinito de sus historias y relatos? Viví cosas más intensas con sus palabras y estos papeles garabateados, que con él mismo. (*Charo mira una escena del pasado.*)

(*Articulación.*)

ESCENA VI

CAMILO J. CELA. (*Con un cuadro rasgado en la mano.*) Esta pintura de Joan Miró resultó ser falsa. ¡Qué engaño! Y encima la apuñaleó para partirla en dos. Estaba muy molesto cuando se la llevé para que lo certificara como suyo. (*Se ríe jocoso.*)

CHARO JOVEN. (*Trae un matero de rosas de China en la mano.*) Por Dios, don Camilo, ¿de qué engaño habla si ese cuadro lo pintó su amigo, el muy divertido Manuel Viola, a solicitud de usted mismo y como prueba de que la noción de escrúpulo no existe en vuestro diccionario personal? ¿Qué les pasó por sus mentes cuándo hicieron ese absurdo intento de falsificar al bueno de Miró?

CAMILO J. CELA. La verdad, Charo, no soporto tu sentido de rectitud. Te crees estar siempre por encima de todos nosotros. (*Toma el matero y lo estrella contra el piso.*)

CHARO JOVEN. ¡¿Y es Dios quien me acusa, don Camilo?! Vaya, no deja usted de sorprenderme. (*Recoge las flores que alcanza a salvar.*)

CAMILO J. CELA. No intentábamos engañar a nadie, solo nos divertíamos.

CHARO JOVEN. ¿Para qué entonces llevarle el cuadro falso a Miró? ¿Acaso quería usted ver en su propio rostro la sorpresa y la desilusión de la amistad defraudada? ¿De verdad pensó que no lo notaría? (*Detalla las flores.*)

CAMILO J. CELA. Pues claro, mujer. ¡La copia era perfecta! Lo era hasta que Miró, el soberbio, la rasgó en dos con su puñal. ¡Qué furia tengo!

CHARO JOVEN. (*Hastitada.*) Como será usted de insolente, que se atreve a llamar soberbio a quien descubre su burla y engaño.

CAMILO J. CELA. (*Violento.*) Si eso piensas, Charo, la buena Charo, de mí que soy su esposo, pues tome usted esas dos mitades y las cose, las remienda, las encuadra de nuevo y cuelgue el cuadro en su lugar de siempre. (*Le tira el cuadro a la cara.*)

CHARO JOVEN. (*Resignada.*) Muy bien, don Camilo. Hágase su voluntad, su sempiterna voluntad. Quién soy, después de todo, para desdecir al gran Camilo José Cela. Mañana el Miró estará de vuelta en su lugar de esta cárcel que es su casa, don Camilo...

(*Articulación.*)

ESCENA VII

Charo regresa del estado de abstracción que dejó en la Escena V.

CHARO. (*Dirigiéndose al hijo.*) Hombre pedante, muy endiosado, amado y odiado por muchos que lo creían una suerte de capricho acomodado de la monarquía, incluso del franquismo en su momento más atroz. Pero, en el fondo, no era malo, Camilo; no era tan malo tu padre. Escondía su ternura bajo una armadura de hierro forjado que lo protegía, incluso, hijo, de su propia crudeza. Solía decir lo contrario a lo que realmente pensaba, aunque, la verdad, nunca supe si era su artificio de protección o simplemente el Narciso que vivía en él expresándose a sus anchas... Tal vez sí lo amé un poco, en un tiempo ya muy remoto...

CAMILO. Y ahora, ¿por qué hablamos de él como si estuviera muerto?... Se fue papá, no murió. Todavía no entiendo por qué. Yo siento rabia, mamá, mucha rabia.

CHARO. No puedes odiar a tu padre, Camilo, no debes hacerlo. Acepta lo que hizo y sigue tu relación con él, como siempre; porque seguirá siendo tu padre y el abuelo de tu hija, eso no lo podemos cambiar. (*Se dirige a la ventana para detallar sus flores.*)

CAMILO. Pero papá no quiso más estar contigo, ni estar con nosotros. La otra noche escuché a Camila llorar y estoy seguro que fue por lo del abuelo. Ella sufre. Yo, de algún modo, también. Tú estás adolorida, lo sé. ¿Cómo puedes hablarme tan serena, mamá?

CHARO. No es serenidad, lo juro. Tal vez, resignación... (*Pierde su mirada a través de la ventana.*)

CAMILO. Sufres, mamá, lo sé, lo siento. No puedes engañarme porque tu cuerpo no miente. Nunca. El cuerpo no puede decir mentiras, eso lo dice Camila siempre. Papá, su imaginación

y su soberbia, sí. Pero tú no, mamá, tú no mientes, tú eres muy clara, como el agua de ese mar de afuera, madre amada, que no mereces nada de esto que el gran Camilo José Cela nos está haciendo a su familia, lo que te está haciendo a ti.

GISELE. (*Dejando a la niña jugando sola e incorporándose en la discusión.*) Señora Charo, disculpe que me entrometa, pero creo que usted no debería ir. No merece más dolor, ni humillación. Don Camilo, con el respeto de ustedes, es un hombre infeliz e inmerecido. Esta familia, que no tuvo el decoro de mantener a su lado, le queda muy grande. Incluso, esta pequeña que juega aquí, a quien ha prestado tan poca atención en nueve años desde que nos llegó como bendición. No, señora Charo, no vaya. Hágase ese favor y quíerese al menos una vez.

CHARO. (*Regresa al mesón.*) Gisele, como todos, creo que te equivocas en ver a don Camilo con tanta severidad. Él, a su modo, siempre nos quiso.

GISELE. (*En tono de poca paciencia.*) No señora Charo, quien está irremediablemente perdida en la equivocación es usted. Nuevamente le pido disculpas, pero si no reacciona de una vez por todas, va a seguir sufriendo. ¡Y Dios sabe que no lo merece!

CHARO. Eso es verdad, solo Dios sabe...

GISELE. Le voy a confesar algo. Cuando estuve enferma, durante el octavo mes de gestación de Camila, su “buen hombre”, como usted lo ve, me visitó en la clínica, ¿lo recuerda?

CHARO. Sí, Gisele, lo recuerdo. Yo misma lo acompañé.

GISELE. Ese día, mientras usted le preguntaba al médico sobre mi condición y si la bebé nacería bien, a pesar de mi estado débil, don Camilo se acercó a mí y yo tuve la oportunidad de preguntarle si él sabía cuál era el sexo del bebé que estaba por nacer. Confesó que no, que no quería que se lo contaran,

pero que él sabía que sería varón. (*Imitando la voz del escritor.*) “Le regalaré un millón de dólares cuando nazca, Gisele”. Entonces se me ocurrió preguntarle qué haría si nacía niña. Aún me estremece el recuerdo de su respuesta y el temblor en mi vientre, señora Charo: (*Otra vez imitando la voz.*) “Pues la aceptaremos en la familia, no queda otra”.

CHARO. Bueno, Gisele, ya sabes que su sentido de humor es retorcido y grotesco, tampoco creo que no amara a Camila.

GISELE. (*Molesta, casi brava.*) ¡Por Dios, señora Charo! ¿Aún lo justifica? Bien sabe que don Camilo José Cela apenas le dirige uno que otro saludo a Camila y casi nunca le ha dado cariño de abuelo.

CHARO. (*Cabizbaja, casi murmurando.*) Algo así, es verdad...

GISELE. ¿Cómo entender que esta niña, por lo contrario, lo adora tanto? (*Se retira lentamente a jugar con la hija en el suelo.*)

CHARO. ¿Cómo entender el amor según Cela, cómo...?

(*Articulación.*)

ESCENA VIII

ELIPSIS. *Nuevamente la luz nos indica que Charo se queda sola con sus recuerdos, los cuales traslada a mediados de los años cincuenta. Otra vez, la sombra de Camilo José Cela se encuentra con ella.*

CHARO JOVEN. (*Muy molesta.*) Me han llegado rumores que usted dejó a una mujer embarazada allá en Caracas, mientras hizo el encargo de escribirle *La catira* al general Marcos Pérez Jiménez. Diga la verdad, don Camilo, al menos una vez en su vida.

CAMILO J. CELA. ¿Ahora te dedicas a escuchar rumores, Charo?
¿No hay, acaso, en tus tareas diarias muchas cosas mejores
que hacer que andar de cotilleo con las mujeres de la calle?

CHARO JOVEN. Entonces, es cierto...

CAMILO J. CELA. Lo único cierto, Charo Conde, es que gracias al
pago de tres millones de pesetas que el general Pérez Jiménez
me hizo es que podremos salir de las penurias y de la pobreza.
Y que al hacerlo no tendré mayor preocupación que dedicarme
completamente a mi literatura. ¿Qué te parece si fundamos
una revista para darle páginas de publicación a los jóvenes
que empiezan y tienen cosas que decir?

CHARO JOVEN. Una idea grande, como usted. Pero no esquive mi
cuestionamiento. ¿Al menos le dará su apellido al crío que está
por nacer? ¿Se ocupará usted de él, don Camilo?

CAMILO J. CELA. ¿Qué dices, mujer? No insistas en escuchar y repetir
tanta palabrería de pueblo, que para eso no fue que salimos
de La Coruña. Que la gente habla mucho, Charo, sin saber
siquiera cómo se escribe aquello que de sus bocas sale. Esta
España está plagada de charlatanes, iletrados y envidiosos.
Y tú haces muy mal prestando atención. Con tanto trabajo
que tienes por hacer...

CHARO JOVEN. ¡Por Dios, don Camilo! Ese niño por venir necesitará
un padre. Usted tuvo uno y yo también. Por eso sabe lo im-
portante de crecer sabiendo que pertenecemos a una familia
y que alguien nos cuida, protege y vele porque tengamos una
vida con dignidad.

CAMILO J. CELA. ¿Acaso crees que puedo yo ser un padre para alguien
más que no sea nuestro Camilo José? Déjate de cosas, mujer,
que tanta tontería nos distrae de nuestras labores. Y es mu-
cho lo que tenemos por delante... (*Abiertamente enrumbado
a cambiar de tema.*) Ya está decidido: fundaremos *Papeles*

de Son Armadans y le daremos la oportunidad de escribir y publicar a todos los que huyan de la censura y la ignorancia, que en este país, mísero y callado, han de ser muchos. ¿Te imaginas, Charo, lo que podremos llegar a hacer por la literatura española de este siglo, con esta revista?

CHARO JOVEN. Qué extraña manera de escabullirse tiene usted, don Camilo José Cela... Está bien, fundemos esa revista.

(Articulación.)

ESCENA IX

La iluminación indica que nuevamente es otoño de 1989 y las acciones regresan a la conversación familiar. Charo se acerca al perchero, toma el chal floreado con aroma a rosas, lo coloca sobre su espalda y con un gesto de gran dignidad lo cruza sobre sus hombros.

CHARO. ¡Iré!

CAMILO. (Sorprendido.) ¿Estás segura, madre?

GISELE. ¡Por Dios, señora Charo, no lo haga!

CAMILA. (Extasiada.) ¡Síiiiiiiii! ¡Abucha también recibirá un premio!

CHARO. ¡Iré! (Con aplomo.) ¡Lo acompañaré esa tarde igual que lo he hecho durante los últimos cuarenta y cinco años! Estaré a su lado ese día y después que él haga lo que quiera con su vida. Que se regrese a Madrid; a Iria Flavia; a Caracas, si quiere; a escribirle las novelas que le encarguen todos los dictadores del mundo, si es su placer hacerlo y para que sus finanzas crezcan a la altura de su merced. Que ame luego a todas las jóvenes que encuentre en su camino: periodistas, escritoras, farmaceutas, actrices o putas (Hace el gesto de taparse la boca, al recordar la presencia de Camila.)... las que quiera. Pero

primero iremos, que la Academia lo reconozca por sus letras merecidas. Y yo quiero estar ahí, ver completado también mi trabajo, un último acto compartido y un lugar para el adiós, con toda la consciencia del final de nuestra historia.

CAMILA. ¿Vas a llevar tu cuaderno para que lo lean, Abucha?

GISELE. Camila, cariño, ¿de qué cuaderno hablas, mi niña?

CAMILA. (*Alegre.*) ¡La abuela también es escritora, mamá! ¿Acaso no lo sabes?

(*Suena el teléfono. Charo lo contesta.*)

CHARO. Aló, ¿diga?

CAMILO J. CELA. (*Voz en off.*). Charo, soy yo. Te llamo porque seguro ya recibiste la invitación para la entrega del Nobel, la próxima semana, en Estocolmo, como sabes...

CHARO. Así es, don Camilo, la recibí y ya respondí con mi confirmación.

CAMILO J. CELA. No vayas, Charo, no vayas. ¡Iré con ella! No te quiero ahí, no te quiero a mi lado ese día. ¡Adiós! (*Suena con un golpe el fin de la llamada.*)

CHARO. (*Rabiosa, aún con el auricular en la mano, clava profundo sus uñas en su pecho y se hiere, al punto de sangrar.*). ¡Desgraciado!... (*A sí misma.*) Es tu culpa, Charo, tu única culpa...

(*Charo sangra desde su pecho arañado y tapa el dolor que siente con las manos. Va hacia el mesón santuario y toma muchas hojas, que tira al suelo con mucha rabia. En su episodio de locura, oye voces en su mente: la suya, la de su hijo, la de su esposo y la de sus amigos.*)

VOZ EN OFF CHARO. (*En repetición continua.*) “Hoy no tengo ganas de nada, me mata esta soledad...”

VOZ EN OFF CAMILO. (*En repetición continua.*) “Mamá, ¿jugamos juntos un rato, sí?...”.

VOZ EN OFF CAMILO J. CELA. (*En repetición continua.*) “¡Debemos entregar los artes de la revista a la imprenta esta tarde, Charo, y no están listos!...”.

VOZ EN OFF AMIGA. (*En repetición continua.*) “¡Vamos, Charo, salgamos a pasear! Siempre sentada en esa máquina trabajando...”.

VOZ EN OFF AMANTE. (*En repetición continua.*) “¡Te amo, Charo Conde! Daría la vida porque nuestra historia fuera diferente...”.

(Extenuada, cae de rodillas sobre los papeles manchados de su propia sangre. Cierra los ojos y se entrega a su dolor.)

(Articulación.)

ESCENA X

ELIPSIS. Ahora la luz cambia con intensidades primaverales del mismo año de 1989. Solo se escucha a lo lejos un tránsito de agua muy sutil que desciende por las calles de Formentor, camino al mar; un chorrito tan pequeño como el que hacen los últimos hielos que se derriten con el sol de marzo y la nostalgia de los tiempos idos. Charo, sola, continúa parada al lado del teléfono y la máquina de escribir semicubierta en la mesa de trabajo. Aparece la sombra de su esposo a hablarle.

CAMILO J. CELA. (*Soberbio.*) ¡Me enamoré como un crío! ¡Quiero pasar los años que me quedan al lado de esa mujer!... ¡Adiós, Charo, no puedo seguir a tu lado! (*Se produce un silencio profundo.*)

(Aparecen en escena, en forma silenciosa, Charo Joven y José Manuel Caballero Bonald, tomados de la mano y mostrándose lo enamorados que están el uno del otro. Charo los observa de reojo pero los ignora, dispuesta a iniciar su charla con la sombra de Camilo José Cela.)

CHARO. *(Toma y aprieta sobre su pecho la carpeta de sus escritos.)*
Qué broma, don Camilo. Nunca lo hablamos ni lo haremos. Puse todo el empeño en que fuera el amor de mi vida, pero amé más el trabajo que hacía y a su propio brillo que a usted mismo... Yo también amé a otro, don Camilo, a nuestro buen amigo José Manuel.

CAMILO J. CELA. *(Sorprendido y violento.)* ¡¿José Manuel Caballero Bonald?!

CHARO. *(Abre la carpeta y con mucha calma saca al azar una hoja, hace como si la leyera.)* ¡Sí, don Camilo! Su aliado y discípulo, el “negro” que escribía por usted aquellos trabajos menores que tanto despreciaba, pero que tan bien engordaban sus finanzas; ese nuestro compañero en las labores de dirección de los *Papeles de Son Armadans*. Él, cuyas letras brillaban con luz propia, aunque su sombra buscaba opacarlas y, de paso, no dejarnos sentir a gusto, ni con su literatura perfecta, ni con nuestro amor clandestino. *(Abre otra vez la carpeta, saca otra hoja para simular su lectura.)* Sí, don Camilo, lo amé. ¡Lo amé! Nos amamos por siete años, don Camilo...

(Articulación.)

ESCENA XI

En el sofá de la sala, Charo Joven y José Manuel Caballero Bonald acaban de hacer el amor. Recuperan el aliento y se miran a los ojos.

CHARO JOVEN. ¡Vete, José Manuel! No podemos seguir en esta traición...

JOSÉ MANUEL. ¡Te amo, Charo! Daría la vida porque nuestra historia fuera diferente. No dejes que me vaya, por favor, no lo permitas.

CHARO JOVEN. ¡Por Dios, nos debemos a él! ¿Acaso no lo ves? ¿No lo entiendes?

JOSÉ MANUEL. ¡No es así, Charo! Es lo contrario: Camilo José Cela es quien más se aprovecha de que nosotros estemos a su lado.

CHARO JOVEN. No sabes lo que dices, amor.

JOSÉ MANUEL. ¡Claro que lo sé! ¡Y tú también lo sabes, Charo mía! Tú más que nadie. Por favor, no sigas restándole amor a tu vida. Deja que esta pasión nuestra siga estremeciendo nuestros espíritus y de ese modo, solo así, nuestras almas quedarán libres de culpas y plenas de sentimientos merecidos.

CHARO JOVEN. ¿Qué dices? Nunca nos perdonarán, ni el Dios en el cielo ni el Dios de la tierra, que es el mismísimo don Camilo José Cela. Son siete años de traición, José Manuel, que deben terminar hoy.

JOSÉ MANUEL. ¿Por qué sigues atada a él si bien sabes que no te ama? Solo le sirves, Charo, y ese no es el amor que tú mereces.

CHARO JOVEN. Él nos necesita, lo sabes.

JOSÉ MANUEL. Eres tan extraordinaria, amor, que yo tiemblo en este momento en que me propones dejar de vernos. No concibo una existencia vacía de ti. ¿Será de esa ausencia por la que no

quieres que pase el gran Cela? ¿Qué pasará contigo cuando su presencia esquiva te haga sentir, un día, más temprano que otro, la inmensa soledad de tus días? ¿A qué dedicarás tu tiempo, tu fuerza creadora y tu ímpetu amante, mujer mía?

CHARO JOVEN. (*Entregada.*) ¡Amor, no te vayas todavía! Quédate otro rato de esta eternidad que hoy termina...

JOSÉ MANUEL. (*En actitud de ofrenda, acariciándola.*) No te preocupes, no me he ido, / ¿cómo iba a irme sin saber? / Somos el tiempo que nos queda. / ¿Cómo evitar el simulacro, / cómo vivir sin desvivirnos? / Surcan los días por tu vientre. / Somos el tiempo que nos queda².

CHARO JOVE. (*Estremecida, con los ojos cerrados.*) ¡Oh, José Manuel! De tu boca me he alimentado con letras que siento mías, que por fin sé son solo mías... (*Abre los ojos.*) Lo soñé muchas veces, de niña, de adulta, ya madre, siempre lo esperé. Pensé que el amor no había sido creado para mí, que el merecimiento era apenas el ideal de estar con él, servirle a él, que más nada podía esperar que no fueran sus letras maravillosas y su presencia titánica. Cuánto pensé que de esto trataba todo, que podía yo considerarme afortunada en la existencia del inmenso y solitario árbol con las mujeres de mi vida: mi abuela, mi madre... Lo pensé y lo creí, a ciegas, convencida de la fortuna que no era tal, mi amado amante, sino el terreno del desencanto, la nulidad y su doliente efecto en mí, que seguía apegada a la esperanza de que algún día el amor se parecería a lo que soñaba la niña Charito, la hija traslúcida y la mujer transparente. Contigo, en cambio, conocí la carnal existencia de una sombra llamada amor, del significado no solo de una lengua antigua, sino de una presencia que me sorprendería

² José Manuel Caballero Bonald, "Somos el tiempo que nos queda" (fragmento), 2004.

en la madurez de mis juegos oníricos, sin esperar que fuera a quedarse en mi piel por tanto tiempo, amor mío. En tus letras, que de verdad puedo sentir que son mías.

JOSÉ MANUEL. (*En devota entrega, besándole el rostro y el pecho desnudo, como recitando un poema.*) Y tú me dices / que tienes los pechos rendidos de esperarme, / que te duelen los ojos de estar siempre vacíos de mi cuerpo, / que has perdido hasta el tacto de tus manos / de palpar esta ausencia por el aire, / que olvidas el tamaño caliente de mi boca. / Y tú me lo dices que sabes / que me hice sangre en las palabras de repetir tu nombre, / de lastimar mis labios con la sed de tenerte, / de darle a mi memoria, registrándola a ciegas, / una nueva manera de rescatarte en vano / desde la soledad en la que tú me gritas / que sigues esperándome. / Y tú me lo dices que estás tan hecha / a esta deshabitada cerrazón de la carne / que apenas si tu sombra se delata, / que apenas si eres cierta / en esta oscuridad que la distancia pone / entre tu cuerpo y el mío³.

CHARO JOVEN. ¡Oh!, José Manuel..., amo tanto tu amor. ¿De verdad podré seguir sin él?

JOSÉ MANUEL. (*Deja el modo poético y pasa a uno más tangible.*) No me dejes ir, Charo. Te necesito y me necesitas. Será imposible continuar adelante sin tu aliento cerca, tu compañía sensible, ni tu cuerpo tembloroso que se entrega sin reservas entrando valiente en mi humanidad salvaje... (*Suspira.*) Puedo escribir solo, no es para ello que te requiero. También sé defender mis ideas sin que tú me las ordenes. Charo, quédate segura por ello. (*Pausa para agarrar fuerza.*) Es tu soplo espiritual, tu sexo divino, el modo como me alientas en mi espíritu libre, tu imagen detallando las flores que tanto amas y que carga de maravillas mi mente inquieta, mi ímpetu intranquilo de

³ J. M. Caballero Bonald, "Espera" (fragmento), 1951.

desvaríos imaginarios, de ficciones con la dulce piel de tu cuerpo que escribo en personajes que no son míos, pues eres tú siempre, replicada en cada página de mis novelas. No, Charo, imposible vaciar mi vida ahora de tanto olor a ti, sabor de tus labios y roce de tu alma perfecta de mujer amante. No puedo, no quiero... no me dejes partir, por favor.

CHARO JOVEN. (*Se levanta repentinamente del sofá, se coloca un vestido que está tirado en el suelo y lo deja a medio abotonar.*) Lo único que sé es que contigo perderé el único amor que me he permitido sentir realmente. Soy loca y estoy mal, lo sé. No conozco otra Charo que no sepa de sacrificios y lealtades. No me perdonaré, ni siquiera con mi muerte, porque no sé amarme, es la verdad, la más cruel de mis certezas, la más simple al mismo tiempo. Confío en tu fuerza e infinita capacidad de perdonar, porque este paso lo doy sin mirar hacia atrás. ¡Adiós, José Manuel! Te amaré siempre... (*Se va.*)

(*Articulación.*)

ESCENA XII

Continuación de la Escena X.

CHARO. Siete largos años en que me sentí viva y que existía al menos para alguien, más allá de mis labores, de mis trabajos y de mis paciencias. El mismo tiempo que, muy probablemente, usted también se acostaba con ella, la actriz de teatro, la amante de esas muchas ocasiones anteriores; una más de su larga lista que ahora completa con la que usted dice querer desde el ímpetu adolescente, que estoy segura no puede identificar ni recordar tan siquiera. (*Guarda las hojas y cierra la carpeta de un golpe.*) No, don Camilo, porque usted es lo más viejo que

un crío puede llegar a ser, aunque se sienta aún con fuerzas para iniciar una nueva vida.

(Articulación.)

ESCENA XIII

Llega la sombra de Camilo José Cela al sofá donde acaba de quedarse solo José Manuel Caballero Bonald, tras la partida de Charo Joven.

CAMILO J. CELA. (*Muy molesto.*) ¡Traidor!

JOSÉ MANUEL. (*Intentando calmar.*) No lo hicimos por molestarte o herir tu ego, tan solo que siempre has tenido a Charo muy abandonada, Camilo, a ella que te ha sido devota hasta sus entrañas más profundas.

CAMILO J. CELA. (*En voz alzada.*) ¡Charo y tú son unos bastardos desleales! Hacerme esto a mí, que les he permitido vivir la gloria de acompañarme en mis creaciones y mis patrocinios.

JOSÉ MANUEL. (*Manteniendo el tono adecuado.*) Si me permites una verdad, creo que te sobreestimas en exceso, Camilo. Y ese ha sido siempre tu mayor defecto. No eres el único que logra lo que tú con una literatura magistral, pero tal parece que solo Camilo José Cela reina en tu mundo estelar. Entérate, Camilo, a tu alrededor hay gente muy valiosa y es precisamente Charo la más brillante compañera que jamás has debido merecer.

CAMILO J. CELA. ¡Una desvergonzada, eso es Charo Conde!

JOSÉ MANUEL. Te pido, por favor, no la ofendas. No lo merece, no de ti...

CAMILO J. CELA. ¡La llamo como yo quiera, que para eso es mi mujer!

JOSÉ MANUEL. ¡Y mi amante! Y por ello no te permito...

(Entra Charo Joven a intentar detener la pelea que está a punto de iniciarse en el plano físico. Camilo José Cela la detiene con un bofetón y cae rodando por el suelo. José Manuel corre a auxiliarla.)

CAMILO J. CELA. ¡Traidores! ¡Bastardos! ¡No merecen mi gloria!...

(Articulación.)

ESCENA XIV

Continuación de la Escena X. Charo abre nuevamente la carpeta, toma otra hoja y su mirada se entristece.

CHARO. Al menos, José Manuel y yo nos juntamos en la plenitud de nuestros ánimos amorios y solo su sombra, porque ni usted mismo pudo contra nosotros. Eso y el amor que los dos le profesábamos, irremediable y fielmente. El amor mata también, don Camilo. El suyo mató al nuestro. Y ahora la matará a ella, le matará a usted y a su literatura. No ha vuelto a escribir algo que valga la pena. ¿Eso quería, don Camilo, quería acabar con sus letras sucias, manchadas de la tinta incomprensible de su prosa procaz y beligerante, por unos espasmos de su bajo vientre cansado y sin vigor, incapaz de energizar al viejo genio que antes llenaba pletórico el papel blanco con sus imágenes y metáforas?

CAMILO J. CELA. *(Iracundo.)* Yo, señor, no soy malo, aunque no me faltarían motivos para serlo⁴.

⁴ Cita extraída de Camilo José Cela, *La familia de Pascual Duarte*, 1942.

CHARO. (*Sorprendida.*) ¡No, señor! No hable usted como Pascual Duarte, que usted es otro.

CAMILO J. CELA. Entonces, ¿soy malo para ti, Charo?

CHARO. (*Molesta.*) Lo es, don Camilo, pero ese es su problema. El mío ahora es aprender a vivir sin esa maldad. Y darme respiro. Y un poco de amor, aunque sea en este final.

CAMILO J. CELA. (*Más molesto que ella.*) ¡Cuidao, que si fuera Pascual Duarte arremetiera ante esta traición y buscaría matarles, a ti y al maldito de Caballero Bonald!

CHARO. Pero como no es ese personaje de su mente turbia, don Camilo, ejerce usted su propia forma de ser y la perversa versión de sí mismo... (*Meditativa.*) Corregí toda su enredada ortografía, que fue mucha, aunque usted no lo reconozca. Le puse mucha paciencia, eso sí, para que todo quedara bien y fuera disfrutado. Siempre fue un deleite leerle; yo, primera que nadie. Nunca le puse ni quité nada. Ni una tilde, aunque la requiriese. Sus textos difíciles e ininteligibles eran sagrados para mí y solo podía yo darle luz en su traducción, pues más que transcribirle, yo lo traducía a usted, don Camilo José Cela.

CAMILO J. CELA. Pero yo ya no pido perdón en esta vida. ¿Para qué?⁵.

CHARO. Nunca quise que usted, padre de mi hijo, terminara convirtiéndose en un Pascual Duarte: un asesino, despiadado matón de afectos fieles, cariños y veneraciones, que siempre le profesamos en esta que fue su casa... (*Como reculando, fastidiada.*) Los mismos cueros tenemos los mortales al nacer y, sin embargo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte⁶.

⁵ *Idem.*

⁶ *Id.*

CAMILO J. CELA. (*Con furia.*) No seas ahora tú la atrevida que habla a través de mis personajes. Ellos, cualquiera que escojas, hasta el mismísimo cruel asesino de Pascual Duarte, son una expresión superior de mi imaginación imparable y mi genio sin par. Son mis personajes, osada mujer. Y nunca serán los tuyos.

CHARO. (*Retadora.*) ¿Y por qué no? ¿Acaso no los conozco yo en todo el cálculo perfecto de sus bordes y profundidades? ¿Olvida usted, acaso, cuántas veces le ayudé a darles rostro y ropajes a muchos de los fantasmas que vivían en sus papeles cargados de tinta corrida y sucia?

CAMILO J. CELA. ¿Te sientes muy fuerte, luego de esta traición que has confesado? ¿Por qué me retas a sentirme como un cruel hombre si tú tampoco me fuiste fiel? Tu atrevimiento no tiene límite, Charo Conde. Y aún pretendías que siguiera a tu lado.

CHARO. Como si alguna vez lo estuviste plenamente...

CAMILO J. CELA. ¿Te quejas por haber vivido tu vida junto a mí?

CHARO. ¿Realmente? No. Siempre supe lo que yo significaba para usted, el rol que tenía que cumplir y mi participación en esta familia que decidimos formar. Todo, todo lo cumplí. No tendrá usted nada que reprocharme, ¿o sí?

(*Articulación.*)

ESCENA XV

Con el cambio de iluminación otoñal, toda la familia se desplaza al sofá y se sienta al mismo tiempo, dejando a Charo en el medio. Una vez sentados, se quedan unos segundos en silencio: Camila es la única con expresión de felicidad. Charo, en cambio, se tapa el pecho ensangrentado con el chal de flores aromatizado de rosas, aguantando el dolor.

CAMILO. Bueno, después de todo, no tenías que tomar una decisión tú. Papá, como siempre, decidió por todos.

GISELE. Fue lo mejor, señora Charo, fue lo mejor. De eso estoy convencida...

CAMILA. (*Canturreando.*) ¡La abuela va a recibir un premio, un premio!

CAMILO. (*Severo y dulce al mismo tiempo.*) ¡Hala, Camila, silencio! Deja que los mayores pensemos.

CAMILA. ¿Y qué van a pensar, papá? Abucha irá a una ceremonia muy importante y le darán el premio a mejor escritora del mundo. Abuela es tan grande como el abuelo Camilo, ¿no?

GISELE. (*Como apenada ante lo que cree es una impertinencia de la niña.*) Bue... Bueno, no exactamente así, hija. Pero eso, te lo explicamos papá y yo más tarde. Deja ahora a la abuela tranquila, que tiene muchas cosas que pensar...

CHARO. (*Como volviendo en sí.*) ¿Pensar? No lo creo. Pero gracias por tu intención, querida. Ya no hay mucho que pensar. Estoy cansada de hacerlo, de hecho, muy cansada...

CAMILO. Yo no puedo creer lo que mi padre está haciendo. Es inconcebible hasta para él mismo. Tantas veces dijo que la historia se repartía entre quienes la hacían y aquellos que la padecen.

¿Cómo dejarnos a nosotros, que después de siempre somos su familia, en este nefasto lado de los perdedores?

CHARO. No sabes lo que dices, hijo...

CAMILO. ¿Y cómo no saberlo? ¿Qué cosa somos, fuimos o seremos de ahora en adelante para el laureado señor de Iria Flavia?

GISELE. (*Colocando su mano en el hombro de su esposo.*) Camilo, creo que no estás ayudando a tu madre...

CAMILO. (*Dirigiéndose a Charo.*) ¿Y tú quieres que lo perdone? No, madre, nunca le perdonaré esta acción de irse tan sin sentido, con tan poca consideración. Cuarenta y cinco años no es solo una cifra de dos dígitos. (*Con énfasis.*) Es una vida, una vida entera, una que no retornará y que solo tuvo por fin el sostén de una carrera dedicada a su literatura y nada más. ¡Maldigo ahora mismo el haberme hecho un escritor!

CHARO. ¡Calla, Camilo! ¡Por favor! ¡No repitas esas palabras nunca más!

CAMILA. Papá, no solo tú y el abuelo. La abuela también...

GISELE. ¡Hala, nena, que no sabemos de qué hablas!...

CAMILA. (*Con expresión algo fastidiada.*) Qué familia tan rara esta. ¿Entonces nadie aquí ha leído lo que Abucha ha escrito durante años?

(*La niña sale corriendo al mesón y toma por sorpresa la carpeta Perfume de rosas, toma una hoja al azar y comienza a leer en voz alta mientras baila. Se vuelve a escuchar la voz de Luz Casal cantando el poema de Rosalía de Castro, Negra sombra. En el solo de gaita, la niña lee en voz alta.*)

CAMILA. “Esa noche, la anciana maestra evitó todo lo que pudo asomarse a la ventana. Rugían los aviones y caían bombas

como lluvia indeseable. Ella rezaba, rosario en mano; pedía, imploraba, rogaba, sin saber a quién le dirigía sus oraciones. Si de algo carecía aquella mujer de conocimiento era de un entrenamiento espiritual fuerte o definitivo. Apenas un padre nuestro y un ave maría salían de su mente, aprendidos siglos antes en la catequesis de la escuela desbastada de su pasado remoto. Pero sabía escuchar su propia voz interior y seguía hablándose entre cánticos y frases en latín, como esperando que, de ser cierta su existencia, Dios intervendría en la detención de aquel desesperado ataque y pararía la destrucción que iban dejando al paso celestial los inclementes bombarderos que surcaban sus cielos en ese momento. “O partigiano, portami via, / O bella ciao, bella ciao, bella ciao, ciao, ciao”, cantaba la anciana. Pero los de la resistencia nunca fueron a buscarla. La maestra, con sus vestidos de flores, las memorias de su enamorado infiel y las cajas de sus recuerdos quedó sepultada bajo las paredes derribadas de su casa, luego de la tormenta de proyectiles que cayó esa noche de finales de guerra. Del humo que quedaba, cuando fueron a retirar los escombros de aquel desastre, podía olerse aún el aroma suave de su perfume de rosas que se había colocado en la mañana del infortunado día de su muerte, por si su amante volvía... Menos mal que en ese momento, en ese justo, despertó en su cama, ardida en sufrimiento y agradecida porque solo había sido eso, un mal sueño. Su cuarto, extrañamente, olía a pétalos de rosas quemados”.

*(Suelta la hoja al aire e improvisa una danza muy libre,
al son de la canción.)*

CAMILO. (*Sorprendido.*) ¡Madre...

GISELE. (*Conmovida.*) ¡Hermoso!...

CAMILA. (*Pletórica.*) ¡Te amo, Abucha!

(*Corre hacia Charo y la abraza muy fuerte. Luego retoma su puesto en el sofá. Silencio reflexivo, del que se produce luego de develado un secreto.*)

CHARO. (*Caminando hacia el mesón.*) Algunos días, al terminar mi faena editorial; preparar la casa para recibir visitas; revisar la agenda de trabajo del día siguiente; ordenar nuestras vidas; todas tus cosas, hijo; las de tu padre; luego las de ustedes, Gisele, Camila; atender mis flores... Algunos días, no todos, me quedaba a solas, muchas veces sola. Y un día comencé a escribir, es decir, dejar salir algo que sonaba en mi interior. Descubrí otra escritura, una propia, no la de don Camilo ni de José Manuel, ni de ningún colaborador de los *Papeles de Son Armadans*; no, una mucho más extraña que todo eso. Al principio me asusté y luego, simplemente, la dejé salir. Todo está guardado en esta carpeta que tomó la niña en este momento...

CAMILO. Pero mamá...

CHARO. Ya sé lo que quieres preguntar: que por qué nunca lo mostré ni nunca les hablé de ello. Tampoco ha sido fácil para mí saberlo. Ahora que mi soledad se profundiza gracias a la decisión de don Camilo José Cela; ahora que sobre mi vida ya pesa el llamado de la despedida a este mundo, no sin quererlo ni proponerlo; ahora sale mi carpeta y mis escritos dicen: "¡vida, queremos vida!".

CAMILO. Tanto editar a otros, mamá, y tan poco te dedicaste a ti misma...

CHARO. ¿Qué podría haber hecho, hijo? ¿Quién era yo para mostrarme como escritora al lado de tu padre? Habría sido ridículo haberlo intentado y, francamente, nunca me gustó llamar la atención, ni siquiera para bien.

GISELE. Usted, definitivamente, es una mujer excepcional, señora Charo.

(Articulación.)

ESCENA XVI

Entra Charo Joven con una maleta en su mano. Se para frente a Charo. Ella se quita su chal floreado y se lo coloca a la imagen de sí misma joven que tiene al frente. Se miran fijamente unos segundos y la joven cruza el chal sobre su pecho, toma la maleta y parte. En otro lugar de la escena se encuentran las sombras de Camilo José Cela y su amante. Se escucha una voz de parlante que anuncia a los pasajeros del vuelo 11:11 con destino a Estocolmo que deben abordar la puerta de salida número cuatro. Llega Charo Joven, dispuesta a partir también. Ante su presencia, amante y escritor le bloquean el paso, en un gesto profundamente despreciativo.

CHARO JOVEN. (Firme y resuelta.) Buenas tardes, don Camilo, aquí estoy. ¿A qué hora parte el vuelo?

AMANTE. (Dirigiéndose a Camilo J. Cela.) ¿Qué hace ella aquí? ¿Eso no fue lo que acordamos para tu día, tu gran día! ¿Ella no tiene nada que hacer aquí!

CAMILO J. CELA. (A Charo Joven.) Estás hermosa, Charo, tal como te recuerdo en mi memoria... la que ya no quiero visitar más. Vete, por favor, ya mi costado no es tu lugar. ¿Acaso no quedó claro que ahora estoy con ella y que tú ya no perteneces a mis días? Por favor, tengamos la fiesta en paz.

CHARO JOVEN. No es ella quien merece estar ahí...

CAMILO J. CELA. ¿Quién lo decide? ¿Tú? (*Irónico.*) La única estúpida decisión que tú has tomado en tu vida fue traicionarme con uno de mis mejores amigos, Charo Conde; la perfecta Charo, la mujer más conveniente para un hombre con mucho trabajo de honor como el que tuve que emprender por las letras españolas, mientras tú cumplías tu rol de esposa y madre cabal. (*Con rabia.*) ¡Cuántas mentiras y estúpidas verdades en esta historia nuestra!

AMANTE. (*Dirigiéndose al escritor.*) Camilo, me prometiste que bailaríamos un vals en la recepción del Nobel. Sueño con ese momento y te pido que lo cumplas. (*Mirando con arrogancia a Charo Joven.*) ¡Ya basta de ella!, no soporto más su inútil historia en tu vida, amor mío. Vámonos, ya llaman a abordar el avión.

CHARO JOVEN. (*Con rabia.*) ¿Inútil? Vaya, te asumes muy lista y capaz, niñaata insoportable, que te crees periodista y no sabes nada... A ver si te enteras: te matará a ti también, tonta, porque don Camilo José Cela asesina todo amor que recibe. No serás más que su imperfecta mecanógrafa. Te matará y se matará a sí mismo, porque después de mí nada que salga de su pluma servirá para publicar, ni un recetario de pobres almuerzos para perros callejeros.

AMANTE. ¡Insolente!

CHARO JOVEN. ¡Putá!

CAMILO J. CELA. ¡Charo Conde, vete a casa y déjanos en paz! (*La empuja y Charo Joven cae al piso nuevamente.*)

(El escritor y su amante le dan la espalda y salen de la escena. Charo Joven se levanta y queda, maleta en mano, consternada y vencida, sin saber qué hacer. Aparece José Manuel Caballero Bonald, la toma de la

mano y la abraza antes de acompañarla de regreso frente a la Charo madura, que observó todo con gesto de dolor. La joven le regresa el chal, le ofrece un gesto de disculpa agachando su cabeza y desaparece con su amante.)

(Articulación.)

ESCENA XVII

Continuación de la Escena XV: Camila para de bailar y sale corriendo hacia su abuela, que está de espaldas a ella. Toma una punta del chal de Charo y lo jala fuertemente hasta quitárselo de sus hombros y lanzarlo al aire. Luego corre hacia el mesón y hace lo mismo con la mantilla que recubre la máquina de escribir.

CAMILA. ¡Siéntate a escribir, Abucha! Esta es tu máquina. Hazlo y yo seguiré bailando. Cuando sea grande, todas mis danzas estarán dedicadas a ti, que eres la mejor abuela del mundo. ¡Y también la gran escritora del universo!

CHARO. (*Cansada.*) Ya es tarde, cariño. La vida se me fue entre tantos papeles y aunque la apuesta la perdí, de algún modo fui feliz con todo lo hice. Ya no queda espacio para las historias de mi anciana maestra ni ningún otro personaje que se quedó perdido en mi imaginación cobarde. Ganó la muerte en esta casa. También a mí me mató Pascual Duarte. Y ya muerta no puedo escribir. Solo esperar la verdadera despedida de este mundo y rogar porque llegue pronto. Que llegue, eso sí, con el perdón en la mano y el amor en la eternidad posible.

(Se levantan Camilo y Gisele del sofá y se dirigen a abrazar a Charo. El hijo le susurra a la madre un secreto al oído. Salen de la escena. Camila deja de jugar y hace lo mismo: le entrega un secreto a la abuela en un gesto de profunda ternura, antes de regresar a su

alfombra con su muñeca. Aparecen José Manuel Caballero Bonald y Charo Joven tomados de la mano, para repetir el ritual de abrazar y acercarse al oído para dejar ahí un secreto. José Manuel la besa tiernamente, toma a Charo Joven y se van de la escena. Charo se acomoda el chal, se sienta frente a la máquina de escribir y le coloca una hoja en blanco al rodillo.)

CHARO. (*Leyendo mientras escribe.*) Perfume de rosas. (*Empuja la palanca para cambiar de línea.*) “Capítulo primero: La anciana maestra...”

(*Camila se voltea, sonríe y hace volar por los aires a su muñeca bailarina. Se apagan las luces y solo queda la voz de Luz Casal en la sala.*)

Cando penso que te fuches,
negra sombra que me asombras,
ó pé dos meus cabezales
tornas facéndome mofa.

Cando maxino que es ida,
no mesmo sol te me amostras
i eres a estrela que brila,
i eres o vento que zoa.

Si cantan, es ti que cantas,
si choran, es ti que choras,
i es o marmurio do río,
i es a noite i es a aurora

En todo estás e ti es todo
pra min i en min mesma moras,
nin me dexarás nunca,
sombra que sempre me asombras.

FIN⁷

⁷ SUGERENCIA AL DIRECTOR. A la salida de la función, preguntar al público cuáles creen fueron los secretos que los personajes le entregaron a Charo al final de la historia. Seguramente, las respuestas nos sorprenderán.

LA TRINIDAD

JOSÉ MILLÁN CARREÑO

La costa donde el mar trae y se lleva las basuras, las pestes y las cosas más oscuras que se impregna en la vida humana, digo que es maldita. Porque escuché antes que era maldita. Está el día, la tarde y la noche. Un sol azafranado que hace a la luna temer de iluminar las calles. Así sus tres momentos como la santísima Trinidad, que muere cada día en la serenidad del inmenso mar que torna su esplendor rojizo, como si sangrara, anunciando los misterios entre los horizontes del pueblo. Aquí, en estas costas cementadas no solo del gris pavimento, sino también de la voluntad sanguinaria de aquellos que zarpan durante la madrugada para alimentar a cuervos y zamuros, que se les atribuye como residentes de la zona —los cuales abren sus brazos como recibiendo la bendición—, acogen el arrumaco del viento que sopla con fuerza, destapa lo bestial y lo ocultan tras la religiosidad de las fiestas malditas.

NELLA ALFONZO

ÉPOCA ACTUAL

OBRA DE TEATRO PARA CINCO ACTRICES ADULTAS, DOS ACTRICES
JÓVENES, TRES ACTORES ADULTOS Y TRES ACTORES JÓVENES.

MOMENTO I

CANTATA AL AUGURIO

Todos en quietud, ocupando a totalidad el escenario. Unos mirando al público, otros de espaldas, otros sentados observando la nada. Uso total de los niveles corporales.

JOVEN 1. ¡Allá vienen! Es la procesión.

JOVEN 2. Este año se queda en la Trinidad.

SEÑORA MAYOR. ¡De la boca del dragón, sálvanos! El paso más peligroso no es el golfo de Paria.

JOVEN 3. ¡Es aquí donde desemboca el río!

JOVEN 1. Boca de serpiente, le dicen. Es fuerte, aunque las aguas parecen apaciguadas.

JOVEN 2. Los lancheros ya conocen el camino a la luz de la luna.

SEÑORA 1. La marea está baja.

JOVEN 2. Su vestido es una bendición.

SEÑORA 2. Las flores, el galerón, las frutas...

JOVEN 3. Bañada en oro.

JOVEN 1. Cruzó el mar y no sucedió nada.

JOVEN 3. ¡Sí!, las olas estaban apaciguadas.

SEÑORA 2. Mal augurio.

JÓVENES. ¡Hoy los marineros están de fiesta!

SEÑORA 1. Azafranado sol.

JOVEN 1. Se llenan los bares.

SEÑORA 3. Aparecen las putas.

JOVEN 3. ¡Dicen que a ella no le gusta salir de su capilla ni de su isla!

JOVEN 1. ¡Está hermosa!

SEÑORA 2. ¡Está molesta!

JOVEN 1. ¡El amanecer fue hermoso!

JOVEN 2. Los paisajes ya fueron pintados de esperanza.

JOVEN 3. ¡Ven con nosotros a caminar!

JOVEN 4. Ven con nosotros a cuchichear.

SEÑORA 3. Son quince cuadras de ida y regreso.

SEÑORA 4. Hasta el último día le bordé el vestido de oro.

SEÑORA 1. Ella sonrío. ¡Nos sonrío!

JOVEN 1. ¡Paséenle en nuestros mares!

JOVEN 2. ¡En nuestros botes!

SEÑORA 2. ¡No le gustan estas aguas!

SEÑORA 3. ¡El año pasado no atravesó el mar!

SEÑORA 4. ¡Una lluvia espantosa!

JOVEN 1. Pero hoy quema él.

I. CULPABLES

La sala de una casa cómoda.

MUJER. No entiendo.

HOMBRE. Mejor así.

MUJER. Pero... nos tardamos menos de una hora... Estaba mi familia.

HOMBRE. Tu familia es una mierda.

MUJER. ¿Cómo?

HOMBRE. Tú también eres una mierda.

MUJER. ¡Respétame!

HOMBRE. ¿Me provocas?

MUJER. ¡No!, pero no entiendo. ¿Por qué?

HOMBRE. ¿Qué no entiendes? Eres una zorra (*Se le acerca. Se detiene.*)

MUJER. (*Se le acerca.*) Sigo sin entender.

HOMBRE. (*Gritándole.*) ¿Qué vas a entender? ¿Qué tienes que entender?

MUJER. (*Gritándole.*) ¿Por qué nos vinimos de la iglesia? La misa comenzaba.

HOMBRE. (*La mira detenidamente.*) ¡Te gusta mostrar las piernas!
¡Zorra!

MUJER. Dejaste de respetarme.

HOMBRE. Tú no te respetas.

MUJER. Nos volvimos una mierda. Una gran mierda.

HOMBRE. Ya no conversamos.

MUJER. ¿Ya no hay interés?

HOMBRE. ¿Lo perdiste?

MUJER. ¡Me culpas! ¿Ya no hay interés?

HOMBRE. ¿Lo perdiste?

MUJER. Responde sin preguntar...

HOMBRE. ¿Me exiges?

MUJER. Me sigues preguntando y eso me desespera. Me desespera que calles. Que solo preguntes y ofendas. Que solo preguntes sin responder a mil malditas interrogantes y dudas que tengo sobre ti y sobre mí.

HOMBRE. Mujer loca.

MUJER. Loca tu madre, que parió a un mal ser.

HOMBRE. Loca tú, que te casaste conmigo.

MUJER. ¿Por qué nos vinimos?

HOMBRE. ¿Seguirás con lo mismo?

Mujer. ¿Responderás con preguntas?

HOMBRE. Me aburre tu presencia y me desesperan tantas caras juntas, tanta hipocresía familiar. Odio tu apellido.

MUJER. Tu odio es otro. Termina de aceptarlo. ¿Es mi culpa? ¿Seguirás insistiendo que es mi culpa? Es genética; le corre tu sangre. También le fluyen por las venas el ron añejado de tu miserable padre, que no dejaba de vivir en los bares del timonel. Considéralo.

HOMBRE. ¿Considerarlo? ¿Qué? ¿Soy yo el culpable?

MUJER. ¡Herencia! ¡Genética! No es solo la mía, también la tuya. La de tu tío, el loco, el babeado con treinta y cinco años, violado

por los de la Costa Brava. Esa idiotez ya existía en tu familia. La lengua entre los labios y los ojos estúpidos son iguales a los de tu tío.

HOMBRE. No quiero considerarlo. Me atrevo a tragarme tanta repugnancia. Se babea, se queda detenido en el tiempo y eso me molesta, me atosiga; el mocososo me abrumba. Es como ver lo peor de ti y de mí, nuestras deformidades mentales, dentro de ese cuerpo regordete y ojos distorsionados. ¡Tu hijo es un mongólico! No lo quiero seguir viendo.

MUJER. ¿De qué estás hablando? Escúchate.

HOMBRE. ¿Y si fueron las vitaminas? Seguro no te la tomabas a tiempo. Seguro fue tu culpa, no te cuidabas bien. Seguro intentaste abortarlo sin mi consentimiento. Dime, ¿qué hiciste?

MUJER. Nada, no he hecho nada. No pienso.

HOMBRE. Dime.

MUJER. Sigo sin entender.

HOMBRE. ¡Sí! ¡Eso fue! Te embarazaste, no era mío. Te desesperaste, intentaste perderlo y como no pudiste, terminé siendo el padre.

MUJER. ¡Mentira!

HOMBRE. ¿Estás dudando? No te veo segura. Tus ojos tampoco están fijos. Tus pensamientos revolotean como los ojos de tu hijo.

MUJER. Tu hijo...

HOMBRE. ¿Seguirás trayendo hijos así? Es solo una interrogante más.

MUJER. Vives de interrogantes, de silencios tormentosos. Tú engendras los seres que paro yo.

HOMBRE. En los bancos se observaba a tu sobrina, echándole ojos a su tío. Qué devoción, asquerosa devoción.

MUJER. Por eso nos vinimos.

HOMBRE. Tú, la sobrina, las piernas. Le mostraba las piernas a su tío.

MUJER. No importan ellos..., somos nosotros.

HOMBRE. Tú eres como ellos, asquerosa, una zorra como tu sobrina.
¿Ese hijo no es mío, verdad?

MUJER. Tuyo, de tus vicios, manías quebrantadas, de todos tus míseros genes... Tuyo, de nadie más, de nadie que me ha tocado, de nadie que me ha hecho un hijo deforme y frustrante, que ha hecho callarnos, juzgarnos y obligados a estar cuando duele... Duelen en el pecho tú y tus peculiaridades... Solo tú, tú en mí y tú en el... tuyo, solo eso es la culpa... ¡El nosotros...!

HOMBRE. ¿Nosotros? No lo creo... Ya no hay nosotros desde que los chismes de tu familia entraron a esta casa y sus devociones se transformaron en augurios sofocantes. Ahí estaban todos, con sus flores y sus rezos envenados por la envidia, el engaño y la hipocresía. Tu mamá orgullosa del vestido que bordó con dinero sucio; tus tías postradas en el altar mayor vestidas de oscuridades. Tu sobrina llevando las ofrendas mientras ofrece la carne a su tío. Una mísera fe se les ve a todos, incluso a ti. Yo no le veo fe a esta casa, mucho menos le encuentro esperanza a nuevos caminos contigo. ¡No quiero hijos que vengan de tu núcleo cochino! Prefiero perderme meses y meses entre los mares y esconderme entre las redes y la pesca.

MUJER. ¡Eso! Los primeros días de embarazo, los paseos en tu bote chocando con las olas.

HOMBRE. ¿Eso qué?

MUJER. Eso le hace mal, le hizo mal al embarazo.

HOMBRE. Supersticiones y calumnias de tu madre.

MUJER. Afirmadas en nuestro hijo.

HOMBRE. No me quedaré con culpas.

MUJER. Entonces, ¡vete! Piérdete entre las olas y que el mar limpie tu conciencia.

HOMBRE. ¡Sí! Me iré olvidando. Quizás no vuelva nunca, quizás se trague el oleaje mis equivocaciones o mis dudas, ojalá también cure el mañana tus hijos nuevos, ojalá crezcan, mujer, sin el veneno de tu descendencia.

MUJER. Llévate tus redes, tus anzuelos... Yo veré cómo te pierdes con tu bote...

HOMBRE. Y que no me trague la boca del río.

MUJER. Te tragarán otros mares, no estos...

HOMBRE. Voy en busca de otros mares.

MUJER. De rubias, de rubias costeñas.

HOMBRE. Voy en busca de pesca abundante.

MUJER. De juegos de truco y cerveza.

HOMBRE. Marinero solitario.

MUJER. No agitaré el pañuelo.

(Irrumpiendo.)

MUJER MAYOR. ¡Convulsionó! Lloraba por sus gritos... No pudimos salvarlo.

(Se miran. Él se acerca, la besa en la frente.)

MUJER. Estoy embarazada.

II. EL SUEÑO

En la habitación de una casa. En paralelo, vemos al hijo al borde de un puente.

MADRE. Es el mismo sueño. Se hacen constantes los insomnios. Una maleta en sus manos, él flota en el mar. Una mañana sin él, un nuevo día envuelto en la incertidumbre, infinita preocupación, amarga esperanza de escuchar las puertas y ver su regreso.

HIJO. ¡Madre! No puedo dormir, siento tu esencia, cierro los ojos, consigo sumergirme en el sueño. ¡No puedo! El descanso es efímero; se compone tu rostro, la sonrisa mágica ocultadora de tus tristezas, tus voluminosos cachetes, los observo desde el recuerdo. Te extraño en el tiempo subjetivo de mi camino sin mares.

MADRE. ¡Regresa! ¡Ven, hijo! ¡Regresa! ¡No mires atrás! Solo camina hacia los brazos de tu madre. Aquí espero envuelta en lágrimas.

HIJO. Me embriago en incertidumbres, aún puedo sentir el olor a café, aún escucho la salida de los buques; aparece tu rostro cuando se dibujan tus dramáticas preocupaciones; ambos nos adentramos en el miedo de perdernos. No es la existencia de presagios que invoca un oscuro momento, es la necesidad de estar bajo tu respaldo.

MADRE. ¡Sí! Él flotaba en el mar, se voltea, llorando, triste, desesperado. No comprendo su llanto. ¡Regresa!

HIJO. ¡Somos egoístas! ¡Los hijos somos egoístas! Me declaro mal hijo. He sacrificado mis virtudes por acciones injustas, berrinches innecesarios, frases hirientes mezcladas con miradas amenazantes; me observo siendo el tormentoso, el animal incontrolado por la frustración. ¡Soy un soñador frustrado!

MADRE. ¿Qué sucede? ¡Esta temblando! El mar se recoge, se acumula hacia otra costa, arena árida. Los peces brincan sin su agua, otros mueren poco a poco. Desapareció el mar. Aquellas no son gaviotas ni alcatraces, son zamuros. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡No tengas miedo! No le temas al mundo.

HIJO. El intenso miedo al fracaso, a la pobreza; siento que vivo desde la imprecisión. ¡Me ahogo en mares solitarios! Tu fe es evidente, la esperanza de mi éxito te mantiene viva. Debo ser recíproco. (*Frustración intensa.*) ¡Me ahogo! Desprendo impotencia, me sofoca el barrio maldito, me repugna sus burlas, debo ser sanador de tus heridas causadas por tus grandes combates, luchas interminables de madre guerrera.

MADRE. Me embargo de terror. (*Asombrada.*) ¡Se alzó el mar! Veo una titánica corriente de agua, inmensa ola y estruendosa capaz de tragarse a una ciudad completa. ¡Corre, hijo, corre!

HIJO. A partir de hoy prometeré no exigir, ofrecer, demostrar, proponer, obsequiar renovadores momentos. Serán mis motivos para reconstruir mi espíritu. Participas atestiguando mis atrevidas locuras. ¿Y aun así me atrevo a producir amarguras en tu hogar? Seré un viajante. Deben condenarme, someterme al arrepentimiento, encarcelarme bajo barrotes fríos. Finalmente, fusilarme ignorando mi existencia.

MADRE. ¡Corre, corre! Se cae, dejó la maleta y sigue corriendo. El mar lo persigue, el mar está rabioso, el mar es una boca monstruosa; me tiemblan las piernas y no puedo correr, quiero correr pero las piernas solo tiemblan y no dan paso. No me escucha, no me escucha, el mar es terror, lo sigue y él vuelve a caer.

HIJO. Madrugada deprimente, humedecida por el diluvio lagrimoso. Perdón, mil veces perdón. Hombre infeliz me convierto vellozmente, adueñándome del oscuro recinto. Hace falta luz cuando me miras esperanzada. Mi amiga más fiel. Gracias por construirme.

MADRE. ¡Ven, hijo, regresa! ¡Ven! ¡No mires atrás!

HIJO. Me piensas, lo sé. Puedo sentir tu voz bendiciéndome, aun cuando me involucre en ridículas independencias. Yo no puedo hacer nada ausentando tu presencia. Te amo madre. Te extraño... Perdón... Me arrodillo y te beso los pies... Volveré pronto.

MADRE. Despierto sudada, el corazón revienta el pecho, corro a su cuarto. No está, se fue a buscar su futuro... Lo extraño.

III. LA PROMESA

Vemos una cocina humilde.

MUJER MAYOR. ¡Ah! ¿Te acordaste dónde queda tu casa?

HOMBRE MAYOR. ¡Vieja! Buenos días.

MUJER MAYOR. Las buenas son las rumbitas que te echaste anoche, sinvergüenza.

HOMBRE MAYOR. Caramba, solo fueron unos tragos con Tomás y Cucho.

MUJER MAYOR. ¡Ah!, Tomasa y Carolina se llaman las muchachitas.

HOMBRE MAYOR. ¿Cuáles muchachitas, mujer?... Te dije Tomás y Cucho.

MUJER MAYOR. Es que ahora sí te pega la edad para no recordar... El descaro de mentirme en la cara.

HOMBRE MAYOR. Vente, mujer, que tengo coplas todavía bajitas para cantarte.

MUJER MAYOR. ¿Coplas o canciones de cuna? ¡Ay, viejo! No te hagas el loco, que podré estar vieja pero aún puedo ver los dedales de tu engaño.

HOMBRE MAYOR. ¡Caramba, chica! Hazme el desayuno que me siento mal... Tengo como indigestión.

MUJER MAYOR. Claro, las arepas de pepitonas que te comiste... ¡Ajá!, creyendo que todavía tienes edad para eso.

HOMBRE MAYOR. Mujer, ¿qué te sientes tú? ¿Bruja? Que no he comido nada en la calle... El roncito de la florida si te lo empinas mucho, la comida no es buena compañera.

MUJER MAYOR. Que te vieron, y yo te vi desde la ventana. Parecía que era el gato encaramado en la cama de otra, pero no, eras tú, viejo... Las calles con fiesta santa no mienten....

HOMBRE MAYOR. ¡Qué van a estar mintiendo las fiestas! La que miente es la gente que tiene como cara una lengua.

MUJER MAYOR. ¡Ay no, chico! A veces la gente dice la verdad. Ya voy a montar las arepas, pero en la tarde me arreglas el tubo.

HOMBRE MAYOR. ¡Vieja! Tengo tres bailes de joropo más tarde; y seguramente en el último, donde Porfiria, me voy a tardar. Tú sabes cómo son las fiestas de noche allá en la iglesia.

MUJER MAYOR. Por como sé cómo son esas fiestas o, mejor dicho, cómo son esos tapareros, es que te digo que mejor te me quedes arreglando el tubo.

HOMBRE MAYOR. Mujer no te pongas supersticiosa, que la Virgen está con nosotros hoy... Y hazme el desayuno que tengo hambre.

MUJER MAYOR. ¡Ay, Julián! Tú sabes cómo es la gente de aquí, que ni a Dios respetan...

HOMBRE MAYOR. Mujer, en serio, tengo hambre... y los bailadores quieren ensayar; es más, tú deberías ponerte un vestido e ir conmigo a bailar...

MUJER MAYOR. No, señor, yo me quedo aquí. Además, seguro Marlene va a querer ir a la fiesta con la suegra y mejor me quedo con los muchachitos, para que no aprendan malas costumbres en esas bailaderas.

HOMBRE MAYOR. Está bien, hoy sí vuelvo temprano para ayudarte.

MUJER MAYOR. Viejo, arregla la gotera, que eso también puede ser mal augurio.

HOMBRE MAYOR. Que no pienses así. El altar lo pusieron bonito... Esos pescadores andan emocionados, que ni el pescado quieren cortar.

MUJER MAYOR. Bueno, viejo, tú sabes..., lo que yo quiero es tener mi tubo bueno... Después puedes ir a bailar.

HOMBRE MAYOR. ¡Coño, mujer! Tú no entiendes que todos los años tengo que bailar... Promesa es promesa.

MUJER MAYOR. Por eso, viejo, ella te salvó de aquel desvío, pero no sabemos si de estos demonios puedas salir ileso.

HOMBRE MAYOR. Casi pierdo la pierna y ella me curó, me puso a bailar otra vez y lo único que puedo hacer es eso, bailar para ella

MUJER MAYOR. Bueno, baila, pero que la Virgencita te proteja de verdad.

HOMBRE MAYOR. ¡Voy a planchar la camisa!

MUJER MAYOR. ¿No te puedes esperar? Hago las arepas y te plancho.

HOMBRE MAYOR. Mujer, escucha los cohetes... Llegó la Virgen... Me voy, como algo en la calle. (*La va a abrazar.*)

MUJER MAYOR. ¡Ajá! Cuando vuelvas, ¿tú sabes lo que vas a comer? Ojos de arenque... Muy parecidos a los míos, Julián, así que echa pa'llá, anda a buscar a otra que te cocine... Que aquí la que tiene la escoba para botar soy yo... Así que fuera, fuera de aquí, anda a cantar coplas por allá por la playa, que aquí chillan las rapiñas.

HOMBRE MAYOR. (*Vuelve a acercarse para darle un abrazo.*) ¡Vente, mujer! Dame un abrazo y échame la bendición.

MUJER MAYOR. ¡Échate para allá! Anda, apúrate que llegaras tarde.

(*El Hombre Mayor sale. La Mujer Mayor lo mira. Se ríe.*)

IV. LA ESPERA

En las afueras de una casa.

GONZALO. Desconozco el día, desconozco el hoy. No quiero saber cuántas ampollas se desecharon. No te he contado ni las noches. La espera. Sentado bajo un árbol a medio lunar. La brisa, los pensamientos, los automóviles que delatan, resplandecen las pupilas. Huele a mar. No deseo la habitación vacía. Los minutos se vuelven más desesperantes cuando los hago conscientes. La espera, continúa la brisa, se enfrían las manos, incomoda la casa, la cocina, el cuarto y la cama, incomoda la espera. La espera, diminuta espera; la constancia de la brisa en el rostro que se une con las caladas de los cigarros. Prefiero dejar que los colores del cielo y del mar se maticen por naturaleza y recordar que debo cubrirte los pies del frío. La espera, la pierna que pulsa y pulsa, Vladimir y Estragón, el corazón que pulsa y pulsa. La espera. ¿Qué esperan ellos? No es a Godot, el agua, los tantos pisos y las avenidas. ¿Un milagro? La espera. Ayer cuando te traía sin esperanzas, desahuciado,

en la ventana, en el marco apareció un pájaro amarillo muy pequeño, no se movió. Me pareció muy extraño. Me hipnoticé con su inmovilidad. Con su espera. La verdad es que no quería que se fuera, sospeché que era, no sé, una bendición. Era un cuadro hermoso, la ventana, el pájaro, tú dormido. ¡Sí! De verdad que era una bendición, como si quisiera decirte algo. Luego sospeché que vino un ángel por ti, un ángel en forma de ave. Quise que se fuera. Lo espanté, no quiero que te vayas... La espera de tu memoria, la espera de tu cuerpo tibio. ¡No pienso! La espera en la habitación 56, terapia intensiva, elevación de la insulina. Los tubos y las ondas. La espera de tus vivos ojos. ¡Te amo! La espera bajo el silencio y la soledad. Cuéntame de ella y de nuestras mentiras, y de la borrosa, distorsionada visión, malditos síntomas congénitos. La espera, entre el sudor y el frío, despierta para mojarnos en mares benditos, con la bendición de nuestros mejores recuerdos; sostenidos bajo los pies que hoy duermen.

MOMENTO II

TARDE FESTIVA

SEÑOR 1: Bendición consolada.

SEÑOR 2: ¡Que revienta el sol, carajo!

JOVEN 1: ¡Gloria al Espíritu Santo!

JOVEN 2: Venerada eres.

SEÑOR 3: Se anclaron los botes.

JOVEN 3: ¡Súbanla ¡Aquí están las flores.

JOVEN 1. ¡Que empieza el joropo!

JOVEN 2. ¡Niñas bailan, niños cantan!

JOVEN 3. ¡La borriquita y las faldas floreadas!

JOVEN 4. ¡Truco! Quiero vale nueve.

SEÑOR 2. (*Una nota sostenida.*) ¡Ah!

JÓVENES. Le venimos a cantar.

SEÑORA 1. ¡Murmullos!

SEÑORA 2. Promesa de pescadores.

SEÑOR 3. De mujeres y cantores.

SEÑORA 3. El sol se hundirá ante las aguas.

SEÑORA 4. No hay devoto que no baile.

SEÑORA 1. Hay devotos que cuchichean.

SEÑORA 2. Cremos sembrados en licores.

I. LOTERÍA

Varias mujeres sentadas. Una de ellas canta las fichas de lotería; apunto de soltar una ficha.

SEÑORA. ¿Quién ganará? ¡Ya saben, quien cante lotería me brinda las cervezas y el encurtido! (*Mueve las fichas.*) ¡La pistola! (*Luz solo para la mujer.*) ¡Sí!, yo creo que fue a los trece años cuando conoció ese infernal objeto. ¡Las pistolas son del diablo!, le grité la vez que la encontré debajo de su almohada. (*Pausa.*) Él aprendió a vivir con la rabia, con la ceguera provocada por la venganza. Quería conocer y matar a los que desaparecieron a su hermano. No lo justifico, pero lo entiendo. Se llama Oswald, ya tiene tres años en la prisión; según él, está bien. Pero nadie puede estar bien mientras está dentro de una casilla de ratas. (*Sigue sacando y cantando fichas.*) ¡El premio está bueno! ¡El machete!

(Cambio de atmósfera.)

MUJER 1. ¡Fue Cachimenes! Sí, yo lo vi. Lo persiguió hasta el puente. Lo buscaba desde la mañana. Pero el viejo desapareció.

MUJER 2. El viejo era su abuelo. Le gusta beber caña.

MUJER 1. Ambos son unos viejos. Ambos se caen de borracheras.

MUJER 3. El viejo le sacó de su almohada el cuartico de ron.

MUJER 4. Cachimenes lo buscó. Lo persiguió, pero no lo agarró.

MUJER 2. ¿Por un cuartico de ron?

MUJER 3. Esa familia es maldita. Hasta la casa es tenebrosa.

MUJER 4. ¡No pasen por ahí! ¡No jueguen en ese frente!, les digo a mis niñas.

MUJER 5. Dicen que enterró a su mujer en el patio.

MUJER 1. Cachimenes se subió al techo.

MUJER 2. Cachimenes se escondió ahí.

MUJER 3. Cachimenes duró horas esperando.

MUJER 4. Cachimenes esperó a su abuelo.

MUJER 5. ¡Llegó el viejo! El abuelo entró a la casa, porque la vio cerrada y creyó estar solo.

MUJER 4. Cachimenes bajó del techo con su machete.

MUJER 1. Cachimenes cerró la casa con una cadena.

MUJER. 2 La gente escuchó cómo la casa se caía abajo.

MUJER 3. Cachimenes usó el machete de tarde.

MUJER 4. Suspendieron la fiesta de esa zona.

MUJER 5. Llegaron los forenses, el cuerpo estaba tendido en una mesa.

MUJER 1. Cachimenes los esperó...

MUJER 2. Cachimenes, sentado con su cuartico de ron y el machete.

(Saca una ficha nueva.)

MUJER 4. ¡El anillo!

MUJER 5. Un anillo de oro fue su promesa.

MUJER 4. Miguelito se estaba cansando... No podía más en el hospital.

MUJER 5. Un ángel. Un niño que no quería dejar de jugar.

MUJER 4. Su mamá, su abuela, hasta sus primos le rezaron.

MUJER 5. Por diez segundos murió el niño...

MUJER 4. Por diez segundo se paró el corazón...

MUJER 3. Y luego despertó...

MUJER 2. Diciendo que la Virgen lo abrazó...

MUJER 3. Un milagro... Hoy están de fiesta en esa casa.

MUJER 1. El niño entregó el anillo en la isla...

MUJER 5. Y está jugando sereno.

II. FALDA FLOREADA

HOMBRE. ¡No, señora!, no me gustan esos templetes.

MUJER. Pero sí los juegos de sóftbol.

HOMBRE. Eso es otro cantar...

MUJER. ¿Qué es una falda con flores? ¿Qué es un galerón bien bailao?

HOMBRE. ¡Ya dije que no! Mi muchacha no irá a esos lugares, menos de noche. Que baile en el porche. Hay bastante espacio.

MUJER. ¡Qué terco eres tú! Va a estar conmigo. Soy su mamá, ¿quién más que yo pa' cuidala?

HOMBRE. Y no lo dudo, pero... no eres tú, es la gente de allá. Esas fiestas terminan con locos borrachos, mujeres llorando por cualquier vaina. Siempre se presenta algo, y no es un baile o cantos de niños. Es un grito o cuerpo desplomado.

MUJER. ¡Ay, no pienses así!

HOMBRE. Sírveme café y siéntate conmigo.

(Le sirve el café. Se sienta al lado.)

MUJER. Olivia le bordó un vestido hermoso.

HOMBRE. Siempre tiene el mejor altar. Ella quiere la Virgen más bonita. Pero su casa...

MUJER. ¿Qué?

HOMBRE. Su casa huele a pescado descompuesto. Sus nietos corren descalzos y sin camisa por las calles, sin contar las cucarachas que le salen por la lengua a esos carajitos. ¡Ah, no! Pero ¿su Virgen?

MUJER. Le tiene mucha fe y devoción.

HOMBRE. Eso no es fe. Eso es ser faramallera y nada más.

MUJER. Ella invitó a todas las niñas de la cuadra, ¿es malo eso? Me parece que no. La niña ensayó todos los días. También la veía escondida en el cuarto dándole piso a esos pies.

HOMBRE. *(Irónico.)* No te digo yo, pues... Ahora me salió bailarina la muchacha.

(Toma el periódico. Lee con tranquilidad.)

MUJER. A tu mamá le gustaba el joropo. Ya sabemos de dónde viene lo coqueta.

HOMBRE. Eran otros tiempos. Cuando eso yo caminaba en altas horas, podía pasar por el muelle con tranquilidad, llegabas a la casa con tremenda pea, andabas sereno, sin matones y espantos por el camino.

MUJER. ¡Vamos, hombre! ¿Nos acompañas? No tenemos que ir solas. Camila se pondrá triste.

HOMBRE. Tengo que tejer y preparar el embarque de mañana. Habrá buena pesca.

MUJER. Sí, lo sé. También irá mi hermana y la Catira. No estaremos solas.

HOMBRE. ¿Y si un borracho se enamora de mi muchacha?

MUJER. ¡Es una niña por, Dios!

HOMBRE. Ya le están creciendo los pechitos, mujer.

MUJER. Al terminar su baile nos venimos. No pasará nada.

HOMBRE. Eso no lo sabes tú, no lo sé yo. Tengo un mal presentimiento.

MUJER. No parece idea tuya. Está emocionada porque se pondrá las alpargatas de la abuela.

HOMBRE. ¿Le quedan?

MUJER. Es de pies grande, y es la mejor que baila.

HOMBRE. Sangre es sangre, mujer...

MUJER. ¿Viste?, tu mamá se molestaría.

HOMBRE. Me dejaría quieto.

MUJER. ¿Seguro?

HOMBRE. No lo sé. Yo creo que sí.

MUJER. Creo que no. ¡No te mientas! Ella quería que su única nieta supiera de joropos, coplas y galerones. Porque hasta canta la muchacha. Si la vieras, ¡todo un patrimonio cultural! (*Se ríe.*)

HOMBRE. ¿No ha metido los pies en la ponchera?

MUJER. ¿Cómo?

HOMBRE. Mamá aprendió a bailar así; enseñó a las hijas de sus amigas con poncheras llenas de agua. El patio de la casa se encharcaba;

las muchachas salían todas sudadas y preparadas para bailar en cual fiesta patronal.

MUJER. ¿Entonces? ¿Me la llevo o no?

HOMBRE. ¡Aja! Mira lo que salió... “Las fiestas de santos son fiestas de diablos”, *Crónicas*, de Germán Rodríguez. Yo sé lo que te digo. Yo sé lo que habita en estos rumbos. Hazme caso y quédate tranquila.

MUJER. La niña ya tiene la falda puesta.

HOMBRE. Eso no es problema. Que se la quite y asunto arreglado.

MUJER. Elegimos la tela juntas, la veo tan contenta. (*Desde una ventana.*) ¡Mira, otra Virgen! (*Sorprendida.*) ¡Es hermosa! Pero la de Olivia es mejor...

HOMBRE. ¿Y las vírgenes usan peluca?

MUJER. ¡Shhh!, no critiques. Tú lo dijiste: estamos en otros tiempos. Igual esas cosas no te gustan.

HOMBRE. Llegaron a gustarme. Te cantaba un punto y navegante bien afinado y con la bandolina al lado, las mujeres se deleitaban con las jotas que me lanzaba.

MUJER. ¿Y por qué no seguiste?

HOMBRE. (*Silencio incómodo.*) Le prometí..., si se curaba de lo que le salió en la piel.

MUJER. ¿De quién hablas?

HOMBRE. De mamá, yo dejaría de bailar si la Virgen la curaba... Pero no, se puso peor y no aguanto más. Cuando la desahuciaron dije que no bailarían, ni mucho menos cantarían más. Y se sabe que por promesa no fue. Ella no cumplió su parte.

III. LA AMANTE

MUJER JOVEN. Mi cuerpo está contigo, pero es mío.
Me duele cuando sangro.
Me duele cuando tus palabras desangran.
¡Soy mujer!
¡Tuya! Mujer tuya...
No soy mía, me has hecho tuya.
La casa, la cama.
Los vidrios.
Las manos.
Los besos.
Los puños.
Tu amor... mi desamor.
¡Te amo!
¡Te creo!
¡Me penetras!
¡Gimo ante la tarde!
¡Lloro ante la noche!

(La mujer camina al frente. Se sienta. Se levanta. Se sienta nuevamente, cruzando las piernas. Se suelta el cabello. Se levanta. Camina al frente.)

MUJER JOVEN. ¡Hola! *(Sonríe.)* ¡Gracias! Me cae bien.

*(Retrocede. Se sienta. Se recoge el cabello. Se levanta.
Camina al frente.)*

MUJER JOVEN. ¿Te gusta? A mí no.
¿Hoy? Prefiero mañana.
¿Sin pimienta? Me gusta la pimienta.
¿De noche? De tarde.

(Se afeita las piernas.)

MUJER JOVEN. Te veo con la curiosidad de tocarte.

A veces te imagino, te acaricio desde la ficción, desde la
obsesión por ti,

desde la puta necesidad sexual que te tengo.

¡No! Aún no he dejado de besarte, aunque no estés.

Mi cuerpo, el tuyo, mis caderas...

Mis uñas.

Las hebras de mis cabellos.

Las venas en tus manos excitantes...

Mis vértebras ante mi lengua.

¡Soy la amante! (*Se ríe.*)

Tarde donde navegas en mis sábanas, tarde donde nos perdimos
en mares apasionados. ¡Déjala y ven conmigo! Convertiremos
las tardes en noches y amaneceres.

¡Ay, hombre!

¡Ay, hombre con señora!

¡Ay, hombre con la amante en desespero!

¡Ay, hombre con frustraciones de casa!

¡Ay, hombre que me dejas sola!

¡Ay, hombre de extensas redes!

Aquí está tu sirena cantándole al desamor, llorándote,
amándote.

Siento anzuelos en mi lengua, siento erizos en mis manos.

Saben de mí los otros marineros. Pero esta sirena solo viaja
hacia tu proa.

Quiero ser yo quien agite el pañuelo. Quiero ser yo quien
conquiste nuevos mares contigo.

Quiero ser yo quien te dé los deseados hijos.

¿Navegaremos juntos o me dejarás en el naufragio?

¿Navegaremos y nos esconderemos de los rumores?

¡Ven, hombre!

¡Ven, marinero perdido!

¡Déjala y ven!

¡Ven! Aquí desnuda con mi cabello suelto, anclándome en tu
orilla, espero.
Que no importen los ojos y las lenguas de los chismes.
¡Ven!
Soy tuya. Mujer tuya. Sirena tuya.
El canto, el gemido crepuscular que te apacigua y te hace
dormir
en mis brazos de enamorada.
¡Soy la amante! Muchos lo saben.
Soy tu amante sin sabor a sal.
¡Soy tu amante!
Ella lo sabrá.

IV. EL ENTIERRO

JOVEN1. Le dijimos que no saliera.

JOVEN 2. Fue un pitazo.

JOVEN 3. Hermano mío.

JOVEN 4. ¡Seguiremos!, porque las guerras son infinitas.

JOVEN 5. Loco era.

JOVEN1. Cuando lo acorralaron, él solo lanzó carcajadas.

JOVEN 3. Nunca tuvo miedo.

JOVEN 4. Nunca le tembló el pulso.

JOVEN 3. Hermano mío.

JOVEN1. Y salió bien vestido, con zapatos y franela blanca.

JOVEN 2. Venganza eterna.

JOVEN 5. Yo te amo.

JOVEN 1. Yo lo odio.

JOVEN 2. Yo lo cargo y lo bañaré en ron.

JOVEN 3. Yayayaju.

JOVEN 4. Súbanle a la música.

JOVEN 5. Ya nadie le tendrá miedo.

HERMANA. ¡No era un santo! En la puerta de su cuarto estaban escritos nombres, muchos nombres escritos con las raspaduras de un cuchillo, con lápices de colores; era una escritura extraña y deforme que denotaba pánico. Esos nombres eran los contados muertos de mi hermano, un inadaptado que se dedicó a usar el gatillo con el cañón al frente de cualquier cabeza. Cuando se encerraba y dormía podía estar tranquila; cuando jugaba con los niños y se le dibujaba una sonrisa, desaparecían sus condenas; cuando se asomaba en la ventana como ave vigilante, la inquietud se apoderaba de la casa; cuando me daba un beso en la frente era un ser hermoso. —“¡Morochó, debemos irnos! ¿No te parece?”—. Pero a él lo buscaban hasta en las rocas de los muelles y lo sabía. Le toca un final tan cruel como cruel fueron sus manos y lo sabía, lo acechaban aun cuando su cuarto tenía puesto los candados y lo sabía. Sabía también que escucharían vallenatos, beberían anís y ron del más barato; sabía que sus tantas mujeres llorarían por las promesas que no cumpliría; sabía también que sus convives, panas, yuntas, o como se dicen: la manada de vagos, le llorarían como dolorosas en el Gólgota; sabía de su mente tan sucia, que tuvo miedo de condenarnos a todos. Pero... es mi hermano, lo amaré aun cuando sus víctimas y los hijos, nietos, padres de sus víctimas lo maldigan hasta saciar sus rencores, aun así sufriré y extrañaré no ver a mi morochó sentado al fondo de la casa compartiéndonos un cigarro, una sangre y un vientre. Tu final esperado es este. Que la Virgen te lleve a un mejor lugar. Te amo.

JOVEN 1. ¡Ya nadie le tendrá miedo a su nombre!

JOVEN 2. Se rindió...

JOVEN 3. Lo acorralaron en el cementerio de buques.

MADRE. ¿Por qué le lloran? No entiendo tanto dolor. Los veo a todos desde la incomprensión. ¡Al morocho lo parí yo! ¡Lo castigué yo! Ese muerto me duele es a mí. Y sus culpas vivirán con el murmullo, con la lengua cortante de los otros. Yo sufriré esas heridas que dejan las voces y las miradas. Yo no oculto el sol, sé de ese demonio y de sus maldiciones tanto como las horas en terapia intensiva. Ningún santo y mucho menos me nombren al tal Ismael. Su cuerpo estaba lleno de arena, tieso, que ni las olas lo movían porque descansaba en toda la orilla de esa playa maldita. No le lloro y no le lloraré aun cuando duela; estará ahí tendido y se lo comerán sus culpas; yo quedaré al resguardo de mis nietos y les enseñaré a ver el mar de día. Porque son míos, los nietos son míos y crecerán diciéndome abuela o maíta. Las noches de angustia se acaban, podré abrir las ventanas sin zozobras, podrá entrar la pequeña arena que se vacila junto con el aire. Los pequeños no sabrán de venganza ni de cárceles. Criaré nuevamente para vivir en paz.

JOVEN 3. Lo esperaban desde anoche.

SEÑORA 1. Fiestas santas, fiestas malditas.

JOVEN 2. (*Gritando.*) Mataron al morocho.

SEÑORA 1. Se escucharon los disparos, las motos...

SEÑORA 2. Y las mujeres.

PADRE. En la casa no quiero diablos, ese altar se vendrá abajo: tus humos, tus groserías, tus ojos malditos, tus mujeres y maldiciones irán a lo más profundo de la tierra. Un recuerdo serás, un recuerdo letargo que rondará por toda la redoma, las esquinas tendrán un nuevo espíritu vagando.

V. SOFOCANTE SOL

ISBELIA. Iluminada.

Soy dulcemente atolondrada, loca pero amorosa.

Loca pero poderosa.

Mares, tierra, fuego: ¡enciendo el fuego de las tinieblas, de tus tinieblas!

La sangre se me ha vuelto negra. Mujer, bruja, loca bruja.

Maldita loca, la del sapo, la de manos pequeñas, arrugadas como pasas podridas, amarillas uñas, asquerosamente largas.

Aquí te espero, te observo. Te oigo.

Te siento, te amarro, te nublo los ojos, te sofoco, te atormento y te pienso.

Tardes de locura ancestral.

¡Que reviente el sol, no joda! ¡Que se alce el mar y revienten las olas!

Hoy se queman mis piernas, la piel se quema, las sabanas mojadas, blancas, grises, mi piel es gris verdoso.

¿Cáncer?

No, me niego.

¡Brujerías!

¡Ay, comadre! ¡Ay, Porfiria!

Porfiria maldita, fuiste tú.

Me duele, me quema, la piel arde, la barriga de un sapo gigante.

¡Brujerías, doctor!

Hoy viajo en la noche, hoy vuelo.

Desprendo mi espíritu de bruja, de loca.

Loca pero poderosa. Rencorosa, llena de amarguras, de ratas gigantes en la casa sucia, podrida, pisos sucios, muebles rotos, botellas, dinero y colillas de cigarro, borrachos.

Hoy me sofoco, lo sofoco.

Hoy sofocaré a todos.

Mala, vengativa...

Hoy reviento y devuelvo por tres veces.
Multiplico maldiciones, multiplico tu agonía, Porfiria, multiplico tu dolor.
Lláname en tu último día, en tu último respiro, comadre.

VI. OCASO

ABUELO. Ya el sol se va.

ABUELA. ¡Qué bello!

ABUELO. ¿Qué?

ABUELA. Los carritos de madera. ¡Jueguen! Vuelvan a jugar.

ABUELO. Aún se ven las últimas aves.

ABUELA. ¡Qué bello!

ABUELO. Sí, lo son...

ABUELA. Sí, el sol... El atardecer.

ABUELO. Pronto. (*Abuela interrumpe.*)

ABUELA. Yo les cocinaba al atardecer.

ABUELO. Estarán por llegar.

ABUELA. ¿Escuchaste?

ABUELO. No.

ABUELA. Escucha.

ABUELO. Trato de escuchar.

ABUELA. ¡Abuela! (*Susurrando y ríe.*)

ABUELO. Imaginas cosas.

ABUELA. Huele a café.

ABUELO. ¡Mira! (*Pausa.*) El pasillo...

ABUELA. Muy largo.

ABUELO. Solo, lleno de recuerdos.

ABUELA. ¡Qué bello!

ABUELO. Ya casi se va.

ABUELA. Las muñecas, los carritos...

ABUELO. El sol se va... Se esconde.

ABUELA. Ellos se fueron.

ABUELO. No. Crecieron, mujer.

ABUELA. ¿Escuchas?

ABUELO. ¡No! (*Intenta escuchar.*)

ABUELA. ¡Abuelo! (*Susurrando y ríe.*)

ABUELO. Yo no escucho nada.

ABUELA. Le falta una ruedita.

ABUELO. Nunca la consiguieron.

ABUELA. ¿Miraste?

ABUELO. No.

ABUELA. Mira.

ABUELO. ¿Qué?

ABUELA. Se mueven, los carritos se mueven.

ABUELO. ¡Estás loca!

ABUELA. Dejé de estarlo.

ABUELO. ¿Cómo?

ABUELA. El sol ya no se mueve.

ABUELO. El cielo.

ABUELA. Tú...

ABUELO. ¿Yo qué?

ABUELA. ¿Me recuerdas?

ABUELO. No sé... Te amo.

ABUELA. El sol ya se fue.

ABUELO. Ellos se fueron. Los niños, los nietos, los hijos, el sol.
¿Me recuerdas?

(Silencio.)

ABUELO. Ella... se fue.

MOMENTO III

MAR FURIOSO

SEÑORAS. Se va la Virgen

SEÑORA 1. Regresa a su capilla

SEÑORA 2. La recibe su isla.

JOVEN 1. Noche oscura para locos.

JOVEN 2. Olas que revientan los muelles.

JOVEN 3. Unos gritos de mar.

JOVEN 4. Los llantos de las víctimas.

JOVEN 1. Mar furioso, destruye los huesos.

JOVEN 2. Qué delirio, un letargo.

JOVEN 1. Momento de mar monstruoso.

JOVEN 2. ¡Destruyó un peñero!

JOVEN 3. ¡*El Palagal*, así se llamaba!

JOVEN 4. En la boca del río, donde se une el contaminado manzanares.

JOVEN 5. Donde se escuchan las sirenas; donde habitan las putas, borrachos, coléricos, seres en busca de una tufa; donde entra la sangre y el orine de los indigentes, provenientes de los barrios vecinos.

JOVEN 1. Se tragó varios seres con ilusiones y con maldiciones.

JOVEN 2. Litros de agua salina en cuerpo espeso y morado.

JOVEN 4. Ahí, justo ahí, comienza un gran pequeño fragmento del mundo.

I. ENTRE VEREDAS

Oscuro. Una vereda. Un hombre de pie a la pared, su cuerpo se sostiene. Fuma. Aparece otro hombre. Se coloca al lado. Silencio. Se besan.

HOMBRE 1. Tengo miedo.

HOMBRE 2. Aquí nadie nos mira.

HOMBRE 1. No me hagas daño.

HOMBRE 2. Te conseguiste un toro.

HOMBRE 1. Eres lindo.

HOMBRE 2. Aquí nos veremos ahora.

HOMBRE 1. Tengo miedo.

HOMBRE 2. ¡Sí! Llevo como diez muertos.

HOMBRE 1. Mis pies se encharcan.

HOMBRE 2. ¿Te gusta?

HOMBRE 1. El viento sopla.

HOMBRE 2. Ya estuve en la cárcel.

HOMBRE 1. Tengo frío.

HOMBRE 2. Qué ricas nalgas.

HOMBRE 1. Creo que pasó alguien.

HOMBRE 2. Aquí nadie nos ve.

HOMBRE 1. Tengo los pies mojados.

HOMBRE 2. Agáchate más.

HOMBRE 1. ¿Ya no eres guardia?

HOMBRE 2. ¡No!, siempre fue un camuflaje.

HOMBRE 1. ¿Por dónde vives?

HOMBRE 2. No le digas a nadie.

HOMBRE 1. No te conozco.

HOMBRE 2. Brayan.

HOMBRE 1. Qué oscuro.

HOMBRE 2. No hables.

HOMBRE 1. Me gusta.

HOMBRE 2. Pórtate bien.

HOMBRE 1. No me hagas daño.

HOMBRE 2. No te enamores.

HOMBRE 1. ¡Soy el maricón!

HOMBRE 2. Esto siempre está solo.

HOMBRE 1. ¡Se me mojaron los ruedos del pantalón!

HOMBRE 2. ¡Me haces sudar!

HOMBRE 1. ¡Bésame!

HOMBRE 2. Tus labios... Tus nalgas.

HOMBRE 1. ¿Tu novia?

HOMBRE 2. ¡Tú! (*Silencio.*) Aquí solos.

HOMBRE 1. ¿Mañana?

HOMBRE 2. Después de fumar.

HOMBRE 1. Siempre te veré.

HOMBRE 2. No nos conocemos.

HOMBRE 1. No te conozco.

(Ambos gimen. Se separan. Se acomodan. El Hombre 1 se retira.)

HOMBRE 2. ¡Epa! ¡Muere callao!

(Apagón.)

II. VOYERISTAS

*Detrás de la ventana. Perdido entre las sombras de árboles,
un hombre. Sonido de viento y perros aullando. Madrugada.*

HOMBRE. *(Asomado en la ventana.)*

El muchacho viene tambaleándose, se esconde entre los matorrales y la oscura vereda. Yo lo distinguí casi cayéndose al suelo, una botella de ron, sus ropas están rotas como si lo hubiesen arrastrado, sus manos rotas, y se detuvo al frente de un árbol. Golpea el tronco mientras sus manos se lastiman, toma el ron frenéticamente. Detrás de él, hasta yo mismo me sorprendo. Dos hombres detrás de él. Arma en mano cada uno.

(Haciendo las voces.)

“¡Juan, Juan, volteá! El muchacho volteó y se escuchan los disparos: uno, dos, tres, cuatro, cinco, como veinte disparos. El cuchillo directo a la cabeza. ¡Uno menos!, dijo el otro”.

MUJER. *(Asomada en otra ventana.)*

La profundidad del agua. El mar es cómplice, los oculta. Se ríen, se divierten, se llevan el motor, las redes, la comida, le arrancan los cables. ¡Pobre barco!

(*Haciendo las voces.*)

¡Pobre los dueños que lo dejaron solo!

¡Pobre el pobre que toma lo ajeno!

Una muchacha acompaña a los tres hombres, ella parece otro hombre. Sé quién es. La Catalana, la llaman los que la conocen. Están agitados, se asustan, ordenan y reparten el motín.

Orgullosos están ellos, orgullosos de su mísera acción.

¡Ay, Dios!, salió Antonio con su Chopo. ¡Pescó a la Catalana! Los otros huyeron, nadaron, se dispersaron en las aguas. ¡Volverán! Las noches y el mar son infinitos para ellos.

III. LA MASACRE

Frente a una iglesia. Fiesta en apogeo. Un hombre oculto en la copa de un árbol. Entran hombres con pistolas. Amenazan a todos. Traen a tres mujeres. Caen al suelo.

EL ALCATRAZ. A mí me buscan, no a ellas...

Nadie mira bien de noche.

Ellos no miran los matorrales.

Desde aquí veo un agua oscura.

Desde aquí veo sus miedos.

Desde aquí me escondo.

Ventanas de ramas y mangos rojos.

HOMBRE 1. Quédense quietas, solo díganme dónde está y no tiene que pasarles nada.

MADRE. ¡No sabemos! Estábamos en el baile de la niña, dejó de beber y se fue... Ni devoto es.

LUCÍA. Si lo buscan, no sabemos dónde está... En su infierno nunca participamos. ¡Déjennos ir!

HOMBRE 2. ¡Mujeres vergüenza! No solo bendición es tener hijos.

MARLENE. No sabemos, busquen por el dique con sus otras putas, aquí estamos en fiesta santa.

HOMBRE 3. Santas quedarán tus tetas cuando se quemen en nuestras manos. (*Toma de una botella.*)

HOMBRE 4. Cuando los perros muerdan sus carnes agujeradas...

EL ALCATRAZ. Todos callan, todos lloran, todos tiemblan.
Todos los padres ciegan a los niños.
Ellos se ciegan.
Ellos amenazan con sus pistolas, están furiosos.
Apagaron la música y ya nadie baila.
Pistoleros no faltan en estas fiestas.
Fiestas santas, fiestas de diablos danzantes.
Disparos al aire, bocas cerradas.

HOMBRE 1. ¡Mira, madrecita santa! Si tú no nos dices dónde anda, te quemarás en la paila tú.

LUCÍA. Si hemos de pagar un castigo será el del silencio, porque nadie delata al que no ve.

(*El Hombre 1 agarra a Lucía.*)

HOMBRE 1. Mamita qué rica está, bájate esa falda floreada... Ven que me calienta tu llanto.

(*Lucía llora mientras se la llevan al oscuro de los alrededores.*)

EL ALCATRAZ. No dirán nada.
Ellas no dirán nada.
Ellas callan, ellas luchan.
Golpes, manos sucias.
No dirán nada, no saben nada.
Me quemarán las manos.
La familia también mata.

La familia engaña y atormenta.
Mi familia son ellos, los Figueroa, los Lanza,
los Millanes, los ladrones, los estafadores, los Sánchez.
Los que ponen las reglas en la calle,
los que cargan rosarios y cadenas brillantes.
¡Mi hermana!
Se llevan a la niña de maíta,
se la llevan al otro árbol.
Ella llora y yo no diré nada.

MARLENE. ¡Que no se la lleven! ¡Que no se la lleven, coño!

MADRE. ¡Suéltenla! Ni respetan la casa de Dios... Si estaban con ganas debieron buscar otra gente, a otra niña, mas no a mi niña. Su prima, coño... ¡Suéltenla!

HOMBRE 2. Tía, si tenemos que buscar a alguien es a su hijo, y todo este problema se resuelve con la cabeza del primo... ¿Alguien en la audiencia sabe? No, no saben... Todos van a callar.

MARLENE. ¡Váyanse! ¡Que todos se vayan! Por lo menos si vamos a ser apedreadas por familia farisea, que sea en el silencio de la nada.

HOMBRE 4. Aquí nadie se va... Que el Alcatraz va a parecer, si no quiere que les ofrezcamos las tetas de su mujer a los pescados.

MARLENE. Siempre desearon lo que es ajeno, lo que siempre se les negó... Las cadenas de oro, el fuego del arma. La adrenalina de las drogas no los deja acordarse de cuando jugábamos cartas... ¡Coño! Traigan a Lucía, ella es la que menos culpa tiene de las andanzas del Alcatraz. ¡Déjennos por Dios, que mis niños me esperan en la casa!

EL ALCATRAZ. Me quedaré oculto, esperando.
El verdugo se baja los pantalones.

La apunta en la cabeza, ella se agacha ahogada en llanto.
La cachetea.

Quiere que calle.

Aún no calla, llora más y la sigue golpeando,
la toma por los cabellos y ella queda de espalda.

Él la toca, la besa y le pega.

Mar furioso, mar maldito.

Mar de augurios, mar de fiesta.

La Virgen se fue, los abandona y ellos mueren.

HOMBRE 2. ¡Cállense!, ¡cállense! La mercancía ajena se paga. No sé lo que defiendes cuando sabes que vuela en otras camas; y si él con mi mujer se mete tú lo pagas.

MARLENE. ¡Suéltense! Nadie va a hacer nada... ¡Sí, Ramón!, tápales los ojos a tu hijo, llévatelo a la casa para que mañana no se lo cuente a los míos cuando jueguen... ¡Tápanse los ojos, señoritas!, para que no sientan consciencia cuando estén picándole los ojos a estas ratas.

HOMBRE 3. (*Golpea a Marlene.*) Cállate, mamacita. ¿O gritas para que tu marido, el fugado, venga a rescatarte? Si es así, ¡grita! ¡Coño, grita!

(*La arremete y la comienza a cortar.*)

EL ALCATRAZ. Otro disparo.

Mataron a Lucía. Mi hermana Lucía.

A mi mujer la tocan.

La miran.

A los niños los escondieron.

Mis hijos están ocultos.

Yo me oculto.

Mi mujer esta sin cabellos,

le disparan los dedos, le rajan los brazos.

Mi mujer no sabe de mis guaridas.

Mi mujer sufre.
Yo no sufro.
No siento.
Solo miro.

MADRE. Acuérdense que mi hermana, su mamá, también tiene carne de mujer; a pesar de sus malos karmas tiene carne de mujer, y si a nosotros nos van a lacerar, ¡ellas también van a caer! (*Llora.*) Se los suplico, por la bendición que me pedían antes y la cual yo se las devolvía con el mismo amor... ¡Suéltenos!

MARLENE. Estos no saben de piedad, ellos no se acuerdan que también tienen carne. ¡Que me maten por el silencio! Por no entender sus suciezas, por darle pecho a los hijos de un asocial... ¡Mátenme, sucias sabandijas! Y ustedes que ven, calmen sus culpas mañana en la misa.

HOMBRE 3. (*La sigue cortando mientras la besa.*) Esto es un sueño, mi catira, sangrecita limpia...

HOMBRE 2. No te distraigas, hay que estar pendiente de si el Alcatraz se asoma por las calles.

MARLENE. Ojalá aparezca para no estar tan clavada.

HOMBRE 4. ¡Coño, vale, por fin dices algo coherente! ¡Vamos, llámalo! Dile que venga a rescatarlas, que la noche es muy larga; y por lo visto no la van a aguantar ustedes. Nosotros no queremos hacerles nada.

(*Se escucha un disparo en el árbol donde estaban Lucía, la hermana y el Hombre 1.*)

MADRE. (*Grito desgarrado.*) ¡Lucía, mi niña! Coño, que no hizo nada, no hizo nada. Pagan todos por pecadores.

HOMBRE 1. (*Saliendo de la oscuridad.*) Por lo menos no va a quedar embarazada.

MARLENE. Acabaron con una. El alma de la Santísima Trinidad. Los tres demonios con ustedes... ¡Hoy no griten taparero! ¡Griten fin! Que nadie de esta calle merece más muerte.

HOMBRE 3. El alma de la fiesta ¡Yuju! ¡Prefiero el derecho o izquierdo? ¡Cuál crees que tiene más leche hoy? (*Viendo al Hombre 4.*)

HOMBRE 4. La izquierda es la más grande, quiero ponérmelas en mis pechos. (*Se burla.*)

(*Cortan el primer seno.*)

HOMBRE 3. Mejor que aparezcas, Alcatraz.

MADRE. (*Se tapa la boca para no gritar. Lloro.*) ¡Está maldita la tierra! ¡Esta tierra está maldita!

HOMBRE 4. ¡Uno más! Ya no hay nada que cortar, así que aparece, primo. Mañana todas las calles amanecerán rojas con esta sangre familiar.

(*Dispara a Marlene.*)

HOMBRE 1. ¿Entonces, tía? ¿No lo vas a llamar?

EL ALCATRAZ. Otro peñero se hunde.

Otra gente ahogada.

A la Virgen no le gusta salir de su isla, de su capilla.

Sus senos caen.

Están riéndose.

Los hombres se ríen y les brillan sus grandes ojos negros dilatados.

Sus mandíbulas se tensan a un lado.

Ella muere, hijos sin madre.

No miro.

No hablo.

No me muevo.

Desde aquí el frío es feroz.
El mar me grita.
¡Madre!
Mi madre me vio y calló.
No dirá nada.
Nos vemos, nos vemos detenidamente.
¡Qué lágrimas te bañan en medio de la gente!
Me sigues mirando con silencio punzante.
¡No, no, no me mires más!
Madre no me mires, no me llores, no me grites, no me busques.
¿Qué fiestas son estas?
¿Son las fiestas de los cielos o de los infiernos?
Me quedaré con el dinero,
me perderé en algún bote con dueño dormido.

MADRE. Cuando la tierra habló, con ustedes muy pequeños, pensábamos que nos tragaría el mar. Estaban chiquitos. Nos subimos al techo de la casa, por si el mar se regresaba con fuerza y nos tragaba; pero la Virgen lo detuvo, siete segundos le bastó para detener el caos. Hoy no es el mar que nos hace temer, sino nuestra propia descendencia, nuestros propios vecinos. Miro esta noche oscura, seca, sin brisa, el silencio hace que el eco rebote por todos lados mientras ustedes callan, observan a lo alto..., a mi hijo. Si ustedes lo ven comprando mangos díganle que venga, que lo quiero mirar, que quiero que se recueste en mi pecho cuando esté desangrado... Díganle que: (*Pausa. Mira la copa del árbol.*) “te amo, aun en la herida de nuestra familia. Lamento no cuidarte, lamento haberle temido más al mar que nos ahogara cuando era la propia oscuridad familiar la que nos carcomía. Estoy aguantando y lo seguiré haciendo aun cuando no esté. Te planché tu camisa y tu mujer lavó toda la ropa; Lucía mañana no irá al colegio, espero que los maestros entiendan y no te citen... Llévate a los niños y dales arepita con mantequilla con pescadito recién frito. No me llores flores para que no estés cerca del cementerio, porque

ni el diablo te quiere en sus tierras... Deja de ver gaviotas, que a esas sí nunca podrás matarlas. Deja que mis plantas se mueran, no creo que sobrevivan sin mí. No te mojes, los árboles a veces retienen la lluvia para que cuando escampe ¡brise, para bendecir!... (*Mirando a los vecinos.*) ¡Múdense todos! Los demonios seguirán quedándose aquí, en estas tierras. En esta Trinidad que queda cerca del cielo de los buques...

(*Disparo. Apagón.*)

FIN

LOS AUTORES

ISRAEL SILVESTRE GARCÍA OSUNA (Mérida, 17 de noviembre de 1986)

Dramaturgo, director, actor, productor artístico-visual, pintor, docente, fundador de la Agrupación Teatral Los Hijos de la Viuda y promotor activo de las artes teatrales en la ciudad de Mérida. Ha sido integrante de compañías como la Agrupación Teatral Poética Reflejos y la Agrupación Teatral Tramoya, donde se desempeñó como actor y director. En su labor docente, se ha dedicado especialmente a dictar asignaturas artísticas en distintas instituciones, como la Escuela Metropolitana de Arte —de donde también es egresado—, el Centro de Arte y Diseño, y la Universidad Bolivariana de Venezuela (eje Pico Bolívar). Es también abogado por la ULA. Actualmente, se desempeña como fiscal del Ministerio Público (Mérida) y continúa con su formación profesional en Derecho Procesal Laboral y en las maestrías de Etnología y Filosofía (ULA). Asimismo, está por egresar de la UPTM como licenciado en Pedagogía Alternativa, mención Artes Dramáticas y Visuales.

RAFAEL GARCÍA (Caracas, 27 de julio de 1965)

Licenciado en Psicología por la UCV y en Artes Audiovisuales (mención Guion) de la Unearte, escritor, músico y compositor. Autor de las novelas *Te vas a morir de la risa* (ganadora del Concurso de Autores Inéditos, Monte Ávila Editores, 2000) y *Tercer pacto* (Lector Cómplice, 2015). Como psicólogo, lleva más de dieciséis años de servicio en el Centro Comunitario de la Escuela Técnica Industrial

Leonardo Infante. Es autor de más de doscientas canciones, entre las que se destacan *No te vayas de América* y *Urupagua*, temas que han sido interpretados por la agrupación de fusión Piezas de Indias. Fue director y guionista del cortometraje *Muy natural* (2009), ganador del III Festival de Cortos de la Escuela de Cine y TV de Venezuela y del Latin Angel Student Award, en Holanda.

ANÍBAL GRUNN (Bahía Blanca, Argentina, 3 de diciembre de 1947).

Aníbal E. García Belardinelli, mejor conocido como Aníbal Grunn, es director de teatro, actor y dramaturgo argentino, nacionalizado venezolano. Egresado de la Escuela Municipal de Teatro en Argentina (1967-1970) fue director-coordinador del Taller Nacional de Teatro de la Fundación Rajatabla (Venezuela), entre los años 1984 y 1992. Docente en Teatro y Medios Audiovisuales en el IUDET, la USB y la Unearte, en la que figura como maestro honorario. Autor prolífero de obras teatrales originales de distintos géneros: infantiles, juveniles, adultos, comedia, drama, tragedia y circo. Residenciado en Guanare (Portuguesa), se desempeña como director y productor de la Compañía Regional de Teatro de Portuguesa y del Festival de Teatro de Occidente. Le fue concedida la Orden Francisco de Miranda (2020) y el Premio Nacional de Teatro (2019-2020).

LIGIA ÁLVAREZ (Caracas, 24 de septiembre de 1960)

Licenciada en Idiomas por el Instituto Pedagógico de Caracas, dramaturga, titiritera, fabulista, actriz y docente universitaria. Discípula de Rodolfo Santana y José Gabriel Núñez, se desempeñó como actriz integrante de los grupos de teatro a cargo de los maestros Daniel Izquierdo y Eduardo Fernández Salomón en la UPEL y cofundadora del Taller de Títeres de esta institución. Es docente de la Unearte, donde facilita las cátedras de Dramaturgia, Análisis del Texto Dramático e Idioma Extranjero, entre otras unidades curriculares. Ha realizado diplomados en Estados Unidos e Inglaterra sobre Literatura, Metodología Creativa en la Enseñanza y Teatro. Obtuvo el premio

de dramaturgia de Autores Inéditos de Monte Ávila Editores, en el año 2012.

ROMA RAPPA (Rosa María Rappa) (Caracas, 16 de julio de 1965)

Periodista, egresada de la Escuela de Comunicación Social de la UCV, *magister scientiarum* en Comunicación Social de la misma universidad (2010) y doctora en Artes y Culturas del Sur (Unearte, 2021). Es autora del libro *Escritura del ser doliente. Cuatro textos para un teatro sensible* (Unearte, 2022). Se ha desempeñado como periodista cultural, especialista en danza y teatro. En 1991 fue jefa de prensa del Teatro Nacional Juvenil de Venezuela (TNJV), donde fundó y dirigió la revista institucional *Veintiuno*. Colaboradora en diversos periódicos y revistas culturales, ejerció la Coordinación de Publicaciones del Iudanza, responsable de la publicación de un catálogo de más de veinte títulos y revistas especializadas en el arte dancístico. Docente de Unearte, también ha impartido clases de pregrado en la Universidad Audiovisual de Venezuela y como docente invitada en la Maestría en Gestión y Políticas Culturales de la UCV. Figura como egresada del Diplomado de Escritura de Textos Teatrales Unearte 2018. Fue miembro del jurado de la primera edición del Premio Rafael Briceño, creado por la Compañía Nacional de Teatro, en el año 2020.

JOSÉ MILLÁN CARREÑO (Cumaná, 23 de noviembre de 1993)

Licenciado en Actuación por la Facultad de Artes de la ULA. Ha cursado estudios en actuación para cine, teatro y televisión, danza y arte circense, con maestros como Irina Dendiouk, Giuseppe Grasso, Luis Garbán (director del Globo Teatro Madrid-España), Igor Martínez y Marisol Martínez. Se ha desempeñado como compositor escénico. Integrante del Laboratorio de Creación Teatral 2019 y del elenco emergente 2020 de la Compañía Nacional de Teatro.

ÍNDICE

DIEZ MINUTOS (<i>Rafael García</i>)	15
LA SEGUNDA MUERTE DE UN GENERAL (<i>Israel Silvestre García Osuna</i>)	71
LAS FRONTERAS DEL ALMA (<i>Israel Silvestre García Osuna</i>)	123
CANTAURA (<i>Aníbal Grunn</i>)	171
TERESA PIANO PIANO (<i>Ligia Álvarez</i>)	209
LOS PAPELES DE CHARO (<i>Roma Rappa</i>)	235
LA TRINIDAD (<i>José Millán Carreño</i>)	275
LOS AUTORES	321

Apacuana
Premio de Dramaturgia Nacional 2019-2021
Digital
Fundación Editorial El perro y la rana
marzo de 2023
Caracas - Venezuela





Esta edición recoge siete obras —tres ganadoras y cuatro menciones honoríficas— seleccionadas en el concurso Apacuana Premio de Dramaturgia Nacional, entre los años 2019-2021. Las premiadas *Diez minutos* (Rafael García, 2019), *La segunda muerte de un general* (2020) y *Las fronteras del alma* —ambas firmadas por Israel Silvestre García O.—, así como las piezas *Cantaura* (Aníbal Grunn), *Teresa piano piano* (Ligia Álvarez), *Los papeles de Charo* (Roma Rappa) y *La Trinidad* (José Millán Carreño) —todas ellas destacadas en categorías especiales en la edición del concurso en el año 2019— componen esta entrega, que busca promover la creación teatral en todo el país. El premio Apacuana fue creado en el año 2005 por la Compañía Nacional de Teatro, como un aporte fundamental a las políticas culturales del Ministerio del Poder Popular para la Cultura.

PUBLICADO EN TIEMPOS DE
GUERRA ECONÓMICA
CONTRA VENEZUELA

